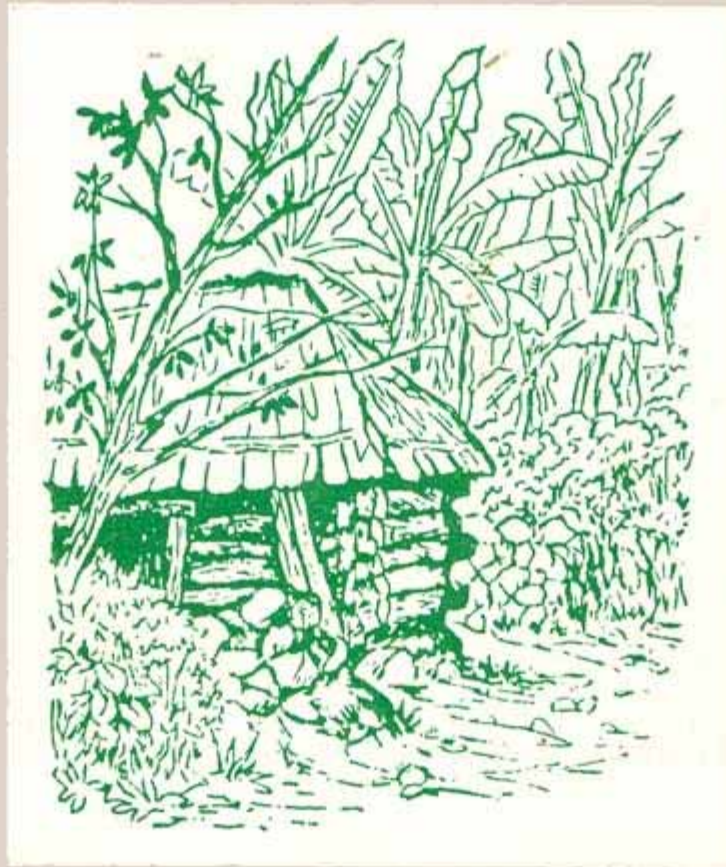


Moisés Sáenz

CARAPAN



O E A

ORGANIZACION DE ESTADOS AMERICANOS
Proyecto Multinacional de Educación para el Trabajo
(PMET)



CREFAL

CENTRO DE COOPERACION REGIONAL
PARA LA EDUCACION DE ADULTOS
EN AMERICA LATINA Y EL CARIBE

Moisés Sáenz

CARAPAN



PÁTZCUARO, MICH.

Primera edición, 1936, Lima, Perú.

Segunda edición, 1966, Morelia, Michoacán.

Tercera edición, 1992, Pátzcuaro, Michoacán.

© D. R. Todos los derechos de la presente edición están reservados por la OEA y el
CREFAL. Quinta Eréndira, 61600, Pátzcuaro, Michoacán.

ISBN 968-6078-93-2

A mis compañeros de Carapan:

JOSE GUADALUPE NAJERA,
ANA MARÍA REYNA,
CARLOS BASAURI,
VESTA STURGES,
FELIPE MALO JUVERA,
CHABELA ARELLANO,
HUMBERTO HERRERA,
RAMON CAMARENA,
IGNACIO HERNANDEZ,
JUAN MELENA,
MIGUEL O. DE MENDIZÁBAL,
AUGUSTO PEREZ TORO,

esta memoria de siete meses
de colaboración gozosa.

MOISÉS SAENZ.

«POS ANSINA COMO TE RIGO, ANSINA VAMOS
VIVIENDO EN ESTOS PUEBLOS.»

Juliana Arias, una mujer de Carapan.

Presentación

Carapan: sistematización de una experiencia

El México postrevolucionario generó una gran cantidad de experiencias educativas en el campo de la educación de adultos. Pero muy pocas se sistematizaron; la gran mayoría permanece sumergida en el mundo de los recuerdos orales y de las anécdotas de ocasión. Como en México, en el resto de América Latina y el Caribe se ha desarrollado en el presente siglo una rica y variada gama de experiencias. Pocas, muy pocas, están sistematizadas o evaluadas de manera que sus resultados puedan ser conocidos y aprovechados por otros grupos. Asimismo, se ha generado un conjunto de prácticas de trabajo que no están teorizadas y que no necesariamente han sido organizadas en términos de una metodología formal.

También es sabido que la experiencia latinoamericana cuenta con trabajos de reflexión sobre la práctica que, aunque escasos y con difusión limitada, refieren por escrito y con peculiar maestría lo que de otra forma estaría literalmente perdido en los laberintos de la memoria colectiva. *Carapan* es uno de ellos.

Con raigambre en la cultura purépecha, Carapan es el nombre del pueblo michoacano que sirve de entrada a la cañada conocida localmente como «de los once pueblos»; Carapan es también el nombre popular de una experiencia de educación de adultos y promoción social desarrollada a principios de los años treinta, y, gracias a la pluma de Moisés Sáenz es, además, un texto de sistematización.

El proyecto de Carapan, como todos los proyectos de promoción social, estuvo en permanente definición; en términos fenomenológicos diríamos que buscó incesantemente delimitar su objeto de estudio y de acción. Hoy sabemos

que se trata de una tarea estratégica y recurrente en la sistematización; entendemos que los proyectos se articulan en procesos de intervención sobre la realidad, los cuales permanentemente se enfrentan con su propio significado y con su propia intencionalidad. Hoy podríamos decir que en las acciones impulsadas estaba en cuestión no sólo el problema de la identidad del indio y de su paso a la identidad mexicana (como pretendían Sáenz y su equipo), sino el problema de la identidad misma del proyecto, es decir, su carácter de «Estación experimental para la integración del indio».

En muchos sentidos la experiencia de Carapan es paradigmática. Muestra cómo se planeaba y ejecutaba, en zonas indígenas del México postrevolucionario de los años treinta, un proyecto de promoción social y de educación de adultos. Así, Sáenz anota en los inicios del texto: «Sería falso pretender que el plan fue objeto de largos y minuciosos estudios. Les tengo desconfianza a esos proyectos farragosos y cobardes a fuerza de pura argumentación». Pero Carapan tampoco fue producto del pragmatismo anti-intelectual que asuela a numerosos proyectos de acción. Sáenz bosquejó un proyecto general en el que se establecía el propósito y el método. Y tal proyecto lo vinculó a numerosas observaciones, a gestiones administrativas puntuales, y también a las intuiciones que le sugerían el contexto y el habla de los campesinos indígenas.

El propósito se resumía en realizar estudios de antropología social «para cerciorarse de las realidades del medio indígena y de los fenómenos que operan en el proceso de la asimilación de la población aborigen al medio mexicano». Tales estudios debían traducirse en recomendaciones para que el gobierno lograra una «pronta incorporación del indio a la entidad nacional, dentro del criterio de estima de los valores culturales y espirituales del indio, de respeto a la personalidad humana y de la cabal interpretación del ideal mexicano».

Para el México postrevolucionario se replanteaban las conexiones entre lo indio y lo mexicano. Afamadas plumas habían dado su versión -y otros la seguirían dando durante décadas posteriores: Justo Sierra, Vasconcelos, Antonio Caso, Samuel Ramos, Alfonso Reyes, Octavio Paz...-, pero en el proyecto de Carapan se pretendía avanzar simultáneamente en dos vertientes: la investigación del indio «en el punto mismo en que empieza a ser mexicano» y la acción social directa, promoviendo acciones educativas de diversa índole para «incorporar al indio a la entidad nacional».

Es claro que para educadores como Sáenz, el pleno establecimiento de la identidad nacional enfrentaba el reto cultural de integrar a los indios, y que la

estrategia vislumbrada era eminentemente educativa. Es claro también que después de seis décadas el núcleo del problema: sigue en pie, aunque ya no se formule en los términos integracionistas que querían Sáenz y muchos otros. De hecho ha ganado terreno la contracorriente que rechaza la política integracionista y que postula la recreación cultural a partir de los propios valores y tradiciones de los indios. Y aun se escuchan voces reclamando airadamente que la mejor política educativa con los indios es la de dejarlos en paz. Pero analizar los ecos y recovecos de tal discusión es, como suele decirse, «harina de otro costal».

Aquí sólo cabría afirmar escuetamente que él problema reside y ha residido en las formas de articulación entre las olas de modernidad que han irrumpido en el continente durante cinco siglos, con su espíritu inconstante y progresivo, y la tradición comunitaria y los saberes milenarios de los indios. El reto de su articulación lo enfrentó de manera peculiar Moisés Sáenz y su equipo en los once pueblos de la cañada; y, ha no dudado, sigue en pie para los proyectos de promoción social y de educación de adultos.

Cuando Sáenz elige, con compañeros y autoridades, el lugar del proyecto, se asombra de la eufonía: «¿Podría inventarse nombre más sugerente?». A su llegada describe con lirismo la plaza silenciosa del pueblo, la composición de las calles, la arquitectura de la iglesia, las vestimentas y personajes del lugar. Después registrará minuciosamente en su cuaderno de notas los acontecimientos relevantes del proyecto.

Para dar cuenta de la experiencia, Sáenz desarrolla una diversidad de estilos: la descripción del contexto natural y cultural; la observación acuciosa y el registro diario de frases y hechos que le parecían significativos; el reporte puntual de datos numéricos... No oculta las dificultades y los obstáculos del proyecto. Al contrario, narra reclamos, desconfianzas e incluso amenazas e intrigas. En particular le interesa la educación: le duele el estado de las escuelas, su ausencia de horarios, la suciedad de los niños, la ausencia de orden; realiza una encuesta pueblo por pueblo, elabora recomendaciones y las envía a las autoridades de México.

En tanto que sistematización, la parte fundamental del texto se encuentra en la descripción de las reuniones del Centro Social. Con estilo expresivo y desenfadado anota, narra, comenta, describe, critica y opina desplegando sus capacidades de observador y de intérprete. La gama de actividades es variada

y compleja: las dificultades de organización para acondicionar el local comunitario, los gastos efectuados, las limitaciones pedagógicas de sus compañeros, las resistencias de los indios, el clima emocional de las sesiones de cine y de música, de las pláticas y ejercicios de lectura, de los juegos, adivinanzas y faenas colectivas de trabajo.

No todo el valor de Carapan reside en sus logros. Moisés Sáenz abandonó tempranamente el Proyecto (a los seis meses de iniciado) por razones que no explica suficientemente en el texto. El proyecto duró un año más, pero sus resultados finales no fueron sistematizados de manera que otros grupos los aprovecharan para enriquecer su práctica.

Aquí se conserva el prólogo de Isidro Castillo, que precede a la primera edición en México, la cual fue hecha por el Gobierno de Michoacán en 1966, siendo gobernador del estado el Lic. Agustín Arriaga Rivera.

Dijimos antes que gracias a la pluma de Moisés Sáenz, *Carapan* es también un texto de sistematización. Hoy, gracias al patrocinio de la Organización de Estados Americanos (OEA), al través del Proyecto Multinacional de Educación para el Trabajo (PMET), es posible que los educadores de adultos de América Latina y el Caribe, encuentren en *Carapan* ayuda para orientar su quehacer y motivación para escribir sus propias reflexiones.

PEDRO GERARDO RODRÍGUEZ

Prólogo

Con esa indulgencia que solemos tener para nuestros más viejos recuerdos y, sobre todo, para nuestros primeros deslumbramientos, siempre que escribo sobre el maestro Sáenz me tienta el recordar la primera vez que lo traté, hace ya de esto muy largos años. Fue en abril de 1926, en aquella ocasión en que con su carácter de Subsecretario de Educación, visitaba la escuela normal rural de Tacámbaro. La precursora del sistema en el país. Era yo, en la sazón que digo, director del referido plantel.

Acompañaban al alto funcionario en su gira por aquellos apartados pueblos de Michoacán, entonces sólo accesibles a lomo de bestia, los profesores José María Bonilla, colaborador inmediato, José Guadalupe Nájera, director de Educación Federal en la entidad, y la señorita Evangelina Rodríguez, inspectora escolar de Zitácuaro, como invitada.

Me retraigo a la primera impresión que tuve del maestro. Inolvidable aquella su presencia magnética; inolvidable su habla, que en fuerza de buscar la expresión justa, analítica, parecía silabear incisivamente las palabras; su fortaleza corporal y su cara parecían azorados ante la realidad o fascinados en la contemplación de sueños, que eran también en él otro modo de vigilia, ese otro más lúcido y más activo que vemos en sus visiones patrias del México Integro. Libre de los conflictos internos del mestizaje acentuado, por su origen norteño, la sensación de restiramiento del semblante, de la tensión del espíritu, que nos produce el retrato que hizo del Maestro, David Alfaro Siqueiros (sin duda uno de los mejores del gran pintor), no es sino la expresión individualizada de la fe, pasión o mística de una generación, de su pensamiento y su afán y su prisa por realizar su misión histórica estrechamente vinculada a las necesidades e inquietudes de su tiempo. (Cuando el eminente educador Norteamericano M. S. Pilman vino a México en 1925 y se acercó a nuestra labor, exclamó: «el espíritu y el entusiasmo que ponen ustedes en sus

escuelas sobrepasa a cuanto yo he visto en otros países que conozco»). Inolvidable, para quienes disfrutamos el privilegio de colaborar a sus órdenes, el calor que comunicaba a nuestros ideales nacientes, en aquellos días de las campañas constructivas en busca de una escuela que fuera la expresión de lo nuestro.

Lleno de vida, de salud y de proyectos, era el hombre en su punto, que dijera Gracián. Maduro el cuerpo y madura el alma; tanto por la plenitud de la edad, como por la experiencia de estudios y puestos cumplidos, que no le habían quitado la juventud.

En el Mezquital, poblado cercano a la laboriosa ciudad de Monterrey –«vivero de buenos mexicanos; laboratorio del civismo nacional» - nació el 16 de febrero de 1888. En su propia capital, Sáenz hace sus primeros estudios. Más tarde pasa al Distrito Federal, para ingresar en la Escuela Preparatoria Presbiteriana de Coyoacán. En la Escuela Normal de Jalapa, prestigiada por grandes educadores, como Rébsamen y Carrillo, se gradúa de maestro. Su afán de preparación lo lleva a hacer estudios en el extranjero. Se sostiene con sacrificio y forja su carácter y su mente en las disciplinas más austeras. En las Universidades de Jefferson y Washington se especializó en Ciencias Químicas y Naturales. En Columbia University recibió el grado de Doctor en Ciencias. Hizo también estudios en la Sorbona de París, y posteriormente, volvió a la Universidad de Columbia para doctorarse en Filosofía. Fue en tiempos en que John Dewey explicaba el curso y comenzaba su vuelo por todo el mundo la llamada escuela de la acción. Su tesis para recibir este título versó sobre la educación secundaria, y estuvo asesorado por mister Kandel, especialista en la materia. Incluía un proyecto de adaptación para México.

Desempeñó la Dirección de Educación en Guanajuato, por el año de 1915. Fue director de la Escuela Nacional Preparatoria, y desde allí tomó sus primeros contactos con los intelectuales de la capital. Ocupó después la Dirección General de Educación en el Distrito Federal y sirvió ciertos puestos universitarios, como el de Jefe del Departamento de Intercambio y Director de la Escuela de Verano, para extranjeros.

En 1924 el profesor Sáenz fungió como Oficial Mayor de la Secretaría de Educación Pública, y en 1925 asumió el cargo de Subsecretario. En los últimos meses del régimen del Presidente Calles sustituyó en el puesto de Secretario al Dr. Puig Casauranc.

Pronto se dejó sentir la influencia del joven Subsecretario en todos los campos de la actividad cultural: en las artes en general, con el impulso que dio a las escuelas de pintura al aire libre y de talla directa; en las autóctonas, con la apertura de escuelas especiales y museos regionales; pero sobre todo, con la función de protección y desarrollo de las artesanías y los oficios que ejercían las Misiones Culturales, a través de un Maestro de Artes plásticas o populares. A la música y la danza de origen indígena y mestizo se les concede atención preferente y son justamente valoradas. Comienzan a recogerlas y difundirlas con dedicación y cariño, Carlos González, Francisco Domínguez, Rafael Saavedra y Luis Felipe Obregón.

Su apoyo a la investigación antropológica y social merece un comentario especial. Sáenz es el sociólogo por antonomasia de la educación y el desarrollo de la comunidad rural. Impulsó y aprovechó las experiencias y trabajos de eminentes investigadores en este campo, como el maestro don Manuel Gamio, Miguel Othón de Mendizábal y Carlos Basauri. El propósito de relacionar la función de la educación con el desarrollo de la comunidad rural, la educación con la promoción social, era una idea nueva dentro de la pedagogía clásica. Por otra parte, implicaba la adopción de una política de desarrollo económico y social y ajustes apropiados en la organización administrativa y en los métodos de acción de todas y cada una de las dependencias del poder ejecutivo, principalmente. Sáenz es el primero que aplica la exploración social con fines inmediatos de mejoramiento. El survey que efectuaban las Misiones Culturales era una base efectiva para el desarrollo de su programa.

Como verdadero mentor que era, suscitaba las vocaciones a su paso, la colaboración espontánea y la actividad creadora. Prefería trabajar en equipo. Por eso, su labor en conjunto, parece más bien la de una generación de maestros, y lo fue de hecho. Desde los tiempos de la revista Educación, habían sido compañeros de él, don Rafael Ramírez, su segundo en el puente de mando de esta nueva navegación de la escuela mexicana; Lauro Aguirre, reformador de la enseñanza urbana; Gregorio Torres Quintero, albacea de la mejor tradición pedagógica; José María Bonilla, Alfredo G. Uruchurtu, José Arturo Pichardo y Leopoldo Kiel, funcionarios destacados, y otros eminentes maestros, entre los que se contaban Francisco César Morales, José Arteaga, Emilio Bustamante, Daniel Huacuja, Roberto Medellín, Rafael Santamarina, Juana Palacios, Joaquín Roca Zenil, Ismael Cabrera; Ernesto Alconedo, Teodomiro Gutiérrez, Gelación Gómez, Ponciano Rodríguez, José Manuel Ramos, Estefanía Castañeda, Lucio Tapia y Salvador Lima.

En su época, durante ese espacio del tiempo comprendido de 1924 a 1930, se suceden año por año, con la constancia de las estaciones, las conferencias, los cursos, las juntas y congresos; porque éste es el nuevo método, el que permite el trabajo en colaboración, la confronta entre el ideal y su realización, la consulta constante con quienes, en contacto directo con la realidad, se encargaban de ejecutar la obra.

El afán de investigar o de multiplicarse en las escuelas, como si partido en mil pedazos hubiera querido a través de ellos darse en comunión a la organización administrativa naciente, esparcida al voleo en siembra generosa, lo llevó a efectuar penosos viajes, a remontarse a las regiones más apartadas de la República, para ver de cerca la escuela rural.

«En 1929 no viajaban tanto como ahora los funcionarios capitalinos -nos dice en un prólogo-, pero algunos habíamos comenzado y muchos otros sentían la inquietud periférica. Los que salíamos nos dábamos cuenta de lo necesario que es el contacto directo con la realidad del país para quienes dirigen, desde el gabinete central, la administración pública. Algunos teníamos también la preocupación de más íntimas vinculaciones. Creíamos, por ejemplo, que un territorio puede estar alejado no solamente en el espacio, sino también en el espíritu; que la falta de sincronización con la vida del país es más seria cuando el ritmo psíquico se ha roto, o no se ha establecido. Cuando una de esas regiones se administra mal o se abandona, se corre el riesgo de perderla; cuando no se la comprende ni se la siente, se la ha perdido ya: No saber organizar, administrar, gobernar un rincón de nuestra tierra es deficiencia lamentable; no amarlo ni sentirlo es cometer traición».

Gracias a estas frecuentes y atrevidas giras por los estados podía decir con plena seguridad: «Conozco y siento la escuela rural, no únicamente a través del informe burocrático, sino por experiencia personal. He recorrido extensas zonas del país visitando todas las escuelas federales con que contaba. Vi las de Oaxaca, desde Tuxtepec y el Valle Nacional, escalando la Sierra de Juárez por todo el laberinto montañoso del Zempoaltépetl y más allá, hacia el Sureste, siguiendo la cresta de la sierra hasta el mar; las he visto en región azteca por toda la sierra de Puebla; recorrí también la llamada Polvorienta de San Luis Potosí para ver en contraste cómo la escuela rural se adaptaba a las condiciones de la vida dura del desierto; fui a Michoacán, a la región de Pátzcuaro, Uruapan y Tacámbaro, y las he visto también en Guerrero, en Tlaxcala, en Hidalgo, en Morelos, en México; puedo hablar de la escuela rural con un conocimiento de primera mano».

Para Sáenz el problema de México no era, en realidad, únicamente escolar; era una cuestión de civilización, como lo fue para los humanistas y misioneros del siglo XVI. En la obra civilizadora, nos enseñó don Vasco, que la parte escolar es mínima. Que hay muchos aspectos vitales, múltiples actividades fundamentales que quedan, por su propia naturaleza, fuera de las aulas, de modo que aun cuando la función escolar sea absolutamente eficaz, aquéllos quedarán intocados si no se ponen en juego otros medios de mejoramiento social. Definida la función educativa como la de una agencia civilizadora, y reconociendo siempre que el punto de arranque es el propio solar, es claro que la escuela mexicana regada por los ámbitos de un país de culturas diversas, en disparejo proceso de desarrollo económico y social, encarara también problemas y funciones diversas. En las condiciones que privaban por aquellos años, en aquellas comunidades en que no había más agencia de la Revolución que la escuela rural, esto era lo acertado.

Los años de 1928 a 1930 fueron para la escuela rural de desarrollo y crecimiento conceptual, así como de fortalecimiento en el trabajo. Es entonces cuando por antonomasia, decir escuela rural, equivalía a decir escuela mexicana. En la Asamblea Nacional celebrada en agosto del último año, se consolidó definitivamente el sistema de educación primaria. Los maestros reunidos en esta asamblea, parecían espoleados por un vago presentimiento, por el afán de sacar cuanto antes el saldo de una época cuyo ocaso hubieran sentido. Pero si trabajaban de prisa, puede decirse que afortunadamente pensaban despacio, como si quisieran ver más a fondo y con mayor claridad el fruto de sus quehaceres y sus creaciones, que era el de su juventud y el de su propia vida.

En su México Integro, el maestro Sáenz reproduce un escrito de esa época y en una nota fuera del cuerpo del texto, al pie de la página, escribió: «Este ensayo fue escrito en 1931, con anterioridad a la reforma del Artículo 3º de la Constitución, que establece la educación socialista; por su lectura podrá verse cómo la escuela revolucionaria, anticipándose a la prescripción legislativa, implantaba, de facto, un programa socialista».

En verdad, la idea de la escuela socialista no era extraña a nuestro medio, ni había que hacerla extraña, mistificándola con doctrinas de acarreo o con fines proselitistas de partido político. Simplemente prolongando idealmente las líneas de desarrollo de las fuerzas potenciales de la escuela rural hasta el límite de su perfección, para obtener una prefiguración ideal de lo que era capaz de ser, se llegaba a la escuela socialista.

El índice de las realizaciones de este periodo constructivo de la Revolución, en el campo educativo, es una larga enumeración que suena monótona y optimista como el caer de las monedas de oro constitucionalistas: jardines de niños; escuelas primarias; misiones culturales; escuelas secundarias; escuelas vocacionales y técnicas; internados indígenas; escuelas de pintura y escultura; bibliotecas ambulantes, etc. Durante su fructífera gestión intervino el maestro Sáenz en la creación o fomento de todas esas instituciones.

Importa hacer hincapié en una de las aportaciones del profesor Sáenz; por la trascendencia de la institución y porque fue el fruto de muchos años de preocupación y esfuerzo: me refiero a la escuela secundaria, cuya fundación llevó a efecto con la colaboración de eméritos maestros como los doctores Manuel Barranco y Pedro de Alba. Después de enviar a los Estados Unidos a un grupo de profesores mexicanos destacados para que se capacitaran ampliamente para la reforma de la segunda enseñanza en México, que permanecía en el estado en que la habían dejado los jesuitas o el positivismo en su último reducto de la Escuela Nacional Preparatoria, dio cima a la tarea. En efecto, los decretos presidenciales de 1925 y 1927, consolidan la organización del sistema. Sáenz aclara «que estas instituciones democráticas, con finalidades propias y variadas y con una diversidad de adiestramientos prácticos y salidas, arrancan de años atrás».

* * *

Como sabemos, el llamado problema indígena ha merecido la debida atención de parte de los gobiernos revolucionarios. Desde que se creó la Secretaría de Educación, se estableció un departamento especial de cultura indígena. En el proyecto de Vasconcelos, sólo figuraban tres grandes departamentos, producto de una de sus simplificaciones filosóficas: el escolar, el de bibliotecas y el de bellas artes. La Cámara de Diputados, por indicaciones expresas del Presidente Obregón, añadió dos más: el de la cultura indígena y la campaña contra el analfabetismo.

Con la mira de encontrar una mejor solución a tan delicada cuestión se fundó en 1925 la Casa del Estudiante Indígena. Las esperanzas puestas en esta

institución fueron, empero, ilusorias: el fracaso se hizo evidente desde el principio y fue necesario clausurarla. Dejó de funcionar en 1932.

En resumen, la situación en dicho año era la siguiente: existían pequeños internados de indios en ciertas regiones de Chihuahua, Chiapas y Guerrero.

Si esta era la situación en esa fecha, ello se debía más que a los tanteos desesperados de los maestros, a la actitud política del México revolucionario que había dejado, de hecho, todo el peso de la enorme cuestión únicamente a la Secretaría de Educación Pública. La Revolución había idealizado al indígena; y éste se había vuelto un verdadero mito, algo tan exclusivamente emocional y carente de contenido, que acabó por convertirse sin esfuerzo alguno en el mito demagógico más perjudicial para su propio desarrollo y superación. Llegamos a pensar que la verdad del indigenismo estaba en el hecho de que era una fe, un fervor, una pasión que estimula e inculca valor, y que no es necesario que sea una realidad eficiente, llamada a subsistir independientemente de nosotros, por su interna y natural necesidad.

A resultas de aquella tesis de que el indigenismo entrañaba una teoría discriminatoria contraria a la democracia mexicana, este movimiento no había tardado en cortarse las alas. Más que con simples propósitos pedagógicos (según se ha creído), con el fin de impulsar y orientar el movimiento indigenista, se proponía el profesor Sáenz llevar a cabo personalmente, y sin asomo de formalismos burocráticos, el proyecto de establecer un centro de observación, de experimentación y de acción para incorporar a los indios a la familia mexicana.

En cuanto a la índole de la institución que se iba a crear, había en México algunos antecedentes que es preciso señalar: los trabajos de investigación social efectuados en el Valle de Teotihuacan por el maestro Manuel Gamio, por los años de 1916 y 1917. Por primera vez se estudió en México una cultura en su vida y ambiente propio, aplicando métodos de investigación integral no usados hasta entonces en otros países. También el sistema de las Misiones Culturales (organizado por el mismo Sáenz), particularmente las permanentes, establecidas en zonas indígenas, como la de Actopan.

El método de ataque integral de los problemas sociales, mediante la organización del trabajo en equipo; el uso de la instrucción informal «que los inventores de las 'escuelas técnicas' nos habían traspapelado», y sobre todo,

el concepto de desarrollo integral que se fundamentaba en la acción coordinada de todas las dependencias del gobierno, constituía la experiencia aportada por estas instituciones al país y al mundo entero.

Sin embargo, la Estación que ahora se establecía, adquiriría una fisonomía muy suya, a causa de su doble propósito: de experimentación científica y de mejoramiento social.

Por malaventura, el experimento de Carapan fue truncado prematuramente. La liquidación de Carapan es síntoma de una dolencia mexicana: la falta de perseverancia. Sólo seis meses permaneció el maestro Sáenz al frente de los trabajos. Había llegado en julio, y para mediados de enero siguiente se despedía de sus colaboradores y de sus amigos de la Cañada, que ya lo eran todos los habitantes de aquel rosario de pueblos tarascos. La Estación continuó por el resto del año; era una creación tan personal, que estaba condenada a muerte con el retiro de su iniciador. Así sucedió años más tarde con el Ensayo Piloto de Nayarit; así acontece siempre con toda nueva empresa de iniciativa particular. Pero, en este caso, algunas incomprensiones surgidas entre Basols y Sáenz habían obligado al maestro a retirarse de las funciones de su alto cargo, y ahora lo llevaban a dejar definitivamente aquella Secretaría de Educación a la que había servido con inteligencia y lealtad durante tantos años.

Después de ocupar la dirección de la Beneficencia Pública, donde dio a las seculares instituciones de caridad un sentido alegre, de trabajo, educación y rehabilitación social, se enroló en el servicio diplomático. Se expatriaba voluntariamente. Su vivo interés de hombre de pensamiento siempre alerta, de humanista de cuerpo entero, lo impulsaba a ensayar el vuelo por todos los horizontes. Fue Ministro Plenipotenciario en Dinamarca y en el Ecuador, y Embajador Extraordinario en Perú.

Sin embargo, el maestro Sáenz siguió siendo, ante todo, leal a su vocación de maestro como Alfonso Reyes lo fue a la vocación literaria. Durante su estancia en el Ecuador y en el Perú, se dedicó a investigaciones científicas y trabajos educativos. En Lima se asoció a los grandes indigenistas, Valcárcel y Mariátegui, para emprender estudios en la región de Cuzco y Puno, en la meseta del Titicaca, entre indígenas quechuas y aymaras, descendientes de los antiguos incas. Prestó su colaboración a la Universidad de San Marcos en el proyecto de educación que ésta llevaba a cabo en una comunidad indígena del interior del país. En el Norte del Perú, por Huancayo, en una zona donde los

poblados tienen nombres muy semejantes a los tarascos, como «Guari» (hay una hipótesis sobre esta corriente migratoria), visité en 1956 una escuela rural que ostentaba el nombre del educador mexicano.

Todavía pudo prestar servicios a su patria, al participar como iniciador y principal organizador del histórico Congreso Indigenista reunido en Pátzcuaro, Mich., el 14 de abril de 1940, acontecimiento que marcó los rumbos nuevos del indigenismo en toda la América.

El 24 de octubre de 1941, en la capital del Perú, dejó de existir a la edad de 53 años. El gobierno de la República, la Cámara de Diputados, el Ministerio de Educación, la Universidad de San Marcos, los intelectuales, el magisterio y el pueblo hermano en general, rindieron cumplido homenaje a sus méritos como hombre, como diplomático, como pensador y maestro. Sus restos mortales fueron traídos a México, donde reposan en la tierra que él amara con entrañable amor.

* * *

A manera de una memoria sencilla de aquella experiencia inconclusa, es el libro Carapan, tan preñado de gérmenes y consecuencias, que vio la luz pública cuatro años más tarde. Esta obra única por su género en nuestro ambiente, constituye acaso el libro más vivo, más humano, más justo, original y fecundo con que un maestro ha enriquecido la literatura pedagógica nacional.

Un hecho fundamental le otorga su carácter único: el ser las conclusiones prácticas de un hombre culto y de buena fe que investiga los problemas y los conceptos instrumentales de la pedagogía en la raíz misma de la vida cotidiana. Así; por una parte, y fuera de academismos, es una obra de sabia doctrina mexicana sobre educación autóctona y rural y, por otra parte, constituye todo un programa de acción en beneficio del bienestar nacional.

Anticipándose a su tiempo, Sáenz sustentaba un punto de vista integral en materia de desarrollo del país. Consideraba que debía haber relación estrecha entre el programa de desarrollo económico y social del gobierno y la acción particular de desarrollo de las comunidades locales. Pero que no bastaba

la asistencia técnica de los maestros y otros profesionistas, ni la iniciativa y recursos de las comunidades aisladas. Esto seguiría siendo muy importante. Empero, el concepto de desarrollo era muy vasto, y podía depender en gran medida de la formulación de un programa, de una política nacional; de las relaciones internacionales, de un empréstito, de una medida arancelaria; etc., o de una legislación de trabajo o crédito, de la construcción de una carretera importante o una gran central hidroeléctrica.

Por eso su plan de Carapan no se enmarcaba en las atribuciones y posibilidades exclusivas de la Secretaría de Educación.

«Habíamos postulado la colaboración de todas las ramas del Gobierno -dice en su libro-, y muy particularmente la de aquellas que, como el Ministerio de Agricultura y el Departamento de Salubridad, ejercen actividades en la población rural. Pero saber que la cooperación y la coordinación se imponen, es una cosa; hacerlas realidad es materia muy diferente. Ya en otra ocasión, cuando se organizaban las misiones culturales permanentes, se había intentado integrarlas con aportaciones concretas y con participación en el control de las diversas oficinas federales. La cosa, evidente de suyo, se aceptó en principio, mas cuando se trató de cumplir comenzaron las dificultades».

Este era el aspecto que convenía subrayar. La Secretaría de Educación, de Agricultura, de Salubridad, todo el Gobierno, habían desparramado en México mucha acción generosa guiada mayormente por el fervor y la intuición, pero sin cuidarse de valorar el esfuerzo y aspirar a la eficacia y a los mejores rendimientos. Para que la Estación aspirase a una aportación original tendría que apartarse del empirismo fervoroso y adoptar métodos de trabajo más ilustrados y criterios de juicio más severos.

La coordinación y cooperación en los trabajos oficiales de educación y desarrollo, constituye todavía un serio problema. La dificultad tenía que ser mayor, casi insuperable, en aquel año de 1932, cuando la mayoría de las Secretarías carecían de programas foráneos y de la experiencia necesaria para implantarlos. Es en la administración del General Cárdenas cuando las dependencias federales amplían su radio de acción. Por lo demás, el proyecto de Carapan tenía que verse aislado, como lo estaba dentro del gobierno la Secretaría de Educación.

Tremendo es el inventario que levanta de las escuelas. Desconsoladoras las reflexiones que hace Sáenz ante aquella realidad incontrastable: «Las escuelas no merecen ni siquiera el mote despectivo de 'escuelas de leer, escri-

bir y contar', pues el aprovechamiento que de estas artes fundamentales observamos es casi nulo» -escribe ese día en su diario-. «Todos aquellos atributos que solemos asociar con los miles de escuelas rurales fundadas por la Revolución, están ausentes en éstas de la Cañada. Tan general es la falla y tan inexplicable, que he llegado a preguntarme si al definir la escuela rural, no habremos sido víctimas de algún miraje de idealismo. Los planteles de la Cañada distan mucho de estar socializados; no tienen anexos para el desarrollo de aquellas ocupaciones que tornen activa la enseñanza; los maestros son indiferentes y apáticos; los niños andan sucios hasta dar asco. El programa de la enseñanza es creación caprichosa de los profesores y de las circunstancias. No hay horarios, ni orden en lo que se hace. La asistencia es irregular. Los edificios son viejos, están sucios y destruidos... «.

Y palpando en la realidad el fruto de las reformas frangolladas, de las estruendosas novedades absurdas, empeñadas con más tenacidad en romper formas añejas que en construir formas nuevas, confiesa con desaliento: «Estoy convencido de la futilidad de tantas y tantas esporádicas y pueriles actividades de nuestra llamada escuela de la acción; ensayitos y simulacros tan incipientes y falsos que no pueden servir ni siquiera como estimulantes de acciones ulteriores, mucho menos como ejercicios en sí mismos valiosos».

No se necesitó sino un pequeño esfuerzo para cambiar apreciablemente las condiciones de todos los planteles. Cuando el maestro Sáenz se retiró, el trabajo ya se desarrollaba en condiciones que permitían esperar buenos resultados en el transcurso de su plazo natural.

La escuela de Etúcuaro, undécimo pueblo de la Cañada, que ya había hecho sus primeros progresos importantes desde entonces, ha sido con el correr de los años, una de las más destacadas del país. Tengo para mí que la escuela de la Revolución queda con ésta ejemplificada. El hecho de que ya sólo por excepción se encuentre una que cumpla cabalmente esa finalidad, no destruye la realidad del propósito. Relato digno de hacerse es cómo Etúcuaro se volvió mestizo; cómo se incorporó al ritmo de la vida nacional; cómo logró hacer real una nueva manera de vivir. Es inconcluso que en ello convergieron varios factores; pero también es evidente que en su transformación desempeñó un papel de primerísima importancia la escuela, y una personalidad de primer orden, que tipificó al maestro rural de aquel momento: Simón Ramírez.

De todas esas cosas habla este libro musculoso, tan íntimamente vinculado a la acción, a la convivencia con el pueblo, al proceso de gestación de una nueva vida.

Quizá su actitud científica dio a quienes le conocían superficialmente la impresión de que Moisés Sáenz era un hombre tan sólo cerebral; mas la lectura de sus obras descubre una sensibilidad de artista, que le permitió comprender el alma de las razas nativas de nuestro Continente. Carapan, aparte de su crecido valor científico, es la obra de un poeta. Está escrita con frase sobria, clara, justa, nunca excesiva; pero ornada de esa belleza sencilla que logra quien, dominando absolutamente la materia, se expresa con la naturalidad de lo evidente. Sáenz sabía manejar todos los giros de la emoción humana, todos los acentos del enorme registro dramático, todos los secretos del lenguaje. Hay páginas en Carapan en que la forma expresiva es digna de los más severos modelos de la literatura mexicana: tales, entre otras, aquellas que componen todo el capítulo que se intitula Película del Dieciséis, impregnadas de un movimiento, de un colorido y de una emoción lírica que parecen surgir del mismo ambiente. De otro carácter es el capítulo Vislumbres. Es una serie de breves apuntes del natural. El diálogo final, llamado Pasión Honda, tiene las dimensiones de una tragedia esquiliana.

No era preciso ser marxista para reconocer que el alma no adelanta mucho si el estómago está vacío. El problema de producción de los tarascos estaba determinado por estos hechos. Se les había despojado del usufructo de los bosques; que constituían el único recurso natural para su subsistencia. Y las artesanías, fomentadas por don Vasco, habían perdido ya el sentido educativo, social y económico que tuvieron en pasadas épocas. Su utilidad resulta discutible al presente, y es evidente la falta de mercado y de materias primas.

La castellanización (y aun la mexicanización misma), como fenómeno de expansión y comunicación, era para Sáenz, en gran parte, una función propia de la Dirección General de Caminos, más que de la Secretaría de Educación. «Aquí me he dado cuenta de que existen cuando menos tres Méxicos -decía-, el del asfalto, el del camino real y el de la vereda. Ciudadino y urbanizado el primero; campesino el segundo; indígena el último». (Es curioso observar que en Colombia llaman a las escuelas para indios, escuelas de vereda). Y agregaba que lo que pasaba en la Cañada no sucedía porque la comarca fuera india, sino porque estaba apartada. En este sentido -exclamaba-, y a condición de que

el plan de vialidad tomara nota del problema indígena, le voy más a la carretera que a la escuela para resolverlo.

Hoy podemos comprobar esta categórica afirmación. El paso de la carretera México-Guadalajara siguiendo el eje de la Cañada, ha originado una franca tendencia a la castellanización en la mayoría de los pueblos indígenas. En algunas, que están en franco mestizaje, sólo se conserva el idioma nativo en la medida en que se necesita para la explotación de los que aún lo usan en sus transacciones.

Pocos hombres, en verdad, han influido tan profundamente en la educación contemporánea como Moisés Sáenz. Todos los que vivimos o trabajamos a su lado llevamos su huella espiritual, y mucho mentirá quien lo niegue o siquiera lo disimule.

Todavía no hemos hecho una justa valoración de todos los supuestos e influencias de la obra y el libro de Sáenz, aunque sea con la brevedad que imponen estas líneas, hablaremos de algunos de ellos:

En el capítulo denominado Proyecciones, con que finaliza su excepcional crónica, Sáenz habla con singular modestia de una comprobación íntima del resultado de su labor. Por la lectura del libro, se verá que el primer personaje que visitó la Estación fue el general Lázaro Cárdenas, Gobernador del Estado. A partir de ese momento, repetirá sus visitas. Pues bien, cuando unos años más tarde éste asumió la Presidencia de la República, se ocupó profundamente del problema indígena. En su primer informe a la nación, después de señalar que a pesar de los esfuerzos hechos en ese sentido aun era mínimo el beneficio que recibían los aborígenes, dio a conocer su propósito de fundar un departamento autónomo de asuntos indígenas. Para este efecto, y por indicaciones personales del general Cárdenas, el profesor Sáenz elaboró el estudio que se incluye en este mismo capítulo, con la siguiente explicación: «las ideas que lo informan derivan directamente de la experiencia de Carapan. Son en realidad su proyección».

El Ensayo Piloto de Educación Fundamental, establecido el año de 1948 en una zona de población mestiza en franco desarrollo económico (tuve la suerte de acompañar al profesor Mario Aguilera Dorantes, en esta fundación), tuvo notorias semejanzas con la experiencia de Carapan. En algunos poblados, como Amapa y la Trozada, se ensayó con muy buenos resultados un programa de educación de adultos muy parecido al que el maestro Sáenz aplicó en el Centro Social de la cabecera de la Estación.

En el Centro Regional de Educación Fundamental para la América Latina (CREFAL), establecido por la UNESCO, el Gobierno de México y otros organismos internacionales, en la ciudad de Pátzcuaro, Mich., el año de 1951, tuvimos presente el ensayo de Carapan, así como otros resultados de nuestra educación rural. Se hizo una edición mimeográfica abreviada del libro Carapan, la misma que fue distribuida como documento de trabajo entre los alumnos de los diversos países de la América Latina.

Hemos dicho cómo se conservó el impulso inicial de superación dado a las escuelas de la Cañada, hasta llegar a catalogar entre las mejores del Estado y aun de la República.

A vueltas de algunos años, con el estímulo poderoso de la carretera tornó a renacer la semilla depositada en tierra fértil y húmeda. El año de 1954 se funda en la Cañada el Centro de Bienestar Social Rural, dependiente de la Secretaría de Salubridad y Asistencia. Esta nueva institución, en el país y en la región, será la depositaria de los ideales y fervores de Vasco de Quiroga, proseguidos siglos después por Moisés Sáenz.

* * *

La obra -decía Goethe-, es el sentido y la forma de la vida del hombre. Pródiga, esforzada, generosa, fue la del Maestro. Digno es de notar que sus creaciones no se han perdido, sino por el contrario, perduran, crecen y se renuevan. Acertada visión fue la expresada por el escritor peruano José María Arguedas: «Quien mete en lo que hace el fervor que metía Moisés Sáenz en lo suyo, por la fuerza hace surco, profundo y perdurable».

Necesaria y oportuna resulta la reedición de Carapan, que por primera vez fue publicado en 1936, en la ciudad de Lima, Perú. Por el hecho de haberse impreso en el extranjero y por otras circunstancias que no viene al caso referir, permaneció casi desconocido por cerca de un cuarto de siglo, siendo, en verdad, por todo ese tiempo más admirado que leído. Las vicisitudes de su publicación en México, en su propia tierra, en el ambiente que condice con su índole bien definida, con el acento personal del autor, con la emoción con que

desarrolló su labor pública, sólo son comparables a las que sufrió, por otros conceptos, la obra monumental de Francisco Hernández, el Plinio de la Nueva España, como lo titula don Alfonso Reyes. La edición de Carapan muchas veces fue intentada, y otras tantas, aplazada. En estas negligencias, a veces simplemente burocráticas, en estos trámites nada expeditos, se traspapeló la buena disposición y lo que es irreparable, se extravió el ejemplar de dicho libro, con anotaciones hechas de su puño y letra por el autor, ejemplar de valor inestimable que nos proporcionó la señora profesora doña Herlinda Treviño de Sáenz, esposa del Maestro.

Publicar esta obra, de manera que pueda circular profusamente, llegar a todas las manos; rescatarla del olvido, cuando por su fuerza, por sus dimensiones, por su autenticidad, por sus proyecciones, pertenece al presente y al futuro; restituirla al patrimonio nacional, es un alto deber cívico que no pasa inadvertido, porque no se cumple entre ingratos. El señor licenciado don Agustín Arriaga Rivera, Gobernador del Estado de Michoacán, y el profesor Leodegario López Ramírez, en su tanto, han consumado esta noble empresa, en honra y prez del maestro Sáenz, de Michoacán y de la Patria Mexicana.

ISIDRO CASTILLO

Diciembre, 1965

En Busca de Indios

HABIENDO tantos indios en México, no parecía fácil encontrar un pueblo donde establecer la Estación que deseábamos. Mentalmente recorría tanta aldea como conozco, por Oaxaca, Michoacán, la sierra de Puebla, el Estado de México y ninguna me parecía adecuada al objeto. En junio fui con el Lic. Bassols a la Mixteca en gira por las escuelas. Veremos muchos pueblos de indios, pensé, quizá encontremos el que buscamos. De la Mixteca pasamos al Valle de Oaxaca, desde arriba por Etna, hasta sus confines por Tlacolula y por Ejutla... De vuelta en la Capital, seguíamos buscando.

Y era que las condiciones que exigíamos no podían juntarse en un solo sitio. Deseábamos una comunidad de perfil indígena marcado, que hubiera resistido victoriosa a la lucha con el medio y hubiera sabido conservar su idiosincrasia india frente a la invasión mestiza. Pero a la vez la queríamos suficientemente permeable para que las corrientes externas la hubiesen ya fecundado. Nuestro problema era estudiar al indio en el punto justo en que comienza a ser mexicano. Era recomendable que nuestro centro de operaciones estuviese apartado de las rutas fáciles pero no resultaría conveniente localizado en un sitio inaccesible, a jornadas y jornadas de un ferrocarril. Buscábamos la influencia nacional, pero esquivábamos el torbellino mexicano. El éxito de nuestra empresa exigía cierto aislamiento de laboratorio. Necesitábamos realidad en el ambiente, realidad mexicana, pero era preciso que las fuerzas invasoras se atemperasen y pudieran, en un momento dado, ser encauzadas. Las queríamos vivas y genuinas, pero siervas de nuestro propósito experimental, no dueñas de nuestra acción. La comunidad no había de ser demasiado grande ni muy compleja, que es en las

M O I S E S S A E N Z

agrupaciones primitivas donde mejor pueden observarse los fenómenos sociales que nos proponíamos analizar. Teníamos por añadidura la ambición de querer apreciar, en un plazo no demasiado largo, los resultados del programa que pretendíamos desarrollar.

Buscábamos sin acertar con el pueblo ideal. Este era demasiado mestizo, aquel sobradamente «cerrado». Tal comunidad reposaba escondida en un risco o cañada a cuatro días a caballo de una estación de ferrocarril, tal otra quedaba muy cercana a la vía, o a la orilla de una nueva carretera, o demasiado próxima a un centro populoso. Entre los pueblos indios, unos parecían más hostiles que la generalidad, otros anormalmente faltos de bienes económicos; los de allá habían caído muy abajo en la escala de la cultura. Algún pueblo nos satisfacía, pero el gobernador del Estado cuya era la jurisdicción no se cuidaba de cooperar con la Secretaría del Ramo. Aquel otro nos hubiera gustado a no ser por quedar en la zona de uno de esos antiguos cacicazgos que, asumiendo las formas aparentes del autoritarismo mexicano organizado, conservan los peores rasgos de los señoríos tradicionales...

Me hallaba pues en el curioso predicamento de no encontrar indios en México, en este país cuyo último censo ha registrado a dos millones y cuarto de individuos que hablan lenguas indígenas; yo indianista militante, y justamente ahora que la Secretaría de Educación se había propuesto establecer, muy a instancias mías por cierto, un centro de observación, de experimentación y de acción para incorporar a los indios a la familia mexicana.

Fue en Oaxaca, en plena Mixteca, donde me acordé de la Cañada de los Once Pueblos, región que no conocía sino por su título que siempre me había sonado romántico. Camarena, agrónomo de la Misión Cultural cuyo territorio visitábamos con el Ministro, me dio informes: lindas tierras michoacanas; región apartada, encañonada en realidad; gente buena, costumbre exótica; clima envidiable; productos del suelo variados... «La Cañada de los Once Pueblos»... ¿Podría inventarse nombre más sugerente? Y apenas de regreso en México concerté viaje para Michoacán, a la Cañada de los Once Pueblos.

Fueron conmigo en aquella visita de exploración, Carlos Bausauri, etnólogo, y Pablo González Casanova, lingüista, que había estado con nosotros en la gira por la Mixteca y a quien había invitado a formar parte del personal de la Estación. Me acuerdo con

C A R A P A N

ternura de nuestro noble y grande González Casanova. Fue cargando su dispepsia -el único paciente alegre que yo he conocido- su ingenio y su buen humor, provisto de un maletín maravilloso en el que había ginebra, para mezclar con el agua a fin de calmar la sed; una botella de tinto, sin lo que no se pueden digerir estas comidas pesadas de los viajes duros; latitas de carne seca para engañar al diente en las jornadas largas... Sólo faltaban las dos clases de pastillas que lleva siempre Roberto Montenegro en viajes semejantes, unas para conciliar el sueño y otras para despertarse por las mañanas. Pablo González Casanova, gran señor y leal amigo, ensoñador del indio, explorador en fantasía, animador de las causas buenas, que se nos ha ido y que desde las regiones del Más Allá donde reside, ha de seguir con amor las peripecias de todos los buenos reformadores del mundo.

Llegamos a Zamora donde vimos a Evangelina Rodríguez, inspectora escolar en cuya jurisdicción quedaban las escuelas de la Cañada y que nos había de conducir. Eran los últimos de junio pero no comenzaban todavía las aguas. Pudimos hacer el viaje a los Once Pueblos en automóvil, partiendo de Zamora, pasando por Tangancícuaro y entrando a la Cañada por el lado occidental, por Chilchota. En dos horas llegamos de la ciudad que le ha dado a México muchos curas y los Chongos Zamoranos, al primer pueblo de aquel rosario de comunidades cuyas posibilidades como objetos de experimentación social deseábamos apreciar. El camino atraviesa el valle de Tangancícuaro, tierra representativa de lo mejor del Michoacán templado. Áreas extensas de suelo profundo formado con limos sustanciosos, agua abundante, árboles frondosos que perfilan los sembríos, lomeríos broncos, vómito de esos volcanes viejos que enmarcan el paisaje con un cerco de montañas cónicas vestidas de verde. En los confines del valle, por el oriente, hacia nuestra izquierda, asentado al pie de un cerro reseco, divisamos el pueblo de Etúcuaro, uno de los once, situado, en realidad, fuera de la Cañada.

Una valla rocosa cierra la boca de la cañada; pasándola, se cae sobre el primer pueblo, Chilchota, asiento de los poderes municipales. Poco indígena nos pareció esta población de calles parejas, de casas enfiladas apretadamente a lo largo de las banquetas, muros de colores claros entre los que predomina ese tinte de rosa viejo peculiar de los pueblos michoacanos, que tan bien armoniza con

M O I S E S S A E N Z

el rojo-gris de los tejados. Chilchota es, en efecto, mestizo, según habíamos de comprobarlo más tarde.

Vimos la Cañada como un valle estrecho, ligeramente ondulante, flanqueado por cerros un tanto áridos y rocosos. El camino, plano o medianamente escarpado, asciende levemente desde Chilchota hasta Carapan, bisectando las tierras de labor y atravesando las aldeas. El «forcito» corría a treinta kilómetros, sin mayores tropiezos. Urén, parece la continuación de la calle mayor de Chilchota que el río hubiese interrumpido. Tanaquillo tiene como los primeros dos pueblos, su calle bien fincada. La ruta avanza por entre solares cultivados o campos de labor donde acaba de segarse el trigo; se hace un poco más umbrosa al pasar por entre los aguacatales de Acachuén y Santo Tomás. El único pueblo que no toca el camino real es Zopoco, que se divisa a un kilómetro, por la derecha. Pasamos por Huáncito, que tiene una placita mística con un fresno enorme y una buganvilia inolvidable. Dos kilómetros más arriba está Ichán y sin solución de continuidad entramos a Tacuro. Pasamos otra vez el «río», arroyo cristalino de aguas rápidas y, venciendo una pequeña cuesta, llegamos a Carapan, el último pueblo de la Cañada, si se cuenta viniendo de Zamora, el primero si siendo indios, sabemos que «Carapan» significa «el lugar donde se guardan los registros». Geográficamente es el primero porque aquí comienza el valle, aquí nacen las aguas en un manantial sombreado por árboles centenarios, que fue adoradero de los indios y que sigue siendo un santuario de belleza agreste. Aquí son las fuentes del río Duero. Las aguas se deslizan a lo largo del valle, que no es una cañada propiamente esta de los Once Pueblos, sino un valle angosto de fondo plano. La corriente principal baja por el flanco del norte pero las aguas se pueden verter a voluntad por todas partes y son la bendición de los moradores de esta comarca. Hay agua de sobra; falta tierra, pero la que hay es de primera calidad.

Las gentes que veíamos eran de dos tipos. Un mestizo blanquizco, esbelto y bien parecido y un indio de estatura regular, más bien alto, de facciones agradables y de andar tranquilo. Los indios llevan ropas blancas de manta, o pantalones de mezclilla azul, sarape negro de puntas largas, que rozan casi el suelo, y un sombrero chinesco de palma, de ala ancha y copa muy cónica, demasiado pequeña en proporción. Las mujeres usan enagua de percal muy ancha o bien un «enredado» de lana azul oscuro, con plegado de

C A R A P A N

acordeón. Todas llevan delantal azul. La blusa es de manta blanca, a veces bordada. El rebozo no les falta, es azul marino con listas blancas bien espaciadas. Pasando Urén, casi toda la gente que veíamos era indígena. Cuando llegábamos adonde corre el agua, y sobre todo al acercamos a los manantiales de Carapan, encontrábamos grupos de mujeres acarreado el líquido en cántaros rojos de forma esférica, decorados opulentamente, en negro, o en blanco y anaranjado, con figuras de flores y de animales de atrevida estilización. Cuando nos veían las mujeres esquivaban la mirada y se alejaban cuanto más podían acelerando el paso leve y el ritmo de los brazos, sin perder el equilibrio del cántaro sobre la cabeza.

El centro de Carapan es la plaza, desnuda, con calle al poniente donde quedan la «tenencia» y la escuela, con portales; al norte hay un jardín de rosas y canas que cuidan los niños; al oriente veo el atrio de la iglesia, bordeado con adobes rojizos por encima de los cuales levantan muy alto sus ramajes cónicos dos filas de cipreses añosos. La calle y camino pasa por el lado del sur, frente a una tapia baja que limita el atrio menor de la Capilla de Don Vasco, donde hay unos fresnos. La iglesia, de fachada blanca, está cerrada. La capillita hace mucho que no se abre.

La plaza estaba vacía, silenciosa como el pueblo. La cobijaba un cielo muy azul y estaba llena de esa luz espesa que amorata las sombras y borra el perfil de las cosas. Me gustó aquel silencio, aquella aparente soledad. Yo sabía que docenas de ojos nos veían furtivamente desde los portones de aquellas casas enjalbegadas, por encima apenas de las tapias de todos los corrales. Mejor que no hubiera salido ningún comité de recepción, ni hubieran tronado un solo cohete, ni nos hubiera dicho un discurso ningún maestro. Este silencio y esta plaza vacía eran una bienvenida mejor. Me imaginaba que estaba ya integrándome a la vida de Carapan, y me dio el corazón un vuelco de impaciencia por estar ya aquí, para quedarme. La iglesia tiene torres, pero las campanas se tocan desde un campanario de adobe rojizo construido en el ángulo del atrio. Una estructura de dos cuerpos, cuadrada y gruesa, como torre de moros, un poco ruinoso, lo suficiente para dar a la plaza un aire arcaico y solemne.

María García, directora de la escuela, nos presentó a Tomás, el «jefe de tenencia» y a dos o tres vecinos, indios todos, vestidos de overol de mezclilla y blusa de manta. Vemos a los cincuenta

M O I S E S S A E N Z

niños alumnos. No había duda de que estábamos en una comunidad indígena al ciento por ciento.

Regresamos cañada abajo y nos detuvimos en Tanaquillo, donde pasamos la noche en la casa de Isaac Prado, uno de los hermanos Prado con quienes nos dijo Evangelina tenía uno que contar para hacer cualquier cosa, bien dispuestos, por otra parte, a apoyar todo lo bueno.

Isaac Prado es alto y enjuto, piel morena tirando al bayo. No me pareció indio puro. Habla castellano con la fluidez y la corrección de cualquier mestizo de pueblo. Su casa está bien puesta. Dos o tres piezas grandes a la calle, con ventanas de reja al exterior y puertas interiores que abren sobre un corredor muy ancho, bien enladrillado; zaguán y pasillo por el que se entra a un patio amplio de tapias macizas, con traspatio grande al fondo. En las habitaciones hay sillas negras de asiento de tule decoradas con flores y volutas en oro y rojo, muy chinescas. Las camas de madera, tienen colchón de lana, sábanas, colchas tejidas al gancho y cabezales enfundados en forros blancos con largas puntas de malla. Nos sirvieron la cena en mesa con manteles planchados, en platos de loza blanca, con cuchillos y tenedores: un bistec, frijoles, café con leche y pan. En la mañana nos pusieron agua, jabón y toallas en el corredor y nos dieron un almuerzo de huevos, frijoles, café con leche y pan.

Aquello no parecía muy indígena ni muy primitivo pero era de todas maneras muy pueblerino y agradable. Además Isaac Prado, con quien hablamos largamente, nos animaba a venir a la Cañada. Este era el lugar que buscábamos, nos decía; ellos nos ayudarían; había mucho que hacer; la gente era buena y en todos los pueblos «tenemos partidarios, (los agraristas) con los que se cuenta para todo».

Pasamos dos días en la comarca. Cuando regresamos a México redacté un informe, recomendando al Ministro Bassols el establecimiento de la Estación en la Cañada de los Once Pueblos.

Cuestión de Nombres

DISCUTIMOS largos ratos en aquella piecinita de la Secretaría de Educación que nos servía de «oficina» sobre el nombre que debería llevar lo que proyectábamos. Mientras más hablábamos menos comprendíamos. Se reunían conmigo Basauri, González Casanova, Miguel O. de Mendizábal, José Guadalupe Nájera y de cuando en cuando, conforme le daba campo el afán burocrático en que andaba toda la vida enfrascado, don Rafael Ramírez. Y claro que la dificultad para bautizar a la criatura era que desconocíamos su índole, estando, por otra parte, empeñados en un apelativo de justa connotación.

«Estación de incorporación», «Estación de incorporación indígena», «Estación de incorporación del indio»: variantes de estilo. Pero luego proponíase: «Instituto social rural», «Instituto de investigaciones indígenas», «Laboratorio de sociología indígena», que denotaban conceptos diferentes. Conocíamos las Misiones Culturales y lo que planeábamos era una suerte de misión cultural permanentemente asentada en comunidades indígenas, pero precisamente porque las «misiones» habían adquirido una fisonomía muy suya, queríamos nombre distinto para lo nuestro. Se habló también de «Estación experimental de incorporación indígena» y nos gustaba más este rubro que los primeros. Nos acordábamos de las estaciones agrícolas experimentales que había empezado a establecer Don Porfirio. La analogía era exacta pero me molestaba muy en lo interior el pensamiento de si nuestro afán «experimental» (¡y ahora con indios, ya no con plantas!) sería un síntoma de «cientificismo» en plena era revolucionaria. Y yo, que había andado proclamando contra los neo-porfiristas del régimen.

El nombre que más me gustaba era «Proyecto de incorporación indígena». Casi había convencido a mis colegas. Esto es un «pro-

M O I S E S S A E N Z

yecto» en el sentido que dan al término los ingenieros, les dije, una unidad de actividades que se desarrolla para realizar un plan científicamente trazado. Pero no es únicamente el esquema o el boceto, el estudio preliminar, la «copia azul», es eso y además el conjunto de elementos de todo orden organizados para ejecutar la obra planeada. La cosa era clara. El nombre era excelente. De acuerdo todos. Y quedó de hecho convenido en que nuestro «asunto» se llamaría «Proyecto de Incorporación Indígena». Comenzamos a usar el término pero en una de tantas veces, sospechando yo no sé qué falta de comprensión, aclaré que lo de «proyecto de incorporación» era semejante a lo de «Proyecto de Irrigación del Mante» por ejemplo, y que significaba lo que éste: copias azules, planos, ingenieros, campamentos, maquinaria, trabajadores... «Pues apenas me voy enterando», dijo entonces alguno, «Cada vez que Ud. decía 'proyecto de incorporación' me imaginaba yo que se refería al memorándum que le hemos de presentar al Ministro»... No hubo más discusión. En aquel mismo instante decidimos desechar por oscuro mi nombre predilecto.

La dificultad para acertar con la denominación no era únicamente la confusión de ideas, contaba también lo complejo de la cosa misma. Se pretendía, en efecto, crear un instituto de estudio y de investigaciones de orden etnológico y, más ampliamente, sociológico, y a la vez poner en juego un programa de acción tendiente a culturizar al indio y a mejorar sus condiciones de vida y a lograr la integración de las comunidades al conglomerado social mexicano. Y tal programa debía mantener dos miras a la vista; una, la de hacer el bien por sí mismo, para beneficio de las gentes y otra, la de realizarlo por vía de experimento, queriendo indagar si los procedimientos puestos en juego son los más adecuados para alcanzar los fines generales que el Gobierno de México persigue frente a su problema indígena.

Lo del nombre, después de todo, era cuestión sin importancia; lo que valía era precisar el rumbo y trazar el método. Al fin y al cabo decidimos llamarnos «Estación Experimental de Incorporación del Indio», título pedante del que estoy arrepentido.

Memoranda

I

*Al Ministro de Educación: ¿Por qué vamos a la
Cañada de los Once Pueblos?*

HEMOS regresado del viaje que emprendimos al Estado de Michoacán, los señores Pablo González Casanova, Carlos Basauri y yo. Por indicación de Ud. fuimos a cerciorarnos de las condiciones de la Cañada de los Once Pueblos, como posible sitio para la Estación Experimental de Incorporación del Indio, que piensa crear la Secretaría de Educación Pública.

Se puede llegar a la Cañada por dos lados, desde Zamora, viniendo de occidente a oriente o desde Zacapu, viajando en dirección contraria. La vía de Zamora puede seguirse con facilidad solamente durante la temporada de secas, que es cuando corren camiones a Chilchota, el pueblo más importante de la Cañada. El recorrido se hace en unas dos horas. Durante la estación lluviosa solamente a caballo puede transitarse. Es una buena jornada de un día. Zacapu es una estación de ferrocarril en el ramal Pénjamo-Ajuno. Es un pueblo de importancia, con buenas tiendas de comercio, dos hoteles provincianos, etc. Para ir a la Cañada hay que tomar caballos en Zacapu y, trasmontando una sierrita boscosa, siguiendo un camino umbroso y bello, se llega en unas cuatro horas al pueblo de Carapan, asentado en el extremo oriental. En las secas es posible también hacer el viaje en camión desde Zacapu, por Purépero. En consecuencia, se puede tomar el tren de Guadalajara en la ciudad de México por la tarde, se trasborda en Yurécuaro para Zamora a la mañana siguiente y se está en Chilchota por la tarde. Por el otro lado se tomaría el tren de Uruapan, se cambiaría en Ajuno, se esta-

M O I S E S S A E N Z

ría en Zacapu a las cuatro de la tarde y se llegaría al anochecer a Carapan. En toda época del año hay correo diario hasta Purépero, de donde podría llevarse la correspondencia a Carapan en una hora y media. En Purépero hay también oficina telegráfica.

La Cañada de los Once Pueblos es un valle estrecho e irregular que arranca de los contrafuertes de la sierrita de Zacapu (parte de la sierra de Uruapan) y se extiende de oriente a poniente, en una longitud de diez kilómetros más o menos. El vallecito tiene una anchura media como de dos kilómetros. La altura es aproximadamente de 2,000 metros sobre el nivel del mar; el clima es templado y delicioso. Las tierras de fondo son de primera calidad. Se cultivan el trigo, la cebada y el maíz. De frutales son excelentes los aguacates y muy buenos los duraznos, los higos y las chirimoyas. Hay una variación apreciable en el clima entre la cabecera de la Cañada y Chilchota. Aquí alcanza a madurar el plátano; hay naranjos en los solares y las granadas son primorosas; en Carapan, el clima es menos propicio para las plantas subtropicales creciendo, en cambio, con mayor lozanía los nogales de Castilla y la chirimoya. El agua es abundante. Brota de manantiales en la parte alta del valle y corre hacia el poniente, formando un riachuelo de proporciones apreciables que es el comienzo del Río Duero. La topografía permite la fácil irrigación del suelo.

En este valle estrecho quedan diez de las once aldeas que le han dado nombre a la Cañada: Carapan, Tacuro, Ichán, Huáncito, Zopoco, Santo Tomás, Acachuén, Tanaquillo, Urén y Chilchota. El pueblo undécimo es Etúcuaro, situado fuera de la Cañada, en la orilla oriental del amplio valle de Tangancícuaro. Si se recuerda la pequeña extensión, se sabrá que los pueblos yacen muy próximos unos de otros. De hecho, los de Tacuro e Ichán son contiguos y lo son también Chilchota y Urén. Entre Tanaquillo, Acachuén y Santo Tomás median apenas algunos solares. La población es de unos cuatro mil habitantes de los cuales más de la mitad viven en Chilchota. Carapan, el pueblo más grande de los indígenas, tiene unos ochocientos; los otros son bastante más pequeños. Chilchota, Urén y Tanaquillo reconocen como eje principal al camino que va por todo lo largo del valle y que al cruzar las poblaciones se convierte en una calle embanquetada con aceras continuas de casas enjalbegadas, techadas de teja, con aleros angostos. Los otros pueblos tienen un aspecto más rústico: las casas están dispersas en los solares

C A R A P A N

de la población y el núcleo central es menos prominente. Pero en ningún pueblo faltan construcciones más o menos macizas, si bien modestas. Aún las moradas de familias indígenas humildes consisten en una buena pieza de adobe con techo de teja, de portal al interior y de un patio o solar, cercado generalmente por un tapial de adobes. Casi todas las construcciones que dan a la calle están bien blanqueadas; la mayor parte de ellas aplanadas con lodo y algunas pintadas. Las casas tienen puertas de madera bien hechas; por excepción hay ventanas. Con todo eso nos pareciera estar en pueblos de mestizos pues no asocia uno por lo común este tipo de casas con las del indio. En realidad, en los tres pueblos del lado occidental Chilchota, Urén y Tanaquillo, son familias mestizas las que ocupan las casas de la calle principal. Pero basta una ligera exploración para comprobar que el resto de la población es bien indígena.

Casi todas las mujeres que vimos en los siete pueblos del interior llevan ropas indígenas típicas, algunas, sobre todo las que usan las mujeres viejas, son exóticas, (*chincuete* o «enredado» de paño azul marino y una camisa blanca bordada con motivos indígenas). Más de la mitad de los hombres andan con pantalones de mezclilla; los otros usan todavía el calzón blanco. Nos dicen que la mayor parte de las mujeres de las siete aldeas del interior no hablan ni entienden el castellano. Como tres cuartas partes de los varones, probablemente, comprenden la lengua nacional y cuando menos la mitad de ellos la hablan, con más o menos dificultad.

El régimen económico de las comunidades es esencialmente agrícola. Los cultivos principales son el trigo y el maíz. Todos los pueblos tienen tierras contiguas al caserío y algunos de ellos, terrenos de cultivo de mayor extensión a dos y tres kilómetros de distancia en vallecitos más elevados fuera de la Cañada. Cada pueblo cuenta también con bosques en las sierras cercanas. Las florestas y los pástales están bajo régimen comunal. Las tierras de cultivo mediatas a los pueblos, comunales en teoría, forman en realidad un mosaico de pequeñas propiedades privadas. Dos pueblos, Tacuro e Ichán, tienen un litigio antiquísimo por cuestión de tierras que, no obstante la proximidad material de las casas, mantiene a, sus habitantes en un estado de latente hostilidad. En dos de los pueblos, Santo Tomás y Huáncito, existe la industria de la alfarería, como complementaria de la actividad agrícola. Se fabrica loza de uso,

M O I S E S S A E N Z

cántaros para agua, y jarros y cazuelas que se llevan a vender a Purépero o son adquiridas por comerciantes ambulantes en las mismas casas de los alfareros. En esta actividad los hombres acarrean el barro de los yacimientos cercanos, y queman la loza en los hornos; las mujeres ejecutan todo el proceso de manufactura y decorado. No hay ninguna otra pequeña industria generalizada. En Chilchota hay algunos establecimientos comerciales y se organiza dominicalmente una plaza de frutas, carne, legumbres, granos y diversos menesteres domésticos. En los otros pueblos no hay más negociaciones comerciales que una tiendecita a dos, para la venta en pequeño de sustancias alimenticias.

El centro comercial más importante para la región es el de Purépero, pueblo situado al noreste de Carapan, pasando unos cerros abruptos, a hora y media de camino a pie. Purépero es un pueblo mestizo de bastante importancia. Tiene buenas tiendas de comercio, carnicerías, botica, fraguas, herrerías, etc. La plaza dominguera es muy importante. Afluyen los agricultores y comerciantes de una extensa región, para la compra y venta de sus productos. Los indios de la Cañada bajan a vender su loza y los productos del suelo; compran tela de algodón, sal, chile, dulce y otros menesteres.

Políticamente la Cañada pertenece a la jurisdicción municipal de Chilchota. En cada pueblo hay un agente municipal, a quien designan «Jefe de Tenencia». El elemento más importante, política y militarmente hablando, es la familia Prado: Ernesto es el jefe militar; Isaac, la figura principal de Tanaquillo; Eliseo el señor de Huáncito. El año pasado fue asesinado el cuarto hermano, Alberto, que era jefe de Ichán. Ernesto Prado, indio completamente mestizado, tiene el grado de coronel, jefe de las Defensas Rurales de la Cañada. Sus servicios militares se desarrollaron cuando se puso al frente del grupo que en 1918 trató de resolver caseramente el problema local agrario. Se organizó entonces la brigada «agrarista», cuerpo al que pertenecen, en una especie de reserva permanente, los miembros del Partido Agrarista, que así se designa al sector revolucionario y gobiernista. En cada pueblo hay pues un núcleo más o menos numeroso de individuos que tienen armas y que reconocen la jefatura de Prado. Ernesto Prado es, en realidad, el comandante militar de la Cañada, sus fuerzas son estos campesinos armados, a quienes a la vez él llama «las defensas». La organización militar de

C A R A P A N

estos hombres es insignificante, pero el dominio de Ernesto Prado, es incuestionable y como tienen rifles, en el momento que Prado quiera, cuenta con un ejército de ciento cincuenta o doscientos indios campesinos, con lo que tiene de sobra el control de la Cañada. En Chilchota hay un pequeño destacamento de las fuerzas federales. Me parece que las relaciones entre Ernesto Prado y el Capitán-Jefe de este destacamento no son por regla general muy cordiales.

Existe en la Cañada una división entre el elemento revolucionario, capitaneado por Prado, y «Los Otros». Esta vaga designación se refiere a la masa más o menos pasiva de la población, que no está de acuerdo con la transformación que impulsan los elementos de Prado; comprende a las mujeres fanatizadas, y a los viejos más o menos reaccionarios. Se oye hablar a cada rato de «los agraristas» por una parte y de «los viejos» o «los beatos» o «los *janáticos*» por la otra. Los «agraristas» compusieron a su manera (y según su conveniencia dicen los opositores) la cuestión de tierras; mantienen cerrados todos los templos; se oponen a ciertas fiestas y celebraciones de carácter religioso o tradicional; prohíben la venta de alcohol; apoyan al Gobierno; son miembros de la Confederación Regional Michoacana de Trabajadores.

Estas son las impresiones recogidas en nuestra breve visita de exploración. Las observaciones son superficiales pero conversamos con quienes pudimos a fin de completar o explicar lo que vimos. En resumen, proponemos a Ud. que se establezca en Carapan la Estación Experimental que la Secretaría de Educación Pública tiene acordada.

Si se examina el cuadro que he descrito, aparecen las razones que justifican la proposición que hacemos. Casi todos los pueblos están formados por comunidades típicamente indígenas; la comarca es una unidad que ha sostenido su idiosincrasia vernácula. Por otra parte, la influencia mexicana se ha insinuado en todas partes y ha alcanzado preponderancia en tres lugares. Es interesante observar cómo la intromisión mexicana, digamos en otras palabras, la mexicanización o el mestizaje, términos que por el momento reputo equivalentes, es una función de las comunicaciones, robusteciéndose en aquellos lugares que han estado más expuestos a las influencias externas. Carapan es, de los pueblos más indígenas, el de rasgos más enérgicos pero, por estar situado en un extremo que, menos accesible que el de Chilchota, es de todas maneras la puerta de en-

M O I S E S S A E N Z

trada de las corrientes que vienen por el lado de Purépero, ha sido también afectado por ellas y acusa ciertos aspectos de mestizaje que no se descubren en las aldeas centrales. Las dos comunidades más indias son justamente las del centro, Huáncito y Zopoco y de estas dos» la última es todavía un poco más «cerrada», precisamente por quedar a un lado del camino real. Será posible también observar el efecto de las nuevas vías de comunicación en un vecindario indígena pues el trazo de la carretera México-Guadalajara está proyectado, justamente, a lo largo de toda la Cañada, penetrando por el lado de Carapan.

La situación geográfica de la región, por lo que se refiere a su distancia del ferrocarril, de centros populosos, etc., es también recomendable pues cumple el requisito de apartamiento sin excesiva lejanía. El clima, el agua y otras condiciones del medio físico son inmejorables.

Es evidente que el régimen económico de estas comunidades es típicamente indígena. Existe la propiedad francamente comunal cual es la de los montes y bosques, y la otra, de carácter más individual en la que el dominio comunal aparece apenas como vestigio y más bien como un concepto teórico que como una realidad. Es importante subrayar el hecho de que dos de los pueblos de la Cañada cuentan con una pequeña industria de tipo tradicional, bien arraigada. Será posible, en consecuencia, estudiar los dos aspectos fundamentales de la economía indígena, el agrario y el de la pequeña industria.

La Cañada experimentó una conmoción revolucionaria interesantísima en cuanto a poner de manifiesto el carácter aislado, local y fragmentario de nuestro gran movimiento en su primera etapa, así como la urgencia inaplazable de la cuestión tierra que aquí, como en casi todo México, fue el móvil más poderoso que lanzó a los hombres a la contienda. Estos pueblos de la Cañada no sufrieron propiamente la incursión del latifundista pues la topografía y el aislamiento fueron adversos al establecimiento de la hacienda pero sí padecieron, y en forma grave, la afilada garra del gamonal, del agiotista, del pequeño comerciante pueblerino. Los predios, las parcelas, los solares fueron cayendo, poco a poco, en manos del acaparador local representante del tendero de Chilchota o de Purépero. La Revolución Agraria de la Cañada, así se llamó al movimiento vindicatorio, se propuso arreglar la situa-

C A R A P A N

ción local, repudiando las obligaciones y servidumbres en que se había incurrido, devolviendo los predios a sus dueños originales, expulsando a los forasteros explotadores. A pesar de todo, el problema de la tierra no ha quedado íntegramente arreglado, ni siquiera dentro del cuadro particular, mucho menos conforme al programa de reconstrucción agraria general del Gobierno Revolucionario. La Estación tendrá pues, un campo de trabajo y de observación de considerable importancia.

Como tantas otras zonas indígenas, la de Carapan tiene su cacique. Ernesto Prado lo es incuestionablemente. No puedo decir en este momento hasta qué punto su influencia sea decisiva y qué tan absoluto sea su dominio o qué calidad moral asuma su mandato. Creo que el caciquismo de los Prado no ha de ser tan agudo como fue hasta hace poco el del Gral. Barrios en la Sierra de Puebla, por ejemplo, ni revista el carácter de esas dominaciones que, bajo el pretexto de intereses de orden político general, no son en realidad más que feudos de explotaciones egoístas y formas organizadas de vejación. Tengo la esperanza de que el fenómeno del caciquismo en la Cañada sea un buen motivo de estudio y observación, quizás un instrumento de ayuda para realizar nuestros propósitos pero no un factor que nulifique a la Estación o que pretenda incautársela.

Hay todavía otra razón plausible para establecemos en Michoacán: el Gral. Cárdenas, Gobernador del Estado, es un indigenista entusiasta y apoyará eficazmente la labor que se emprenda.

C A R A P A N

II

¿Qué se propone la Estación?

SERÍA falso pretender que el plan fue objeto de largos y minuciosos estudios. Les tengo desconfianza a esos proyectos farragosos y cobardes a fuerza de pura documentación. En México padecemos de empiricismo, es verdad; somos víctimas de un practicismo que disimula con ajeteo perezas intelectuales. Pero aun queriendo rectificar tales pecados en nuestro caso, no quise incurrir en el otro defecto. Porque también en México en otros tiempos sufrimos ya de la ciencia del papeleo. El plan de salirnos al campo, de trabajar sobre el terreno, de establecemos en los pueblos mismos era una aspiración positivista que repudiaba la especulación.

De todos modos, estudiamos cuanto pudimos en los pocos días de preparación y escribimos, al fin y al cabo, muchas cuartillas. El programa fue tomando cuerpo. Yo, en mi calidad de director, bosquejé el proyecto general: rumbos, propósito, método. Carlos Basauri de etnólogo, listó las observaciones que habrían de hacerse sobre la cultura de la Cañada y sobre todos los fenómenos del dominio de la etnología. Miguel O. de Mendizábal hizo la nómina de los estudios económicos: censo agrícola, análisis del régimen de propiedad, comercio y pequeña industria, observaciones del medio físico-agrícola. Se estudiarían las modalidades del cultivo y de la explotación rural; se impulsarían las mejoras aconsejables y se organizaría el pequeño crédito. Pablo González Casanova delineó los estudios de lingüística relativos al tarasco y enfocó el problema concreto de la castellanización de la población. Salubridad no había todavía nombrado el médico que adscribiría a la Estación pero el problema relativo mereció desde el principio la más cuidadosa consideración. Era de sobra conocido, especialmente por

M O I S E S S A E N Z

la experiencia de las Misiones Culturales. Se desdobra en tres partes: estudio de las condiciones morfológicas; el auxilio médico y la obra de extensión, y la educación higiénica del vecindario. En los aspectos culturales de instrucción y de recreación queríamos desarrollar las actividades que las misiones rurales habían señalado, completándolas quizá con una acción más organizada en la comunidad adulta y con las expresiones no materiales de la recreación. En cuanto a la instrucción de los niños se pidió que todas las escuelas de la Cañada quedaran bajo la dirección de la Estación, considerando a los maestros como miembros de ella. La educación de los adultos no había merecido hasta la fecha, la atención debida y nos proponíamos darle preferencia.

Haríamos un censo demográfico y económico, el más exacto y detallado que jamás se hubiera levantado. Los datos etnológicos recibirían especial cuidado. Pretendíamos hacer un catálogo de la cultura material, e iniciar las investigaciones que a su tiempo arrojaran luz sobre los aspectos mentales y espirituales.

Se hacía hincapié en la apreciación objetiva, cuantificada, de los resultados. La Comisión mediría su trabajo de mejoramiento comunal por conquistas positivas: número de personas que hubiesen aprendido el castellano, número de nuevas ventanas en las habitaciones, etc.

Tal programa no quedaba enmarcado en las atribuciones y posibilidades exclusivas de la Secretaría de Educación Pública. Quedaba postulada la colaboración de todas las ramas del Gobierno y muy particularmente la de aquellas que; como el Ministerio de Agricultura y el Departamento de Salubridad, ejercen actividades en la población rural. Pero saber que la cooperación y la coordinación se imponen es una cosa; hacerla realidad es materia muy diferente. Ya en otra ocasión, cuando se organizaban las misiones culturales permanentes, se había intentado integrarlas con aportaciones concretas y con participación en el control de las diversas oficinas federales. La cosa, evidente de suyo, se aceptó en principio mas cuando se trató de cumplir comenzaron las dificultades. La Estación se creaba con un acuerdo del Ejecutivo que ordenaba la cooperación entre las Secretarías de Educación Pública y de Agricultura y el Departamento de Salubridad, sin excluir, antes por el contrario, la ayuda de otras dependencias que, como la Secretaría de la Economía Nacional, pudieran más tarde ofre-

C A R A P A N

cerla. De conveniencia obvia fue también poner al tanto del proyecto al Gobernador del Estado de Michoacán, de quien se solicitaría apoyo moral y la contribución material que estuviese dispuesto a conceder.

El Departamento de Escuelas Rurales de la Secretaría de Educación disponía de un modesto presupuesto para la Estación. Comprendía los puestos de director, de un etnólogo, un lingüista, un economista y un pedagogo. Había también plaza para dos empleados de oficina. El personal era insuficiente aun para la parte correspondiente a aquel ministerio pero más reducido pareció al quedar en claro que las otras dependencias del Gobierno iban después de todo a dar bien poco: Agricultura, un agrónomo; Salubridad, un Médico y un ayudante; Economía, al formalizarse el levantamiento del censo, prestaría algún empleado técnico. En consecuencia, en esta ocasión, como cuando las Misiones Culturales, el ministro de educación tuvo que suplir las deficiencias y prácticamente, hacerse cargo de todo el proyecto. De los elementos de las Misiones Culturales se destinaron a la Estación, una trabajadora social, un profesor de educación física, un agrónomo y un maestro de música. El Departamento de Escuelas Rurales cedió una de sus plazas de inspector que fue utilizada para un experto en psicometría pues me interesaba vivamente en desarrollar las investigaciones relativas a la estimación de los fenómenos mentales de los indios y de las capacidades de la población infantil.

La nómina de la Estación fue la siguiente:

Director: Moisés Sáenz.

Director escolar: José Guadalupe Nájera.

Etnólogo: Carlos Basauri.

Psicometrista: Ana María Reyna.

Economista: Miguel O. de Mendizábal (comisionado temporalmente) .

Trabajadora social: Vesta Sturges (de Misiones Culturales).

Médico: Felipe Malo Juvera (por Salubridad).

Agente sanitario: Ignacio Hernández (por Salubridad).

Agrónomo: Augusto Pérez Toro (por la Sría de Agricultura).

Agrónomo: Ramón Camarena (de Misiones Culturales).

Director de recreación: Humberto Herrera (de Misiones Culturales).

M O I S E S S A E N Z

Maestro de música: Juan B. Melena.

Secretaria: Isabel Arellano (comisionada temporalmente).

Ayudante de oficina: Salvador Ortiz Vidales.

Pablo González Casanova, que nos ayudó al principio no pudo, al fin y al cabo, ir a Carapan. Miguel Mendizábal no fue miembro permanente de la Estación pues sus compromisos en la ciudad de *México* se lo impidieron. Nos acompañó sin embargo como un mes y volvió después por breves temporadas para participar en lo relativo a los estudios económicos. Salvador Ortiz Vidales duró poco; Chabela Arellano fue comisionada en agosto y estuvo hasta diciembre.

Es de justicia hacer notar la calidad del grupo con que se constituía la Estación. El jefe había ocupado los puestos más altos en el ramo educativo, Nájera estuvo al frente del Departamento de Misiones Culturales y Escuelas Normales Rurales durante varios años, Carlos Basauri y Mendizábal son prominentes en sus respectivas especialidades, Ana María Reyna es uno de los talentos más brillantes de la presente generación femenina de México, Vesta Sturges, una de las más distinguidas trabajadoras sociales que han cuajado en las Misiones Culturales. Estas personas y los otros compañeros del grupo abandonaban situaciones ventajosas para entregarse a un trabajo de campo que si bien tenía enorme atractivo, -estimable especialmente para espíritus amantes de la aventura-, de situarse en un terreno de exploración, requería sacrificios de orden espiritual y material, alejamiento de familia y de amigos, y privaciones materiales. El Dr. Simpson, que nos visitó en Carapan a fines de agosto, dijo que el caso de la Estación no solamente era único en México sino que podía reputarse como una empresa notable en cualquier parte pues, es verdaderamente insólito, decía, el que un grupo de gentes de primera fila se entregue de manera tan rendida en aras de un afán científico.

El juicio de Simpson, demasiado generoso por cierto, no tomaba en consideración tal vez el más importante de los móviles que nos animaban. Teníamos ambición científica, indudablemente, pero más que todo, nos inspiraba esa emoción social que ha inflamado a tantos mexicanos después de la Revolución. Éramos apóstoles y misioneros en la nueva cruzada para integrar a México. Nos dolía el predicamento del indio y deseábamos aliviado. Sen-

C A R A P A N

tíamos enorme admiración por los valores espirituales que representa; andábamos encariñados con muchas de las manifestaciones de su cultura tradicional. Queríamos, por otra parte, hacer que la idea revolucionaria, la nueva manera de componer nuestra economía, los nuevos ideales de justicia social, todo eso que es el alma de nuestra generación y el mejor aliento de México, llenase ampliamente toda la faz de nuestra tierra y penetrase hasta los más apartados rincones, allí donde alienta todavía el alma vernácula y donde muchas veces también se atrincheran la explotación y el atropello.

Yo me daba cuenta de que uno de los peligros que corríamos, era el de subordinar la actitud científica, la estimación objetiva, el rigor del juicio, a las actitudes apostólicas, sentimentales y románticas. Y no porque ande yo reñido con tales imponderables, resortes indispensables de la acción humana, y particularmente de la necesaria en nuestras circunstancias, sino porque la índole del proyecto era singularmente científica. Y ese era el aspecto que convenía subrayar. La Secretaría de Educación, Agricultura, Salubridad, todo el Gobierno, han desparramado en México mucha acción generosa guiada mayormente por el fervor y la intuición. Para que la Estación aspirase a una aportación original tendría que apartarse del empiricismo fervoroso y adoptar métodos de trabajo más ilustrados y criterios de juicio más severos.

Para mediados de julio estábamos redondeados. La Secretaría de Educación nos dio libros para una biblioteca comunal y materiales de escritorio para la oficina. Salubridad, algunos aparatos y un arsenal de medicinas. Quedó listo el equipo y el personal de la animosa expedición. En dos páginas hicimos el resumen de propósitos y programas y nos dispusimos a partir. En esencia, la cosa era así:

Se constituye la Estación Experimental de Incorporación del Indio bajo el control y dirección de la Secretaría de Educación Pública, con la cooperación de otras oficinas del Gobierno Federal, para operar en la región denominada Cañada de los Once Pueblos, en el Estado de Michoacán.

La Estación tiene por objeto desarrollar estudios e investigaciones de antropología social, para cerciorarse de las realidades del medio indígena y de los fenómenos que operan en el proceso de la asimilación de la población aborígen al medio mexicano.

M O I S E S S A E N Z

Efectuará igualmente, indagaciones mediante las cuales puedan descubrirse los procedimientos más adecuados que el Gobierno deba seguir a efecto de lograr la pronta incorporación del indio a la entidad nacional, dentro del criterio de estima de los valores culturales y espirituales del indio, de respeto a la personalidad humana y de la cabal interpretación del ideal mexicano. La Estación tiene también el encargo de hacer observaciones que permitan la valorización y la crítica de los métodos y procedimientos que el Gobierno desarrolla en las agencias que operan en las comunidades de que se trata, tales como escuelas, organizaciones agrarias, etc.

La Estación pondrá en juego un programa de actividades que, relacionándose con los fines científicos que se han enunciado, tiendan también al mejoramiento de las condiciones de vida de las comunidades afectadas, ora en el aspecto económico y de salubridad, ya en el orden de la cultura espiritual o de la instrucción. Tales actividades servirán el doble propósito de la acción social y de la experimentación científica.

Quedan bajo la jurisdicción de la Estación todas las escuelas que sostiene la Secretaría de Educación Pública en la Cañada, y se pedirá que el Gobierno del Estado de Michoacán, deje también bajo su dirección los planteles que de él dependen.

Instalación

LLEGAMOS a Carapan un domingo en la tarde, nosotros y nuestros cachibaches, en un camión colmado. Como ya habían empezado las aguas, los caminos comenzaban a dañarse y por poco nos quedamos atorados. Éramos de gentes, Ana María Reyna, Nájera, Ortiz Vidales, Mendizábal y yo. De equipo, nuestros efectos personales, escogidos con una parquedad de gentes en campaña, dos cajones de libros, uno de útiles de escritorio, algunos muebles de oficina y algo de menaje de casa.

Basauri, que se nos había adelantado por días, salió a nuestro encuentro en traje de carácter. Andaba vestido como explorador que se embarca a las grandes cacerías africanas: bota fuerte, pantalón de montar, chamarra de cuero y casco inglés. Antes de bajamos del carro estábamos ya haciéndole burla. «No le falta más que el monóculo», le dijo Mendizábal.

El único lugar disponible para residencia era el curato, desocupado, porque en Carapan, no ha habido cura desde hace mucho. El curato es típico: zaguán a la calle, patio central enmarcado por un corredor de ancho alero que voltea por tres lados y sobre el que se abren las habitaciones. El costado sin corredor es una pared que separa el traspatio, que son caballerizas y corral. La casa estaba en buenas condiciones pero era indispensable limpiarla, resanar las paredes, blanquear y pintar. El patio era todo jardín, que encontramos sobrecrecido y enmarañado. Era una pequeña jungla de rosales, plátanos, dos o tres cipreses y otros tantos árboles frutales. En una semana estaba aquello transformado. Me di gusto con las podaderas y las plantas empezaron a lucir.

El comedor quedó instalado en el corredor. Era una delicia sentarnos en aquella mesa oyendo cantar las aves y viendo, casi al alcance de la mano los colibríes vibrantes sobre la corola de las pasionarias. La pieza principal del curato, con puerta al patio y ventana a la calle, se hizo oficina, biblioteca y sala de trabajo; en

M O I S E S S A E N Z

las dos siguientes establecimos el dormitorio de los hombres y dejamos la última, en el extremo del corredor, para Ana María y Vesta. Basauri y Teresita, su esposa, habían encontrado alojamiento en la casa de uno de los vecinos. Camarena y Herrera se domiciliaron en el Molino, pequeña propiedad rústica de Ernesto Prado y antiguo molino de trigo, junto al ojo de agua, que puso galantemente a disposición de la Estación y donde poco después fundamos la granja. Conseguimos también una casita con patio a donde se cambiaron el Médico y Hernández.

El problema de la alimentación quedó resuelto con una o dos cocineras de Purépero, que ninguna mujer podía servirnos de las de Carapan, y con la administración directa que tomé yo entre tanto llegaba la señorita Sturges, quien quedó definitivamente encargada. Ocupamos a José, joven indígena de unos veinte años, para el servicio doméstico y sobre todo para hacer el viaje diario a Purépero por correspondencia y provisiones. José llegó a ser un miembro indispensable. Era necesario comprar todo en el pueblo, petróleo, sal, manteca, carne, legumbres, fruta. Nada había de venta en Carapan. Aquella era como un pic-nic continuado. Comíamos grueso, como gañanes hambreados. Acordamos pagar los gastos domésticos, -manutención, servicio, alumbrado,- cooperativamente. Al terminar la primera semana y hacer las cuentas resultó un gasto diario de setenta centavos por persona. Aquello era increíble. Más tarde, complicando el menú y salpicando las comidas con golosinas y «antojitos» no llegó a costarnos más del doble, y también era barato.

Establecimos un régimen estricto. Éramos más de una docena en la familia y el orden se imponía. Adoptamos la regla de sentarnos juntos a la mesa, tanto por conveniencia para el servicio cuanto por dar ocasión al cambio de impresiones y a la camaradería. Tras de un desayuno rápido a las ocho, nos repartíamos cada uno según sus ocupaciones y programas. Comíamos a la una. Cenábamos a las siete y media y nos levantábamos de la mesa para irnos todos al Centro Social. Después de la reunión volvíamos a la casa y conversábamos, leíamos o escribíamos hasta la media noche. Las primeras semanas, sobre todo, la charla era regocijada, provocada por ese genial e inagotable conversador que es Mendi-zábal, quien nos aconsejaba acumular buen humor, en contra de la murria que se nos vendría encima más tarde. Le asegurábamos

C A R A P A N

que no haría falta. Una vez por semana celebrábamos junta formal para discusión de problemas y cambio de impresiones. Yo efectuaba conferencias personales frecuentes con cada miembro de la Estación, diseñando planes y recibiendo informes.

No era muy extenso el territorio de nuestra jurisdicción y todos éramos buenos andarines pero fue preciso de todas maneras procurarnos medio de transporte, que no podía ser otro que caballos. Ernesto Prado me había prestado «El Charro», en mi primera visita y me propuse desde entonces quedarme con él. No fue difícil ajustarnos de precio. Michoacán es tierra de buenos caballos y la tentación de comprar los lindos animales que nos venían a ofrecer desde otros pueblos era muy grande. Había yo hecho la observación en mis viajes por las escuelas rurales, de que el maestro de campo, lo primero que se compra es una pistola. A nosotros nos dio por los caballos. Basauri se compró dos, uno tordillo grande y trasquilado cuyas gracias y cualidades eran infinitas, y otro retinto al que bautizó, a la portuguesa, «Pantera Negra». A Ana María Reyna le vendieron un caballito alazán tostado, regordete, engreído y regalón a quien bautizamos «El Burgués». Nájera adquirió un bayo deslavado que no le gustaba más que a él. Vesta se acordaba de su juventud californiana montando su elegante «Mediano». A mí me hicieron comprar unos rancheros, una preciosidad de animal que se llamaba «El Pajarito», con una cabeza clásica, de paso elegante y tan inteligente que a la segunda vez de haberlo encerrado en el corral del curato, había aprendido a abrir la puerta de madera, levantando la tranca con el hocico y venía a visitarnos buscando el terrón de azúcar, pues era tan dulcero como su propio amo. El caballo del doctor era bonito pero al poco se le «abrió» galopando cuesta arriba y murió irremisiblemente. (Había perdido el tiempo el médico, le hubiera atinado si estudiaba para veterinario). «El Insurgente», apodo con que bautizamos al intrépido Hernández, ayudante del doctor, era el más de a caballo de todos pero la condición de su bolsillo no le permitió más que un animalillo tan chiquitín que lo apodamos- «Sapicho», que en tarasco quiere decir «Pequeño». Nuestros caballos eran muy buenos. En una hora nos transportábamos de Carapan a Chilchota; en tres cuartos podíamos llegar a Purépero y el Insurgente y yo hacíamos dos horas y media a Zacapu, cuando los rancheros gastaban tres a buen paso.

Los Indios piden Credenciales

A poco de llegar fuimos presentados a los principales de Carapan, en una asamblea convocada para el efecto. Concurrieron los Prado; tomó la palabra un delegado del Gral. Cárdenas. Se les dijo a los carapenses y a los representantes de las otras tenencias que estaban también allí, quiénes éramos y a qué veníamos: gente del Gobierno, amigos del Gral Cárdenas, enviados del Presidente de la República; personas de bien que vienen a hacer bien a las comunidades; dignos de confianza; amigos de la clase indígena: Uds. deben ayudarlos. La concurrencia asiente en silencio.

Tomás y los agraristas de Carapan se ponen a nuestras órdenes. Los Prado dicen por su parte, que podemos contar con ellos y que para cuanto se nos ofrezca, «no más les avisemos».

A los pocos días congregamos a los vecinos de Carapan para tratar sobre el establecimiento de un Centro Social. La entrada de mi libreta ese día dice:

«Julio 28.-El mejor lugar para el Centro Social y la Biblioteca es la ex-capilla, o casa del antiguo Hospital de Don Vasco. Queda en la esquina suroeste frente a la plaza; tiene como atrio un solar como de media cuadra, cercado con una alta pared de adobe. La capilla, distinta de la iglesia, ha estado abandonada, como todas las de su género por estos rumbos. Es una pieza de unos ocho metros de ancho por dieciocho de largo, con portón al frente; sin ventanas».

«Asisten a la junta unos cuarenta hombres. Me parece que representan bien al vecindario. Expongo nuestros propósitos; los vecinos dicen estar de acuerdo, aunque uno de los viejos pregunta si la casa seguirá siendo de la comunidad, a pesar de que se ponga allí el Centro. Queda organizado un comité pro-Centro Social con

M O I S E S S A E N Z

tres miembros por cada cuartel, propuestos por los concurrentes. Los nombres son: «Baltazares, Pablos, Alejos». Algunos viejos se excusan de formar parte, «Que lo hagan los jóvenes, dicen, al cabo ellos creen que tienen muchas fuerzas» (asoma la pugna entre «agraristas» y «fanáticos»). Les digo que los viejos tienen responsabilidades en la comunidad, que deben dirigir a los jóvenes, etc. Aceptan y se integra la comisión».

Quedó convenido que por cada cuartel, grupos de vecinos, hicieran faena por turnos para las obras de reparación. Había que limpiar el patio, era preciso cambiar el tejamanil del techo, convenía enlucir, pintar. Pero los trabajadores no asomaban. Cada día era más difícil conseguir a uno que otro. Por otra parte era inevitable hacer algunas erogaciones: compra de tejamanil, cal, colores. Carapan se evadía con esa socarronería que manejan tan a la perfección los indios. Pero no era posible sacar el bulto indefinidamente. Allí estábamos nosotros día por día y aun cuando no exigiéramos, nuestra presencia era de por sí reproche ante su incumplimiento. Llegó el momento de desafiar la resistencia pasiva y el disimulo y Tomás me dijo que no había más remedio que convocar a una junta de vecinos y pedir que vinieran los Prado, para mayor apremio. La reunión quedó fijada para el miércoles 3 de agosto. Dice mi libreta:

«Agosto 3.-A mediodía nos reunimos en el corredor de la Tenencia. Están presentes Ernesto Prado y su hermano Eliseo, Tomás, algunos miembros de la Estación y como cincuenta hombres de Carapan. Hablo sobre la necesidad de una pequeña suscripción para afrontar el costo (modestísimo) de las obras; insisto en que deben de cumplir con las faenas: Excusas a media lengua: que están muy ocupados, que están muy pobres, que el día que vengan a la faena no tendrán qué comer. Poco a poco se desnuda la causa de su resistencia; no quieren que se tome la capilla; rehusan el Centro; les disgusta nuestra presencia en Carapan.

-¿Quiénes son Uds.? ¿Qué «papel» traen? ¿Dónde está la «orden»? 'Tendremos primero que consultarle al Gobierno'.

De nada sirve que manifestemos estar autorizados; que les recordemos que cuando vinimos un enviado del Gral. Cárdenas nos presentó y les recomendó de su parte que nos dieran apoyo. 'Pero queremos tomar la opinión de Uds., de todos los vecinos, sobre los trabajos que han de realizarse...' les dije.

C A R A P A N

- 'No queremos, mejor por la mala, pero por la buena no queremos. Que vengan los soldados si Uds. dicen; por la buena no hemos de cambiar. No queremos cambiar, somos ignorantes y así queremos quedarnos'.

Conforme los hombres se envalentonaban, las mujeres aparecieron por las bocacalles, sin que nadie las hubiera llamado, como si supieran que algo iba a pasar. Se acercaban cautelosamente. Están paradas a poca distancia; se aproximan tímidas pero resueltas. Nos rodean. Estamos nosotros en los portales de la escuela; ellas en la plaza, en la calle. Aprietan la fila, han formado una valla que flanquea a nuestro grupo. Comienzan a hablar. Una y otra y muchas. Es un murmullo que engruesa como zumbido de aguas airadas. Se destacan unas cuantas voces en castellano. Mendizábal y yo bajamos del estrado, nos acercamos a la masa de mujeres. Explicamos en nuestra mejor manera, pausadamente, con voz persuasiva. Mientras más tranquilos parecemos nosotros, más furiosas se ponen ellas. Se arremolinan, se nos echan encima; nos amenazan con los puños.

'¡Váyanse de aquí! ¡ Quiénes son Uds. para que nos den consejos!' '¿Qué acaso eres tú mi padre?' 'Yo no me he casado para no tener quién me mande y menos me vas a mandar tú ¡Vete! Lo que quiero es que abras la Iglesia. Dame la llave y vete...'

La situación se ha tornado seria. Estamos frente a un tumulto de mujeres. Los hombres en el portal hablan poco, aunque algunos de los viejos corean asentimiento. Los agraristas, Tomás, los Prado, todos, guardan silencio. Y no sé cómo salir del paso. Dicen que los generales buenos se conocen por sus retiradas. Yo no sabía cómo hacer la mía. Era inútil insistir en lo de la contribución; de ningún modo íbamos a abandonar el proyecto de la capilla, pero no hallaba cómo clausurar aquella reunión que era casi un motín. Y lo peor es que nadie tiene calma para oírnos y aun cuando nos oigan, entienden muy poco lo que les decimos. Pronunciamos a propósito de no sé que, la palabra.' «indio». 'Sí, indio, somos indios', nos gritó alguna mujer. 'También la Virgen de Guadalupe es india.

Prado dice lo que puede pero está en el mismo trance que nosotros. Me pareció que carece de autoridad moral sobre estas gentes. Y es que nuestros opositores del momento no eran otros que los propios fanáticos, enemigos de Prado.

M O I S E S S A E N Z

Alguien manifiesta que las comunidades de Tanaquillo y Urén contribuirán con veinte pesos para las obras de la capilla. Con esto encontramos el pretexto que deseábamos para suspender la junta. Los conservadores creen que han triunfado. Sale por allí un grito de «¡Viva Cristo Rey!» Tronó un cohete.

Se me figura que todo esto venía preparándose. Al fin los hombres se retiran, hoscos. Las mujeres siguen apiñadas en un extremo de la plaza, amenazantes.

Por la noche vino a la Estación un grupo de agraristas a pro-testar lealtad y ayuda. Ofrecen hacer todo el trabajo; sin pedir auxilio de los otros. Yo acepto con agradecimiento pero pienso cuánto más útil hubiera sido aquella declaración por la mañana.

Las reflexiones de aquella noche en el retiro del curato eran un poco tristes. Tal parece, decíamos, que los indios están tan acostumbrados a que se les maneje a culatazos que cuando se les trata por la buena, con persuasión, creen que se es débil o se está desautorizado. El indio obedece, pero no colabora. Esta idea me punzaba como espina. Nos causaba risa la pueril insistencia en el «papel», en la «orden». 'Lo que faltó', decía Mendizábal, 'es que hubiésemos venido provistos de unos nombramientos con sellos muy vistosos y alistonados; nos presentamos sin fanfarria y sin pregón y creen que somos unas infelices». La resistencia pasiva del indio puede tornarse agresiva, si se les toca el bolsillo o el santo. Nos desconsolaba el rechazo de la mañana «No queremos cambiar», «Vete», ¡y nosotros que tan engreídos andábamos con nuestro celo reformista!

Lo de Huáncito fue peor que lo de Carapan. Sucedió el sábado de la siguiente semana. Siendo Huáncito el punto central, nos pareció natural escoger la escuela para celebrar la junta semanal de maestros. El plantel ocupa el antiguo curato, adosado a uno de los flancos de la iglesia. La plazuela, libre por el lado sur donde pasa el camino, queda cerrada por el norte y el oriente con el ángulo que forma el curato (escuela) con una tapia. El zaguán está justamente en el vértice de la rinconada. Nájera, Ana María Reyna y yo desmontamos a media plaza. Se nos acercaron con aire preocupado algunos de los maestros que habían llegado antes que nosotros. 'La gente anda enojada', dijeron. 'No quieren que entremos. Parece que quieren hacer bola'.

Avanzamos en dirección de la puerta. Nájera y la Sra. Reyna iban junto a mí. Nos seguían dos o tres maestros. Habría una

C A R A P A N

veintena de personas cerca de la entrada. Muchas otras asomaban por las desembocaduras de la plaza y se aproximaban poco a poco. Se nos encara un pelotón de gente. 'No entran', dijeron hosca-mente. 'No queremos'.

La plaza comenzaba a hervir. Las mujeres tomaban la iniciativa; se atorbellinaban; nos estrechaban. Hablaban en su lengua atropelladamente, gesticulaban amenazas. Como si esperaran una agresión de nuestra parte, habían armándose de piedras y de palos. Sin que mediara incidente alguno, su ira subía de punto. Se envalentonaban con su propio coraje. Tratábamos de hablar y nos ahogaba su airada algarabía.

Yo no comprendía. Habíamos venido a Huáncito varias veces, habíamos estado en la escuela en cada ocasión. Entrábamos y salíamos sin que nadie hubiese puesto el menor reparo. La reunión de aquel día nada tenía de extraordinario. Algo de esto les quería yo decir a aquellas pobres gentes, sin ningún resultado.

«Esta casa es mía. Vete. No quiero que quites iglesia. No queremos escuela allí curato. Lleva lejos».

Y tampoco había cómo entenderse con aquella turba. Apenas si unos cuantos comprendían el español, pero si castizos hubiesen sido, no hubieran escuchado. La ira, el miedo, el alboroto les había tapado las orejas. No se oían sino así mismo. Eran como un enjambre de abejas rabiosas.

Como era aquello tan absurdo y falto de razón, como toda explicación resultaba inútil, creí que el único camino era avanzar, así fuera con todo el recato necesario para no irritar más a los indios. No se podía sentar el precedente de que cualquier día, de puro antojo, estas gentes nos cancelaran un derecho de los más elementales. Ceder en esta ocasión sería correr el riesgo de no poder más tarde ni siquiera pasar por el pueblo. Hablándoles siempre, tratando de aquietarlos intenté abrimme paso por entre el montón. Conservaba mi mejor manera apostólica, pero estaba dispuesto a entrar a la escuela de todos modos. Extender yo el brazo para apartar a alguien que se había plantado enfrente, y echármeme encima las mujeres como furias, todo fue uno. Empezaron a zumbar las piedras. Una me rozó la frente. Las voces eran ya alaridos. Nájera esquivaba los golpes. El y yo sentíamos congoja por Ana María.

Súbitamente y a todo galope aparecieron Ernesto Prado y dos o tres de sus hombres. Alguien debió haberles dado cuenta de

M O I S E S S A E N Z

nuestro predicamento. Antes de que yo mismo supiera lo que pasaba, uno de los acompañantes de Prado blandía un garrote y propinaba golpes a diestra y siniestra. Ernesto, pistola en mano, apostrofaba a la multitud. Me abalancé sobre el garrotero y Nájera y yo defendimos de los golpes a quien tuvimos a nuestro alcance. Como bestia herida acobardada, doliente, aullando de miedo y de rabia, se barrió la gente, replegándose a la pared, escurriéndose por los callejones. Algunas mujeres, más valientes que los hombres, se quedaron todavía cerca, llorosas pero amenazantes...

Había pasado la tormenta. Quedaba el gemido de las infelices mujeres que me partía el alma y su rabia impotente e inútil que me daba lastima. Prado mandó apresar a dos o tres hombres, para quienes en seguida le pedí la libertad. Yo sentía un horrible pesar de derrota.

¡Al fin entramos a la escuela! La paz mística de los rosales cuajados de flores, la claridad del sol sobre la fuente, el frescor de los corredores, ¡era tal contrasentido! Para estar allí, para ejercer a quel derecho tan simple e inocente que era inverosímil aun que a alguien se le hubiera ocurrido discutirlo, habíamos corrido riesgo de muerte y había sido preciso agarrotar a infelices cuyo único crimen era la ignorancia. Hostilidad injusta la de estas pobres gentes. Desquite que se cebaba en los amigos por lo que no pudo en contra de los enemigos de verdad.

Hicimos a un lado la orden del día, para aconsejar a los profesores irse en seguida de casa en casa a calmar al vecindario, haciéndoles comprender la verdad de la situación. Había que restañar las lastimaduras, del espíritu más que del cuerpo, que sin querer les habíamos producido.

Pasada la trifulca, llegó todo azorado nuestro intrépido Insurgente. Habían sabido en Carapan del motín y a la carrera se vino a prestar auxilio con dos o tres agraristas que encontró al paso. Los otros seguían ya. En la Estación, Mendizábal, seguro de que al «acabar» con nosotros en Huáncito marcharían sobre ellos, se había sentido otra vez coronel zapatista y organizaba la defensa del curato. Cuando regresamos, cerca de las dos de la tarde, sabedor de que ya todo había pasado, fortalecidos los nervios con unos tragos de charanda, seguía en su puesto de general en jefe de las trincheras...

C A R A P A N

De sobre mesa, repetido muchas veces el relato y bordando ahora sobre sus aspectos chuscos, Mendizábal aconsejaba gravemente tomar toda clase de precauciones porque «¡podrían venir a atacarnos esta noche!»

Semanas más tarde, cuando ya íbamos conociendo el terreno que pisábamos tuvimos datos para comprender que, a más de la ignorancia y la desconfianza de los indios, los incidentes de Huán-cito y Carapan obedecieron a (1) falsas alarmas y consejos de los clericales de Purépero y Zamora y a (2) ciertas intriguillas de algunos «pradistas» en contra de la Estación.

Escuelas

*«No va a la escuela por la necesirrá. Aquí
Luego está difícil pa mantener la muchacho.
Pos va trabajar toro el ría pa trái una merira
Maíz y luego comer y otro ría trabajar par'
Otra merira y otra vez comer... Y así nunca
Tiene campo par' isturiar».*

(Palabras de Tomás Gregorio,
un hombre de Carapan).

APENAS llegamos empezó Nájera a visitar las escuelas. Las encontró en tristes condiciones. Pensamos que convenía levantar el inventario de aquello e hicimos un examen minucioso, asentando los datos en un cuaderno preparado cuidadosamente que, si esta crónica quisiera presumir de científica, debería incluir como uno de tantos anexos de documentación. Realmente no hace falta. El «esqueleto» de la encuesta era una de esas formas de mimeógrafo en las que puede el observador marcar en el hueco que se deja frente a cada rubro, el dato correspondiente. El índice se hizo con vistas a la realidad de aquellos establecimientos rudimentarios, pero resultaron tan pobres que los esqueletos quedaron al final bien descarnados.

Concentrados los datos, redacté el primer informe más o menos completo que producía nuestra oficina. Es un escrito desconsolador. Cuando lo acabé hice estas reflexiones en mi diario: «Las escuelas no me merecen ni siquiera el mote despectivo de ‘escuelas de leer, escribir y contar’ pues el aprovechamiento que de estas artes fundamentales observamos es casi nulo. Todos aquellos atributos que solemos asociar con los miles de escuelas rurales fundadas por la Revolución, están ausentes en éstas de la Cañada. Tan general es la falla y tan inexplicable, que he llegado a preguntarme si al definir la Escuela Rural, no habremos sido víctimas de algún miraje de idealismo. Los planteles de la Cañada distan mucho de estar socializados; no tienen anexos para el desarrollo de aquellas ocupaciones que tomen activa la enseñanza; los maestros son indiferentes y apáticos; los niños andan sucios hasta dar asco. El programa de la enseñanza es creación caprichosa de los profesores y de las circunstancias. No hay horarios, ni orden en lo que se hace. La asistencia es irregular. Los edificios, aceptables en sí, no se aprovechan debidamente; están sucios y dilapidados. Hay escuelas junto a la cárcel; otras, donde los niños se la pasan en el portal porque las piezas que debieran ser aulas, sirven de habitación para el maestro».

M O I S E S S A E N Z

«Como las escuelas que acabo de ver aquí, era aquella municipal de Zirahuén que visité hace años y muy parecida, aquella otra horrible de Copándaro que regenteaba, por propia cuenta, un maestro con una pata de palo. Así estaban, como estas, muchos de los planteles municipales de Michoacán. Casi todas las escuelas de la Cañada fueron del Estado antes de ser federales, pero el cambio no ha significado sino muda de pagadores. Lo más serio es que aquí las condiciones parecerían ideales para tener buenos establecimientos: la tierra, el clima, el agua y el paisaje; la relativa prosperidad de los habitantes; las fáciles comunicaciones; la cercanía de Zamora, donde vive el inspector».

Transcribo íntegro el informe que mandé a México, del que no he suprimido más que los nombres de los maestros y las tablas de concentración de datos. Este documento se refiere al estado que guardaban las escuelas de la Cañada en el mes de agosto de 1932. No se necesitó sino un pequeño esfuerzo para cambiar apreciablemente las condiciones de todos los planteles. En octubre que nos visitaron las autoridades de Educación, encontraron mucho que encomiar y se dieron cuenta de que el proceso escolar se desarrollaba en condiciones que permitían esperar buenos resultados en el transcurso de su plazo natural. De cuando hice el informe a cuando escribo estas líneas han pasado cuatro años. No he vuelto a la Cañada, pero quiero suponer que nuestros afanes de reforma no hayan resultado del todo estériles y que aquellas escuelitas que con tanto cariño anduvimos visitando, no solamente no desdigan del tipo medio, sino que lo hayan superado.

ENCUESTA SOBRE LAS CONDICIONES DE LAS ESCUELAS DE LA CAÑADA DE CHILCHOTA EN EL MES DE AGOSTO DE 1932.

En la fecha en que tuvo lugar la indagación eran diez las escuelas de la Cañada de las cuales siete, las de Carapan, Tacuro, Ichán, Huáncito, Zopoco, Santo Tomás y Acachuén son federales y tres, la de Tanaquillo y las dos de Chilchota, para niños y para niñas, del Estado. Las escuelas federales todas son mixtas.

Doy a continuación una breve reseña de cada uno de los planteles; después haré consideraciones generales y señalaré al final el camino que la Estación propone seguir para mejorarlos.

C A R A P A N

CARAPAN

La escuela se fundó en 1896 y es federal desde mayo de 1929. Tiene tres maestros. Está alojada en la casa de gobierno; no tiene propiamente local especial, pero el que ocupa es aceptable por lo que se refiere a extensión, aunque deja mucho que desear en cuanto a la limpieza de los salones y también está deficiente de luz y de aire. La cárcel y la oficina de la Tenencia están contiguas. El equipo es insuficiente, pues para una asistencia media de 73 niños no hay más que 15 pupitres de diferentes tipos. No cuenta el plantel más que con un sólo pizarrón; tiene una sola mesa y un estante. Hay 69 libros de lectura de 9 clases (distintas por autores, por grados, etc.); todos son de medio uso o deteriorados. No hay un sólo implemento de agricultura; se cuenta con un martillo, un serrote y un formón; hay también una pelota para el juego de básquet. El solar comprende el terreno destinado a la hortaliza, como 500 metros cuadrados, que está abandonado; por el frente de la plaza, el jardín escolar plantado con rosales y otras matas de ornato, sufre igualmente de descuido. Hay un campo de cultivo como de 800 metros cuadrados, donado por el Comité Administrativo del pueblo donde un vecino, a medias con la escuela, cultiva maíz, frijol y calabazas. Se estima que este campo produce unos \$30.00 al año. En el fondo del solar están a medio levantár las paredes de adobe para el gallinero. No hay porqueriza, ni apiario, ni palomar; tampoco hay talleres.

La población escolar de Carapan (censo de 1931) es de 236 criaturas; en la escuela están inscritos 126, aproximadamente en igual número hombres y mujeres; la asistencia media es de 73. Hay cuatro grupos: una sección preparatoria, primero, segundo y tercer años. Por la noche concurren unos 18 adultos. Prácticamente, todas las criaturas son de raza tarasca; sólo por excepción se ve alguno que parece mestizo; todos hablan el idioma nativo en sus hogares como lengua familiar y muchos de los presentes no entienden todavía el castellano. La mayor parte de estos niños están muy desaseados; más de la mitad traen ropas andrajosas, o en muy mal estado y casi todos señales externas de pediculosis.

El horario de la escuela es bastante irregular; las clases comienzan en la mañana como a las nueve, y en la tarde como a las 3; no hay periodos fijos de clase, ni una distribución de tiempos

M O I S E S S A E N Z

más o menos exacta. En el grupo preparatorio se pasan dos horas del día, según el dicho del maestro, en trabajos manuales, una hora en prácticas agrícolas, una hora en aritmética y una hora en lengua nacional. Los niños del segundo y del tercer año emplean una hora en lengua nacional, más de una hora en aritmética; una hora en agricultura, una hora en trabajos manuales y el resto en enseñanzas de historia patria, geografía, ciencias naturales, etc. No obstante tal distribución de tiempo no hay un sólo objeto construido en los grupos preparatorio y del primer año y los del segundo y tercero sólo han hecho dos servilletas y tres mantelitos; las prácticas de agricultura no dan, a lo que puede verse, fruto ninguno. En cuanto al cálculo, los niños de la sección preparatoria saben contar hablando hasta el 20; los del primer año hacen sumas, restas y multiplicaciones hasta el mismo número 20; los del segundo y tercero hacen sencillos ejercicios con las cuatro operaciones hasta el número 50. De 69 niños examinados, de los cuales 50 correspondían a la sección preparatoria y de primer año y el resto, 19, a alumnos de segundo y tercero, solamente 6 pudieron leer de corrido y 11 por palabras. Se examinó la escritura poniendo breves dictados. 12, 14 Y 6 alumnos de primero, segundo y tercer años, respectivamente, merecieron en esta sencillísima prueba la calificación de «pasable», los otros no escribieron nada.

Se organizó el comité de educación en febrero, pero la única aportación que tal grupo ha hecho al plantel es el del barbecho del terreno de cultivo. Por lo demás, los maestros nada han solicitado; en realidad, el comité no funciona. Las autoridades han estado prontas a ayudar a los maestros cada vez que éstos lo han pedido; la actitud del vecindario en general es de indiferencia hacia la escuela. Si fuésemos a dar una calificación a este plantel, considerándolo como centro de la comunidad y teniendo presente lo que esto implica en lo general, habríamos de darle la nota de «mal».

Los tres maestros son jóvenes. La directora no es normalista, pero tiene ocho años de servicios en escuelas federales y ha asistido a cuatro institutos de Misión Cultural. El señor X, acaba de terminar sus estudios en la Escuela Normal Rural de Erongarícuaro y la señorita Z, estuvo tres años en la Normal de Morelia. Los tres profesores gozan de buena salud, su aspecto físico es agradable,

C A R A P A N

pero los tres son apáticos, tímidos y pesimistas: ninguno de ellos resalta por su entusiasmo.

TACURO

La escuela de este pueblo se fundó en febrero del año en curso y a poco se dio principio a la edificación de una casa que está a punto de terminarse y que será amplia y suficiente. Es de construcción maciza; tiene, como todas las del lugar, un corredor ancho que podrá usarse en ocasiones para actividades escolares. Tendrá dos salones; les faltará luz porque no tienen sino las aberturas hacia el corredor. La comunidad construye el edificio: muy a su crédito.

Asistiendo por término medio sesenta niños, no hay más que 20 mesa-bancos dobles, en regulares condiciones. Hay en todo 37 libros de texto, de tres clases; se cuenta con un pizarrón. El plantel tiene un taller de carpintería, pues el maestro es de ese oficio y ha fomentado su especialidad. Tiene también en ejercicio prácticas de curtiduría. El jardín escolar está en el atrio de la iglesia frente a la escuela, semiabandonado. Allí mismo queda la hortaliza, en iguales condiciones. No hay campo de cultivo, ni gallinero, ni porqueriza. Sí hay plaza para deportes; se juega básquet-ball de preferencia.

Los niños de Tacuro son 65; la inscripción del plantel, 79, el hecho se explica porque de Tanaquillo, de Ichán y de Carapan mismo, asisten algunos niños a esta escuela, y es que el maestro tiene fama de bueno, merecida según mi entender. Casi todos los niños son indiecitos y no hablan en su casa sino el tarasco. El aspecto del grupo, es menos desagradable que el de otros pueblos, por cuanto el aseo aunque de las 33 criaturas que observamos en cierto día, que eran todas las presentes, 13 merecieron el calificativo de desaseados y 15 de muy desaseados; en cuanto al vestido, 17 lo traían en mal estado y 10 vestían andrajos. A la sección nocturna asisten unas 14 personas.

Los horarios son más regulares que los de Carapan, aunque la distribución del tiempo no es muy exacta. Por lo común se destinan en las tres secciones 40 minutos diarios a la lectura, escritura y lengua nacional, otros tantos a la aritmética y el cálculo, media hora a las prácticas de higiene, al recreo libre y los juegos organizados

M O I S E S S A E N Z

respectivamente, y una hora a las prácticas agrícolas. De 33 criaturas que se examinaron, 4 hacen lectura corriente y 11 por palabras. En la prueba de escritura al dictado (una brevísima oración) 3 la escribieron pasablemente, los demás no supieron escribir, o salieron reprobados. Los alumnos de la primera sección resuelven problemas sobre las cuatro operaciones hasta el número 20, los del segundo año ejecutan las mismas con cantidades hasta mil; conocen además el metro y sus submúltiplos. El fruto de los trabajos manuales consiste en unas dos pieles curtidas y en la colaboración que han prestado los alumnos para la construcción de las puertas, ventanas y clavijeros de la escuela. (Excelente).

El maestro tiene 38 años. Es casado pero vive sólo en el pueblo, su familia está en Chilchota. Es un hombre fuerte, vigoroso, entusiasta y lleno de recursos; tiene unos nueve años de servicios que han sido como la mitad en escuelas federales. En términos generales, este profesor es un buen maestro rural, por otra parte, algunos «agraristas» nos han dicho que es «mocho».

El comité de educación se formó este año. Ha logrado la edificación de la casa escolar; la comunidad ha colaborado eficazmente. Las autoridades y el pueblo apoyan al maestro, gustosos.

ICHÁN

Este pueblo está junto al de Tacuro; no los separa materialmente más que una calle; los tiene divididos, desde tiempos de la Colonia, una cuestión de límites. La escuela se fundó en 1887. Se hizo federal en 1928. Comparte la casa de gobierno con la Tenencia y con la cárcel. Las dos piezas principales son las aulas pero en una de ellas vive uno de los maestros. La señorita X, que es profesora también, ocupa dentro del solar de la escuela, un pequeño anexo, donde vive con su madre. Aunque la casa está bien hecha, su estado da pena; sucia, descascarada, con malos pisos, mala ventilación, poca luz. El mobiliario es horrible. Hay únicamente seis mesas y seis bancas, insuficientes, desvencijadas, incómodas. Los 75 libros de texto son de nueve clases, casi todos están viejos; hay tres mapas y dos pizarrones; también dos azadones y una pala. Ningún otro implemento. El jardín está al frente. Poca atención recibe de parte de los niños o de los maestros. No hay hortaliza ni campo de cultivo. Hay un gallinero en construcción;

C A R A P A N

no se ve ni porqueriza, ni palomar, ni ningún taller. El patio de juego sirve para el básquet-ball.

Los niños de Ichán son 120; el registro de la escuela marca 82, la asistencia media es de 36. Los alumnos forman tres grupos: preparatoria, primero y segundo. Todos son indígenas. Probablemente se ven más sucios que los de otras partes. El horario es desganado e irregular, las labores se inician en la mañana como a las 10, en la tarde a las 4. No hay una distribución del tiempo precisa. Se gasta una hora para la lengua nacional, otra para la aritmética y media hora para el canto, media hora para las prácticas de higiene y lo mismo en juegos. El día que se hizo el examen, contamos 44 niños; 40 son de preparatoria y de primer año y 4 de los otros grados. De los del grupo menos adelantado uno de los 40 pudo leer por palabras. Los niños de los otros grados, que son 4, pudieron todos leer de corrido. En las pruebas de escritura solamente 10 de los 44 pudieron hacer algo, recibiendo la calificación de «pasable». Los niños del primer año cuentan objetivamente hasta el 50 y están aprendiendo a escribir la numeración; los del segundo suman y restan hasta el 100. Los únicos trabajos manuales que exhibe la escuela son dos servilletas.

No hay comité de educación. El vecindario no ayuda; tampoco las autoridades. Están muy quejosos de la maestra señorita X, a quien se tilda de perezosa y «mocha».

El director de la escuela es Z, joven de 18 años de edad, que acaba de terminar sus estudios en la Normal de Erongarícuaro y que inicia su práctica. Llegó a la Cañada en el mes de junio. Es simpático y animoso pero le falta iniciativa; es tímido; sobre todo, carece de experiencia. La señorita X, tiene experiencia de sobra, pues ha trabajado veintiún años en las escuelas, de los cuales cuatro han sido de servicios federales. No le falta personalidad a esta maestra, pero sus cualidades son negativas.

HUÁNCITO

Es el pueblo central de la Cañada. La escuela se fundó desde 1887. Se hizo federal en enero de 1928. Ocupa la casa del excuro. Es un edificio malo, sucio, obscuro. Tiene un corredor muy ancho hacia el interior que es donde la pasan los niños, pues en las dos piezas que pudieran servir de aulas viven los maestros, el señor

M O I S E S S A E N Z

X, en una, y la ayudanta con su mamá en otra. El excurato tiene también una cocina grande muy obscura que usan los maestros. El jardín es bonito, con muchos rosales y plantas de ornato. Los niños no le prestan mayores cuidados, pero la bondad del suelo y la estación le dan lozanía.

Sucintamente dicho, este es el inventario de la escuela:

Asistencia medio 50; sólo hay asiento para la mitad.

Número de libros de texto: 111, de nueve clases.

Implementos de agricultura, no hay.

Gallinero, no hay.

Población escolar 112; registrados en la escuela 74; presentes el día de la visita 32.

Aspecto en cuanto a aseo: malo.

De los presentes, un niño pudo leer.

De los mismos, un niño pudo escribir.

No hay comité de educación.

El director es el joven R., de 18 años de edad, recibido en la Escuela Normal Rural de Erongarícuaro. Llegó a Huáncito desde hace un año aproximadamente. Es enfermizo y de aspecto débil, pero tiene personalidad. Parece entusiasta y posee un cierto sentido humorístico que le ayuda. Toca la guitarra y canta. La ayudante es la señorita L. Vino a Huáncito en mayo de este año. Está recién salida también de la Normal de Erongarícuaro, parece muy enferma, con una anemia evidente y color de cera.

ZOPOCO

Es probablemente el pueblo más indígena de la Cañada. Su escuela fue fundada por la Federación en 1929. Ocupa la casa de gobierno. Tiene junto la oficina de la Tenencia y la cárcel. A semejanza de las otras, disfruta de un corredor grande al frente donde casi siempre están los niños. La maestra y su madre viven en una de las aulas. Las piezas, aunque de buen tamaño, son obscuras, están destartaladas y sucias. El mobiliario es pésimo, apenas dos bancas y unas vigas puestas sobre adobes, adosadas a las paredes. Hay 48 volúmenes de texto, de seis clases distintas, todos desgarrados. No hay instrumentos de agricultura, ni de ninguna otra clase. Al frente de la escuela hay un jardín bonito, semiabandonado. No hay huerto, campo de cultivos, parcela, gallinero, ni

C A R A P A N

palomar. El patio de juegos sirve para el básquet-ball y para algunas recreaciones organizadas.

El censo de 1931, apunta 90 niños en edad escolar en Zopoco. El registro de la escuela es de 58. La asistencia media se aproxima a esta cifra, pero el día que hicimos la visita no había sino 30 niños, de los cuales, mitad varones y mitad mujeres. De los inscritos, 11 asisten a la escuela este año por primera vez; 32 tienen ya como tres años. El día de la visita asistieron 10 alumnos a la sección preparatoria, 14 al primer año, 3 al segundo y 3 al tercero. Esta escuela no da clases a los adultos. Las labores comienzan a las diez de la mañana y a las 4 de la tarde. El día se emplea en una hora para lengua nacional, cuarenta minutos para aritmética y cálculo y un cuarto de hora para recreo. No pudimos encontrar vestigios de otras ocupaciones. La prueba de lectura señaló a 3 de los 30 alumnos presentes como que saben leer de corrido, 5 pueden leer por palabras. En el dictado, 11 alumnos alcanzaron apenas la calificación de «pasable». Los trabajos manuales que pudimos ver se reducen a cinco servilletitas.

No hay comité de educación ni colaboración ninguna entre el vecindario y la escuela. Esta, como la escuela de Huáncito, tendrá que recibir una mala nota si se le juzga como centro de la comunidad.

La maestra de la escuela es V, de 20 años, goza de buena salud y es activa físicamente. Tiene ocho años de servicios escolares, de los cuales son federales cinco. La personalidad de esta maestra es negativa, pues le falta iniciativa, entusiasmo y, me parece que hasta buena fe profesional.

SANTO TOMÁS

Es uno de los pueblos más pequeños de la Cañada. Tiene escuela desde hace cuatro años, fundada por la Secretaría. El plantel está ubicado en la pequeña casa del excurato. Tiene al fondo el atrio de la iglesia y por enfrente un bonito jardincillo. La casa se compone de dos piezas y de un corredor ancho. En las primeras, vive el maestro con su familia, habitación y cocina; los niños ocupan el corredor. Las habitaciones son oscuras y feas; no tienen otra salida que una puerta al corredor, de modo que muchas veces el humo de la cocina envuelve a las criaturas y el tráfico de la

M O I S E S S A E N Z

casa se hace por entre los mesa-bancos. Dentro del mismo solar hay otra pieza en pabelloncito aparte que se usa como gallinero con aves de la propiedad particular del maestro. El mobiliario es suficiente, aunque no está muy bueno. El material escolar es escaso. No hay más que 24 libros de texto. Hay 4 implementos de agricultura y un pequeñísimo equipo de carpintería. El jardín está bonito y es atendido medianamente bien por los niños. No hay hortaliza. No muy lejos de la escuela hay un solar que es el campo de cultivo. Tiene poco más de una hectárea de extensión. Se utiliza para maíz y trigo, según la estación; lo siembra la comunidad, a medias con la escuela. Hay una colmena en condiciones un tanto primitivas. No hay porqueriza ni talleres.

Sobre una población escolar de 48, están registrados 32 niños en la escuela, de los cuales asisten en promedio 24. Los escolares forman tres grupos, de primero, segundo y tercer año. De las 27 criaturas que estuvieron presentes el día que se tomaron los datos, 25 merecieron la nota de desaseados. El aspecto de estos niños, en punto de aseo es verdaderamente asqueroso.

La distribución de tiempo es tan caprichosa en esta escuela como en las otras. Las clases principian cuando se puede; las actividades son irregulares y muy poco variadas: lectura, escritura y lengua nacional, aritmética y cálculo, un poco de canto y recreo libre. Una cosa hacen muy bien estos niños, cantar: el maestro sabe de eso. En cuanto a la lectura, 7 leyeron de corrido y 4 por palabras, en la escritura salieron bien cuatro niños de segundo año y otros cuatro obtuvieron el grado de «pasable». Los de la sección preparatoria están aprendiendo a escribir los números dígitos, los del primer año hacen sumas y restas hasta el número 20 y los otros tienen ya conocimiento del metro y de sus submúltiplos, a más de poder resolver problemas sencillos de la vida diaria. No hay trabajos manuales.

No se ha formado todavía el comité de educación; la comunidad no ayuda.

El maestro es el señor N, de 39 años, casado, con 8 de familia a su cargo. Tiene 22 años de servicios de los que son federales 9. El señor N adolece de muy mala salud, lo aqueja una disentería crónica. Padece además del vicio de la embriaguez. Tiene ciertas cualidades de maestro, es animoso y de recursos, pero lo pierden sus dolencias.

C A R A P A N

ACACHUÉN

Como la anterior, la escuela de este lugar fue establecida por el Gobierno Federal en 1928. Está, como tantas otras de la Cañada, junto a la casa de gobierno; es amplia y bien construida, con dos piezas grandes para los niños y un corredor de más de tres metros de ancho que pudiera usarse, si se deseara, para actividades escolares. Ocasionalmente se le da este uso. Las aulas son oscuras; les haría falta una ventana por el lado del Oriente; en la actualidad entra luz únicamente por las puertas del corredor. Las paredes exteriores de la casa, en el corredor, fueron decoradas el año pasado por la Misión Cultural que funcionó en el pueblo vecino de Tanaquillo, pinturas con colores deleznable que están emborronándose y corriéndose. El interior de las piezas está sucio y descascarado. Aunque asisten unos 75 niños, el plantel apenas cuenta con 12 bancas binarias; además hay unas vigas corridas a lo largo de las paredes, que sirven de asiento. Los pocos muebles son malos, sin paliativo alguno. Los libros son pocos, 45 en total, de 5 clases diferentes. Hay un arado que dejó la Misión Cultural y que para nada se usa, y un rastrillo. Además, cuatro pequeños instrumentos de carpintería. El jardín está al frente, abandonado. No hay hortaliza, pero sí un pequeño campo de cultivo, distante como un kilómetro de la escuela, donde con peones, a medias, se siembra maíz. No hay gallinero ni ningún otro anexo. En el patio se juega el básquet-ball.

Los niños de edad escolar de Acachuén son una centena; tres cuartas partes de ellos están inscritos. Por término medio asisten a las clases unos 64; el día que se levantó la encuesta vimos 37. Es digno de nota que en Acachuén como en los otros pueblos, el número de alumnos se reparte aproximadamente por mitad entre hombres y mujeres. La sección de adultos es como de veinte personas.

Según lo manifestado por los maestros, estos niños pasan como una hora todos los días en el estudio de la lengua nacional, la lectura y la escritura, como cuarenta minutos en el aprendizaje de la aritmética y el cálculo, como media hora en prácticas higiénicas y el mismo periodo de tiempo en ejercicios de agricultura. Media hora más se destina al canto y al recreo libre. Aunque el día que hicimos el examen había 16 niños entre los de primero y de segun-

M O I S E S S A E N Z

do años, ninguno pudo leer de corrido; por palabras leyeron 10. En la prueba de escritura salieron un poco mejor, pues todas las criaturas recibieron la calificación de «pasable». El programa de aritmética y de cálculo ha comprendido la escritura de números dígitos, en la sección preparatoria, y en las otras, sumas y restas hasta el número 50.

No hay comité de educación. La comunidad es indiferente. Las autoridades se preocupan por la escuela, pero los maestros no aprovechan esta actitud. Hay baldosa para arreglar el piso del corredor pero no se ha colocado. Desde el punto de vista de sus relaciones con el vecindario, el plantel no podría satisfacerlos.

El director de la escuela, señor R., de 22 años, se recibió en la Normal de Erongarícuaro, y contrajo matrimonio este año con su colega la ayudante de la escuela, que es ahora su esposa. Esta señora ha tenido tres años de servicios escolares, más los meses que van corridos de este que ha estado en Acachuén. Llegan siempre tarde a las juntas y no parecen entusiasmarse con nada.

TANAQUILLO

La escuela de Tanaquillo es del Estado. Se le llama escuela industrial. De hecho no es más que una escuela primaria elemental incompleta que tiene dos maestros especiales para los talleres de carpintería y herrería respectivamente. Al comenzar este año, con el propósito de hacerla un centro de entrenamiento vocacional, el Gobierno del Estado la tomó a su cargo; antes era federal. Pero hasta la fecha se ha quedado en los límites que acabo de señalar. A más de los especiales, hay tres profesores en la escuela: el señor C., normalista de Morelia que funge como director y que no tiene grupo a su cargo, el normalista moreliano señor H., y la señorita E, que tiene diploma de maestra rural recibida en Uruapan.

La casa es buena; cuando se la construyó en 1902, se destinaba a oficinas de la Tenencia. Ahora con ventanas y bien pintada es un edificio agradable para los niños. Hay dos salas de buen cupo, a más del corredor, que si bien no se utiliza para actividades escolares, podrá servir. En el patio hay un cobertizo para el taller de carpintería y unas piezas que ocupan como habitaciones los maestros. Todo esto queda encerrado en el añoso atrio de la iglesia, trocada desde hace algún tiempo, para deleite agrarista,

C A R A P A N

en salón de actos o teatro en lo cual se usa de vez en cuando. Como la asistencia media a la escuela es de 42, los 21 mesa-bancos binarios con que cuenta son suficientes; los muebles están en buen estado. Por cuanto a libros, las cosas están menos bien, pues aunque hay 43 volúmenes, son de cinco clases distintas y todos arruinados. El Jardín queda al frente, -unos 180 metros cuadrados de superficie- separado de la calle por una cerca de madera; pudiera ser bonito si estuviese bien atendido. No hay hortaliza, pero sí hay gallinero, el mejor, es decir, el único de la Cañada, donde se cuidan 16 gallinas, de propiedad particular del director. El campo de cultivo es como de 300 metros de extensión, dista medio kilómetro de la escuela, tiene sembrados algunos cafetos por vía de experimentación. (En mal estado, mal sembrados.)

El taller de carpintería está regularmente dotado y queda, como ya se dijo, bajo la dirección de un maestro especial. También hay un maestro herrero nombrado desde enero de este año y que disfruta, como el otro, de un sueldo de \$3.00 diarios pero que por falta de equipo no ha podido trabajar. Me dice el director que repetidas veces han pedido implementos, sin resultado. En el taller se ejecutan trabajos de los vecinos; cobran por algunos, pero no se llevan cuentas. También trabajan ocasionalmente muchachos aficionados, cuando necesitan hacer algún pequeño mueble. Algunos alumnos de la escuela hacen también prácticas de carpintería pero como son todos pequeñitos, apenas si se les puede someter a una disciplina regular de entrenamiento.

Los 42 niños que encontramos reunidos el día de la encuesta son: 16 de la sección preparatoria, 16 del primer año, 5 del segundo y otros tantos del tercero. La mayor parte son mestizos, pues ese es el tipo de la población de Tanaquillo. Los niños no se ven más limpios que los de otros lugares. Del total, 30 estaban desaseados o muy mugrosos de piel y 23 vestían ropas sucias o muy sucias; a unos 20 se les veían liendres.

El horario es tan irregular como en otras partes. La apertura es para las diez de la mañana, pero los vecinos se quejan de que todavía a esa hora los muchachos se entretienen en jugar en el patio o se van al río. No hay horarios fijos. Dicen los maestros que por «practicar la escuela de la acción, no se rigen por programas ni por distribuciones de tiempo; todas sus enseñanzas son impartidas ocasionalmente. No fue posible por lo tanto cerciorarse

M O I S E S S A E N Z

de la proporción relativa de tiempo que se destina a las ocupaciones cotidianas. La prueba de lectura acusa un aprovechamiento superior al de otros planteles, pues de los 32 niños de las secciones preparatorias y de primer año, 8 leyeron de corrido y 11 de los de segundo y tercero demostraron igual capacidad. En la escritura, 19 muchachos de las cuatro secciones, recibieron la marca de «bien» y 4 del primer año la de «pasable». Los alumnos más pequeños están aprendiendo a escribir los números dígitos; los de primer año cuentan hasta 20; los de la segunda sección hacen cálculo mental y escrito hasta el número 50, y los de tercero resuelven problemas sencillos de la vida diaria. En cuanto a actividades manuales, vimos unos buenos dibujos al carbón, de piezas anatómicas.

Desde 1931, se constituyó la junta de educación que cooperaba satisfactoriamente con la escuela, porque ellos y todo el pueblo se apasionan por la educación. Esta ayuda, sin embargo, ha sido retirada en este año porque los vecinos más influyentes están inconformes con los maestros y con la escuela; dicen que se pierde mucho el tiempo, que los niños no aprovechan, que los profesores son unos holgazanes. La Misión Cultural organizó el año pasado una Liga Femenil como de 40 miembros. Es un grupo de mujeres animosas que quisieran ayudar pero que también han retirado su apoyo. Lo que pasa es que los maestros no son gratos a la familia Prado.

El profesor C., que principia su experiencia docente este año, no ha podido encarrilarse; como no tiene alumnos a su cargo, los vecinos creen, tal vez no sin razón, que no trabaja. La Dirección de Educación del Estado lo tiene comisionado como inspector honorario de la zona y frecuentemente emprende viajes para ver escuelas. Este señor toca varios instrumentos musicales y es activo, aunque no es entusiasta; no parece muy organizado. El profesor H., también comienza este año. Se recibió en la Normal de Morelia, es oriundo del vecino pueblo de Chilchota, de personalidad algo anodina. La profesora tiene en su haber cinco años de experiencia docente, es simpática y de buen ánimo.

CHILCHOTA

En Chilchota, la cabecera del municipio con una población escolar de cerca de 500 niños, están establecidas desde hace mu-

C A R A P A N

chos años (antes de 1888), dos escuelas, para niños y para niñas. El establecimiento de varones ocupa el excurato, edificio de seis piezas, tres de las cuales son aulas y tres habitaciones de los maestros. La casa es mala. La escuela de niñas es peor, ocupa dos piezas y un corredor, un pequeño patio de jardín y un traspatio un poco más amplio pero no todo lo que la escuela requiriera. (Un detalle que descubre las malas condiciones económicas de Chilchota después de la Revolución: por esta casa, que si bien insuficiente para el plantel, es de todas maneras grande y bien fundada, paga, el municipio cinco pesos de renta al mes). Las dos escuelas tienen pésimo mobiliario, no se andaría lejos de la verdad si dijéramos que carecen de él, pues la de niños, para una asistencia media de noventa, no cuenta más que con 28 bancos binarios, casi inservibles, y la de niñas, adonde asisten en promedio 70 alumnas posee sólo 16. Los textos para los varones son 157, de ocho clases; los de las mujeres apenas 30, de tres clases; unos y otros deshojados y sucios. Las dos escuelas tienen jardincito en el patio, pequeño, bonito de aspecto, no hecho por los niños. Ni la escuela de niños, ni la de niñas tiene huerto pero aquella dispone de una parcela, como de una hectárea de extensión, que atiende la sociedad de padres de familia y en la que siembra, en la estación maíz o trigo. No hay gallinero, porqueriza, ni ningún otro anexo.

Los varones registrados son 160, y 129 las mujeres. La asistencia media de la primera escuela es de 90, de la segunda 70. El día que hicimos la indagación había 92 niños en una, y 60 alumnas en la otra. En la escuela de varones hay cuatro grados: la preparatoria y el primer año con 46, el segundo con 30, el tercero con 7 y el cuarto con 9. En el otro establecimiento hay igualmente cuatro grupos, empezando con el preparatorio que tiene 24 alumnas; los otros tienen 10, 18 y 8 respectivamente. Estos niños son mestizos en un ciento por ciento. El aseo deja mucho que desear. 76 de los varones presentes fueron clasificados como desaseados o muy desaseados; las niñas andan mucho más limpias. Las condiciones de pobreza son innegables, pues 74 muchachos traían ropas en muy mal estado o andrajosas; 12 niñas estaban en iguales condiciones.

Las clases comienzan a las diez de la mañana. Hay, según informes de los maestros, cuatro actividades fundamentales en la escuela de los niños, lengua nacional, aritmética, geografía, histo-

M O I S E S S A E N Z

ria e instrucción cívica, y canto y recreo. Las mujercitas tienen iguales turnos y además una hora diaria de labores femeniles. El examen de lectura indica que 19 de todos los 92 muchachos saben leer de corrido, 13 lo hacen por palabras y 14 apenas por sílabas. En la escritura 27 obtuvieron la marca de «pasable», los otros, o salieron reprobados, o no saben escribir. Los niños no han ejecutado trabajos manuales. En la escuela de niñas hay cuatro servilletas y dos cojines bordados y tres manteles.

No hay comité de educación en Chilchota, pero hay en la escuela de niños una sociedad de padres de familia y en la de niñas una de madres; los primeros tienen cierto interés por el establecimiento y han atendido la parcela escolar; las segundas no dan señales de actividad.

N. N., soltero, de 22 años de edad, normalista de Morelia que principió su magisterio este año, es el director de la escuela de varones. La nota de personalidad que apuntamos dice: «apático, tímido y pesimista». Los ayudantes son el señor X, y la señorita S., graduados en la Escuela Normal Rural de Zamora. El primero tiene ya dos años de ejercicio, la segunda se inicia este año. La escuela de niñas está dirigida por la señorita M., de 56 años de edad, que tiene a su crédito 44 de servicios escolares. A pesar de su edad, esta profesora goza de vigor, es entusiasta y posee una personalidad agradable; su ayudante es la señorita A., maestra rural recibida en Zamora, que principia su carrera este año.

SUMARIO

Planta material.—En cuanto a casa, la situación no es tan mala aunque todas son un poco obscuras; en muchos lugares no dan el cupo necesario, en una mayoría de ellos (6 de los 9 pueblos donde hay escuela), los maestros ocupan el 50% o más de las piezas disponibles, para residencias particulares; también en una mayoría hay vecindades poco convenientes, la cárcel y la propia tenencia. Sin excepción, todas las escuelas necesitan limpieza, cal, pintura. De las 10 escuelas, 5 están incuestionablemente mal de mobiliario, 4 en condiciones medianas y apenas 1, la de Tanaquillo, puede considerarse buena. El material escolar es insuficiente. Aparte de lápices y cuadernos, casi lo único que puede anotarse son los libros de lectura, de número escaso en relación con la asistencia y de tan múltiples y distintas clases que su valor queda muy

C A R A P A N

descontado. Es lastimosa la carencia de implementos de agricultura; en toda la Cañada no llegan a una docena. Los de carpintería tampoco abundan. A más de Tanaquillo que cuenta con un taller en forma, sólo Tacuro tiene un número suficiente de ellos para las prácticas escolares de carpintería. Todas las escuelas tienen jardín que no representa sin embargo un aspecto vivo, en primer lugar porque los jardines no han sido hechos por los niños y los maestros y en segundo porque, aparte una limpia ocasional, no hay propiamente entretenimiento valioso relacionado con ellos. Esto no obstante, en la estación de lluvias, casi todos los jardines están bonitos: el clima es noble y las plantas agradecidas. De las 10 escuelas, 8 no tienen huerto y en 2, más que hortaliza, hay un lugar para plantada. No obstante ser la Cañada una región eminentemente agrícola y ser la agricultura la ocupación casi exclusiva de los habitantes, 5 de las 10 escuelas no tienen parcela y en las que hay, no es cuidada por los escolares. No hay pues, actividad educativa en el campo. Solamente una escuela tiene gallinero y en ella, las gallinas son del director. En tres planteles se ha iniciado la construcción de este anexo pero está suspendida. No existe una sola porqueriza, ni palomar, ni apiario, excepción hecha en esto último de Santo Tomás que tiene un cajón de abejas. De talleres sólo hay de carpintería en Tanaquillo y Tacuro y de curturía además en esta misma. Todas las escuelas, con excepción de la de niños de Chilchota, tienen campo deportivo con postes para el básquet-ball, deporte que se juega con asiduidad por muchos de los niños y por los jóvenes de todos estos lugares.

Población escolar. - Los datos de población escolar han sido tomados y calculados del reciente censo de 1931. La columna 12 de la tabla No. 2, nos dice que el 66% de los niños de edad escolar de la Cañada está inscrito en las escuelas, y la otra, que la asistencia media representa el 43% de esa misma población escolar. Si hacemos el censo sin contar Chilchota resulta que el 70% de los niños de edad escolar están registrados en las escuelas y el 49% asiste, por término medio. También es interesante observar esta proporción en relación con los pueblos preponderantemente indígenas, es decir, haciendo punto omiso de Chilchota y Tanaquillo, y entonces encontramos que el 68% de las criaturas en edad escolar está registrado en los planteles y que vienen de hecho como 47 niños de cada 100. Es bueno igualmente fijarse que en las

M O I S E S S A E N Z

escuelas están representados aproximadamente por partes iguales los niños y las niñas. El hecho es más significativo cuando se refiere a los pueblos de indios pues se ha dicho que los naturales son renuentes a enviar a las mujercitas a los planteles de enseñanza. De la asistencia media total a las 7 escuelas de pueblos indígenas (quitando Tanaquillo y Chilchota), 196 corresponde al número de las mujeres y 192 es el de los varones. Véase también cómo las escuelas de la Cañada están dedicadas casi exclusivamente a la atención de los niños en edad escolar legal, pues no hay más que 14 alumnos en total mayores de 14 años. Sobre este punto, bueno es hacer notar que la población de 10 a 14 años en la Cañada (635 individuos), 350 (el 55%) está inscrito en las escuelas. Doblado esta cifra se ve que en los 7 pueblos indígenas el 57% de los niños de 10 a 14 años está registrado en la escuela, mientras que en los dos pueblos mestizos, Tanaquillo y Chilchota, sólo el 48% de las criaturas de este mismo grupo ha sido inscrito. Este dato es importante; quiere decir que no obstante que las escuelas rurales no dan instrucción en los grados superiores, los niños que por su edad debieran estar en estos grupos concurren de todos modos a los planteles. Los datos anteriores no hacen cuenta, por supuesto, de los adultos enrolados en los cursos nocturnos. Además, obsérvese que en los pueblos de indios es más grande la proporción de niños mayores que van a la escuela que en los dos pueblos mestizos (57% en los primeros, 48% en los otros) y esto a pesar de que en las escuelas de los pueblos indios, ni siquiera se llega al Cuarto año, mientras que sí existe este grado en las otras.

Los datos a que se viene llamando la atención nos permiten señalar para las escuelas que estudiamos dos fenómenos de importancia, tratándose de escuelas rurales y sobre todo de escuelas indígenas: primero, que hasta los diez años asisten en igual número tanto los hombres como las mujeres; segundo, que en el grupo de los mayores de diez años tal igualdad desaparece, pues las niñas concurren en menor número que los varones. Sin embargo, si se juntan en el cómputo los dos sexos, la proporción de asistencia a la escuela en este grupo (10 a 14 años), no decae mucho, comparando con la de los más pequeños, pues en los siete pueblos indígenas hay 30 niños y niñas de 10 a 14 años y de ellos, como se dijo arriba, cincuenta y siete de cada ciento están inscritos en las escuelas. Se ve, pues, que aquí no existe la tendencia, como se cree que suce-

C A R A P A N

de por lo general en los pueblos, de que los niños mayores sean sustraídos de la escuela para ocuparlos en las tareas ordinarias.

Las informaciones de las columnas 21 al 28 deben ser también objeto de reflexión. En todos los planteles hay alumnos que han estado tres años, contando el que corre como uno. Debería existir una cierta correspondencia entre el tiempo que han venido a la escuela y el grado escolar en que se encuentran, máxime cuando en los planteles no hay más que los primeros grados de la enseñanza. Esto no obstante, se ve que habiendo 141 niños que han estado en la escuela tres años y que normalmente deberían cursar ahora el segundo grado habiendo pasado el preparatorio y el primero, sólo hay en este segundo año noventa criaturas. La disparidad en este punto es mayor si se consideran únicamente las escuelas en los pueblos más completamente indígenas, pues aquí hay 75 niños que han venido a la escuela tres años y únicamente 37 corresponden al segundo grado.

En cuanto a aseo, el resumen es desconsolador. De 467 niños vistos 299 (casi dos tercios del total) son de grupo de sucios o muy sucios en cuanto a cuerpo, 257 en la ropa, 108 dan señales visibles de pediculosis y 273 visten o ropas pobrísimas o andrajosas.

Un hecho que no aparece en números es el de la actitud de los alumnos indígenas. Es apática hasta la desesperación, encogida, arisca. Esto hay que juzgarlo con otros dos fenómenos a la vista: que los niños indios antes de venir a la escuela, en sus hogares, sobre todo los más pequeños, son vivarachos y juguetones y que, excepcionalmente, se ven criaturas dentro del plantel que conservan estas características. Esto último lo hemos podido observar en Tacuro especialmente, donde hay un maestro bueno. Sospecho, en consecuencia, que la escuela de por sí, estas de la Cañada digo, son responsables por la actitud de los alumnos, y no la naturaleza de los niños o las condiciones del ambiente extra-escolar.

Aprovechamiento.- El aprovechamiento apenas puede estimarse en planteles que, como los examinados, no tienen ni programas, ni distribución de tiempo, ni horarios fijos, ni una clasificación racional de los alumnos. En tales condiciones, se creyó que el único criterio que podría guiarnos sería el de examinar cuántos alumnos pueden leer y cuántos escriben. La primera habilidad se estimó

M O I S E S S A E N Z

en tres grados, poniendo a cada una de las secciones la prueba en sus respectivos textos y tomando cuenta de los alumnos que pueden leer de corrido, los que leen por palabras, los que solamente leen sílabas y los que no saben leer. En escritura se dictaron las siguientes oraciones: para primer año, «yo tengo un perro»; para segundo año, «en tiempo de aguas los campos están verdes»; para tercer año, «mi padre se llama... y es labrador». «Tengo dos hermanos»; para los de cuarto año, «las frutas más comunes en (nombre del pueblo) son el aguacate, la chirimoya, el durazno y el higo». La calificación de la escritura se hizo en tres puntos: bueno, pasable y reprobado, y para darla se tomaron en cuenta las cualidades generales del escrito, sin complicaciones ningunas en el cómputo.

Los resultados de estas sencillas pruebas se anotan en detalle en la tabla No. 3. En resumen, de 329 niños de las secciones de preparatoria y de primer año que recibieron la prueba, el 18% saben leer de corrido; de los 138 alumnos de los grados subsecuentes (segundo a cuarto) un poco más de la mitad, o sea el 54% saben leer de corrido. Estimamos que esta es la única apreciación general que debe hacerse, los que saben leer de corrido en sus propios textos, que es «saber leer» para nuestro caso y los que no poseen la habilidad en este grado. Si no se cuenta Chilchota resulta que solamente el 15% de los niños de la preparatoria y del primer año saben leer, y que el 57% de los grados posteriores poseen tal habilidad. De los 47 alumnos que en estas escuelas (sin contar Chilchota) están en el grupo de los que saben leer, 9 corresponden a la sección de preparatoria y de primer año.

El conocimiento de la escritura está en peores condiciones que el de la lectura. Véase cómo de todos los niños de primer año (467), apenas 8 pudieron escribir al dictado la frase, «yo tengo un perro», con el calificativo de bien y 42 con el de pasable. Los datos de las otras secciones andan igualmente flojos.

Los conocimientos de cálculo y aritmética son muy elementales. Las columnas 24, 26, 28, 30 y 32, (no aparecen las tablas en este libro), contienen el resumen del programa que de hecho se está siguiendo en esta materia: no puede ser más elemental y limitado, pero el aprovechamiento no corresponde a tal sencillez, pues quedó en torno del 40% en las secciones inferiores y del 50 en las más altas.

Se ha llamado a las malas escuelas rurales, escuelas de leer,

C A R A P A N

escribir y contar. Las cifras que se dan en la tabla No. 3, muestran de manera elocuente que las de la Cañada no merecen ni siquiera ese mote despectivo.

Por otro lado, las actividades de la lectura, de la escritura y del cálculo comprenden prácticamente todo el programa de estos planteles, pues si bien los maestros nos hablan de trabajos manuales y de prácticas agrícolas, no hay ningunos frutos aparentes de éstas, y en cuanto a las costuras, exceptuando a Chilchota, las prendas confeccionadas durante este año son de muy escaso número; los artículos manufacturados brillan por su ausencia. Por otra parte, las prácticas agrícolas no están más que en la imaginación de los maestros, o bien se reducen a limpiar de cuando en cuando las hierbas del jardín. Una actividad sí merece ser mencionada, la del canto. Los niños de casi todas las escuelas cantan con gusto. Llamen la atención que casi en ninguna escuela saben los niños recitaciones de memoria.

Relaciones con la comunidad.- Sólo en tres pueblos hay comité de educación pero en ninguno de ellos ejerce. Las escuelas se mueven como en el vacío. La mayor parte de los maestros están desconectados del medio humano, y aunque no escasean los casos concretos de ayuda por parte de las autoridades, o aun de los vecinos, lo cierto es que los profesores ni solicitan, ni aprovechan, ni canalizan el posible auxilio. Como centros sociales estos planteles fallan lastimosamente.

Políticamente la población de la Cañada (excepción hecha de Chilchota, donde el agrupamiento no es muy preciso), está dividida en dos bandos, los «agraristas» y los otros a quienes se dice «los enemigos», los «fanáticos», los «beatos», los «viejos». El término «agraristas», no designa ejidatarios, pues en la Cañada no se han dado ejidos; se aplica sencillamente al grupo revolucionario en general. Son los que bajo la jefatura de Ernesto Prado, hicieron la revolución agraria en 1918, expulsando a los intrusos que se habían apoderado de muchas de las pequeñas propiedades de los indios, que, rescatadas, fueron entregadas a los propios agraristas», a uno, una parcelilla, a otro, otra, hasta donde alcanzó. Los agraristas se han constituido en una minoría mandona, dueños del poder; son reformadores celosos, que combaten el fanatismo, la embriaguez, las fiestas religiosas, los bailes, y «costumbres». Afilia-

M O I S E S S A E N Z

dos a la Confederación Revolucionaria Michoacana del Trabajo, estos hombres son el «partido» político de la Cañada, amigo del gobierno, dispuestos a todo, disciplinados. Este grupo agrarista (que, incidentalmente, tiene todas las virtudes y asimismo todos los defectos de una minoría armada, decidida y dispuesta a lograr el bien social, según su propio entender), es el único que en realidad puede hacer algo, y ha hecho algo por los planteles de enseñanza. Como las escuelas son cosas del gobierno, y el grupo no agrarista está, a causa de las rencillas locales, como al margen de la actividad político-social, en huelga civil, como si dijéramos, los planteles no reciben ayuda de su parte, ni cuentan con su simpatía (por más que los alumnos son tanto de las familias agraristas como de los otros).

La situación que acabo de bosquejar no releva a la escuela de responsabilidad por la cooperación que no ha sabido obtener, pues ni los agraristas que pudieran ejercerla, que la brindarían si hubiera la motivación necesaria, la han dado, sencillamente porque los maestros no la procuraron.

Maestros.- La tabla N^o 4, contiene datos sobre el personal docente. Fijémonos en algunas generalidades. Primero, sobre edad. Casi todos son jóvenes. No hay más que cuatro que pasan de treinta años y entre ellos van los dos mejores profesores de la Cañada. De los 20 maestros, 16 son solteros. Contamos justamente la mitad de hombres y la de mujeres. Obsérvese que la mayor parte tiene alguna preparación en la escuela normal, pues 17 han asistido a tales establecimientos; muchos son inexpertos: de los 20, nueve han iniciado su carrera este año. Otra cosa que llama la atención es que casi todos son nuevos en la escuela donde ejercen en la actualidad. No hay más que tres que estuvieron el año pasado en los pueblos donde este año trabajan. El hecho es de importancia; acusa una movilidad que no puede redundar, en lo general, sino en atraso para las escuelas. Hasta donde me doy cuenta, no ha operado causa especial ninguna para que prácticamente todo el personal enseñante de la Cañada hubiese sido cambiado este año, pues casi todas las escuelas estaban establecidas el año pasado, o con anterioridad; el personal superior dirigente, inspectores, directores de educación, etc., tampoco han cambiado; no hay autoridades nuevas, ni se ha registrado disturbio público, ni evento ninguno, en suma, que pudiera haber ocasionado la remoción del personal. No

C A R A P A N

cabe otra explicación a mi entender, sino la de que éste es un fenómeno usual que, repito, tiene que redundar en detrimento de la enseñanza.

Probablemente la inmadurez y la inexperiencia de los maestros explican los datos negativos de personalidad que a cada instante se evidenciaban. Véase cómo casi todos son apáticos y tímidos si no es que anodinos y pesimistas. Con la posible excepción de un maestro, los otros no dan señales de entusiasmo y estas condiciones no hay que referirlas a falta de vigor físico, a mala salud o a condiciones externas en general, pues desde este punto de vista el grupo de maestros se anota una elevada calificación. No hay más que tres enfermos o enfermizos, casi todos los otros son ágiles y de agradable presencia. (Es de justicia advertir, sin embargo, que la timidez y falta de iniciativa que observamos pudiera en parte, haber sido ocasionada por la presencia de la Estación, tan «técnica» y tan importante a los ojos de los profesores humildes del campo). Casi todos los maestros pueden cantar y muchos tocan algunos instrumentos musicales.

Aunque adrede no señalo responsabilidades por la situación que hemos encontrado en la Cañada, sí me siento obligado a hurgar un poco en las causas que pueden afectarla. En cuanto a los maestros quiero llamar la atención a la mala calidad de los que tenemos aquí, salidos de la Normal Rural de Erongarícuaro. Son todos jóvenes como de 18 años y con una única excepción, nada les faltaría físicamente para ser buenos maestros. (La excepción es la pobre muchacha de Huáncito que sufre alguna dolencia crónica que la tiene aniquilada). Pero no son buenos maestros, muy al revés. No tienen personalidad (a causa de la juventud, en parte), no tienen entusiasmo, no poseen un átomo de «liderismo», son ignorantes, y nada saben hacer con las manos. Lo único que hacen medio bien, es cantar y jugar básquet-ball. En cuanto a pedagogía -en cuya falta no reparara si otras cualidades la sustituyeran- ni asomo.

No quisiera pensar que los cinco maestros de Erongarícuaro son un producto «típico» de la escuela normal que los diplomó, pero el síntoma que los que juzgo acusan es alarmante; amerita por sí sólo, una indagación seria en ese plantel; tal vez en todos los de su género.

Juicio.- Los datos de la encuesta y las observaciones minucio-

M O I S E S S A E N Z

sas que hemos venido realizando día a día, desde el momento de nuestra llegada, nos llevan a la conclusión de que las escuelas de la Cañada quedan bastante abajo del nivel medio, normal de los planteles de su clase. El juicio cobra objetividad en cuanto a las escuelas federales, pues entre los planteles que sostiene el Gobierno del centro en todo el país, se ha ido perfilando ya un tipo que puede ser considerado como norma o patrón, tanto en los aspectos materiales de la escuela como en sus actividades educativas y sociales. Si comparamos pues con este tipo medio, repito que las escuelas que he examinado son inferiores.

La situación se agrava cuando se considera que las condiciones generales del medio en que estas escuelas operan son favorables. Los profesores han recibido una preparación superior a la del promedio de los maestros rurales del país, la zona es accesible, compacta, bien comunicada; el asiento de la inspección federal, Zamora, no está lejano, durante la temporada de secas se puede venir de esta ciudad a la Cañada en automóvil más o menos en dos horas; los pueblos son definidos, la población está bien cimentada; no hay resistencia activa hacia la escuela, las autoridades no están ni más mal, ni más bien dispuestas hacia los planteles que en muchas otras regiones del país. Las facilidades existentes son superiores al promedio, pues las casas escolares son buenas, la tierra es relativamente abundante, todos los solares de las escuelas pueden ser irrigados, el clima es casi ideal.

No me incumbe fijar responsabilidades por el estado lastimoso en que he encontrado los planteles, pero sí es deber mío señalarlo con toda franqueza y con tanta precisión como ha sido posible en el momento en que la Estación se hace cargo de ellos. Más que hacer inculpaciones conviene fijar el punto de partida del trabajo que se pretende realizar, a fin de lograr la mejoría de los planteles. Por otra parte, solamente mediante la estimación objetiva de las condiciones actuales podrán entenderse o evaluarse las experiencias pedagógicas que hayamos de realizar.

Programa de reforma.- Este informe debe terminar lógicamente con el examen escueto de los datos que arrojó la indagación, pero no huelga apuntar en conclusión el programa general que la Estación se ha trazado para mejorar las condiciones educativas de la Cañada. En primer término, creemos conveniente levantar las escuelas al nivel medio tipo, por decido así, en lo que respecta a la

C A R A P A N

planta material: utilizar las casas al máximo para fines netamente escolares, obligando a los maestros que emplean ahora habitaciones que deberían ocupar los niños, a buscar otro alojamiento; retirar los anexos inconvenientes como cárceles, u oficinas que pudiesen entorpecer las labores escolares; abrir ventanas y puertas; limpiar, enlucir y pintar los edificios; construir los muebles indispensables, etc. Establecer, por otra parte, los anexos usuales de una escuela rural; ver que donde existe un campo de cultivo, se utilice y donde no, se obtenga, que se atiendan los jardines, que se produzcan legumbres, que el campo deportivo forme en realidad parte de la escuela. Reglamentar los horarios, hacer que las escuelas principien a sus horas y que haya una distribución de tiempo juiciosa y racional; si es preciso, para remediar el desorden en que se ha caído, fijarla, aun exagerando su precisión. Desarrollar una intensa campaña de higienización y de aseo entre los niños; poner en las escuelas los útiles necesarios para el efecto, establecer las prácticas del baño en el río, etc. Organizar en cada pueblo los comités de educación. Enriquecer desde luego y hasta donde el maestro nos ayude, el programa de actividades de los planteles, sacados del ritmo irregular en que han caído; dar orientaciones y demostraciones para el año «preparatorio» que es la sección que de manera especial tiene que ver con la castellanización de los pequeños. Iniciar las juntas de maestros para estudio y consideración de los problemas de la enseñanza y poco después, desarrollar un curso de mejoramiento profesional, ceñido a los problemas de la experiencia diaria.

Para cada escuela, se han formulado recomendaciones precisas para el mejoramiento a que alude esta sección, sobre todo en lo relativo al edificio, mobiliario y equipo, que es el primer punto que se ataca. Informes subsecuentes darán cuenta de otras medidas.

Película del dieciséis

DISCURRE la vida de Carapan, tranquila. Las muchachas pasan en grupos rumbo alojo de agua. Las que van, llevan el cántaro apoyado en el cuadril, sujeto el cuello estrecho con una mano; las que regresan lo traen en la cabeza, sostenido levemente con un brazo en arco, o, las más ágiles, suelto, en equilibrio peligroso, a tono con el paso rítmico. Puesta de sol.

Muy de mañana, hombres de Tacuro y de Ichán suben a sus campos en la mesa vecina, y antes de que el sol se meta regresan a sus hogares.

Por el camino de Tacuro viene un arriero de «gabán» negro arriando dos mulas cargadas de paja rubia en arcinas esféricas. En el campo cercano limpia el indio su milpa, mientras sobre el barranco orillero la mujer y el hijo recortan su silueta inmóvil sobre un cielo teatral con nubes de algodón.

Así es el lunes, y el martes y todos los días y todos los años.
-Una escena pinta la vida.

La plaza de Carapan es como un pozo de luz ribeteado por las copas de los cipreses y por la geometría de la iglesia. Los adobes desnudos de la torre se visten con la plástica de las manos morenas.

El pueblo sacude su quietismo. Se aviva el ritmo. Hay cuatro hombres sobre el tejado de la capilla. Una docena empareja el patio del atrio menor. Hombres que no son de aquí enlucen las paredes de la vieja casa, donde otros abren unas ventanas. La tapia, antes hostil, se ha bajado y los niños pueden ver para adentro. La recta indígena de su cornisa se ha retorcido en curva colonial y por encima de los arcos podemos divisar el limpio del patio que comienza a regarse de canas y de rosales.

M O I S E S S A E N Z

El Quince es comienzo gozoso del dieciséis. Los carpinteros dan los últimos toques a los muebles. En el portal doce indios tejen el festón de hojas de pino: doble cordel tendido a un metro de altura sobre el suelo; un hombre sostiene un extremo, otro sujeta cada uno de los hilos de la cuerda y los tuerce ágilmente tan pronto como un tercero ha colocado entre los dos, hacecillos de hojas. Con la torsión, las agujas verdes, como electrizadas, se esponjan y forman en todo lo largo esa guirnalda que el objetivo dibujará después sobre el blanco de la pared pueblerina.

A la sombra del fresno, niños y niñas, en tomo de una mesa, pegan banderas de «papel de China». Cabezas finas, manos ágiles. Primero se pone el verde, el blanco en seguida, del otro lado el rojo y luego, por la orilla libre del primero, el asta flexible de carrizo rajado.

El pulso de Carapan ha perdido la calma. La plaza es remolino de mancebos que juegan, de muchachos que brincan de puras ganas, de niños que miran, de mujeres que venden, de hombres que van y vienen con aire de quien anda en importantes desempeños. En la fachada flamante de la capilla un hombre de sombrero muy ancho y de ropas muy blancas, suspendido en una escalera, rotula con letras rectilíneas, CENTRO SOCIAL DE CARAPAN. Y al otro lado de la calle unos indios aficionados, acaban el aplanado de la torre morisca de las campanas.

Mañana del Dieciséis. Nuestro valle es un acuario de luz líquida; espesa como el agua, clara como el cristal. El sol existe únicamente en la sombra violácea, que en otra parte, es humor vital que calienta sin quemar, porque el aire más fino del planeta le roba sus ardores.

La Capilla de don Vasco está enfestonada. Gruesas guirnaldas cuelgan de la cúspide hacia los lados, en ondas fáciles. El patio huele a tierra recién regada. Adentro, las paredes blancas; en el cielo, un dosel de guirnaldas, y sobre el antiguo altar, un pabellón de rosas y de ramas. Hay mesas y bancas verdes como el follaje de los bosques. Por las cuatro ventanas entran torrentes de luz y de frescor.

La plaza, centro de reunión. Tomás y los principales hacen guardia, en alto el estandarte patrio, todo de seda, con el águila de fino bordado. Los músicos son el corazón de la plaza y el alma de la fiesta. Mluchísimos niños. Hay unas pequeñitas que parecen

C A R A P A N

escapadas de un cuadro de Diego Rivera: enagua plegada de paño azul, camisita blanca bordada de negro, pelo reluciente tejido en dos trenzas que caen por los hombros y anudan sus puntas más abajo de la cintura, mejillas de manzana quemada por el sol, ojitos de capulín. Hay otras más grandes, con igual vestido y se ven también las madres ataviadas de idéntica manera. Mujercitas y mujeres. Los muchachos refrenan sus retozos y siguen con mirada interrogante a los directores, como impacientes de que el programa se desencadene. Una fila de mancebos se alinea a la pared. Algunos de los más amestizados lucen camisa color de rosa y sombrero sahuayano de cintas de seda y copa diminuta, colocado airosamente a media cabeza.

Se organiza el desfile. Forma primero la Banda. Toda vestida de blanco, con enormes sombreros de paja, cobija al hombro y manos morenas sobre los instrumentos relucientes. El del tambor mayor es un sumo sacerdote que oficia sin ver ni a derecha ni a izquierda, fija la mirada en el horizonte rutilante, perfil de piedra esculpida, indiferencia oriental... Pan, pan, pan-pan, pan...

Tomás Bautista lleva la bandera (¿Habéis visto jamás abanderado más ufano?). Se agrupan con él los más principales, que son las autoridades, los del Comité Agrario y el jefe de los Agraristas. Marcha en tercer plano el Comité de Educación. Cipriano en el centro y a ambos lados sus compañeros que incluyen dos mujeres. Caminan éstas pausadamente con ritmo tan parejo que los pliegues de la enagua se abren y se cierran con la regularidad de un fuelle.

Siguen los adolescentes y los niños. Vestido de fiesta. Las muchachas se han enredado cintas de colores entre las trenzas negras, cuyas puntas juegan al aire sobre el blanco de las blusas y caen sobre el anca recatada.

Sigue el pueblo. Todos han salido, los hombres y las mujeres con los niños de brazos. Marchamos al son de aires nativos.

De la plaza cogemos hacia el oriente, por la calle principal. Pasamos el curato y nos detenemos a media cuadra, en toda la calle, frente a una casita pintada de azul sobre cuya puerta se lee DEPARTAMENTO DE SALUBRIDAD. CONSULTORIO RURAL No. I. Toca la banda. El médico de la Estación habla desde el dintel. Al inaugurar el consultorio, explica a los vecinos sus usos y servicios. Todas las mañanas, consultas gratis, prescripción y medicinas. Vi-

M O I S E S S A E N Z

sitas a domicilio. Servicio de extensión en toda la Cañada. Más tarde, un consultorio como éste en cada pueblo...

La procesión vuelve por la plaza, tuerce hacia el sur por el camino grande, deja las casas, bordea los sembríos. El sol está muy alto. Sendero con barda de magueyes a la derecha, barranco a la izquierda por donde la tierra baja hasta el río. Pasamos por donde brotan las aguas y hay un estanque en el que se miran las muchachas y se reflejan las flores de las enredaderas. Un poco más allá, junto a la casita de paredes blancas y techos rojos, sombreada por sauces enormes, se detiene la comitiva. La cámara recoge el panorama de parcelas y de árboles y de ese río que «recién tiene cauce», donde se ha establecido la Granja que hemos venido a inaugurar. Otra vez la banda. El pabellón Nacional ondea al aire sobre un cielo que ningún pintor sabrá pintar. Los montes lejanos bordados sobre el firmamento por algún artista de la China, enmarcan aquel *set* que envidiaría el mejor escenógrafo de Hollywood.

Camarena y Pérez Toro, los dos agrónomos, ocupan el centro de la escena. La máquina enfoca uno tras otro, la fila de rostros aquilinos, mirada penetrante, facción frugal, ceja ligeramente fruncida, mechones de pelo sobre la frente. Caras de indios despiertos, ávidos, dispuestos... (Mentira el indio triste. Falso el indio estulto. Ficción de turista el indio que reposa en meditación pasiva, haciendo réplica a la escultura de Rodin).

Los cuadros que cierran la película tienen luz de tarde. Otra vez la plaza, la banda, el Pabellón, el pueblo. Los músicos traspasan el portón del atrio menor y hacen rueda bajo el fresno amigo. La procesión avanza sobre el andador tapizado de hojas de pino; la gente se descubre a la puerta de la vieja capilla de Don Vasco que se rotula ahora CENTRO SOCIAL DE CARAPAN, y penetra al salón cuyo estreno es la culminación de nuestra fiesta patria. Se sientan en las bancas nuevas. Acarician la superficie de las mesas, contemplan las paredes inmaculadas... Pero es imposible fotografiar el gozo...

Visitantes

I.- El General Cárdenas

El primer personaje que llegó a nuestra Cañada fue el General Cárdenas, Gobernador del Estado. Como el General andaba siempre de viaje no era cosa rara verlo por los pueblos; de todas maneras, los comarcanos, especialmente los «agraristas», estaban alborozados.

Llegó el General Cárdenas por el lado de Paracho. Fuimos a encontrarlo a medio camino. En Carapan hubo mitin con plaza llena. El Secretario de Gobierno habló en tarasco. Pasamos en seguida al curato. Teníamos apenas tres semanas de llegados y era muy poco lo que podíamos mostrar a nuestro distinguido y cordial visitante. Pero hablamos largo de lo que pretendíamos hacer, el General Cárdenas sabe oír. Quedé muy impresionado con su manera de hombre fuerte que capta situaciones con naturalidad y se las reconcentra sin «dar prenda» pero a la vez haciendo sentir a sus interlocutores que lo que se ha dicho no queda sin respuesta. Mientras uno expone, él escucha. Sus contestaciones son breves: los silencios se hacen significativos. Es un silencio activo ese de él, con no sé qué de reconcentrado y fatal, pero con mucho de cordialidad tácita que nos gana. Expuse al General Cárdenas el proyecto del Centro Social de Carapan y pudo darse cuenta del progreso de las obras de reparación y adaptación del antiguo hospital de Don Vasco, donde quedará instalado. Sin que mediara ninguna solicitud de mi parte, ofreció darnos unos quinientos pesos para aquellas obras y otras que deseábamos emprender. (Y sin que hubiera necesidad de ningún recordatorio, pocos días después, recibía yo aquellos fondos). Hablamos del establecimiento de un modesto

M O I S E S S A E N Z

hospital regional en Huáncito y de la organización de los botiquines y consultorios rurales, el primero de los cuales estaba ya funcionando en Carapan. Después bajamos al Molino, donde comimos con los campesinos. Vimos los terrenos primorosos, si bien pequeños, que Ernesto nos ha prestado y donde se iniciaban las prácticas agrícolas en parcelillas distribuidas a vecinos adultos, para enseñar el cultivo de hortalizas, actividad que creía yo representaría una valiosa adición a la economía de la Cañada.

Pero el problema verdaderamente serio era el del arreglo de la cuestión agraria. El General Cárdenas sabía mejor que nosotros cuánto había todavía por hacer a este respecto en Michoacán como en todas partes, y estaba seguro, además, de que en regiones típicamente indígenas como la de Carapan, la Revolución apenas se había asomado. El problema del indio no es propiamente un asunto de organización ejidal ni siquiera de restitución de tierras. Es un hecho fácil de comprobar que la hacienda, el latifundio, no alcanzó a afectar a muchísimas comunidades indígenas, tanto por la inaccesibilidad de su situación cuanto por lo mezquino, lo fragmentario y lo abrupto de sus fundos. Las tierras del indio requieren, en primer término, una revisión de los sistemas de propiedad o de usufructo que las rigen y una reorganización en cuanto a la manera de su distribución. En seguida deben liquidarse los litigios y diferendos, tales como los que de modo tan agrio y con conflictos a ratos tan agudos, afectan a Ichán y Tacuro. También se necesita más tierra y precisa establecer, aunque sea en forma mínima y si se quiere semi paternal, el crédito agrícola. Dijo el General Cárdenas que dispondría que algunos de los ingenieros que por cuenta del Estado andaban haciendo deslindes, se vinieran a la Cañada para trabajar con nosotros en el asunto.

Ya muy tarde, se fue el General Cárdenas a Purépero. Allí despachó hasta cerca de la madrugada y otro día todo el día. Dió descanso a la comitiva unas cuantas horas de la noche siguiente y oscura la mañana todavía, continuó su viaje rumbo a la Piedad.

II.- El Ministro de Educación

También el Lic. Bassols, Secretario de Educación, sabe de giras. Vino a vernos en los comienzos de octubre. En mi libreta escribí la crónica de aquella visita.

C A R A P A N

OCTUBRE 3, LUNES.

Nájera y yo vamos a dar una paseada por los pueblos para ver cómo andan los preparativos para la visita del Ministro.

Programa; Llegará a Zacapu el día cuatro y se vendrá en seguida a Carapan. Comerá en el Curato, con los principales. Ese mismo día, reunión general de todos los pueblos; especialmente los miembros de los comités de educación y agrario y las autoridades del lugar, a más de los vecinos que el maestro pueda congregarse y traerse. Serviremos una comida a los campesinos, mejor dicho, les daremos «un taco». Por la tarde, visita a las unidades de la Estación y por la noche asistencia a una reunión ordinaria del Centro Social. El día siguiente, el Secretario y su comitiva recorrerán los pueblos, visitando las escuelas que estarán trabajando, como en un día cualquiera. Comeremos en Tanaquillo para pasar después a Urén, donde tendrá lugar la fiesta de inauguración de la escuela. Regresaremos a dormir a Carapan.

Los Prado han estado medio desgastados para todo lo que se refiere a la Estación, sin exceptuar lo relativo a la visita. Ellos tendrán que hacerse cargo de la comida de Tanaquillo, y les veo poco ánimo, pero Ernesto no se ha atrevido a excusarse del todo y ha ofrecido prepararla, aunque sea «haciendo un sacrificio, pues estamos tan amolados». Yo me hago el sueco y acepto el sacrificio. Lo que hay es poca voluntad, y quiero obligarlo.

En la tarde, las cosas cambian como por ensalmo. Hay un mensaje telefónico de Gálvez, para que lo espere, porque irá conmigo a Zacapu para encontrar al Ministro, y Ernesto manda decir que él se quedará en la Cañada juntando a los campesinos. Operó el milagro un telegrama del General Cárdenas ordenando a Gálvez y a Prado atender al Ministro y ponerse de acuerdo conmigo para la recepción.

Gálvez e Isaac Prado efectivamente van conmigo a Zacapu. Mejor dicho, me siguen porque yo me adelanto para llegar a tiempo de mover las cosas por allá y de ver si los caballos y las bestias de carga están listos.

Luis Cásarez, capitán del Ejército, presidente municipal de Zacapu nombrado por el Gobernador, informa tener todo listo: los caballos para el viaje a la Cañada, la banda para la recepción en la estación, etc. Cuando llega Gálvez, hacen buena compañía

M O I S E S S A E N Z

y se pasan la noche en conversación, trago y jugadita. Me parece una extraña manera de prepararse para recibir a un personaje.

MARTES 4 DE OCTUBRE,

Amanece el día en diluvio. No falló el cordonazo de San Francisco. La lluvia es torrencial desde las seis; la nublazón ha cerrado el horizonte. A las nueve nos vamos a la Estación del ferrocarril, entre el lodo y el agua. Los músicos que se habían refugiado en la salita de espera, al pitido del tren salen, chorreando los instrumentos, y se arrancan con la Zacatecana. Se detiene el convoy. Salto al carro. ¡El Ministro no ha venido! Plancha. Súbitamente para la música, sigue el ruido de la lluvia. Nos regresamos al pueblo, medio tristes, medio de mal humor. Por telégrafo localizamos al Ministro en Yurécuaro sin poder comunicarnos con él. Por la tarde vuelvo a Zacapu. Nos coje la noche a medio camino; sigue lloviendo. Nunca creí que la oscuridad fuese tan densa en el bosque. Los caballos nos llevan. Yo no sé si frente a mí hay tronco de árbol, rama o barranco. Ignoro si seguimos el sendero. De cuando en cuando me pegan las hojas en el rostro y me entran por el cuello chorritos de agua; el escurrimiento de las mangas me ha empapado las rodillas. A las nueve entramos a Carapan. Gálvez y Prado se han quedado muy atrás.

En Carapan la desilusión ha sido tan grande como la nuestra, pero la incertidumbre mayor; mi recado llegó ya muy tarde. Se había reunido la gente, más de seiscientos, con grande expectación. Como el tiempo pasaba y no llegaban los huéspedes, algún indio preguntó: ¿«Qué siempre no vendrá ese 'general' de educación? José dijo, «yo creo que ese «administrador» nos está haciendo tarugos». Cansados de esperar, se sirvió la comida. Se sentaron a la mesa en el curato más de sesenta y se dio comida por fuera como a unas quinientas gentes. Nos consolamos con haber podido hacer un «ensayo general» de la recepción. Telegrafía el Secretario que llegará a Carapan el día seis. (Después supimos que no habíamos recibido un telegrama anterior avisando el cambio de la llegada).

MIÉRCOLES 5 DE OCTUBRE.

El mundo sigue mojado. Estamos dispuestos a repetir la recepción. Invitaremos a la gente de los pueblos, aunque no sea en

C A R A P A N

gran escala; serviremos la comida popular, etc. Afortunadamente el gasto no es grande: -compramos otros dos borregos, en doce reales cada uno; bastante fríjol; un hectólitro de maíz; chile colorado. Con un litro de maíz obtenemos cuarenta tortillas. Se desmenuzará la carne, se hará mucha salsa, se guisarán los «nacionales». (Aquí, comer con manteca es lujo). Daremos a cada persona tres tacos, uno de carne, otro de chile y otro de frijoles. En total seis tortillas. Dividiremos a la gente por pueblos. Cada grupo se colocará en determinado sitio, cuando todos estén reunidos se servirá. Tres personas harán el servicio en cada puesto; el taco se preparará al momento de servido. Tomás ha reunido en su casa a una docena de mujeres que harán las tortillas. En otra parte se cuecen los frijoles y en otro lugar se prepara la carne. Todo se concentrará en uno de los cuartos de la escuela, bajo la vigilancia de la señorita Sturges. Hemos comprado treinta cazuelas grandes, cucharas, etc. A la hora convenida Basauri, general en jefe, dispondrá la distribución. El sitio de reunión de cada grupo estará señalado con un letrero y el maestro de cada pueblo será uno de los que sirva al grupo correspondiente. Mientras come la gente en la plaza y en el atrio, los invitados y el Ministro serán servidos en la casa de la Estación.

A las doce salgo para Zacapu; quiero llegar a horas de tomar el tren para Pénjamo a donde encontraré al Ministro.

JUEVES 6 DE OCTUBRE.

El Ministro llega por fin. La mañana está radiante. Más vale el retardo con tal de haber escapado del Cordonazo. De la estación nos vamos a la escuela de Zacapu y a las once partimos para Carapan. Según todos los precedentes, yo debería haber cedido mi caballo al Ministro, pero no me resolvía a poner El Charro en otras manos, así fueran ministeriales. Obtuve un buen animal para el Lic. Bassols y yo monté el mío propio. Y cuánto me alegré de mi falta de cortesía al ver a Bassols galopar cuesta arriba en todo el trayecto... Salieron a nuestro encuentro como treinta hombres montados, entre ellos Ernesto Prado.

La recepción en Carapan es animada. Nos vamos a la plaza. Juan Rivera habla en tarasco y en castellano para dar la bienvenida al Lic. Bassols. Le cuesta trabajo pronunciar su nombre,

M O I S E S S A E N Z

pero como los meros valientes sale del paso. Enuncia pausadamente y sin ocultar el esfuerzo, «licenciado Narciso Bas-sols.» Habla el maestro de Santo Tomás, y en seguida el Ministro en una breve alocución saluda a la gente. Nos vamos a comer. Entre tanto la comida popular se desarrolla en perfecto orden; tal como lo habíamos planeado, con toda prontitud, a satisfacción de todos. Antes de que la primera mesa de la Estación haya concluido ya se ha servido a toda esta gente:

De	Carapan.....	65	niños	y	72	adultos
“	Tacuro.....	10	“	“	30	“
“	Ichán.....				35	“
“	Huáncito.....	16	“	“	25	“
“	Zopoco.....				30	“
“	Santo Tomás.....				25	“
“	Acachuén.....				25	“
“	Tanaquillo.....	4	“	“	30	“
“	Urén.....				15	“
“	Chilchota.....				50	“
	En junto.....	95	niños	y	328	adultos

En junto. 95 niños y 328 adultos, más veinticinco maestros, o sea un total general de 447.

Se me ocurre escribir el relato de esta comida. Los inspectores, directores y maestros tienen a menudo que arreglar festejos de esta clase y por lo que me ha tocado observar, generalmente se hacen bolas. Gastan mucho de dinero y de esfuerzo y les luce poco por falta de orden y de sistema. Diremos en esta memoria lo que se hizo y cómo se hizo y pediremos que el Departamento le dé circulación entre los interesados.

En la tarde vamos a la granja y al consultorio y vemos el salón del Centro. La impresión que adivinamos en Bassols es buena. Por la noche la reunión en el Centro es un gran éxito. No recuerdo haber estado en asamblea semejante durante la jira de algún funcionario. La nuestra no era una fiesta ni era tampoco una cosa de mera rutina. Era una reunión animada, espontánea, genuina, que iba naciendo sobre la marcha, llena de sorpresas y de interés, pero sujeta a pesar de la improvisación, a la pauta habitual. Los visitantes entraron en el espíritu de la cosa. Se hicieron

C A R A P A N

parte de la reunión, no meros espectadores. Contaron cuentos, hablaron, nos acompañaron en el canto.

VIERNES 7 DE OCTUBRE.

Salimos a las nueve para visitar los pueblos. Empezamos por la escuela de Carapan con sus salones pintados, su equipo para párvulos, novedoso y flamante y su solar en pleno proceso de trabajo. La nueva escuela de Tacuro, casi terminada, deja buena impresión. En Ichán las cosas no se ven mal y en Huáncito después de visitar la escuela que arranca a Cano una exclamación de sorpresa por el cambio que se había operado, nos vamos a ver el lugar de la capilla (antiguo hospital de don Vasco), donde queremos hacer un centro comunal con casa del maestro, salón social, sanatorio regional, dispensario y campo deportivo. El Ministro se anima y ofrece damos mil pesos, haciendo promesa a la vez de hablar a Salubridad para que contribuya con lo correspondiente al hospital o sanatorio. En Zopoco, escuela que hemos dejado como testigo de la condición en que encontramos las casas, la impresión es dolorosa. Realmente no había derecho para dar tan negativo testimonio en un pueblo más que en otro. Pero por más esfuerzos que hicimos, la gente de Zopoco no se movía y entonces, más por no tener otra salida que como castigo, optamos por dejar las cosas en tal estado. Victoria, la maestra, se merece el mal concepto que de ella se lleva Ramírez. Y no fue que hubiésemos privado de ayuda a su plantel. El hecho es que, a pesar de mucha instancia, no pudo lograrse mejoría. Santo Tomás que contaba con la casa más horrible de todas presenta ahora un aspecto más que agradable, risueño, con sus dos pabelloncitos coquetones, plenos de luz, con su portal limpio, mirando al jardín lleno de flores en época, la verdadera primavera de la Cañada. Ramírez se formó una idea más favorable de los maestros de Acachuén («los maridos de Acachuén», les dicen los compañeros a este matrimonio), que la que tenemos nosotros. Una vez más, Cano se asombra de la transformación. «Vengo de sorpresa», me dijo.

La comida de Tanaquillo fue más rumbosa de lo que esperábamos: Sopa de arroz, «churipo», que es el platillo regional, especie de mole de olla con carne de res y coles; «corundas» (tamales), borrego al pastor, frijoles refritos, dulce y café. Hubo

M O I S E S S A E N Z

discursos. La Liga Femenil, encargada del banquete nombró delegada que dijo la alocución principal. Se quedó sorprendido el Ministro de que le pidieran una biblioteca «con libros de sociología para que la gente pueda ilustrarse en las cosas de la Revolución». Miguel López, vecino principal, desea tres cosas: que los maestros ayuden en la obra antialcohólica, que los mismos cooperen en la campaña de desfanatización y que el Gobierno preste auxilio para construir una casa-escuela más grande.

La fiesta de inauguración en Urén sirvió para que el Ministro dijera un estupendo discurso. Se abre la escuela en lo que fuera hospital de don Vasco: esto le dio el tema. Estamos reviviendo la obra del gran varón, dijo el Lic. Bassols, y la estamos siguiendo justamente en las casas construidas por él para aquella labor benéfica. Aquella obra fue de un solo hombre iluminado, la de hoy corresponde al sentir de toda una generación, es el resultado de una nueva conciencia social...

Los de Chilchota nos endilgaron al fin y al cabo, y a man-salva, uno de los predilectos programas de las escuelas del pueblo pretencioso, con muchos jarabes, jotas, cuplés, niñitas de ojos claros vestidas de india, etc. Todo a deshora, fuera de lugar y fuera de ambiente.

Regresamos a Carapan ya noche, con luna llena. Lo que no impidió, sin embargo el sainete de asalto que nos prepararon los Prado y que relato en otra parte.

SÁBADO 8 DE OCTUBRE.

El desayuno es de gente perezosa o de gente cansada que disfruta por fin una mañana de reposo. Así la queríamos. A las diez y media, de sobre mesa tuvo lugar una junta. Rafael Ramírez, jefe del Departamento, Celerino Cano, director de escuelas federales en Michoacán y Jesús Romero Flores acompañaban al Ministro. Cada uno de los de la Estación informó sucintamente. Salvador Novo apuntaba al descuido algún dato que aprovecharía para su «Jalisco-Michoacán». Bassols escucha con su acostumbrada atención y al final habla para felicitarnos por lo que se ha hecho, para confirmarnos en nuestros propósitos, para recordar la triple finalidad de nuestro proyecto: acción rehabilitadora, experimentación e investigación. Nos previene en contra de la burocratización y hace

C A R A P A N

el símil de que vamos caminando sobre el filo de un cuchillo y cuesta arriba. Sobre un filo, por tener que evitar tanto el empirismo como la demasiada especulación; en un plano inclinado, en marcha ascendente, por que el camino a nivel denotaría complacencia y el desliz de bajada, retroceso. Quiere a la Comisión, siempre ascética, pues en abundancia caería en la burocracia que quiere decir rutina o expedienteo... En fin, visión clara, excelentes consejos, excitativa, pero ni un átomo de sentimentalismo y muy poco de fervor. Algunos de los compañeros hubieran deseado una actitud un poco más «humana» de parte del Ministro. Salvador Novo me dijo después que lo menos que Bassols podía haber hecho era darnos las gracias por la comida... Pero yo, empeñado en que nuestro grupo se creara de verdad una actitud científica, quedé muy satisfecho.

Por la tarde vienen los de Purépero por la comitiva. El Ministro me invita a acompañarlo a Erongarícuaro punto que visitará mañana. Me seduce la invitación, pero este pié rebelde me punza horribilmente y muy a mi pesar declino. Se van y me meto en la cama. Estoy dispuesto a liquidar con esta lacra. Tres días de reposo y de tratamiento enérgico me compondrán. Hace seis semanas que vengo padeciendo por no hacer caso al doctor y al sentido común.

El Centro Social

ENCONTRAR formas atractivas para la educación de la población adulta, descubrir un programa cuyo contenido se justifique desde el triple punto de vista de agrado, de valor como satisfactor de necesidades y de las obligaciones de socialización y de integración nacional, fue una de las más grandes preocupaciones en Carapan.

Es cosa sabida que en las pequeñas comunidades de cultura más o menos rudimentaria o primitiva, la solicitud de la población adulta no llega más allá del arco de la necesidad aparente. Tales grupos humanos son esclavos del pasado, -tradición- y sufren, por otra parte, el acicate del diario menester. No queda margen para el futuro. Su vida es de dos dimensiones: de ayer y de hoy; carece de perspectiva. El proceso educativo infantil que obedece en términos generales a compromisos con el futuro interesa poco.

La comunidad indígena adulta se abroga, además, todas las prerrogativas de mando y de acción. La «ley de los ancianos» es la única ley. Los «derechos del niño» son conquista de la civilización moderna. En los conglomerados de aquel tipo, el maestro se ve derrotado todos los días. Lo que la escuela hace, la comunidad deshace. Imprescindible deber para un gobierno, educar a sus infantes, pero necesidad de orden práctico, igualmente, transformar la comunidad de los adultos. Y claro que no es el caso de pensar en un programa instructivo exclusivamente, mucho menos en uno de enseñar a leer y escribir a estas gentes de vista apagada y manos encallecidas, con el ocaso al frente. El fracaso de todas las «secciones nocturnas» de tantos millares de escuelas rurales, se ha debido a la insistencia en una actividad inútil, a más de todos los

M O I S E S S A E N Z

pecados de método y de infantilismo de que aquellas clases adolecen. Tampoco hay que pensar que un programa de educación de adultos puede encerrarse en un aula o dosificarse en lecciones de manual. Los hombres y las mujeres de una comunidad son individuos maduros, cuyos conceptos han cristalizado y cuyos intereses están ya canalizados en cursos difíciles de borrar. Es un material de potencial diferente del de la población infantil. Quien desee educar adultos debe provocar la actividad mental. Ha de obligar a las personas a reflexionar, hasta donde sea posible, las ideas. Alegrar a las gentes, ponerlas en condiciones de olvidar la cotidiana rutina, animarlas a espaciar los ojos y ver de nuevo el mundo, ejercitar el espíritu anquilosado por la desidia, recrear la personalidad, todo eso debe constituir un gajo importante del programa. Por fin, enseñar todo lo que se pueda, sobre el arte de vivir mejor, de superar la actividad, de perfeccionar el utensilio y la técnica.

La experiencia de Carapan fue bastante para iniciar un programa válido de educación socializante para una comunidad adulta del tipo indígena rural. Una parte considerable de tal programa se desarrolló en el Centro Social, cuya gestación registré con toda minuciosidad en mi libreta. Las entradas de mi diario se hicieron cronológicamente. Quien lea sabrá cómo se fundó el Centro, cómo fue descubriendo sus actividades y hasta qué punto alcanzó a organizarlas. El programa del Centro Social enfocó la atención en divertir a los asistentes, en la instrucción general colectiva, en proporcionar informaciones y datos sobre la vida fuera de la Cañada y de manera muy especial, puso en juego cuanto puede contribuir a la socialización del grupo y a su integración al medio nacional.

Libreta del Centro Social

JULIO 28.- El mejor lugar para instalar lo que será el Centro Social es la Capilla que fue el «hospital» de Don Vasco. Está abandonada y en malas condiciones, pero podremos componerla y ocuparla. Se conviene en que los trabajos de adaptación se harán por faenas de cada cuartel, trabajando cada grupo dos días a la semana. A cada uno de los cuatro barrios corresponden, en consecuencia, cuatro días de trabajo al mes.

C A R A P A N

LUNES, AGOSTO 1º:

No fue fácil reunir a los del Cuartel N° 1 para la faena; al fin, como a las once se juntaron algunos y principiamos. Se sacaron los trebejos y se quitó el tapanco. Se encontró arriba un antiguo arcón con muchos oficios viejos impresos. Son circulares del gobierno del Estado, de los años 1828-1832. Están bien doblados y enfajillados, como si no se hubieran abierto. No tiene mucha importancia el hallazgo pero los indios veían aquello con una especie de veneración. La caja contiene también pedazos de telas de lana, unos trapos y algún pedazo de encaje. Se trata de restos de ornamentos eclesiásticos. Yo explico que limpiaremos todo aquello y que guardaremos el baúl con su contenido en la misma biblioteca que vamos a establecer.

MARTES, AGOSTO 2:

Más difícil todavía que saliese la gente a trabajar. Tomás, el jefe de Tenencia y Cipriano, presidente del comité de educación andan apurados y envían recados por aquí y por allá, con resultados negativos. Hay un disimulo socarrón de parte de todos, parece que no saben de lo que se trata y pensara uno que jamás hubiésemos celebrado la asamblea, ni se hubiese convenido nada. Pero lo peor es que estos hombres ignoran hasta las más elementales técnicas de la construcción. Saben hacer techos excelentes y sentar adobes pero allí termina su habilidad en la albañilería. No pueden enlucir, ni revocar, ni pintar. De carpintería nada saben. No hay un solo albañil o carpintero de oficio en Carapan, no obstante sus dos mil habitantes. De esta suerte, aun cuando vinieran muchos a la faena, de poco habrían de servir. Me veo precisado, en consecuencia, a contratar parte el trabajo de albañilería y desde luego todo lo de carpintería. Hay que «enjarrar» el exterior de la capilla pues los adobes están descarnados y se van desmoronando. Por dentro hay que resanar y pintar. Se blanqueará la portada. Se cambiará el tejamanil del tapanco o cielo raso; se necesita trastejar, es decir, componer la teja del techado, abrir un par de ventanas de cada lado y arreglar la plataforma del fondo, frente a lo que fue el altar. La albañilería la harán unos operarios de Purépero, por sesenta y dos pesos, incluyendo los materiales. Las cuatro

M O I S E S S A E N Z

ventanas costarán cuarenta. No sé de dónde voy a coger el dinero. Dispongo de un saldito de lo que nos dieron para el arreglo de la casa de la Estación y para instalación. Alguien ha sugerido pedir una suscripción en efectivo al pueblo, ¿se podrá? Mañana los reuniremos para proponérselos.

MIÉRCOLES, 3 DE AGOSTO:

Decididamente la gente le saca el cuerpo a la faena. Por fin, tres principian a trastejar (creo que se trata de tres fieles agraristas, que no son del cuartel en turno). Los albañiles, a la vez, dan comienzo a las ventanas. Me voy calle abajo y veo aquí y allá grupitos de hombres como a la expectativa. Me dirijo a uno de ellos, les pregunto por qué no han salido y contestan en tono un poco altanero que ellos no tienen obligación.

MARTES, AGOSTO 9:

Con motivo de la visita de Romero Flores y de Cano, se reunió un buen número de los agraristas de Carapan y una vez más y con mayor decisión, nos ofrecieron su ayuda. Espontáneamente propusieron una contribución de tejamanil. Unos ofrecieron dar cincuenta, otros ciento, otros se anotaron unos cuantos centavos. En un tris quedó suscrito el millar necesario. Prometieron también ser más puntuales.

MARTES, 16 DE AGOSTO:

La decantada cooperación vecinal no aparece. Me voy haciendo escéptico. Hay una tradición horrible de obras públicas forzadas, de faenas injustas y excesivas, de abusos de autoridad para provecho privado, que naturalmente ha puesto a los indios a la defensiva. Todo hará menos prestarse voluntariamente. Aquí sí que la persuasión falla y lo único efectivo sería la fuerza. Obligadamente, por orden de autoridad y con presión oficial inflexible, sí saldrán a hacer trabajos; de grado no.

En el caso particular de las obras para el Centro opera, a más de la resistencia habitual, la división del vecindario y la poca voluntad de la mayoría para que se ocupe la capilla. Pero los agraristas, que sí están anuentes y que se han comprometido a

C A R A P A N

hacer la obra, tampoco salen. Lo único que queda claro es que todos, fanáticos y liberales, le sacan el bulto a las faenas. Estamos prácticamente sujetos a lo que hacen los operarios de paga. Uno que otro vecino se presta, después de muchas esperas y desganos, a batir un poco de lodo o a trastejar el techo. Yeso es lo más.

AGOSTO 24 a SEPTIEMBRE 4:

Durante mi estancia en México, Nájera ha reunido a los vecinos y por no sé qué artes ha logrado una suscripción en especie y en efectivo para comprar madera. Creo que interviene un tanto la persuasión «armada», por decido así, pues se puso en lista a gentes del otro grupo, como don Gregorio Madrigal, a quien los agraristas han de haber «invitado» a contribuir, so pena de castigo. Sea de esto lo que fuere, la colecta es un hecho; la madera se juntó y también se reunieron los fondos para pagar la mano de obra.

LUNES, 12 DE SEPTIEMBRE

Nos tenemos propuesto inaugurar el Centro para el Diez y seis. Los carpinteros trabajan a todo martillo y los vecinos se van entusiasmando conforme la obra culmina. Ahora salieron en número considerable. Aquello se veía bonito, con tanto hombre trabajando como hormigas y todos contentos.

JUEVES 15:

Los carpinteros han pintado ya los muebles, color verde, como las hojas de los pinos. Media docena de hombres hace el «gusanillo», festón de agujas de acote, sujetas entre dos hilos que se tuercen. Decoración sobria, muy india.

SEPTIEMBRE 16:

La fiesta de inauguración merece relato aparte. A las once de la mañana estaba listo el salón. Paredes inmaculadas, torrentes de luz por las ventanas; mesas y bancas en su sitio. Plataforma con estrado y donde fue altar de iglesia, un altar de ramas y flores con los tres colores simbólicos.

M O I S E S S A E N Z

La gente entró como en procesión y colmó la sala. Todo Carapan era una comunidad de gozo.

SEPTIEMBRE 17:

Tengo que hacer un viaje rápido a México. Antes de mi partida se acerca el Jefe de Tenencia a Nájera y gravemente le pregunta qué va a pasar con el cine ahora que yo me voy. «El señor Sáenz no dilata; es cuestión de cuatro o cinco días,» dice Nájera. -»Pos sí, pero yo creo que te debía dejar a ti la llavecita para que tú nos puedas dar,» recomienda Tomás.

SÁBADO 24:

El salón está lleno. Desde al caer el sol, la gente ha ido llegando. Se colocan en las bancas, aparentemente sin otro objeto que disfrutar del asiento y admirar la sala; otros se extasían ante los cuadros de propaganda agrícola que adornan las paredes. Algunos piden libros y se entregan a la lectura. Al obscurecer nos acercamos los de la Estación, leemos trocitos de algún libro; insinuamos esto o aquello. Entre plática y plática se toca la victrola. Ensayamos algunas canciones.

Nota de costos de reparación y adaptación de la ex-capilla para hacer el Centro:

Albañilería:

Silverio Salcedo, por abrir cuatro ventanas, enlucir y blanquear los costados y el frente, resanar y blanquear las paredes en el interior, pintar el tejamanil del techo, arreglar la plataforma y pintar guarda-polvo. \$ 60.00

Materiales

600 ladrillos.	\$ 9.00	
	“ 16.90	“ 25.90

Carpintería:

A Francisco Martínez, por cuatro ventanas macizas de 1.30 X 1.75 con marcos, a 10 pesos c/u... « 40.00

C A R A P A N

Trabajos de carpintería para hacer los muebles:	124.49
Rayas de carpinteros.	“ 124.49
Herraje.	“ 10.30
Trabajos de albañilería fuera de contrato:	
Rayas por trabajos varios.	“ 10.25
Materiales.	“ 2.88
Total.	“ 273.82

A la suma anterior hay que añadir unos sesenta pesos que costó la madera, suma que se obtuvo de los miembros de la Estación y de los vecinos y unos nueve pesos de tejamanil. Por otra parte, hay que tener en cuenta los jornales de las faenas que hizo la gente. Ya se ha dicho cómo fueron éstas de irregulares pero creo que pueden estimarse en unas doscientas, (incluyendo en este número a más de las realizadas hasta la fecha de esta entrada., las que se hicieron posteriormente para limpiar el patio y dejado del todo listo). Esas faenas a cuarenta centavos, representa ochenta pesos, que se añaden al costo total.

El resumen de costos es como sigue:

Por la cuenta especificada arriba.	\$ 273.82
Por madera contribuida.	“ 60.00
Por tejamanil.	“ 9.00
Por faenas.	“ 80.00
Total.	“ 422.82

SEPTIEMBRE 26:

Por primera vez salieron los de la faena puntualmente y de buena voluntad. Antes había sido necesario un verdadero jaloneo y a la postre se presentaban unos cuantos, que se escapaban a las primeras de cambio; hoy vinieron como sesenta y trabajaron desde las diez hasta las cinco menos una hora para comer. Y trabajaron con alegría. Me acordé de las «mingas» ecuatorianas con su aire de fiesta. El Centro se les ha metido ya en la emoción a estas gentes. Muchos factores han contribuido a este feliz resultado, pero creo

M O I S E S S A E N Z

que el cine, el nombramiento del Comité del Centro, la entrega de la llave al propio grupo y, en general, nuestra actitud cordial han sido los principales.

Experimento con el programa de los adultos. Los domingos, reunión general de carácter social; gran público, es decir todo lo que cabe. Cine, música, pláticas ligeras, algunos juegos de estrado. Entre semana quisiera grupos más pequeños, de interés más especializado. Hoy comenzamos a las cinco y media. Obsequiamos a los trabajadores de la faena con té de hojas de naranjo y algo de pan. Una olla de té y un cesto de pan. Total de gasto: 62 centavos, doce de piloncillo y cincuenta de «pan de huari». Hubo suficiente para cuarenta personas. Merendamos todos en el patio a la sombra del fresno, sentados en el pollo que construimos en todo el largo de la barda. La gente estaba encantada. Después les leí el periódico (un editorial de «El Nacional» sobre la próxima exposición de agricultura y algo sobre Ghandi y su huelga de hambre). Más tarde, en el salón, leí un poema modernista sobre una rana, un sapo y la luna, que no entendió el público, a pesar de sus versos cortos y sus frases netas. Sí les gustó una lectura sobre el cuidado de la prole entre los mamíferos.

Por fin logramos que cantaran. Antes nos oían con gusto pero a pesar de invitaciones e instancias no abrían los labios. Decían que les daba vergüenza cantar porque «sólo cantan cuando están borrachos». Anoche se puso una cancioncita pegajosa, muy mexicana, «China del alma, encanto de mi amor, vuélveme a ver con esos negros ojos. Dame un besito con esos labios rojos. China del alma, encanto de mi amor.» Uno de los concurrentes, oriundo de Guanajuato y residente aquí (uno de los pocos forasteros residentes), sabía la canción y no bien la pusimos empezó a cantarla por su cuenta, lo que bastó para animar a los otros. Resultado: cantaron y con la mayor naturalidad, algunos hacían «segunda» Estoy seguro que se ha roto «la vergüenza» y que ya a esta altura es cuestión de saber escoger las canciones que les gusten. Porque no todas les agradan, según veo. Voy queriendo adivinar por dónde corre la afición.

SEPTIEMBRE 27:

A las seis de la tarde, ninguno se presentaba todavía: pero a las siete, la concurrencia era más que regular. Leí del Nacional:

C A R A P A N

sobre Ghandi, sobre el viaje del Presidente a Guanajuato, sobre una excitativa de Industria para moralizar el comercio y fomentar el consumo y sobre lo que el chiapaneco-guatemalteco Fray Matías de Córdoba dijo sobre la mejor manera de incorporar al indio («Calzarlo y vestirlo a la europea y tratarlo como si fuera blanco», lo que vale decir, digo yo, para incorporar al indio hay que incorporarlo: tautología). Realmente hay poco en los diarios para estas gentes que carecen de material aperceptivo, como dirían los herbacianos, de «intereses», según se dice hoy. La lectura sobre la incorporación me dio el pie para hablar de la cuestión en sí misma. Lo hice adrede, para ver la reacción, hablar a los indios de la incorporación del indio. Escucharon con la misma aparente apatía con que oyen todo lo que se les expone. Procuré hacerles comprender que la incorporación quiere decir ponerse en una base de igualdad cultural, política, económica, etc., con el resto de los mexicanos, para lo cual es preciso instrucción, aprender el castellano y colocarse en condiciones de trabajo mejor. Parece que entendieron y que les interesó.

Se leyeron unas fábulas de La Fontaine (en verso) y unas de Esopo (prosa). Son las lecturas que más han gustado. Con algunas llegaron hasta reírse y esto ya es decir. Del Almanaque de la Secretaría de Agricultura (verdadera mina de buen material) leí dos o tres selecciones. Se me ocurre desarrollar un cursillo de lecturas comentadas, siguiendo este libro. Se podría encomendar a Pérez Toro o a cualquier otra persona, aunque no fuese agrónomo, tal es la excelencia del material y tan sencillos los temas de explicación.

La música es el atractivo número uno: la victrola, las canciones que se les cantan y las que se les enseñan. «La China» sigue en cartel. Ha gustado una canción antigua de Tacámbaro, de letra cursi y provinciana hasta decir basta, pero bien mexicana y de una melodía sentimental, aunque no carente de cierta nobleza. Me parece que la canción representa el otro polo del gusto musical popular; uno es el de «Albur de Amor», «La China», «Una Noche serena y oscura» y el otro el de «Zéfiro que por la tarde» y ésta de «Coronada tus sienes de olivo», Dice: -

Coronada tus sienes de olivo
Con jazmines y flores de olor

M O I S E S S A E N Z

Hoy con gusto despierta mi vida
Mitigadme las penas del dolor.

La quiero aborrecer y más la quiero
Quiero olvidarme de ella y entonces ya no puedo,
Quiero despreocuparla y a solas lloro.
Mitigadme las penas del dolor.

SEPTIEMBRE 29:

La concurrencia fue más numerosa y llegó temprano. Nájera tomó la sesión por su cuenta. Leyó el periódico, siguiendo un método un poco diferente del mío. Yo he procurado explicar poco y leer más, si bien haciendo cortes en la lectura y sustituciones de términos y dando de todos modos una *breve* explicación introductoria, pero siempre con la mira de hacer la lectura la parte resalante, y no la explicación. Nájera siguió el camino opuesto: la de él es más explicación que lectura y después de leer hace preguntas para cerciorarse de si han entendido, hasta pide a veces la traducción al tarasco. No pude darme cuenta con este primer ensayo de cuál es el modo más eficaz. Seguiré observando.

Hablar a estas gentes quiere decir, no sólo recortar el lenguaje, también recortar el pensamiento, hacerlo simple, neto, directo. Nada de divagaciones o de circunlocuciones ideológicas, que todo eso los confunde.

Juan Rivera, miembro del Comité del Centro Social ha tomado su encargo con verdadero sentido de responsabilidad. Guarda la llave, asea el salón todas las mañanas, lo abre por las tardes, atiende la victrola (¡con cuanto cuidado!) y está pendiente de todo.

SEPTIEMBRE 30:

A las siete de la noche el salón estaba lleno y a las ocho, rebosante (50 hombres, 35 mujeres y 32 muchachos). Las mujeres no habían venido sino hasta antenoche pero ya hoy se sintieron muy en su casa. Cantaron y se rieron de buena gana. Para mucho de lo que queremos hacer en el Centro, ofrecen mejor material que los hombres, son más responsivas, menos estólicas.

Un acierto: lectura de un cuento de Calleja, El Hada de la Encina. Fue leído con pocas alteraciones pero con algo de drama-

C A R A P A N

tización. No solamente lo entendieron, les cautivó. Estoy seguro que la Colección Calleja que tuvo Nájera la buena idea de mandar traer va a sernos muy útil.

El Corrido del Borracho, de Saavedra, va saliendo bien. Se está enseñando sistemáticamente. Parece un poco largo; por lo demás, es la clase de material que puede utilizarse con ventaja. Anoche, distribuida la letra en hojas a máquina, se leyó en coro. Era de verse el gusto con que repetían ciertos versos en contra del borracho y de la botella, sobre todo las mujeres.

OCTUBRE 6, JUEVES:

El licenciado Bassols y su comitiva asistieron a la reunión ordinaria del Centro. La casa estaba llena a reventar; eran por lo menos doscientas cincuenta almas. Como una tercera parte han de haber sido mujeres. Seguimos más o menos el programa de costumbre: canciones, lectura del periódico, unos sones cantados por Hilario y por Juan, que se revelaron, y el cine. Salvador Novo les contó unos cuentos que la gente entendió y gozó; Roberto Montenegro empezó hablando de arte y tuve que cortarle porque la concurrencia ni comprendía ni sentía interés por lo que les estaba diciendo, por más que era sencillo y que venía al caso; pero en seguida contó una historia de animales con frases onomatopéyicas, que les gusto enormemente.

Hice la presentación del Ministro, aprovechando la ocasión para decirles lo que es el Gabinete presidencial. El Lic. Bassols habló con esa claridad incisiva tan suya. Trató en particular sobre las escuelas Centrales Agrícolas que acaban de ser puestas al cuidado de la Secretaría de Educación y a donde espera que asistan algunos de los muchachos más grandes de Carapan.

Como ya es regla, el cine fue el número de mayor éxito, no obstante que pasé la película de la boda en Carapan, que ya han visto, por lo menos, media docena de veces.

Estoy seguro de que hemos pasado ya del período experimental en esta parte del programa de trabajo con adultos, que es la de reuniones generales de conjunto. Sabemos qué asuntos deben tratarse y la forma de exponerlos y estamos enterados de cuáles son los números más adecuados del programa. Nos falta ver quién ha de encargarse de las reuniones definitivamente, mejor dicho,

M O I S E S S A E N Z

hay que encontrar y preparar persona para el caso. A pedido mío, el profesor Castillo, director de la escuela de Tanaquillo, ha sido comisionado por el Estado para venir a Carapan; y quiero ver cómo resulta con los adultos. Tengo esperanza de que sea él quien pueda efectivamente tomar esto a su cargo. Ahora hay que iniciar el trabajo con grupos, a base de preferencias o necesidades especiales. Esto será más difícil. Hay que provocar el interés y será necesario encontrar actividades «válidas» para cada grupo.

OCTUBRE 10, LUNES:

Se sabía que no habría cine esta noche pero concurrieron más de cincuenta personas. Estuvieron más vivaces que de costumbre, mejor dicho, estuvieron vivaces, que de ordinario no lo están. Aplaudían con el menor motivo, se reían. Cuando salieron se despararraron por todas las calles alborozadamente, cantando y dando risotadas; hubiérase creído que era una multitud citadina que salía de un cine.

Ya cantan con mayor soltura y se hacen «segunda» con naturalidad. Pero de todos modos el cantar de estas gentes es disminuido, como en sordina. Se observa una tendencia al falsete.

MARTES 11 DE OCTUBRE:

Con el anuncio del cine, la gente no cabía en el salón. Hay cuando menos una tercera parte de mujeres.

Nájera hace la lectura del periódico. Me parece que va exagerando las explicaciones. Lee una noticia sobre los jueces de lo civil que se han solidarizado con el Presidente, por ejemplo, y les explica qué son jueces, cuántas clases hay, qué es la Suprema Corte, la división del Gobierno de la Nación en tres poderes, y al fin de tanta explicación casi no lee. Por otra parte, la señora Reyna lee dos fábulas pero antes tiene que explicar lo que es una fábula, hace preguntas sobre los animales que en las que va a leer intervienen y todavía después de leer, atormenta al auditorio queriendo que deduzca la moraleja. Es demasiado didactismo.

De «Lecturas Clásicas Infantiles» leí la escrita por don Luis González Obregón sobre el sitio de México Tenochtitlán. No doy muchas explicaciones, aunque por vía de introducción, ambienté la lectura en medio minuto, hablando de la venida de los españo-

C A R A P A N

les y de la conquista. Mostraron interés. Eran dos los temas de atracción, el guerrero y el indio propiamente.

Hicimos un experimento interesante. Les dije que iba a poner dos piezas en la victrola, que quería que se fijaran bien y que me dijese después cuál les gustó más. Se puso en seguida un fox de jazz de los más bonitos y con buena orquesta y después la marcha de los Contrabandistas, de Carmen, ejecutada por la Sinfónica de Filadelfia, bajo la batuta de Stokowski. Escucharon con reconcentrada atención y luego, ordenadamente tomamos las opiniones. Por el jazz hubo quince votos, por la marcha todos los otros. La cosa fue clara.

De cine les di una película del mar en Acapulco, con mucho juego de olas. Les gustó. Les llamaba la atención la piel negra de algunos bañistas, así como que otros tenían el color blanco. En cada caso hacían la pregunta de si eran negros o blancos.

MIÉRCOLES 12 DE OCTUBRE:

Hablando del encogimiento de estas gentes para el canto, Nájera hizo la observación esta mañana cuando venía a caballo, de que unos indios que trabajaban en el campo andaban cantando a todo gusto una de las canciones que les hemos enseñado. Luego en la noche, se acercó a José mientras se cantaba y lo animaba a que lo hiciera con ganas. «No, le dijo éste, si yo aquí no canto, yo canto cuando voy a Purépero en el camino». Tiene su importancia esta observación. Estos hombres absorben sin dificultad, pero por naturaleza y tal vez por la represión que han sufrido en lo pasado, no se expresan abiertamente. Muy en cuenta deberemos tener esta manera de ser para no desconsolarnos con la débil respuesta que dan a los estímulos que les presentamos y con la apatía que aparentan. Están *acumulándose*, como si dijésemos, ya vendrá el día en que principien a descargarse. Por otra parte, la expresión del indio no es verbal preferentemente ni se exterioriza en las formas que usualmente conocemos.

Supimos que el día que el Ministro visitó a los de Purépero le pidieron que se estableciese allí un Centro Social y que lo dirigiésemos nosotros, porque, dicen «¡cómo es posible que los indios tengan uno y aquí nosotros no lo tengamos; ni halla uno qué hacer en las noches!»

M O I S E S S A E N Z

Juan Rivera nos da el rumbo para organizar el primer grupo de adultos en torno de una afición especial. Dice que dos o tres de los que tocan instrumento (aparte los de la banda, que son músicos profesionales y que han dicho que ellos no necesitan instrucción, sino instrumentos) quieren reunirse para estudiar con el maestro de música y formar una típica.

SÁBADO, OCTUBRE 14:

Anoche estuvo la casa llena, aunque no se daría cine. Hay unas mujeres que no faltan y son las primeras en llegar. Lo cierto es que una vez que les pasa el primer susto son más valientes que los hombres y más despiertas. Cuando entablamos conversación en el Centro participan ellas mejor que los varones.

El éxito de anoche fue la tonada «Yo tenía diez perritos... Uno se murió en la nieve... Ya no más me quedan nueve, nueve, nueve...» y así hasta que el «unito que quedaba... se fue por la Cañada... Y ya no me queda nada». Gozaron con el sonsonete, con el placer de contar, con el deleite de acordarse de la rima. Fue un descubrimiento. En dos repasos se aprendieron todo el cuento y por primera vez los oímos reírse con toda la gana.

Otros números: plática sobre las cualidades de las mazorcas de maíz y en qué se conoce una mazorca buena; los dos diarios de México, el Nacional y el Universal, (de donde hemos estado leyendo noticias todas las noches) cómo se hacen y cómo se distribuyen rápidamente por todo el país; una noticia sobre el libro «Lecturas clásicas infantiles» llamando la atención a las ilustraciones de Montenegro, quien estuvo aquí con el Ministro; dos tandas de canciones, La China, La Casita y otra vez La China, a petición; piezas en la victrola; un vals tocado en el violín por Melena; una explicación de por qué estamos levantando el plano de la plaza (Preparación para la colaboración vecinal de hacer la escuela y meter el agua al pueblo, obras que emprenderemos este invierno).

Habiendo leído una receta del Almanaque Agrícola para hacer pozole, convenimos en que dentro de unos días tendremos una cena de pozole en el Centro, que los hombres pondremos los fondos y las mujeres harán la comida.

Invité a un grupo que quiera perfeccionarse en español a reunirse conmigo en una clase. No sé qué resultado me dé esta

C A R A P A N

invitación pública; temo que ninguno, pues no tan fácilmente se enrola a estos indios. Por otra parte, ya Castillo se ocupa de matricular a un grupo, pues estoy decidido a ensayar de manera formal, la enseñanza del español. Será una buena experiencia. No hay duda de que el Centro es un medio seguro de enseñanza «informal» pero quiero probar lo otro a la vez.

La plática sobre las mazorcas (fue muy improvisada, me valí del Almanaque y de dos excelentes mazorcas que tiene Vesta) tuvo dos fines, uno para el público, otro para ponerle muestra a Camarena (agrónomo) que estaba presente, sobre el tipo de trabajo que él podría tomar a su cargo en estas reuniones, en relación con su materia. Sugerí que, aprovechando la época de cosechas que se aproxima, un grupo fuese con Camarena a una milpa y escogiesen sobre el terreno, algunas buenas mazorcas. (Así iniciamos una serie de actividades sobre selección de semillas).

DOMINGO 15 DE OCTUBRE:

Otra vez casa llena. Vinieron los Prado y los López, de Tanquillo y Huáncito con la curiosidad del cine. Desgraciadamente no hubo, por falta del motor, pero les llamó mucho la atención ver a tanta gente reunida.

Nájera leyó el cuento de la Cenicienta, sin muchos comentarios ni explicaciones. El auditorio lo siguió encantado. Es de notarse la mayor atención del público y su colaboración espiritual. Se van creando «intereses» mentales y esto facilita dar las noticias porque se cuenta ya con el famoso «material aperceptivo»; sobre todo se van formando hilaciones mentales.

Melena toca el violín con maestría y sabe de memoria un gran repertorio. Ejecutó «Poeta y Campesino». Cautivó. Es claro que los carapenses tienen gusto por la música, sobre todo por la buena música. Los de la Banda habían estado un poco altivos y superiores cada vez que les insinuábamos que estudiaran música con Melena. «Nosotros podemos tocar todas las piezas» decían. Pero la efectista obertura de Supé les ha despertado la ambición y le dijeron al profesor que les enseñe piezas como ésa. Cruz, nuestro mozo, que tenía no sé qué ocupación, pidió dispensa pues quería ver el cine. Al salir, no habiendo habido película, lo compadecíamos,

M O I S E S S A E N Z

pero él nos dijo con satisfacción evidente «Pero siquiera oí el Poeta y Campesino».

Ante la vista del público hicimos una caja de alcancía para la colecta del pozole e invité a los que quisieran a echar algo. No faltaron «las limosnas» y cada vez que alguien depositaba su centavo, todos aplaudían estrepitosamente.

«Los perritos» siguen divirtiendo a estos niños grandes. Hasta las mujeres se atreven a pedir que lo cantemos.

LUNES, 17 DE OCTUBRE:

Hemos caído en la costumbre de pedir votación sobre las canciones que hemos de cantar y aun sobre algunas de las piezas de música que ya conocen. El entusiasmo con que han entrado en el juego es extraordinario y ahora de propósito se dividen en sus peticiones para obligarnos a tomar votación y aun antes de que la pidamos, ya ellos la están sugiriendo. Pronto haré que el recuento, es decir, que la votación misma, la levanten ellos; esto les agradará más, estoy seguro.

La reunión del martes estará a cargo exclusivo de las señoras y señoritas de la Estación y de las maestras. Los hombres estaremos de público.

MARTES, 18 DE OCTUBRE:

El programa femenino fue un éxito rotundo y sirvió para que se revelara Eusebia, la maestra, que hasta ahora había permanecido inactiva y mustia. Leyó un cuento admirablemente y puso unas adivinanzas. Chabela dirigió unos juegos de estrado. Uno con mancebos, el de morder manzanas suspendidas de un hilo y otro con muchachos más chicos, pasarse un rollo de manta, de mano en mano, sin que se doble, teniendo que dar prenda aquel a quien se le «muera el monigote», es decir, en cuyas manos se doble el rollo. Los mancebos subieron a la plataforma pero no se resolvían a entrarle al juego, no obstante que cuando yo vi su cortedad, yo mismo fui e intenté morder la manzana; después de mí, Castillo y luego Urueta y Hernández; pero por nada se atrevieron ellos. Vesta empezó a enseñar el Tecolotito y la señora Reyna, que la hizo de maestro de ceremonias, leyó el periódico. La reunión ha sido de las mejores.

C A R A P A N

La participación del público es cada día más espontánea. Aplauden, se ríen, comentan, dan opiniones, contestan preguntas. Ya casi me animo a intentar un programa con números originales del auditorio.

No vinieron más que tres de los inscritos a la clase de castellano, pero se apuntaron otros cuantos de modo que iniciamos el asunto con una sencilla conversación para darme cuenta de qué tanto español saben. Mañana comenzaremos en forma. Convenimos en reunirnos todos los días en la casa de la Estación a las seis. Les dije que en tres meses hablarían como un perico, lo que los entusiasmó mucho. Todos los inscritos son «mancebos», (solteros) como de diez y ocho a veinticinco años y todos hablan un poquitillo de castellano. Me propongo hacer una exploración más seria de sus conocimientos.

Se va destacando el grupo de «mancebos» como de los más constantes. No bajan de doce o quince cada noche. Se sientan juntos. Parecen tener una cierta conciencia de grupo. Hay también unas mujeres que no faltan. Anoche, por todo, teníamos ochenta y cinco personas. De los chicos asisten de dos edades; los muchachos como de doce años, una media docena, constante, y otra tanda de más pequeños que forman una porrita de lo más simpático y que comenta a su antojo todo lo que va pasando pero que a pesar de estar muy en evidencia, mero al frente, y de participar a su manera de todo el programa, no son molestos ni dan «guerra». Es curiosa esta cualidad de quietismo en el indio, aun cuando está activo.

JUEVES, 20 DE OCTUBRE:

Castillo sabe juegos de prestidigitación y esta noche los puso, causando una verdadera sensación. Se dan cuenta las gentes de que son trucos, pero no están del todo seguros y su incertidumbre, que a veces es credulidad completa, añade a la diversión. La adivinación del pensamiento, por ejemplo, los dejó maravillados.

Las adivinanzas de la «señora Eusebia» siguen en boga. Son un filón muy explotable: divierten, aguzan el ingenio, enseñan palabras nuevas, alían el idioma. Al principio ninguna adivinanza sabían las gentes; les ponían una y se quedaban callados, pasivos, la reacción habitual. Poco a poco fueron entrando en juego y aho-

M O I S E S S A E N Z

ra hasta ellos mismos proponen algunos acertijos. Me ha sorprendido todo lo que saben.

VIERNES 21:

La plática del agrónomo, a quien al fin y al cabo comprometí a hablar, resultó perfectamente inadecuada. Trató de la plaga del gorgojo del maíz. (En esta región donde el maíz no se pica, en esta época del año en que apenas está en elote y a esta gente que no tiene granero ni problemas del almacenamiento, sencillamente, porque jamás les queda suficiente reserva del grano para almacenar). Se concretó a dar fórmulas, de memoria y sin precisión ni claridad sobre el empleo del bisulfuro de carbón «un gas más pesado que el aire». Se hizo un lío explicando la cubicación de la capilla, que tomó como ejemplo. La gente no comprendió ni jota.

SÁBADO 22 DE OCTUBRE:

Dirigieron la reunión Castillo, Herrera, Camarena y Urueta. Escribieron el programa en el pizarrón:

Pieza de música en la victrola.

Lectura del periódico.

Canciones.

Adivinanzas, por la «Sra. Nieto» (Sra. de Urueta).

Pieza de música en la victrola.

Juegos, Sr. Herrera.

Plática de historia, Sr. Castillo.

Pieza de música en la victrola.

Cuento.

Pieza de violín.

La velada pasó bien. Pero Urueta lee mal. Es impreciso en las explicaciones preliminares de las noticias, que más que aclarar confunde, y lee sin expresión, es difícil prestarle atención. Castillo peca de lo mismo. Habló de la Conquista y quiso explicar por qué los españoles habían vencido a los indios. Al final, a guisa de resumen, hizo lo contrario, amplificó y, además, se metió en apreciaciones sobre la filosofía de la historia, a la que él considera como «un pozo» donde hay cosas buenas y cosas malas y de donde hay que sacar únicamente lo bueno... (¡Qué complicado es ser sencillo!).

C A R A P A N

MARTES 25 DE OCTUBRE:

Teresita, la esposa de Basauri, entró en acción enseñando una tonada por el estilo de la de los «Perritos», la de «De la una a las dos, voy más a las dos/ de la una a las dos, voy más a las dos/ Ni dos, ni una, ni media, ni nada, ni nada/ Qué bonitas mañanitas, cantan en Guadalajara». El refrán no tuvo el éxito de Los Perritos. Creo que faltó dirección. A mi modo de ver, no es únicamente la calidad del material lo que ha de tomarse en cuenta, sino también la presentación.

Un número nuevo, el directorio cívico de México. En ciertas noches, cada semana, les enseñaremos los nombres de algunas personas distinguidas y les diremos brevemente qué son y qué hacen o qué han hecho en el país o en la comarca. Cuando hayamos aprendido bastantes nombres, celebraremos un concurso para ver quién recuerda los más, adjudicando un premio. Empecé por el Presidente de la República, por el Gobernador, por el Presidente Municipal de Chilchota y por el jefe de la Tenencia de Carapan. En cada caso se enseña el nombre de la persona y su título oficial, explicando un poquitillo lo que significa el título o puesto.

General Abelardo Rodríguez, Presidente de la República.

General Benigno Serrato, Gobernador del Estado de Michoacán.

Sr. Luis Mauricio, presidente municipal de Chilchota.

Sr. Tomás Bautista, jefe de Tenencia en Carapan.

Se repite hasta que aprendan, procurando no fatigar ni cansar la atención. Ejercicio breve.

Se me ocurre que esto puede dar lugar a formular una especie de «catecismo cívico revolucionario» que enseñaremos sistemáticamente, de memoria, a estas gentes. Tendrá forma de un catecismo, en efecto, con preguntas y respuestas; será doctrinario y explícito. Francamente, es un instrumento de propaganda. Se enseñará por dosis cortas.

Comprometí al médico que hasta la fecha no ha querido hablar, por cortedad. Sin consultarlo, anuncié al público que desde esta misma semana el doctor nos daría una plática semanal.

M O I S E S S A E N Z

MIÉRCOLES 26 DE OCTUBRE:

Inicié la lectura de los cuentos de Las Mil y Una Noches, del volumen de Lecturas Clásicas, de la Secretaría. Leí la introducción y el relato del Primer Viaje de Simbad. Escucharon con atención. Veremos si se sostiene el interés con toda la serie. Me propongo leer un trozo cada dos o tres noches y haré interrogaciones sobre lo leído con anterioridad. Quiero explorar la retención y el arco del interés del auditorio en asuntos de esta naturaleza.

VIERNES, 28 DE OCTUBRE:

Nájera leyó el periódico, llanamente, sin muchas explicaciones. Leyó durante diez minutos cuatro o cinco noticias (Universal, miércoles 26: ciclón en el Golfo, probabilidad de buenas cosechas, anuncio metereológico por radio, banquete al Presidente, número de los sin trabajo en Inglaterra). El público escuchó atentamente. Me gusta más este sistema de lectura que el de explicaciones. Naturalmente que uno y otro pueden viciarse y que los dos podrían, en casos, resultar inadecuados pero, en general me parece mejor el método llano. Lo que sí es evidente es que es más fácil leer la prensa ahora que antes: la gente atiende mejor, tiene mayor interés.

La plática del Médico salió bien. Habló sobre ventilación en las habitaciones y la importancia de las ventanas. Se supo adaptar al medio en cuanto a la forma de su exposición; puso la materia al alcance de los oyentes.

Casi todo el programa fue desempeñado por la escuela, pues fue continuación de la fiesta de clausura que comenzó en la tarde. Dos canciones por los niños (La China y La Prieta) salieron muy bien. Creo que el mejor número fueron unas adivinanzas puestas por Enrique, un chiquitín del primer año, que ya habla castellano pero que revela en su decir la influencia tarasca. Una vez le adivinaban el acertijo, él lo explica. El ejercicio es excelente.

DOMINGO 30 DE OCTUBRE:

La sesión de anoche salió desganada. La asistencia floja, como cincuenta únicamente. La gente no entró en juego; parecían fastidiados o cansados.

C A R A P A N

Con ansia habíamos esperado que llegara la pieza de refacción del motor pero nuestra desilusión fue grande al ver que con todo y los nuevos carbones, no hay luz. Se trata de algo más serio, del embobinado quizá; será necesario enviar todo a México. Ojala que con esto nos den un plantita de luz más completa y mejor. La falta del cine es indudable pero hasta cierto punto nos ha servido no tenerlo, para afianzar el interés en cosas menos artificiosas, más internas, como si dijésemos. Cuando dábamos las vistas era tan fácil atraer la gente que se corría el riesgo de no hacer un esfuerzo para despertar intereses más personales.

LUNES 31:

La sesión de anoche fue muy diferente de la del sábado. La sala estaba pletórica y la gente muy animada. El programa, compuesto sobre la marcha, es típico de los que hemos desarrollado hasta ahora, y vale la pena registrarse:

Al oscurecer se enciende la lámpara de gasolina. Se principia a juntar el público que se entrega durante una media hora a la lectura individual de los libros de la biblioteca. Como a las siete y media comienza a tocarse la victrola, mientras la gente sigue leyendo. Durante este período, Castillo y Urueta están pendientes de la distribución de los libros. Ellos mismos leen, así como las otras personas que dirigen. Juan Rivera llega desde temprano y atiende el fonógrafo.

Poco antes de las ocho se toca un último disco, mientras se recogen los volúmenes; en seguida tiene lugar el programa; el de anoche fue:

Lectura del periódico (Sáenz, El Universal del viernes: no se permitirá la importación del trigo; se acordó el traslado de los restos de Carranza a la rotonda de los Hombres Ilustres; sobre la convención de Aguascalientes; sobre los efectos del ciclón del Golfo; sobre el fallo de la Junta de Conciliación y Arbitraje en contra de un norteamericano, lo que sienta la jurisprudencia de que sólo nacionales podrán trabajar en los Ferrocarriles).

Canciones (Mi Prieta, No me vayas a olvidar, Coronadas tus sienes).

Juegos de prestidigitación, por Castillo.

Disco de fonógrafo (La fatal piedra, de Aída).

M O I S E S S A E N Z

Plática por Vesta Sturges (El universo, qué son las estrellas, el movimiento de la tierra alrededor del sol.

Ejercicio del directorio cívico, por Nájera (Repaso de los cinco nombres aprendidos; presentación de los de Madero, iniciador de la Revolución Mexicana y Venustiano Carranza, .Primer Jefe de la Revolución).

Pieza en la victrola (Otra selección de Aída).

Presentación del proyecto para la formación de grupos de aprendices de carpintería y de horticultura durante las vacaciones de la escuela, entre los muchachos grandes y los mancebos. Exposición en castellano y traducción al tarasco por la Srta. Chávez.

Pieza de violín por el maestro Melena (a petición general, Moraima).

Sonsonete, «De la una a las dos» dirigido por la Sra. Basauri, a petición del público.

La sesión terminó a las nueve y media de la noche.

NOVIEMBRE 1º, MARTES:

Hoy fue la fiesta en Huáncito y hubiéramos deseado, -hablo por mí mismo-, no tener reunión del Centro, pero anoche consulté a la gente si celebraríamos o no y me dijeron con toda solemnidad «es conveniente que haya». La asistencia fue como de ordinario, de unas ochenta personas.

VIERNES 4:

Hicimos una nueva exploración sobre preferencias musicales. Puse dos discos. Pedí que se fijaran al tocarse uno y otro para que me dijeran cuál era el más agradable. El primero fue una pieza de jazz tocada por la orquesta de Paul Whiteman, el otro *La plus que lente* de Debussy, ejecutada en el violín por Heifetz. Tomé la votación, sin dar señal de mi preferencia, procurando conservar el acto dentro de un tono enteramente imparcial. Resultado: por el jazz, ni un solo voto; por el vals de Debussy, todos.

Iniciamos unos «juegos de palabras» que creemos pueden contribuir a la enseñanza del castellano. La Sra. Reyna hizo una lista de doce sustantivos, la mayor parte, nombres de animales. Dispuso dos grupos de seis individuos, en hilera, dándose el frente. El

C A R A P A N

juego consiste en que los de una fila den el vocablo en tarasco y los de la otra lo traduzcan al castellano. Se contaron los errores de cada lado, para determinar a los vencedores. Una banda de hombres «respetables» (Tomás Bautista, Juan Rivera, Santos Aleo), la otra de jóvenes mancebos. Ganaron los mayores. Se terminó con una variante divertida: los grandes daban en castellano el nombre de un animal y unos chiquillos por turno tenían que imitar el sonido o voz peculiar del mismo.

El ensayo fue bueno. Me parece muy explotable. Variando el procedimiento se puede hacer este ejercicio con frecuencia, quizá todas las noches.

DOMINGO 6 DE NOVIEMBRE:

A las siete y media la asistencia era escasa, la mayoría de mujeres. Para las ocho, el salón estaba lleno. Una tercera parte del público era de mujeres, más de otro tercio, de «mancebos» y el resto de gente maciza y de niños. Hay por lo bajo una docena de señoras que vienen con toda puntualidad noche a noche; igualmente hay una porrita de chamacos que no falla. El sector del público más interesante es el de los «mancebos»; ha ido en aumento y puede decirse que a la fecha constituye la mayoría. Son muchachos de 17 a 20 años, uniformados con sus largos «jorongos» negros de fleco blanco que les caen hasta muy cerca de los pies. Llegan en tandas y se sientan juntos los de cada grupo. Hay dos categorías, los más desenvueltos, que han asistido por más tiempo y que están en todos sentidos más «incorporados» y los otros, más reservados y tímidos, que hablan menos castellano y que no se atreven a tomar parte activa en el programa. Estos se sientan más atrás, medio escondidos, como para evitar que les pregunte uno algo. Cuando Nájera insistió la otra noche para que pasaran adelante dijeron, negándose, «No, si nosotros todavía no sabemos».

Los sonsonetes rimados han sido uno de los mejores aciertos. Nada les agrada más que echarse a cantar «Yo tenía diez perritos», o «De la una a las dos, voy más a las dos». En este último llegamos ya hasta el quince y hay que ver cómo les divierte emprender el apurado regreso, «ni quince, ni catorce, ni trece, ni doce... ni tres, ni uno, ni nada, ni nada. ¡Qué bonitas, mañanitas, cantan en Guadalajara!» Los chamacos y los jóvenes cantan a todo pulmón y los

M O I S E S S A E N Z

viejos gozan como criaturas, risa y risa. El juego tiene una doble importancia, múltiple, mejor dicho. El ritmo invita al coro e inconscientemente la gente se echa a la corriente del canto y olvida por un instante su reserva y cortedad; el palabreo rápido suelta la lengua, la toma ágil; la distracción es innegable.

MARTES 8:

He hecho una lista de las actividades a que, por lo común, nos entregamos en el Centro y he pedido a la gente que vote por la que prefieran. He aquí la lista:

lectura de periódico
cantar
escuchar la victrola
adivinanzas
Juegos
directorio
que hablen los señores-
leer libros por sí mismos.

La votación será mañana.

La señora Reyna se encargará regularmente de los juegos de palabras. Pero ahora en la noche no pudo asistir y aunque no es preciso hacer este ejercicio todas las noches, quise ensayarme yo. Hice unas adivinanzas descriptivas que propuse al público, indicando a los que saben bien el castellano (mestizos), abstenerse de responder inmediatamente, para dar oportunidad a los que saben menos. Estas son:

Soy redondo y colorado.	el sol
Soy blanca y salgo de noche.	la luna
Soy redondo como la luna y me comen.	el queso
Me hacen en Paracho y me rascan las tripas.	la guitarra
Doy vueltas y hago música.	la victrola
Tengo los colores de la bandera y me comen.	la sandía
Parezco chicote y me arrastro por el suelo.	la víbora
Soy gordito y me hacen chicharrón.	el puerco
Soy larga y me queman en la noche.	la vela

C A R A P A N

Soy "sapichito" (chiquito) y toco.	el maestro Melena
Soy "cara" y tengo "pan" (charada conocida)	Carapan
Soy prietita, "sapichita" y saltoncita.	la pulga
Soy redondo, tengo muchos dientes y me comen.	el elote
Tengo cuatro patas y como ratones.	el gato
Tengo cuatro patas y me peleo con los gatos.	el perro
Tengo cuatro patas y no quiero a los gatos.	el ratón
Tengo cuatro patas y me montan.	el caballo
Tengo cuatro patas y me cargan.	el burro
Tengo cuatro patas y me ordeñan.	la vaca
Tengo cuatro patas y me engordan.	el puerco
Tengo cuatro patas y doy lana.	el borrego

Gustaron mucho pero resultaron demasiado fáciles, sobre todo las de animales.

Se organizó la pozolada para el viernes. La caja de colecta dio tres pesos y veinticinco centavos. Varias mujeres se ofrecieron a contribuir con una o dos medidas de maíz en corundas y otras se encargarán de la preparación de la comida. Se hará provisión para cien personas. El presupuesto de carne es de seis pesos: cuatro cabezas de puerco, dos espinazos y unas patitas. Veremos cómo sale. Lile y Vesta se encargan de esto.

MIÉRCOLES 9:

La votación de preferencias de los números del programa fue:

Lectura del periódico.	13
Cantar.	10
Oír la victrola.	11
Adivinanzas.	3
Juegos.	14
Directorio (cívico).	19
Pláticas por diversas personas.	42
Leer libros.	28

El total de votantes fue de 79, que era la asistencia de la noche, entre hombres, mujeres y niños, sin contar a los miembros de la Estación. Algunas personas votaron en dos o tres grupos; yo les dije que era preferible que dieran un solo voto pero que cuando

M O I S E S S A E N Z

realmente se sintieran inclinados igualmente por varios números, votasen por todos los de su gusto.

En la lista no se incluyó oír el violín de Melena, que estoy seguro hubiera ganado un gran número de opiniones; tampoco pusimos oír la lectura de cuentos. Me propongo repetir las votaciones dos o tres veces en noches subsecuentes, para ver que tan consistente es la opinión.

En estas noches de luna magnífica, la gente se junta más tarde que de ordinario. A las siete nadie ha llegado; hasta las ocho hay concurrencia.

JUEVES 10:

Tomamos votación sobre la clase de discos que prefieren. Puse primero uno del Pájaro de Fuego por Stravinski, tocado por la Sinfónica de Filadelfia y después uno por la orquesta de Jazz de Duke Ellington, *The Creole Love Song*. La cosa era difícil. La votación esta vez fue contraria a la música superior. Hubo seis votos por la pieza del ruso y como treinta por el jazz. Como se ve, muchos se abstuvieron de votar. El caso es que una y otra pieza se me figuraban buenas en su género y hay momentos en que lo de Stravinski parece jazz.

VIERNES 11:

Este es el día de la pozolada. Ayer se compró la carne en Puerpe: dos cabezas, dos espinazos, media docena de patas y algo de lomo. Se hicieron cinco grandes ollas del caldo; entraron cuatro medidas de maíz, es decir veinte litros. La carne costó cinco pesos, el maíz sesenta centavos. (Maíz nuevo, quince centavos la medida). Los otros ingredientes fueron: chile, cebolla, limón. Coste total, seis pesos, de los que se habían reunido en la alcancía tres veinticinco. Las familias que habían ofrecido corundas, cumplieron: Tomás Bautista dos medidas, Manuel Alejo e Ignacio Pablo otras dos cada uno. (Hubiera sido necesario cuando menos el doble, quizá más, aunque el pozole tiene ya tanto maíz que en rigor no necesita más que eso, pero esta gente no concibe comida ninguna sin tortillas o corundas, en abundancia). Lile y María Cuevas con sus dos hijas

C A R A P A N

fueron las cocineras. Juan Rivera y algunos vecinos se ocuparon de arreglar el salón y trajeron ocote para los hachones.

Nos salimos al patio, ex-atrio de la antigua capilla. Fue agrupada la gente en cinco divisiones, haciendo estrado con las bancas y aprovechando también los pollos de la tapia. En el centro de cada grupo se puso un hachón de ocotes, a cuyo pie se colocó la tinaja de pozole. Cuando la gente estuvo ya toda sentada se comenzó a servir. Por encargo nuestro, muchos trajeron su propio plato. La cosa resultó cabal; la gente estaba contenta. Cenaron más de doscientas personas, como la mitad hombres y la otra mitad mujeres. Probablemente dos terceras partes del total eran adultos. Cada puesto fue atendido por dos personas.

El arreglo de los hachones es ingenioso. Se clava en el suelo una estaca con el extremo superior abierto en varios picos, como horqueta múltiple, que sirve de receptáculo para las astillas de ocote que encendidas, dan magnífica luz.

Después de la cena hicimos un gran ruedo y en el centro hubo bailes, juegos de estrado, música, cantadores. Todo fue improvisado y resultó una de las fiestas más bonitas a que yo he asistido. A las diez, di la contraseña final: «¡Buenas noches! ¡Hasta mañana!» El público contesta, «¡Hasta mañana!» y se dispersa la reunión.

Herrera quiere una fiesta de éstas, siquiera dos veces cada mes. Hemos dado con una nueva forma de reunión. Esta fue la primera y experimental y resultó un éxito completo. Estoy seguro que para la próxima vez todos traerán platos. Podíamos, es cierto, comprar loza de Santo Tomás, tan barata, pero eso complicaría la administración, tendríamos que lavarla, distribuirla, cuidarla, mientras que de esta manera todo resulta fácil.

DOMINGO 13:

Como nos fuimos a Etúcuaro, dejé el programa de Carapan a cargo de Basauri como director, con la ayuda de las señoras. Me informan que la asistencia estuvo nutrida. Basauri tuvo la feliz idea de invitar a los músicos de la banda para que vinieran a tocar, ya que el Maestro Melena estaba ausente. Vinieron con gusto y los números de banda fueron una agradable variación a más de estar dentro de la idea de buscar la colaboración del auditorio.

M O I S E S S A E N Z

LUNES 14:

Dos buenos números: canciones por Antonio Santos y por otro mancebo, acompañados en la guitarra por Melena, (¡Quién nos hubiera dicho que en tan corto tiempo íbamos a disponer de ejecutantes nativos!) y una plática mía sobre los aeroplanos. El pretexto de ésta fue una máquina que pasó volando esta mañana. Se trata del aviador Miguel Melgoza, de Purépero, que quiso darse el gusto de venir a su tierra, de la que había faltado como veinte años. Despegó en Uruapan, pasó sobre nosotros, dio la vuelta a la Cañada, volando casi sobre los techos; enfiló hacia Purépero y aterrizó en un barbecho, con toda felicidad. El pueblo está de fiesta. La excitación que nos causó a todos aquí en Carapan no fue poca. Creo que es la segunda vez que ha volado un avión por estos aires. Hablé de la aviación, de cómo se desarrolló con motivo de la guerra, de los aviones como máquinas de combate, del transporte aéreo comercial, de las rutas aéreas de México. Es una de las pláticas que más les ha interesado.

JUEVES 17:

Anoche estuvo la casa llena, por lo que no vinieron anteanoche. No sé que haya habido alguna razón especial para lo uno o para lo otro. Estoy queriendo darme cuenta de la causa o del ritmo de tales irregularidades.

La gente se va acostumbrando a que tratemos los asuntos que competen a la Comunidad en las reuniones. Anoche, siguiendo la práctica de otras ocasiones, hablamos sobre limpia de la acequia, a fin de que los muchachos hortelanos puedan regar su tierra, que es lo que les falta para seguir sus trabajos; los invité una vez más a que viniesen a ver a los muchachos trabajar en el campo de la escuela (Realmente están haciéndolo muy bien). Tratamos del proyecto del concurso de mazorcas que se realizará muy pronto y del próximo aniversario de la Revolución. Les pedí asistencia nutrida mañana, para hablar sobre la construcción de la Escuela.

Anteanoche empezamos a aprender una canción nueva, «La Despedida» y me sorprendió la rapidez con que memorizaron, tanto la letra como la tonada. «Si estás dormida, despiértate/ ya no duermas;/ Oye la voz del que de veras te ama/ ya no duermas/

C A R A P A N

¡Oye la voz del que de veras te ama! Si estás dormida asómate a tu ventana/ Para decirte que me voy siempre mañana/ Perdóname, si te ofendo con mis cantares/ Perdóname, si te ofendo con mis caricias/ He venido a pedirte que no me olvides/ Vengo a decirte que me voy siempre mañana/. La letra, como se ve, tiene sentido y la música es fácil y del estilo romántico sentimental que agrada a los campesinos. Enseñé las palabras, leyendo primero toda la canción, después el primer verso, explicando el significado de toda la estrofa; repetí. Leí en seguida verso por verso, aclarando el sentido de las palabras. Terminada la estrofa leí otra vez por versos, haciendo que ellos repitiesen después de que yo leía. En seguida, Melena, Antonio y uno o dos más que saben la canción, cantaron toda la estrofa dos veces; a la tercera entramos todos y repetimos. La cosa estaba hecha. Hicimos lo mismo con la segunda parte. Creo que no ocupamos quince minutos en todo el proceso y se aprendió el canto.

Por comparación con el método de repetición de palabras, muchas veces, sin sistema, que se ha venido siguiendo, y de repasos *ad infinitum*, el camino que ahora ensayamos resultó mucho más eficaz. Es cierto que la canción ayuda porque es una de las pocas que tiene sentido completo y porque la música es fácil. Pero la mayor rapidez en el aprendizaje se debe en parte al nuevo procedimiento y también a que la gente vaya acostumbrándose a estudiar las canciones.

La cosa es que se han hecho progresos de significación en cuestión de canto. Ahora sí hay canto colectivo, se oye la voz, no necesitan mucha animación y mucho agujoneo. Apenas nos acordamos ya de cuando cantábamos una canción veinte veces y a pesar de todas las insinuaciones del mundo, la concurrencia permanecía callada.

Estamos empezando más tarde las reuniones. Se abre el salón como de costumbre, a las siete, pero el programa formal no da comienzo sino hasta las ocho; dura por lo general hasta las nueve y cuarto. Durante el primer período hay alguna asistencia; se tocan discos y se reparten libros. A pesar de la pésima luz, pues no contamos sino con la lámpara de gasolina, muchos leen. Estoy seguro de que si tuviésemos el alumbrado eléctrico o una mejor iluminación, esta hora sería ya de lo más importante. Conmueve ver a estos pobres indios agachados sobre el libro, descifrándolo con

M O I S E S S A E N Z

mil trabajos, a media luz, con un tesón heroico. El programa formal principia con canciones y luego sigue la lectura del periódico. En estos dos números que son los que con toda regularidad se han establecido, se nos van como treinta minutos. Después confeccionamos el programa sobre la marcha, sin que esto quiera decir que en muchos casos no haya yo pedido a determinadas personas, presentar tal o cual parte. No falta una plática más o menos preparada, aunque siempre sencilla y yo no dejo nunca de decir algo sobre tales o cuales tópicos incidentales; la lectura de un libro, un cuento, advinanzas, un juego, son números que no faltan, unos en una noche, otros en otra. Por lo común terminamos con una especie de «fin de fiesta» que consiste en una pieza de violín, de elección del público, en el canto de los Perritos, o De la Una a las Dos, etc. Nos despedimos siempre de buen humor.

DOMINGO 20:

Aniversario de la Revolución. Hace dos días anunciamos un programita especial y sin más gestiones, la asistencia de hoy puso a reventar el salón. El programa no fue ni muy preparado ni muy diferente del ordinario. Los dos números especiales fueron mi plática sobre la Revolución y la Danza de los Viejitos de Jarácuaro, que puso Herrera con el concurso de Camarena, Urueta, Alvarez y el Maestro Melena, que tocaba la jarana. Herrera hizo unas excelentes máscaras. La danza resultó muy bien y entusiasmó a la gente; se tuvo que repetir y se hubiera danzado toda la noche por gusto del público.

La Banda no se presta mucho que digamos. Piden paga. Cuando el Ministro vino, tuvimos que darles doce pesos. Los músicos están exceptuados de las faenas rondas que tienen obligación de hacer los otros hombres del pueblo, en cambio, están comprometidos a tocar cada vez que la autoridad lo solicite; pero no están muy dispuestos. Habíamos hecho la invitación pública, para que la banda contribuyera con algunos números al programa de esta noche, pero al empezar la velada no habían aparecido. Cipriano, de suyo, se encargó de ir a recogerlos y vinieron al fin todos y tocaron dos o tres piezas. Ya para el número de los danzantes surgió, por iniciativa de Cipriano, una nota netamente indígena cuando propuso que estuvieran los danzantes todos en el

C A R A P A N

curato y que la banda iría por ellos, como lo hizo en efecto, tocán-
doles un son. Después de la fiesta vino la banda a tocar al curato.
La prueba máxima de que estaban «agasajándonos» fue que nos
brindaron «La dama aragonesa». Esta es la pieza más fuerte del
repertorio. Creo que se trata de una fantasía sobre temas de «Lu-
cía», pero de todos modos, tiene ya tanto de la invención local,
que hasta de nombre ha cambiado. La tocan con toda solemnidad
y es costumbre escucharla con reverencia, como si se tratara de la
obra máxima de Wagner, ejecutada en Beirut!

LUNES 21:

Hoy iniciamos un nuevo ejercicio de vocabulario. Se lo he
encomendado a la señora Reyna. Nos proponemos, en cada sesión,
llamar la atención a tres o cuatro palabras de las que hayan surgi-
do en el curso de la noche; se definirán, se escribirán en el piza-
rrón; las repasaremos en diferentes formas ingeniosas, hasta que
las aprendan. Las de hoy fueron «horticultura, congreso y turista».

¡A veces ni de los dos periódicos podemos sacar nada que cua-
dre a las circunstancias, para leer en el Centro!

NOVIEMBRE 23 A DICIEMBRE 29:

El Centro siguió durante todo este tiempo pero con peripe-
cias e incidentes que es necesario recordar. Primero la onda fría,
bien fría, que se nos vino encima. Eran unas noches destempladas,
horribles. La escarcha de las montañas agostó la vegetación más
tierna de los pueblos bajos de la Cañada. Carapan se salvó de la
helada por su mayor altura y porque, según me hicieron ver los
concurrentes al Centro, una noche que tratamos de esto, aquí las
corrientes de aire son más vivas pues estando justamente a la en-
trada del puerto, se achiflona el viento, como hemos tenido la pena
de comprobarlo personalmente cuando a media noche los domin-
gos, regresamos de Etúcuaro. Al frío se juntó la mala luz. Se ha-
bía descompuesto la plantita que nos mandó la Secretaría pero
teníamos las dos lámparas de gasolina: después se descompuso
una lámpara y «ya nomás nos quedó una». Al fin y al cabo, se nos
echó a perder esta última y no hubo más que recurrir a las velas.
Es sorprendente ver cuánta luz se saca de las humildes candelas.

M O I S E S S A E N Z

Cincuenta centavos nos duran para dos días. Colocamos una docena de luces en diversas partes del salón, sobre los libreros, en los alféizares de las ventanas, sobre la mesa. La sala se baña de una luz más suave que la que dan los mecheros de gasolina. Pero, simpático y todo, el procedimiento no es de recomendarse porque sale caro y la claridad no es suficiente. La luz, en sí misma, es uno de los mejores estímulos para la reunión. En estos pueblos oscuros, con casas en tinieblas y calles que son túneles tenebrosos, un lugar alumbrado, una luz, llama a la gente como un hachón atrae en el bosque a las falenas. Es inevitable. Tener un salón iluminado, donde la gente pueda sentarse al abrigo de cuatro paredes, es ya ofrecer un incentivo que pocos seres humanos pueden resistir. Tantos veces me he dado cuenta de que sin hacer nada en el Centro; sin programa perturbador de la calma y de la inercia de estos hombres estóolidos, la sala iluminada y las bancas, el acto de reunión en sí mismo, son circunstancias extraordinarias y estimadas. Por eso, la luz, nuestra aliada, no debe faltarnos; cuando nos falla quedamos en un predicamento verdaderamente grave.

Cuando se acabó la luz eléctrica nos faltó el cine. Mejor que así hubiera sido para obligarnos a buscar mayores estímulos o iniciativas más personales. Más serio que esto fue la falta de la música. Melena se fue de vacaciones y no podíamos, a pesar de mis esfuerzos, dirigir el canto. Nájera partió a México también. Yo me quedé muy solo al principio; los profesores estaban casi todos de vacaciones y los que se habían quedado no se sentían con toda la obligación de asistencia durante esta época de asueto, ni yo quería obligarlos tampoco. De hecho, a nadie he querido obligar a una participación reglamentaria en el Centro. He deseado ver qué resulta de dejar a las gentes a su propia iniciativa; esto ha sido en cierto sentido, una parte del experimento.

A pesar de todos los obstáculos, el Centro siguió adelante. La asistencia decaía en las noches más frías, pero nunca tuvimos menos de treinta personas. El peor de todos los obstáculos para la asistencia no fue el frío sino las cosechas. Todo mundo se va a los campos en estos fines de noviembre, para recolectar el frijol, para iniciar la *pizca* o para cuidar las sementeras. Hombres, mujeres y niños se van a las milpas. Recogen el grano durante el día, cuidan los campos en la noche; regresan algunos ya tarde y como la mujer no ha estado en casa, tienen de noche que atender los

C A R A P A N

quehaceres domésticos y preparar los alimentos para el día siguiente. La asistencia de las mujeres, especialmente, se resintió, precisamente por esta circunstancia. Una cosa he aprendido y es que el mes de diciembre, mejor dicho, del quince de noviembre hasta fines del año, es la época más atareada de estas gentes. Por fortuna las escuelas están de vacaciones, de no ser así, se nos vaciarían.

DICIEMBRE 30

Llego a Zacapu a las cinco de la tarde. Me espera Hernández y me trae con una premura un tanto sospechosa, a mata caballo, por el camino oscuro, para llegar a Carapan a las nueve de la noche. Me había dicho que estaban trabajando en la instalación de la planta de luz que nos dio la Secretaría y que había llegado desde antes que yo me fuera, pero que no habíamos podido utilizar por falta de alambre para la instalación. Me dio a entender que las cosas iban bien pero que aun no teníamos alumbrado. Pero al llegar a la Estación, una iluminación brillante lo desmintió y descubrió el ardid. Me preparaban la sorpresa. Nos fuimos directamente al Centro. Estaba a reventar, henchido hasta la puerta y la gente rebosando. La sala estaba radiante: nunca la había visto con tanta luz. Cuando entré me dieron una ovación. Las gentes se levantaban para saludarme, los más valientes me pedían abrazo. Era emocionante. Después de las cartas tristes que Nájera me había escrito sobre los primeros días del cambio político en la Cañada, esta recepción me parecía cosa de milagro. Me cantaron dos o tres canciones aprendidas durante mi ausencia: Albur de Amor, La Puerca Pinta, Camino de la Sierra y quisieron que cantáramos algunas de nuestras preferidas de antes: China del Alma, Ay de la Loma, etc.

Había estado en México diez días. Me parecía ahora regresar a mi propio pueblo y ver a mis allegados. Ellos me recibían con el cariño con que se mira retornar a un amigo bien probado. Había no se qué de patético en aquella recepción. Todos «mis indios», los viejos y los mancebos, las mujeres y los niños, me bañaban con una sonrisa de niños que se han portado bien durante la ausencia del mayor; con orgullo hacían alarde de todos sus adelantos y progresos. Los colegas de la Estación tenían «banquete»

M O I S E S S A E N Z

listo, del que gozamos en nuestra casa-taller del curato después de la reunión.

DICIEMBRE 31:

Desde temprano la gente llenaba el salón. Leyeron largo rato, gozando de la luz. Cantaron después muchas canciones. Hablé, invitándolos a un propósito de año nuevo: hacer que el ciento por ciento de los niños asista a la escuela durante el año. Después Vesta y Álvarez pusieron juegos que divirtieron a la gente hasta las carcajadas. Habíamos pensado salir al patio haciendo una gran lumbrada, mas la noche estaba inclemente y ventosa y preferimos quedarnos adentro. Pero había mucha gente en la calle y en el atrio. Como a las diez y media empezamos a servir «calientes». Recibió cada uno, cuando menos, una porción y algunos alcanzaron varias. El «caliente» es un ponche preparado con agua, trozos de caña de azúcar, pedazos de guayaba en abundancia, mucho azúcar; mezcla que se hace hervir por largo rato, añadiendo a la postre tanto alcohol como se quiera. El nuestro tenía lo suficiente para hacerlo sabroso y darle potencia. Les dimos a los chicos y a los grandes. No se qué dirán de esto los prohibicionistas. A las doce se tocaron dianas, hubo mucho repique y mucha bulla.

El Centro Social cerraba con una nota de júbilo, el año que lo había visto nacer. Y bien estaba que el acento fuera festivo, porque divertir a la gente, recreada y de este modo crear de nuevo su personalidad era uno de sus propósitos.

Vislumbres

Vamos adentrándonos en la vida indígena. Un atisbo aquí, un indicio allá. Vislumbres fragmentarios; raramente visión plena. Cuando acertamos a enfocar la mirada en la dimensión indígena, percibimos facetas, tonalidades, en que antes no habíamos reparado y derivamos una cierta dosis de satisfacción en cuanto a nuestras capacidades microscópicas, si bien nos descorazona la contraprueba de la diversidad que nos separa del indio. Apenas ahondamos en la realidad, descubrimos bajo la capa que tomábamos por conquista mexicana, intocada, la médula aborígen. Cuanto mejor conocemos a estas gentes, más indias nos parecen. Tenemos entonces esa sensación incómoda de ver con mayor claridad y precisión aquello que al propio tiempo se nos hace más remoto e inasequible.

Tomo de mi diario los siguientes apuntes:

PALABRAS: Quien dude que existe un problema de lenguaje en la región no tendrá sino mirar la prueba que acabamos de dar a los escolares de la Cañada. Yo examiné a los niños de Huáncito, personitas de ocho, diez, doce años, que han venido a la escuela, uno o dos. Casi todos ignoran el significado de la palabra *ojo*, creen que decimos *oreja*. Muchísimos no saben lo que quiere decir *barro*, el material de trabajo más común en este pueblo de alfareros. Nadie comprende *cultivar*. Todos confunden *bueno* con *bien* y con *bonito*. En cambio, todos conocen el nombre de los útiles escolares usuales, lápiz, gis, cuadernos, pizarrón. Mal debe andar la enseñanza del lenguaje, cuando una criatura sabe lo que es *gis*, ¡pero no lo que es *ojo*! La connotación de los vocablos es limitadísima. *Cielo* es siempre *allá*, *arriba*, y *tierra* es un ademán que señala el suelo; *comer* provoca una única reacción definidora:

M O I S E S S A E N Z

todos los niños dicen sencillamente *tortilla*; *subir* a lo más es *un árbol* y cuando preguntamos lo que es *bañar* dicen sencillamente, *allá, río*.

HORÓSCOPOS.-Julio Tomás, el mascarero de afición, que no es de oficio, con quien trabé amistad desde el otro día cuando por pura casualidad le descubrí una máscara de barro, me habló de su inclinación por la lectura. Le dije que en Carapan tenemos una biblioteca; lo invité a visitarnos. Acaba de venir a verme y ha quedado encantado. Cuando conversamos la primera vez, me preguntó gravemente si yo sabía leer. 'Sí', le dije. -»¿En todos los libros?» -»En todos los libros», contesté. Dudoso todavía y con cierta reserva me preguntó si no conocía yo un libro que se llama «Oráculo». Me lo mostró. Es un viejo tomo, traducción de una obra inglesa de 1822. Me hizo ver un cuaderno donde ha copiado con letra primorosa la Rueda de Salomón, que sirve para predecir la fertilidad o esterilidad de los años. Es un círculo como con veintiocho sectores, cada uno tiene en la parte exterior, junto a la circunferencia, el nombre de un día de la semana (repetidos cuatro veces) con el correspondiente signo zodiacal. Después, en una especie de espiral, principiando de afuera hacia el centro, están marcados en cada sector, los años comenzando con el 860 y llegando hasta el dos mil y tantos. En el centro, tiene cada sección la anotación caprichosa de «fértil», «estéril», etc. de modo que según el sector donde aparece el año que se consulta, sabremos si será bueno o malo.

Julio me preguntó con toda seriedad si yo creía que aquello pudiera ser cierto.

ATROPELLO QUE SE PAGA CARO.- Yendo a caballo para Santo Tomás, nuestro Médico atropelló por accidente a un chiquillo que caminaba con su padre y que súbitamente se le atravesó por enfrente. Parece que fue poca cosa: un golpe contuso sin consecuencias y un gran susto. Bajó de su caballo el doctor, examinó al niño, procuró calmarlo, se excusó con el padre y siguió adelante. De regreso, al anochecer, encontró al padre de la criatura que había hecho viaje a Huáncito para quejarse con Eliseo y para solicitar medicinas, y lo invitó insinuantemente para que se viniera con el médico. Fue quedándose atrás y al poco, antes de que el Dr. Malo se diera cuenta, se había devuelto. Hoy en la mañana fue el

C A R A P A N

médico a visitar al niño y lo encontró sin novedad. El padre estaba ausente.

Por la tarde, caminando yo a Huáncito, me topo con un individuo que me dice ser el padre del atropellado que viene adarme una «quejita». Hace el cuento largo: que iba por el camino, que el médico se le había echado encima, que el niño estaba mejorcito pero que echaba sangre por la boca y por abajo... «El doctor ha visto al niño», le digo, «se ha hecho todo lo que conviene... Si hay alguna otra cosa, estamos pendientes... No tengas cuidado». Cleto sigue con pujidos y rodeos. «Pos a ver cómo le hacemos», «pos el niño sigue malo...» «pos yo necesito las *mericinas*». «Si crees que se necesita algún otro remedio, sube a la Estación, allí está el médico...» No, pero él no quiere quejarse... pero sí tendrá que quejarse, que se le haga justicia, que no porque él es «tan pendejo se ha de quedar así no más». Pierdo la paciencia, «Vete al diablo», le digo, «anda a quejarte con quien se te antoje» y me voy, dejándolo parado en el camino, él y su burro, sorprendido como si hubiese recibido un chorro de agua fría en el rostro. Al poco me da alcance, «siempre me devolví,» me dice. -»Mm Mm» respondo haciéndome el serio. -»¿Adónde vas?» me pregunta, conciliador. -»Por **ái**,» le digo -»¿Ichán o a Tacuro?» -»Por **ái** no más,» insisto con sequedad.

El incidente tuvo una extraña secuela, con sus ribetes de comicidad. Fueron el doctor y su ayudante a visitar al chico. Cleto se les enfrentó, azadón en mano y les prohibió la entrada. Ya había conseguido una médica, les dijo, que estaba de verdad atendiendo a su hijo, que para nada necesitaba de los servicios de ellos, que se fueran o los perjudicaba. Hernández hizo uso de toda su mano izquierda y aplacó un tanto airado al padre Diciéndole además que ya que él no deseaba que el doctor curase al niño, éste pagaría lo que costara la curación por otro lado. La curandera que está viendo al muchacho es una vieja parienta de Eliseo. Este ha mostrado una solicitud sospechosa en todo este asunto que no puede tener otra explicación sino la de hostilidad para el doctor, a quien desde hace tiempo toda la familia Prado, por razones que ignoro, no ve con buenos ojos.

El lunes se presentó en Carapan la médica a cobrar sus emolumentos (parece que el niño, que todavía el sábado estaba «muy malo» ahora lunes está ya casi bueno). ¡»Veinte pesos!» Dice el

M O I S E S S A E N Z

doctor que aquello le parece excesivo; ella arguye que éso es lo que cuesta, que las medicinas son caras... Y lo peor es que el pobre doctor Malo no tiene fondos por el momento (A los de la Estación nos causa risa ver a los dos «profesionistas», médico y curandera, regatear el precio del tratamiento).

Pero el incidente es desagradable. Pone al desnudo un aspecto poco amable de la psicología de este indio. Hace manifiesta la mala voluntad de los Prado, que, a costas de la Estación, se erigen en defensores de los naturales con un celo que da sospechas; coloca al médico en situación embarazosa, teniendo que pagar a una curandera servicios que por todos conceptos él debió haber descargado.

MUJERES SON MUJERES.- El estudio sobre la alfarería me va abriendo infinidad de puertas. La gente de Huáncito es mucho más amable y acogedora de lo que pudiera pensar recordando los incidentes de primeros días. Me he hecho de amigos en seis casas. He gastado largos ratos en cada una. Hablamos cuanto podemos, barrera del tarasco mediante. Las gentes están ya bien enteradas de lo que deseo y me dejan observar su trabajo, contestando a mis preguntas con un montón de informaciones. Con toda libertad escribo en mi libreta, hago apuntes, saco fotografías.

Ayer estaba en la casa de Julio Tomás, sentado en un banquito adentro del jacal, tomando notas de la muchacha que trabajaba en el ribeteado de cazuelas. Se acercaron a la puerta unas mujeres y entablaron una animadísima charla con Inés, la madre, que molía nixtamal. Debieron estar hablando de mí y de mi mujer, que llegó no hace mucho y estuvo a visitarlas el otro día, porque de pronto me pregunta Inés -¿«Oye verdá que tu mujer no muele?», -«No», le dije. -«No, verdá». No más en la máquina», comenta. -«Sí, en la máquina», contesto, «sabe coser en la máquina muy bien. Y Julio que en su calidad de hombre y de señor de la casa está bien enterado de todo, añade con aire de finalidad, «Ella ha de trabajar haciendo ollas».

SEMBLANZA ESTORBOSA.- Cuando vino el Gral. Cárdenas por segunda vez y dimos una comida campestre en la Granja, José, el mozo de la Estación, mancebo de veinte años, avisado y amante

C A R A P A N

del progreso como pocos, ayudaba a servir la mesa. Yo tomé un film en la ocasión y José asoma incidentalmente en una de tantas escenas. Cuando exhibí la cinta en el Centro Social, le seguía José con apasionado interés y al terminar la sesión le preguntó a Chabela en tono confidencial «¿Oye, verdá que en ese cine no parezco yo indio?».

SENTIDO FOLKLÓRICO.- Yendo para Purépero me llamó la atención que una mujer, a medio potrero, sonase una campana. Me bajé para interrogar la causa. Era una mestiza de la hacienda cercana. Había localizado en un arbusto a la abeja reina y sonaba para atraer a las abejas dispersas. «Anda el enjambre suelto, dijo, y toco pa' que sepan que aquí está la mera tetona».

Yo me defiendo.- La casa de Huáncito que está al cruzar el puente me provocaba más que ninguna otra. Cuantas veces pasaba a caballo podía ver en el patio a las mujeres haciendo loza. La gente parecía más hostil que en otras partes. No contestaban mi saludo. Alguna vez pedí venia para entrar y no me respondieron. Un día me hice cara dura y me metí. Una de las mujeres echó a correr y se escondió en la milpa. La más vieja siguió trabajando sus cántaros estólidamente. Le hablaba y no respondía. Me salí y regresé al poco rato. En esta vez no se escapó la mujer pero me dijo «si no hay gente para que entres». Me senté en el suelo, no muy lejos de donde trabajaban las dos mujeres. Les hablaba, sin obtener respuesta. Al fin una me dijo enfadada, «no entiendo, no hablo». Sonriéndome, saqué del bolsillo mi vocabulario tarasco y empecé a decir algunas palabras, en el idioma. La mujer se puso más brava que nunca. «Si no te quiero hablar, no quiero platicar». En este momento se presentó un hombre. Me vio de frente, con aire de desafío. ¿«Que tú eres el que quieres quitar casa?» preguntó. -»No, ¿de qué hablas? no sé». -»dicen que quieres quitarme de aquí pa poner molino, pero a ver si pueden yo me defiendo». -»Nada de eso, te han informado mal, yo no ando en esas cosas». -»Pos verás», dijo en tono un poco mas tranquilo, «que hace un tiempo vino aquí hombre sin decirme nada anduvo viendo solar, casa y dijo quería poner molino. Yo creo no podrá quitar, ¿tu que dices, podrá quitar?» -»No», contesto «por qué te la ha de quitar si esto es tuyo, el gobierno te protege; si algo

M O I S E S S A E N Z

quieren hacerte, dímelo, yo te defiendo». -»No necesito, yo sé defender sólo. ¿Yo creo que no pueden quitar, qué dices?»

Hablamos largo. El hombre se quejó de una reuma, preguntó si era cierto que en Carapan teníamos doctor...

EL QUE TIENE MANDO, MANDA.- El Gral. Cárdenas había dejado ya la gubernatura de Michoacán y desempeñaba una comisión militar fuera del Estado. Nos preparábamos para recibir la visita del Secretario de Educación y encontrándome por el camino a Pedro Alejo, uno de los vecinos influyentes de Zopoco, me detuve a conversar para pedirle que cooperara con la Estación para el recibimiento. «El Gral. Cárdenas, dije, nos recomienda recibir bien al Ministro». Fijó en mí la mirada Alejo y contestó rápido, medio sorprendido y medio ansioso de quedar bien» ¿Cómo, pues qué todavía Cárdenas tiene mando?»

GUARDIÁN RESPONSABLE.- Juan Rivera ha tomado su papel de presidente del Comité del Centro Social muy a pecho. Guarda celosamente la llave; asea el salón; está pendiente de abrir; atiende la victrola que toca a la hora de la lectura y cuida los libros con ojos de lince. Anoche andaba con copas pero estaba en su puesto como de costumbre, aunque algo amozomado y serio, sentado en un rincón de la plataforma. Cuando Nájera se le acercó, le dijo Juan «Sabes que aquí yo mando, porque soy el Presidente del Comité y el que no haga lo que yo digo se lo lleva la... Yo cuido los libros porque hay mucha gente mala que se los quiere llevar, nada menos que ahora noto que me anda faltando uno, ese coloradito que tiene la ley (una copia de la Constitución) pero ya verás cómo lo encuentro».

COMUNISMO.- Juan Rivera anda borracho otra vez. Por la tarde parecía tan subido de copas que estábamos seguros de no verlo en el Centro, pero en la noche ocupó su puesto con toda tranquilidad y aparente eficacia. Después de la reunión se acercó al curato. «Se ha perdido la llave, nos dijo. Yo se la di a la señorita Alcalá (sin acento) y no sabe de ella. Yo necesito que se ponga en claro, de quién es la responsabilidad». María Alcalá es la directora de la escuela y Juan le tiene una inquina que se descarna a cada momento. En las ocasiones en que como ésta, la pugna cul-

C A R A P A N

mina, Juan pierde el sentido de cantidad y le quita el acento al nombre; Alcalá, pronuncia. «Cuando tú me escogiste para el Comité», me dice Rivera, «te fijaste en mí porque conoces a los hombres buenos. Yo cuido todo bien y a mí nadie me puede decir nada, menos esa señorita Alcalá. Yo tengo la obligación de cuidar esto que nos da el Gobierno...» Después se metió en otras disquisiciones: la Revolución, el agrarismo, los fanáticos. «Queríamos disponer de la iglesia, nos informa confidencialmente, pero por ahora sólo la capilla hemos podido usar. No se puede ir más allá porque comprendemos que sería cuestión de balazos...» «Yo sé que Jesucristo dijo «la tierra es de todos» y el que dijo «hasta aquí es mío» ese fue el primer ladrón».

TIENEN VERGÜENZA.- Era la noche de la pozolada. Había luna llena. Desde las siete estaba el salón rebozante. Como no contábamos con vasijas suficientes para servir el pozole a todos, les habíamos pedido que trajese cada uno, de su propia casa, cualquier trasto, un plato, una cazuela, una ollita. Fue mi mujer al salón y se desconsoló porque al preguntar a la gente si traían sus vasijas, apenas tres o cuatro las mostraron. Les reconvinó afablemente por el olvido; la omisión era fatal para la fiesta. Ellos se hicieron los desentendidos. Se les instó a que fueran a sus casas por los utensilios; dijeron que vivían muy lejos. Poco más tarde me presenté yo con mi propio plato a la vista y les pregunté una vez más quiénes traían el suyo: apenas unos cuantos. Pregunté de nuevo, insinuantemente (ya voy conociendo a mi gente). Poco a poco van apareciendo las vasijas. Casi todos habían cumplido pero las traían debajo del gabán y por nada de la vida lo confesaban. «Tienen vergüenza», me explicaba Juan Rivera.

QUEREMOS AL MERO CABEZA.- Lino Carlos, uno de los viejos, que toca en la banda, le manifestó a mi mujer que no estaba bueno que se llamara a los muchachos para que fueran a tocar al Centro, que qué saben ellos de eso, que se llame a los viejos, al director; que cuando quieran lo llamen a él; que él sí podrá dar buen servicio; que no más lo invitaran...

Reflexiono en las palabras de Lino Carlos: los mayores se creen desairados porque no los hemos invitado personalmente a las reuniones del Centro y están además resentidos de ver que se

M O I S E S S A E N Z

da preferencia a los jóvenes. En cuanto a lo primero, es claro que hemos cometido un error de táctica. Ciertamente que la invitación para el Centro se ha hecho en público, general para todos, repetidas veces, pero deberíamos haber sido más reverentes y haber hecho concesiones a la tradición de «los ancianos».

Otro vecino, asiduo asistente al Centro, encontró a Lile en la calle y después de haberle preguntado si ella era mi mujer, le encargó: «dile a Saine (se refería a mí) que no queremos que nos lea nadie el periódico, sino él y que no nos hablen los otros, que queremos que sólo el mero cabeza sea el que nos hable, porque de otro modo no está bien...» (¿Democracia, o Autoridad?).

DELICADEZA.- Cipriano había dejado de asistir a las reuniones; andaba como resentido sin que pudiéramos saber por qué. Le hablé hace algunos días, reconviniéndole amigablemente. «¿Qué te pasa», le dije -»Nada Maestro, estoy enfermo, me siento muy mal; no aguanto estar sentado. Pero estoy al pendiente de todo». Le insisto a que vea al médico. Lo consulta efectivamente: enfermedad venérea. Se inicia el tratamiento y sin más espera Cipriano reanuda su asistencia al Centro con una regularidad que me da pena. Es de los primeros en llegar; no ha vuelto a faltar.

POBRES HOMBRES.- Casi todas las labores de la alfarería quedan a cargo de la mujer. El marido habrá traído del cerro, una o dos cargas de barro y si acaso lo habrá humedecido. Terminada la obra, se encargará de atizar el horno lleno de vasijas. Pero la mujer amasa la torta, la palmea, modela la loza, la orea, la reluja, la mete, la saca. Todos los días, durante horas larguísimas, se oye por todo Huáncito el torteo de las mujeres trabajadoras. Mientras Concepción trabaja, su marido reposa en el portal, entreteniéndose sus dedos en cualquier ocupación pueril. Interrogo a Chona, «¿Y tu marido no trabaja?»-»No, no trabaja, duele la cabeza», contesta. Y de malicia repetí en diversas ocasiones mi cuestión. La respuesta era la misma: «no trabaja; muy ocupado; duele cabeza».

MUNDOS EN IDEAS.- Ana María Reyna hizo una lista de vocablos castellanos, cuya definición, en cualquier forma que puedan darla, pide a los adultos de Carapan. Es una serie de doscientas

C A R A P A N

ocho palabras, que progresa en orden de dificultad. Principia con «mano», «compadre», «comal» y finaliza con términos tales como «avaro», «rival», «sólido» y «forma». Ana María coge su cartapacio y se va por casas y solares, con ese su andar de jovenzuelo alpinista, en busca de víctimas voluntarias de sus investigaciones. Ha acumulado rimeros de hojas y se pasa las noches enteras «analizando» los datos. Algún día publicará una monografía erizada de tablas, curvas, índices y coeficientes. Pero se me figura que más lúcida que esa jerga científica es la repetición textual de las definiciones que algunos carapenses hicieron. Son conceptos totalistas de gente adulta, sus universos verbales.

Cruz Baltazar, 83 años de edad, «líder fanático».

Minuto.- Ps. minuto ma hor' zapichu, un minuto así, un hora chiquitito.

Política.- Pos el que sabe platicar políticamente como algunas personas que son sabios, que no puede hacer naiden tontos.

Moral.- ¡Ah! ese es muy sencillo, ¿no es moral que train terciando así pal bastimento?

Santos Alejos, reconocido como jefe por los agraristas de Carapan.

Mantequilla.- Es una grasa de leche.

Laguna.- Pos es un depósito de agua que no se mueve de lugar.

Minuto.- Pos un tiempo como dos o tres aspiraciones de aire por la boca.

Jefe.- Jefe es un endevido que está frente de una agrupación de gente o de algún sindicato, o jefe de orden o jefe de algún ejército.

Municipio.- Es una región donde se adjudican algunas tenencias y que se nombran allí el municipio que es la cabecera de las tenencias.

Política.- Son algunos hombres que se dedican nomás en los negocios como trastornando el orden público o arreglando los asuntos del gobierno.

Fundar.- Es cuando alguna persona, algún sabio funda alguna cosa que allí no existía, algún edificio o algún costumbre.

Mujer.- Es una compañera del hombre para vivir.

Civilizado.- Es cuando alguna gente sepa hablar y conozca alguna ciencia.

M O I S E S S A E N Z

Afirmar.- Es cuando algún papel está escrito y no está firmado o que alguna cosa no está arreglada todavía y aquel da la última palabra para afirmar.

Juan Rivera, agrarista, ex-sacristán.

Deber.- Es pues que estamos obligados de hacer alguna cosa o deber en algunas tiendas.

Junta.- Es una reunión de un grupo para opinar los negocios.
Explanada.- Como así plan hehecito como este mesa.

Fatalidad.- Cuando uno no consigue cosas mejores y va en busca y no consigue nada.

Manuel Santos, secretario de los agraristas, especializado en escribir documentos.

Frijol.- El que siembran y cortan y comemos hasta que ya no queremos.

Patria.- Es la nación.

Caer.- Cuando una persona se refalca, cuando ya no merece allí es caer, como algún jefe que estaba actuando y de repente se vino algún denuncia, es caer.

Cerrar.- Es no sólo las puertas sino también las condiciones.

Grande.- Una persona que es de la categoría de la persona, hay personas grandes. Hay algunas personas que son altos, pero también hay personas de la ciencia y esos también grandes.

Salvaje.- Pus hombre, como yo y como varias personas; es pen-dejo, el que no quiere obedecer ningún sentido.

Amargo.- Es cuando alguna persona tiene algunos negocios y después se vienen alguna amargura en su boca.

Milagro.- Será pues como licenciados, aquí hay algunos que hacen milagros, por ejemplo a mí se me estrechan algunas condiciones y usted me presta un centavo y ya es milagro.

Domingo Baltazar, jefe de armas de los agraristas.

Estrella.- Pues son astros, son planetas como más o menos como este.

Manantial.- Aguas corredizas como aquí del ojo de agua.

Alcohol.- Es una cosa liquida que sirve para medicinas o para beber también.

C A R A P A N

Clavo.- Es un fierro muy delgado que se puede meter en algunos palos o tablas.

Sacerdote.- Es un hombre que asiste en las iglesias.

Mapa.- Es un papel que figura en que forma es un estado.

Combatir.- Es cuando uno le quiere quitar alguna cosa y se lo arrebatata y tiene que hacer gestiones para recoger aquello.

Alma.- Es como nosotros que andamos todavía, con alguna persona que existe todavía en la tierra.

Malo.- Es aquel que sepa alguna cosa y no le cuenta al otro lo que le va a pasar.

Progresista.- Como si el gobierno quisiera poner algunas fábricas que supiera toda la gente.

Mira.- Que quisiera hacer algún beneficio para el pueblo o para alguna persona. Como si yo quisiera que aquí en el pueblo se empedraran todas las calles, ya era una mira.

Gabino Apolonio, «fanático» -primo hermano de Domingo Bal-tazar.

Cigarro.- ¿Oye y para que se fuman, pues que se ayuda al cuerpo o qué?

Curar.- Algún enfermo, ¿oye que es lo mismo que operar?

Pulga.- Dos pulguitas las que damos de cenar todas las noches como dijo el payaso.

Lápiz.- Pencil.

Espíritu.- ¿Es valor de uno a qué? Algunos dicen que de poco espíritu eres.

Todo.- En tarasco yamindu y en inglés every body.

Milagro.- Pos sólo dios es milagroso, ¿o que dices tú?

Aguardiente.- Pos para matarse solo.

Perder.- Pos perder cosas o perderse solo como un borracho des-perdiciado.

Templo.- Pos templecito pa que coman los curas.

País.- Pos como de aquí de México y otras naciones: América, Francia, Italia.

Jefe.- Los jefes de la familia, los jefes del estado, todos esos gobernantes. Los jefes de la familia porque gobiernan sus familias.

M O I S E S S A E N Z

Traición.- Pos un hombre traicionero como perros que no lardran y muerden, esos son los más malos y un perro que ladra ya se sabe que allí viene el perro.

Progresista.- Como yo tengo esta casa tengo que levantar buenas fincas porque soy trabajador o se manejar el dinero para vivir bien.

Energía.- Pos el gobierno te manda algún orden, tienes que presentarte en este lugar pero muy enérgicamente, y ahí vas tú toda asustada.

Leonarda Alejo) mujer de Espiridión Madrigal.

Guerra.- Pos son tres, uno el que no puede vivir uno con suegra o con su mariro y otro pariente par' entre dos y otro con sondaro.

Dios.- En el cielo para ver que me rás para comer en la mañana.

Libertad.- Para yo así nomás estar que ya no trabaja, que esté en libertad, como uno que está preso el que uno ya no moleste.

Rico.- Que así nomás que nunca tiene frío.

Pedro Salmerón Rivera -hermano de José- agrarista.

Ventana.- Ese es en las casas que ponen es un lujo de la pared.

Política.- ¿No será eso que lo hablan al revés, así como a traicionando?

Felipe Madrigal.

Sala.- Es un cuarto que está bien arreglado con ventana.

Ejido.- Como decirle ese es tuyo.

Política.- Es unas pláticas como gente decente.

Venganza.- Como algún agravio que tengan y luego quieran vengar.

Marcelo Santos - agrarista.

Alma.- Que tiene todos los cristianos, ¿no es la vida o que? Cuando tenía alma ya puede andar y hablar.

Pobre.- Como que tenía una mano o un pie. El que tiene manos y tiene todo pues ese no es pobre, ya podían trabajar, ya podían conseguir.

C A R A P A N

Francisco Baltazar- «fanático».

Alcohol.- Hay hasta tres, uno es alcohol y otro es aguardiente y otro es tequila, ese sí se puede responder porque me crecí con ese je, je, je.

Sacerdote.- Oí decir esos que decían curas.

Confesor.- Yo no sé, yo nunca me he confesado.

Bendición.- Pos esos no se yo señorita pues yo poco me asistí aquí en el pueblo cuando había pagre.

Pobre.- No serán ciegos, no ves que esos son pobres que no ven. Otra cosa de que son mochos de las piernas.

Nicolás Marcelo-agrarista.

Presidente.- ¿De cuál dices tú, del público del municipio? Porque uno es pa rominar toros esos generales y el otro se arregla en el negocio algún pleito.

(Estupenda definición de Presidente: ¡el que puede dominar a todos esos generales!).

PASIÓN HONDA.- A veces nos tocó asomarnos al drama de aquellas vidas, a la propia tragedia. A poco de llegar a Carapan vino a vemos Agapita, simpática india de treinta años, solicitando que Ana María y yo le apadrinásemos su criatura. Accedimos de buen grado, tanto porque no había razones para negamos a este acto de buena voluntad vecinal, cuanto por que aquello era una llave que nos podría abrir muchas puertas en Carapan. Concer-tamos los detalles del bautizo, que tuvo lugar en Purépero, uno de tantos domingos. Agapita es del «Partido», no así Juliana, su her-mana, a quien los agraristas reputan como enemiga. Enemiga ha-bía de ser esta mujer recia, que era de las que más había vociferado en contra nuestra en aquella tormentosa asamblea de nuestros primeros días y se mostraba más hostil que otras cada vez que in- tentábamos hablarle. Además, hacía unos días, Tomás, el jefe de tenencia, la había mandado poner presa dizque porque estaba haciendo alboroto en la plaza. La señora Reyna se empeñaba en conversar con Juliana. Quería dar la prueba de vocabulario a una persona que como ella, tan capaz parecía en el uso del castellano. Lo que descubrió cuando al fin y al cabo hablaron fue tan inespera-

M O I S E S S A E N Z

do que la transcripción de aquel diálogo hecha el mismo día, se sale del marco de un ejercicio académico, y toma las proporciones de un documento humano. Drama pequeño de pasión grande; tragedia de gente humilde. Y todavía cuando nos enteramos de él no podíamos haber sabido el desenlace tremendo que habría de tener.

Lugar: Portal de la casa de Agapita.

Tiempo: noviembre de 1932 (aproximadamente las doce del día).

Juliana. – *(Desde el solar vecino)* ¿Cómo estás Ana María?

A. M. – ¿Bien y tú? ¿No eres tú la que querían echar a la cárcel el otro día?

Juliana. – Pos sí...

A. M. – ¿Y ya no andas peleando?

Juliana. – No porque ya perdí el cuchillo. ¿O no ricen ansina que yo andaba peliando por la cuchillo?

.....

A. M. – ¿Cómo te llamas tú?

Juliana. – Po quien sabe cómo se llama.

A. M. – ¡Ah!, ¿no me quieres decir?

Juliana. – *(Después de una pausa)* Se llama Juliana.

A. M. – ¿Y allí vives tú?

Juliana. – Sí aquí vivo, ¿cuándo viene a vesitarme?

A. M. – Uno de estos días.

Nicolás Marcelo. – *(En voz baja a A. M.)* Mejor que tú tenga cuidado si ésta quiere degalar algún cosita, porque ésta no te quiere a ustedes, más antes cuando pasates ella persigna y dice: «Ave María Purísima ahí van estos demonios del enemigo malo» y hasta muchacho dice: «Demonio, demonio».

Juliana. – *(A A. M.)* ¿Y tú que hace allí?

A. M. – Pues aquí platicando con Nicolás para ver cuanto castellano habla.

Juliana. – ¿Y conmigo no viene a platicar?

A. M. – Si por allá iré.

(Termina la entrevista con Nicolás, A. M. sale de la casa. En la puerta del solar vecino está Juliana).

C A R A P A N

A. M. – ¡Adiós Juliana!

Juliana. – ¿No quiere platicar conmigo?

A. M. – Sí, ve tú por allá por el curato.

Juliana. – ¿Pos que tú no puede venir aquí?

A. M. – Sí, pero ahorita tengo que ir al curato, después vuelvo.
(*Veinte minutos más tarde A. M. vuelve a la casa de*

Juliana).

A. M. – Ves, ya volví.

Juliana. – ¡Uh uh!

A. M. – (*desde afuera*) ¡Juliana!

Juliana. – Anda tú pues, pasa por aquí. (*Tomando una pequeña silla que está en el patio y trasladándola a un rincón del portal*).

Mira ansina nomás nosotros vive aquí muy corrientita, pos son de atiro probecito.

A. M. – Pero está muy bonito tu jardín y tienes abejas.

Juliana. – Pos sí, así nomás tú.

(*A. M. se sienta en la pequeña silla y Juliana frente a ella en un petatito y con una niñita de dos años en los brazos. A. M. Sacas sus papeles y se dispone a aplicar a Juliana una prueba de vocabulario*).

A. M. – ¿Te llamas Juliana qué?

Juliana. – Juliana Arias. ¡Y tú andas vesitando todas las casas?

A. M. – Sí, ando apuntando como habla la gente de aquí el castellano para así podernos entender.

Juliana. – ¡Ah!, mira nomás tú, pos está güeno.

A. M. – ¿Y quieres que yo apunte lo que tú sabes?

Juliana. – Pos sí, ¿cómo no?

A. M. – Bueno vamos a ver...

Juliana. – Pero oye señorita esto es otra cosa lo que yo quería platicar contigo. (Mira, tú sabe que Tomás rice que yo andaba peliando, que yo faltisto, que yo así, y así; pero mira señorita no es cierto, toro lo que rice es mentira, pero tu no lo cres, tú oye lo que otro rice, porque Tomás ansina rice lo que él conviene, él no quiere que yo habla porque yo aquí ricir verdá, porque yo así sé platicar como te estoy platicando orita.

M O I S E S S A E N Z

Mira señorita tú sabe que esta Agapita tu comadre es mi hermana, pues ésta más ante así negociaba con l'aguardiente y Tomás así venía pa' borrachar. Pos mira señorita tú no me lo vas a crer, una tarde ahí nomás l'agarró en la portal como lo perro, ricimo nosotros, ahí nomás ansina y todo lo muchacho mirando... (*Sumamente irritada*). ¿Tú que rice señorita ésta está bien? Y yo tenía mucho coraje... y cuando Tomás jué yo harto enojarro con Agapita, yo voy regañar pos es mi hermana menor. Yo a ésta ricir: «Pos como comprendes que esto no está bien, allí nomás como lo perro y lo muchacho mirando, pos par' eso stán las barranca y las orilla... Pos ya ves así jué, y este muchacho que tú botizaste es de Tomás, de morro que Tomás es tu compagre. ¡Ja, ja, ja!

Y luego este Agapita muy asustarro va avisar Tomás. Y Tomás como tú has de ver es muy singüergüenza, y viene aquí borracho con el carabina, y va empujando puerta y yo aquí solita y él ricir a mí: «O lo vera vieja cabrona, aquí se muere» -Y yo te digo señorita pos yo no soy su cabrona, por qué ricir a mí así. Y este con el carabina así quería a mí matar, y yo pos como staba borracho pos le quitó la carabina, pos no por la carabino, yo pa qué la quero, yo no más quero que no me mata. Y mira señorita yo te rigo si no me mata porque Dios no quere, yo rigo, porque él hastas veces quere a mimatar. Pos l'otra vez dijo a un su compagre que a mí matar en la comino cuando yo voy Purépero. Pos yo si te rigo Dios no quere que yo me muero. Y ancina es como te rigo que Tomás no quere que yo habla porque él sabe que yo sabe platicar. Yo esto quería ricir Señor Sain, pero me da güergüenza, harta güergüenza.

A. M. - ¿De manera es que por eso no te quiere Tomás?

Juliana. - Pos sí, señorita y ansina hemos vivirro ros año, ya que cárcel, ya que a mí golpea, que a mí hartas cosas ricir, que yo faltisto, pero no es cierto señorita, esto es nomás que él no quere yo platica, y mira él ensima te rice que yo juntar la pueblo allí po la plaza cuando es-

C A R A P A N

te Señor Sain habla, ¿pues tú sabe porque yo juntar la pueblo? Porque él mismo rice este Tomás que ustedede que va a venir aquí son protestante, que va a venir aquí son protestante, que va a jugar y bailar en la templo y yo señorita lo creí pues porque antes así jué; ¿tú no supistes? Una mujere y uno hombre andaba por aquí la templo bailando encerrarro, así nomás en cuatro patas como animal.

A. M. – ¿Qué era circo?

Juliana. – No, pos así nomás unos hombres y mujere que este Ernesto Prado pagó paque así bailaran en la emplo y se jueron por ahí por todo lo pueblo hasta Chilchota.

A. M. – Pero tú ya viste que nosotros venimos a otras cosas...

Juliana. – Si señorita, yo ya sé, porque yo escribí a México pa consultar pues como uno no sabe, en qué razón venían ustedede, y allí contestaron ansina como tú rices, que ustedede no va a perjudicar pueblo, que ustedede vino para proteger...

A. M. – ¿Qué tú sabes escribir?

Juliana. – No señorita, yo así nomás como te estoy platicando ‘orita, pero ahí consigue persona que escribe, porque a mí pueblo ricir: «Tú pues que sabes platicar po la castellana vas consultar pos con qué autoridá o porqué vienen éstos aquí»

A. M. – ¿Y a quién le escribiste?

Juliana. – Pos a México, al capital, a este señor que rices que ya se jué. ¿Cómo se llama?

A. M. – ¿Ortiz Rubio?

Juliana. – Si, el prisirente. Y ansina lo verás tú como este Tomás rice a nosotros mentira y a ustedes rice que yo fastisto.

A. M. – ¿Y por qué dicen que eres fanática?

Juliana. – Pos mira señorita, yo no sé. ¿Qué es fanático?

A. M. – Pues son esas gentes que están rezando todo el día, que están defendiendo mucha la iglesia...

Juliana. – Pos mira señorita, yo nomás así como voy que tú también cuando te vas a costar rices: «Dios nuestro Señor, líbranos de toro mal». ¿Pos nosotros a quién pirimos más que él? ¿Quién nos ha de ayurar?

M O I S E S S A E N Z

Pero mira señorita estos Tomás y Cipriano allí entra la templo allí quebrar santos torititos perazos, ¿pos cómo tanteas tú, señorita? Voy que'ora usteres allí en la curato estás componiendo, verrá y tienen que gastas tu rinerro, ¿verrá? Pos así nosotros tanteamos que más pa'llá quen quite qu'el gobierno dé la licencia que se abre la templo y que va a gastar lo centavo para componer lo santo. Pues esto es que nosotros está enojarro pues, y esto es que Tomás no quiere que nosotros rice, por eso quiere echar a mí en el cárcel.

Agapita. – *(Desde la cerca que separa los dos solares).*

¡Comadre! ¡Mira! Ya stá listo la muchacho. *(Para ir a comer al curato).*

A. M. – ¡Ah! ¡Qué bonita!

Agapita. – ¿Ya no vamo?

A. M. – Sí espérate, nomás que yo termine aquí.

Agapita. – Güeno pues. *(retirándose).*

Juliana. – *(a A. M.)* Esta ya quiere ver que tú platicas conmigo. Y hoy verás éstava avisar Tomás, y vas aver cómo va ser. ¡Quién sabe que va a pasar! Tomás va a ser muy enojarro y van preguntar a mí qu'es que yo platico contigo.

A. M. – Diles que estábamos platicando de estas cosas del castellano y del tarasco.

Juliana. – Pues sí pues, ¿verrá? Ansina les voy a ricir.

A. M. – Sí, para que no te molesten.

Juliana. – Pues ansina como te rigo ansina vamos viviendo en estos pueblos.

A. M. – Pues ahora vamos a ver si podemos componer las cosas, nosotros queremos que todos se lleven bien y que no digan mal de los otros.

Juliana. – Pues mira señorita, yo quisiera que tú vinieras aquí y así nomás platicar sin ricir éstas cosas, pero esto si quiere que tu sabe pues la verrá y ansina va ricir Señor Sain, porque a mí me da güergüenza. Pero si te rigo qu'esto no más ora y ya luego acabó, yo no más ricir r'esto, ya nomás platicar que tú gueres.

C A R A P A N

(a las seis de la tarde del mismo día A. M. repite la visita a la casa de Juliana con intenciones de aplicar la prueba)

A. M. – *(Entrando al solar)* ¡Juliana!

Juliana. – ¿Ya vinistes otra vez tú?

A. M. – Sí, ¿quieres que platiemos un poquito o estás ocupada?

Juliana. – Pos esta haciendo la tortilla pero ti tú quiere que platiemos vamo a platicar. *(Se dispone a conversar otra vez en el portal.)*

A. M. – No, mira, vamos a platicar mejor en la cocina para que tú así echando tortillas y platicando. *(Toma la sillita y la instala en la cocina, lo más cerca posible de la puerta con objeto de aprovechar la escasa luz del día que queda. Juliana continúa moliendo el nixtamal.)*

A. M. – *(Sacando los papeles de las pruebas).*
¿Cuál es tú mano?

Juliana. – Esta.

A. M. – ¿Qué es codo?

Juliana. – ¿Coro? No sé. Tú rime qu'es.

A. M. – Kukuish.

Juliana. – ¡Ah! ¡Ja, ja, ja,! ¡Mira nomás tú!, pos tú ya sabe po la tarasco.

(Entra el marido de Juliana, Tomás Gregorio).

Gregorio – Buenas tarde señorita.

A. M. – ¿Cómo te va? ¿Tu eres el marido de Juliana?

Gregorio – Si señorita, a la orren re usté.

(Gregorio habla en tarasco a Juliana y ella responde también en tarasco).

A. M. – *(A Juliana)* ¿Qué dice?

Juliana. – Le rigo qu'estás agarrando la palabra de lo indio.

Gregorio – ¡Ah,! Pus está güeno, ¿tú quiere aprender po la tarasco?

A. M. – En tarasco y en castellano también, yo quiero saber cómo hablan ustedes el castellano porque no lo hablan igual a nosotros, lo hablan un poquito distinto.

Gregorio – Pos sí, aquí nosotros no sabemos. Aquí nomás no se preocupa. Habla así nomás mochito. No va a la es-

M O I S E S S A E N Z

cuela por la necesirrá. Aquí luego está difícil pa mantener lo muchacho. Pos va trabajar toro el ría pa trai una merira re maíz y luego comer y otro ría trabajar par'otra merira y otra vez comer... Y así pos nunca tiene campo par' isturiar.

(Gregorio se sienta en el suelo cerca del fogón-Sigue una serie de preguntas relativas al vocabulario en que después de que Juliana explica en castellano los significados, tanto ella como Gregorio muestran particular satisfacción en dar los equivalentes tarascos con toda suerte de explicaciones marginales y con especial empeño en que A. M. aprendiera algunas frases en tarasco. La luz del día se hace cada vez más débil y Gregorio enciende unos ocotes con que alumbra solícitamente los papeles de A. M. Por fin Juliana interrumpe).

Juliana.- Pos ansina señorita como yo te'staba riciendo en la mañana, este Tomás no quere a nosotros por esto que rigo que yo sabe platicar y él a nosotros rice que ustedede po la curato son protestantes y que va a pirrir más rinerro re los indios.

Gregorio -Sí señorita porque más ante como para ocho mese, que aquí harto parir rinerro, que la peso, que ros, que tres...

A. M. - ¿Y para qué era ese dinero, quién lo pedía?

Juliana. - Pos estos los agravistas.

Gregorio - Ellos ricen qu'el gobierno pirre, que pa garantías, ¡que pa quen sabe qué! Y uno aquí pos no tiene nara, no tiene camisa, no tiene huaraches... Undía este Antonino Santos, ¿tú lo conoces? ¿El compagre de Tomás? Pos este viene aquí borracho y ricir a mí pos que se necesita más rinerro, que po la gobierno necesita «¡Ah, que caray hombre! Pos si yo aquí no tengo nara, ¿pos cuánto es?-'Pos treinta y siete centavo'-»Pos no tiene aquí»-»¡Ah! ¿no tiene? Pos raca la cobija «. Y yo rije: «Pos güeno... pos ahí'sta.» Y aluego esta mujer fue y consiguió lo centavo y yo lleva a él y rice: «Aquí está, güelve la cobija». -«No, pos hara ya pasó el tiempo que se necesitaba lo ri-

C A R A P A N

nerro, ora ya no». Y no me dio la cobija y ora ahí la trai este Tomás.

A. M. – ¡Qué barbaridad!

Gregorio – Pos sí señorita y así estábamos harto fregados y este Tomás rice que ustedes nomás viene a acabarnos de joder. Pos por eso señorita es que nosotros juntamo la pueblo, porque rijimo pos ya no más, ya no sacar más rinerro, ya no más fregar.

A.M. – Pero ahora ya te dijeron de México que nosotros venimos a proteger al pueblo...

Gregorio – Si señorita y yo también juí a Morelia a preguntar pos qu'es lo que vienen a hacer ustedes, y estos allá rice «No, ustedes tengan confianza que estos señores vienen a proteger la pueblo para que no más sufrir, vienen del gobierno de la capital».

Juliana. – Y también po la telegrama ansina lo rijeron.

A. M. – ¿Cuál telegrama?

Juliana. – Pos la telegrama que nosotros allá manraron a lo prisirente.

Gregorio – Y ansina señorita yo es que quería hablar Señor Sain, pero esto no puere porque Tomás allí pendiente tora el ría, no va de allí, siempre tiene pues alguno que avisa. Ayer ésta, tres veces manró la muchacho pa ver por allá y tres veces muchacho rijo: «Ahí stán, ah'stán». – Por eso nosotros quiere señorita que tú ansina avisa Señor Sain.

Juliana. – Pos yo quiero que tú me rice señorita ¿por qué este Tomás a mi así ricir que yo no soy merrecirro re vender en el plaza; pos qué éste así puerre ricir a uno; Yo señorita pos he salido por ahí por otros pueblos y nunca ha visto que persona no son libre d'en el plaza así vender sus cositas, pos p'hacer la lucha pa sacar lo centavo, para así mantener. Pos el rice qu'el puere hacer su voluntá que porque es otoridá.

A. M. – Pero él puede hacer su voluntad dentro de la ley nada más.

Juliana. – Pues él ansina rice que yo no son merrecirro reven-der en el plaza, pos yo no sé por qué.

A. M. – Pues él dice que tú insultaste a las señoras.

M O I S E S S A E N Z

Juliana. – Pos este no es cierto, este Maximiliano oyó que Feliciano rijo a mí, que yo vieja así y así. ¿Pos que a ti si te ricen algo te vas a querrar así nomás? Y luego, ¿cómo se llama este que trabaja allí con el mérrico?

A. M. – Ignacio Hernández.

Juliana. – ¡Ah! Pos este, jué luego coriendo a avisar señor Ná-jero y éste jué que amí defender.

Gregorio –Y'ora yo te digo señorita pos ustedes han de dispensar tantas pendejadas de nosotros, pos nosotros son entrante y éstos así ricir que ustedes venía por la mal, y nosotros que creimo...

A. M. – Bueno, ya me voy.

Juliana. – ¿Tan pronto?

Gregorio – No tengas mierro, ésta te va a encaminar por ahí con lo muchacho.

Juliana. – ¿No llevas un elotito pa prebar?

Lectura

La mayor parte de la gente no sabía leer; no era el caso enseñarles; se trata de adultos rudos que apenas entienden el castellano, pero sí queríamos traerlos a la comunidad de la lectura. La cosa es simple: si no saben leer, si hemos decidido no enseñarles y a la vez queremos que participen de las ventajas de esa habilidad del hombre civilizado, tendrán que leer por el oído, es decir, escuchar la lectura. Es tan sencillo que parece una perogrullada. A cualquier funcionario arrellanado en su sillón burocrático se le hubiera ocurrido. Lo más fácil del mundo será entonces mandar a un subalterno que prepare una circular, hacerla pasar al mimeógrafo y lanzarla, libre de porte, por todo el país, ordenando a los maestros rurales organizar centros de lectura para el vecindario iletrado...

En la realidad el asunto no es tan llano, mejor dicho, es todo lo opuesto. En la Cañada las condiciones eran extremadamente adversas, lo reconozco. Tratábamos con gentes que apenas hablan castellano, con comunidades arrumbadas, sin ligas con el exterior, habitantes de otro mundo, verdaderamente. Pero, analizando, aquellas dificultades nuestras no eran tan especiales que el procedimiento de superación que ensayamos no pueda rendir utilidad general.

Primer problema: qué leer. Respuesta: los diarios de la Capital en primer lugar; después, establecida una pequeña biblioteca, pasajes escogidos de libros diversos. Cómo hacer llegar la prensa a los pueblos, asunto sencillo en apariencia, es difícil en la realidad porque la escuela rural queda, por lo común, lejos del correo. En Carapan recibíamos los principales periódicos de México. Llegaban dos días después de la fecha de su emisión. Se nos ocurrió organizar una estafeta local. Como los pueblos están tan próximos uno de otro, un par de niños de Carapan llevaría la valija por la mañana hasta Tacuro e Ichán que yacen contiguos a quince

M O I S E S S A E N Z

minutos de jornada a pie. Los maestros de estas aldeas, reteniendo sus propios paquetes, remitirían los otros a Huáncito, veinte minutos, y de allí otras parejas de escolares los pasarían a Zopoco para que siguieran después en relevos de pueblo en pueblo, hasta Chilchota. En dos horas aproximadamente, llegaban los periódicos de un extremo al otro, pero cada niño no tenía que andar sino la distancia de su pueblo al inmediato que, en todo caso, era corta.

El plan original prescribía: (a), en cada pueblo el maestro enrolará a un pequeño grupo de vecinos interesados o a quienes pueda interesarles oír la lectura de los diarios; (b), fijada la hora, el profesor leerá a discreción, dando preferencia a aquellas noticias que, en obvio de tiempo, vengan ya marcadas desde Carapan; (c), se llevará el registro de asistencia; (d), después de la lectura se expondrá el diario en tableros colocados en lugar público.

El proyecto estaba en marcha. No dejaba de preocuparme el silencio de los maestros. Nadie me hacía la más leve consulta. Sospechaba que la cosa iba camino del olvido. Semanalmente recibíamos los informes de asistencia pero un día que llegamos a Acachuén a las cuatro de la tarde, vimos que ya el maestro tenía anotado el número de oyentes de la reunión que había de tener lugar dos horas después.

Más o menos en esta fecha escribí en mi libreta esta nota: «La principal dificultad estriba en que los maestros no tienen inclinación por la lectura, de los periódicos, (por ninguna lectura, me temo); los vecinos sienten todavía menos afición, lo que nada tiene de raro, porque leer es un hábito que debe cultivarse; quien no lo ejerce, ningún apremio íntimo siente. México, por otra parte, el mundo en lo general, es una entidad irreal para los habitantes de nuestro valle. La materia de los diarios es desconocida; no se está en antecedentes, no se comprende. La dificultad meramente lingüística es considerable. Además, en la mayor parte de las escuelas se carece de alumbrado, solamente pueden celebrarse las reuniones al atardecer, cuando todavía hay luz natural».

No había para qué hacemos ilusiones; era preciso ajustarnos a la realidad. Ni pretendimos atraer grandes auditorios. En Carapan sí fue posible, en el Centro Social, pero en los otros pueblos, todo tenía que ser en limitadísima escala. Pero conseguir que dos o tres personas oyesen la lectura asiduamente y resultasen, a la

C A R A P A N

postre, informadores del vecindario, ya era mucho. Y con aquello bastaba, porque la comunidad indígena está acostumbrada a la transmisión oral. De una cosa estaba convencido: había que empezar por formar en los maestros el hábito de la lectura. No me sorprendía que no lo tuviesen. Los diarios son algo imprescindible para el ciudadano ilustrado, mas para estos maestros de rancho y para estos indios aislados, nada representan. Tenía la seguridad, sin embargo, de que establecida la práctica, formado el hábito, afloraría la necesidad. Era indispensable también enseñar a leer a los profesores. Uno de ellos, graduado nada menos de la Normal de Erongarícuaro que vio «siglo XX» leyó «siglo dos equis». Y no era de los peores. Todos leían torpemente, sin sentido; no hablemos ya de inflexión, intención, énfasis, etc. Por otra parte, para hacer comprender a aquellos auditorios de tarascos y de campesinos ignorantes era preciso recortar el párrafo, sustituir sobre la marcha un vocablo por otro, suprimir detalles y digresiones. En suma, era imprescindible ser un competente lector.

Los diarios se exhibían en tableros pero como muy pocos acudían a leerlos, sobre todo en las poblaciones más indígenas, nos preocupábamos por encontrar una utilización más eficaz. Pensábamos en los recortes. Buscando con cuidado era posible encontrar material para recortar, propio para alumnos de todos los grados escolares. Pegando los fragmentos en hojas de papel manila resultarían magníficos cuadernos de lectura. Nájera y yo nos dedicamos a hacer álbumes de demostración para cada uno de los grados. El material era excelente, si bien había que aguzar el entendimiento para encontrarlo. Lo más difícil era lo de los pequeñitos, pero aun para ellos había algo: frases sueltas, pequeñas oraciones, la leyenda de algún grabado. La selección se hacía tanto por la materia, cuanto por la forma de impresión, tipo, etc.

Llevaba un mes el proyecto cuando celebramos una reunión de maestros para cambio de impresiones. Una vez que los profesores se dieron cuenta de que podrían informar con toda libertad y de que estábamos dispuestos a oír, tanto de triunfos como de fracasos empezaron a hablar con franqueza.

«Según los informes, escribí en mi libro el 1º de octubre, las reuniones han sido irregulares y en general aburridas. En Tanaquillo, definitivamente, no han podido establecerse pero dos o tres vecinos habitualmente solicitan el periódico. En Santo Tomás, a

M O I S E S S A E N Z

juzgar por el informe del maestro, que no hace mucha fe, las cosas marchan viento en popa. La reunión dura una hora. Hay buena concurrencia. Las noticias se leen, explican y comentan. (Con un granote de sal en la boca, oí todo aquello). En Chilchota no se juntan los vecinos, pero se lee la prensa a los niños mayores en la escuela y se fija el periódico en los portales del Ayuntamiento, donde es examinado con avidez por diversas personas. En otros lugares la asistencia es variable y la lectura muy poca cosa.»

«Insistimos. Los maestros redoblarán el esfuerzo. Nos entusiasmos para continuar el experimento. Recomendamos grupos pequeños. Con franqueza indico a los maestros sus propias deficiencias en la lectura y los animo a formar la costumbre del periódico».

Cuando comenzaron las vacaciones, ya no se pudo mandar a los niños, pero uno de los profesores, de acuerdo con las autoridades y con los comités de educación, organizó el servicio de correos con adultos. Y no había por qué no utilizar la estafeta para distribuir correspondencia a más de periódicos. Bajo la responsiva de la Estación, las oficinas de Purépero o de Chilchota entregarán a nuestros comisionados las cartas para su distribución. La cosa es de poca monta pues el movimiento epistolar de Huáncito y Zopoco no ha de ser tan activo. ¡Pero en fin, es tal lujo decir que tenemos correo!

En Carapan pudimos hacer la mejor experiencia sobre la lectura del periódico. El relato del Centro Social da el detalle. Todas las noches, número invariable del programa, se dedicaban unos quince minutos a la lectura explicada y comentada. El interés de la gente iba creciendo. Al principio oían impasiblemente; después con positivo gusto. Al cabo de unos meses había individuos medianamente informados.

Condensé las observaciones sobre esta materia en la siguiente enumeración:

1º- La mayor parte del contenido de los diarios está fuera del alcance de estas gentes y no representa ningún interés para ellas:

2º- a medida que se forma el hábito de oír el periódico, se facilita la comprensión y aumenta el gusto por la lectura;

3º- es necesario condensar, cortar las noticias, quitando muchos detalles que confunden o dispersan la atención; a veces los

C A R A P A N

encabezamientos y subrubros bastan para el caso; en muchas ocasiones, el resumen preliminar con que comienza el reportazo, es suficiente;

4°- frecuentemente hay que sustituir un vocablo por otro, usando un equivalente más al alcance del limitado conocimiento lingüístico del auditorio;

5°- resulta bien «perseguir» noticias, esto es, seguir un asunto durante varios días, haciendo recordación de lo que sobre el mismo se leyó en fechas anteriores. Me parece que el poder retentivo de este público es muy débil;

6°- el tono de voz, la intención, la motivación oportuna, son de grandísima importancia y facilitan la comprensión;

7°- las muchas explicaciones resultan tan inconvenientes como la falta de ellas; se impone el término medio;

8°- es preferible utilizar la noticia como tema de una exposición subsecuente a interrumpir la lectura para darla;

9°- las excesivas cuestiones sobre lo que se lee, atemorizan al auditorio, colocándolo en un plano de inferioridad;

10°- por lo común la lectura del periódico da ocasión para explicaciones geográficas importantes, si se tiene cuidado de localizar las noticias, es decir, de aclarar el lugar a donde se refieren, dando una idea de la situación, su distancia, etc. Todo ello se entiende, dentro del criterio general de mesura y reticencia en las explicaciones. Observo que el «sentido de lugar» es tema explotable.

El 23 de noviembre anoté en mi diario estos informes:

«El correo sale de Carapan todas las mañanas hasta Ichán y Tacuro. En este pueblo, Luis Calixto, presidente del comité de educación, lee el periódico a cuatro o cinco personas y lo pone después en los tableros colocados en el portal de la escuela. El jefe de tenencia de Ichán hace circular su ejemplar entre cinco o seis vecinos y lo pega finalmente en una esquina de la calle principal. Eliseo Prado recibe el periódico en Huáncito y lee todas las tardes a un grupo de cuatro o cinco amigos; otro día se pasa de mano en mano, entre varios individuos y después se fija en lugar público. En Zopoco ha y unas diez personas que leen. El presidente del comité agrario de Santo Tomás recibe la prensa y la presta a los que saben leer, ocasionalmente lee él a sus amigos iletrados; se calcula que son diez las personas que participan. No se fija en el

M O I S E S S A E N Z

tablero. En Acachuén es el presidente del Comité de Educación, señor Dionosio Pérez, quien reúne en su tendajón a unos diez vecinos y les lee la prensa. El siguiente día se presta el diario a otras gentes que lo llevan al campo. Después se fija en lugar visible. Isaac Prado recibe el periódico en Tanaquillo y lo lee a seis u ocho compañeros, entregándolo después al presidente del Comité agrario, quien lo pasa cuando ha terminado con él, al presidente del Comité de Educación. En Urén, donde por circunstancias especiales no se ha clausurado la escuela, el maestro sigue dirigiendo el círculo de lectura; El grupo se reúne en una tienda del pueblo todas las tardes. Asisten unas catorce personas. Como el director de la escuela de Chilchota vive en el lugar, recibe los diarios como de costumbre y los fija en los portales de la casa municipal.

Lo que más me gusta es que a pesar de las vacaciones, hemos podido continuar, tanto con el servicio de estafeta, cuanto con las reuniones de lectura».

El resumen de aquella experiencia deja en mi espíritu dos convicciones. Primera, que es necesario enseñar a los maestros a leer. Segunda, que los periodistas capitalinos deben hacer periódicos para los campesinos.

Es curioso que no hubiésemos reparado en la importancia de que el maestro lea bien. Ya no nos importa que las gentes escriban con buena forma, ahora que tenemos máquinas de escribir, y probablemente por arrastre, hemos descuidado también el arte del buen leer. Tantas horas que gastan los normalistas estudiando cómo enseñar a leer a los niños. Mejor fuera que aprendieran a leer ellos mismos. Leer con corrección, con fluidez, con elegancia, con agilidad. Saber modificar un texto, recortarlo, ampliarlo, resumirlo. Establecer todos los días la academia de lectura en la que el futuro maestro haga práctica ante grupos de niños, de adultos de diferentes características, mujeres, jóvenes, gente madura; letrados, iletrados; grupos de campesinos, auditorio de obreros, etc., etc. Instituir en todas las escuelas el período de la lectura por el maestro o por los alumnos adelantados que sepan leer con corrección y, naturalmente, organizar en el vecindario la práctica que iniciamos en la Cañada. Cuando tal cosa se haga, podremos conectar a la comunidad adulta iletrada con el mundo de la cultura, o cuando menos con la actualidad nacional. Y no se crea que tal actividad fuera valiosa o necesaria únicamente tratándose

C A R A P A N

de analfabetos. Sería muy útil también con auditorios que medio lee, porque medio leer es enfrascarse en la dificultad mecánica del deletreo y quedarse ayuno de sentido.

En cuanto a las adaptaciones de la prensa para públicos de instrucción elemental, su necesidad es evidente. Pero no es cosa sencilla atinar con ellas. Yo insistí ante el Lic. Bassols para que se dotara a la Estación de una pequeña imprenta donde editaríamos nuestras propias hojas de lectura. No pretendía hacer periódico por mi cuenta pero sí ampliar el experimento vaciando en molde y forma especial, con modificaciones de texto, etc., la noticia de la prensa diaria. Luego podríamos decir al Nacional cómo hacer una página al alcance de los campesinos del tipo de la Cañada. Son lastimosos los esfuerzos de adaptación que a veces se hacen. Engañosos también. Las ilustraciones de la mayor parte de los artículos destinados a los campesinos son alambicadas y artificiosas, casi todas de corte geométrico-cubista, pero no tienen de sencillo más que el aspecto. Oscurecen el sentido antes que aclararlo. El tono ranchero que adoptaban a veces los escritores que hacen artículos para campesinos es de ese estilo folklórico teatral, puesto de moda por Beristain y por Soto en *argot* nacional para deleite de públicos capitalinos sofisticados. Los rancheros y los indios se quedan fríos.

El texto y el dibujo para estos públicos debieran que ser perfectamente honrados y sinceros. Honestidad en la presentación, honestidad en las ideas. Algunos de los artículos de El Nacional sobre el problema agrario, ensalzando las lindezas de su solución, poniendo por las nubes el éxito del ejido, idealizando las virtudes campesinas, parecían, leídos a los indios y ante los genuinos ejidatarios de Etúcuaro, a ratos, una burla, otras veces, una caricatura. Y es que tales propagandas revolucionarias son compuestas por reporteros que nunca han pasado de Tacuba o por artistas «folklóricos», que, por razón de firma de nómina presupuestal, no pueden ausentarse del asfalto más de quince días.

Aprendices

Creyente empedernido en la destreza manual de la gente rústica de México, confieso mi desilusión al constatar la deficiencia técnica de la que conocí en la Cañada. Artistas potenciales, ignoraban sin embargo, el manejo de los instrumentos y no sabían sino de las rutinas neolíticas de laboreo del campo y de las más crudas actividades para erigir la habitación. De raza traen el arte de cultivar maíz, calabazas y frijoles; aprendieron después, hace muchas generaciones, a sembrar el trigo; se han apropiado los árboles frutales sin saber nada de fruticultura; tienen dalias, rosas, canas y balsaminas en sus patios, y de cuando en cuando se dan el lujo raro de una colmena tosca. Ciertamente, hasta donde saben, ejecutan a la perfección; su agricultura tiene del preciosismo decorativista que nace del amor al suelo y del gozo en la labor manual. Pero de horticultura poco entienden los carapenses: no cultivaban una lechuga, no sembraban coles ni estaban enterados de que los frijoles pueden comerse en ejote. En una palabra, desconocían las hortalizas.

En la construcción, lo he dicho antes, saben hacer adobes y colocarlos en paredes de plomada justa; algunos hacen teja para los techos; casi todos pueden cortar madera y labrar vigas y tejamanil. Muchos de ellos pueden techar una casa; todos saben enlucirla con lodo. Pero cuando quise encontrar un sólo operario capaz de blanquear una pared encalándola o pintándola, o cuando intenté encontrar un carpintero que pudiera hacer el marco de una puerta, o un albañil que supiese abrir el hueco para una ventana en la pared, no encontré a uno sólo en todos los pueblos indígenas de la cañada.

En Huáncito y en Santo Tomás, hay buenos alfareros, pero en ningún otro pueblo existe pequeña industria establecida. Los

M O I S E S S A E N Z

mestizos de Chilchota, construyen esas sillas de madera pintada a lo chino con asiento de tule, que conocemos como de Zamora. Cuando indagué, tuve indicios de que hace años, remotamente, había obrajeros en la Cañada que tejían esos excelentes sarapes negros, indispensables en la indumentaria masculina pero no pude dar con un sólo obrero. La provisión actual viene de Paracho, de Tangancícuaro o de Purépero. Los habitantes de la Cañada compran todas las telas con que se visten, algunas todavía de las hechas a mano, otras del tipo ordinario comercial. Compran igualmente el jabón y las parafinas; desconocen o han olvidado el arte de las lejías naturales aunque todavía conservan en muchos casos el alumbrado con hachones.

Nuestro problema tecnológico era de elemental conveniencia, sencillísimo de expresión: (1) es necesario enseñar a las gentes de la Cañada las técnicas rudimentarias que enriquezcan su vida doméstica; (2) parece igualmente útil enseñarlos a producir determinados artículos que puedan valorizar su economía proporcionando un producto de estima comercial. En cuanto a lo primero me parecía conveniente implantar la hortaliza en el solar doméstico. También instruirlos en la construcción del mueble familiar, cama, mesa, silla, y de puertas y ventanas para las casas. En cuanto a lo segundo, pensaba para comenzar en la posibilidad de que cuando menos alguno de los pueblos se dedicase en grande al cultivo de hortalizas. Las condiciones naturales eran propicias y mis observaciones de los mercados de Purépero, Chilchota y Tangancícuaro, daban margen para pensar que había lugar para el expendio de tales hierbas alimenticias en escala comercial apreciable. De los dos aspectos, el de ejecuciones particulares y caseras y el de establecer actividades con propósitos de crear nuevos elementos económicos para la comunidad, me parecía de mayor importancia mediata el primero. De todas las actividades, la de la hortaliza familiar era la de más obvia conveniencia. La dieta de la población era palmariamente deficiente; enriquecerla requería un robustecimiento previo del poder económico individual, salvo el caso de que tal adición alimenticia viniese como producción natural más o menos espontánea y poco costosa y esto podía obtenerse con el huerto, dado que todas las familias contaban con un solar sobradamente amplio para contener una era de legumbres, que las mujeres y los niños saben trabajar las tierras, que el agua

C A R A P A N

de riego estaba a la mano y que el clima es ideal para producir vegetales durante trescientos sesenta y cinco días del año.

Pero no por ser evidentes las cosas, y lógicas, y no por poderse reducir a fórmulas simplistas pueden realizarse tan sólo con decir-las, con explicarlas y con proponerlas. Aun suponiendo que el cultivo del huerto fuera un hecho, tendría que contarse con un interés vital para su definitivo establecimiento. En otras palabras, la necesidad de la hortaliza y el gusto por las legumbres deben formarse a la vez que se da la instrucción. Ya en tales términos, de un mero problema de entrenamiento se convierte ésta sencilla cuestión en una de tantas situaciones humanas en las que juegan la tradición, la costumbre, los hábitos gastronómicos, el paladar y hasta la psicología. El asunto ya no es materia de semanas sino de años y hasta de generaciones. Hablando un día con una india nos dijo que mengano y zutano eran tan infelices y desgraciados, vivían en condiciones de miseria tanta que estaban obligados a comer quelites (se refería a algunos excelentes, muy apreciados por nosotros). Y esto quería decir que el indio padecerá hambre por que no puede comer más que tres tortillas con chile, y esto no es baldón, ¡pero muy grande calamidad ha de ser la que lo agobia si se ve obligado a ingerir acelga! Y vaya usted a hacer que gentes de tales conceptos se apresuren a plantar hortalizas en el solar inútil sólo por acatar las prédicas de algún agrónomo o de alguna trabajadora social.

De todos modos estábamos dispuestos a herborizar a los carapenses. En la Granja contábamos con tres o cuatro hectáreas de magnífica tierra puesta a disposición de la Estación por don Ernesto Prado. Las parcelamos, distribuyendo las fracciones entre diez y ocho individuos que se mostraron dispuestos a sembrarlas de hortaliza bajo la dirección de Camarena y Pérez Toro. Los agrónomos hicieron los viveros y empezamos repartiendo plantitas a los hortelanos aprendices. Claro que el trabajo de la preparación de la tierra, del surqueo y demás eran cosas perfectamente conocidas para aquellos hombres agrarios. La novedad era de detalle y de especificación. Empezamos por las hortalizas de uso común, coles, coliflores, zanahorias, betabeles, lechugas, chícharos.

De los diez y ocho individuos que recibieron lotes, sólo tres o cuatro formalizaron sus labores a la postre. Era curioso el poco empeño que aquellas gentes demostraban. Como las parcelas eran,

M O I S E S S A E N Z

después de todo, tan pequeñas, optamos por dar a cada uno de los que al fin y al cabo quedaron constantes, las de los faltistas. Aunque más me hubiera gustado que un gran número aprendiese los nuevos cultivos, me conformaba, en definitiva, con que de aquellas prácticas formales pudiéramos sacar siquiera a dos hortelanos permanentemente dedicados a la nueva actividad. Yo estaba seguro de que tan pronto como las legumbres se tradujesen en un elemento de positiva y demostrada ganancia, así fuera pequeña, todos los carapenses establecerían hortalizas.

Las escuela de Carapan tenía un gran solar inculto y abandonado (la hortaliza existía sólo en la imaginación de los inspectores y de los maestros). Pero aun cuando de verdad se hubieran cultivado algunas legumbres por los niños, no hubiera quedado satisfecho, visto el plano realista en que me colocaba. Además, tampoco me parecía lógico o conveniente, aun cuando hubiera sido posible, que no lo era, destinar a hortelanos a todas las cien criaturas de la escuela de Carapan. Prefería la especialización; deseaba seleccionar un grupo de escolares que, desatendiéndose de cualquier otro ensayo práctico o vocacional, se entregara al de cultivo de legumbres, en forma de obtener una práctica útil a la vez que educativa, de valor permanente y real. Estoy convencido de la futilidad de tantas y tantas esporádicas y pueriles actividades de nuestra llamada Escuela de la Acción; ensayitos y simulacros tan incipientes y falsos que no pueden servir ni siquiera como estimulantes de acciones ulteriores, mucho menos como ejercicios en sí mismos valiosos. Cuando se aproximaban las vacaciones, creí llegado el momento de escoger a ocho o diez muchachos a quienes, entregándoles el solar de la escuela, pudiésemos dedicar cinco o seis horas diarias durante todo el tiempo de la clausura al cultivo de las verduras. Una noche en el Centro Social, preocupado por el continuado y terco fracaso de todos nuestros intentos de animación del vecindario para las prácticas vocacionales, hice una proposición de cuya sabiduría tuve de momento graves dudas. Ofrecí pagar veinticinco centavos diarios a cuantos se inscribieran en los grupos de aprendices con la condición de trabajar cuando menos tres días de cada semana, advirtiéndoles que si trabajaban menos de este tiempo, no percibirían un sólo centavo el sábado. Se apuntaron seis muchachos para el huerto, y seis para la carpintería. Las prácticas se establecieron en un dos por tres. Daba

C A R A P A N

gusto ver a Eduardo Madrigal, a Antonio Salmerón, a Ambrosio Salmerón, a Ignacio Pablo, a Estanislao Pablo, a Isidro Alejo, jovencitos de doce a quince años, trabajar el solar de la escuela. Como por ensalmo limpiaron, escardaron, rastrillaron y formaron cuatro hermosas tablas de seis metros por treinta cada una. No negaban los chicos ser hijos de buenos indios, ni ocultaban que sus padres los habían ya enseñado a trabajar antes de que nosotros viniésemos con nuestras ideas y proyectos. Estos muchachos, como los individuos adultos de la Granja eran ya agricultores, para graduarlos hortelanos, bastaba una sencilla instrucción de detalle y, sobre todo, fijarles el hábito y hacer surgir la necesidad del nuevo cultivo. Al mes verdeaban las eras y a los dos, los muchachos, organizados en cooperativa, vendían sus legumbres a la Estación o las llevaban los domingos a la plaza de Purépero.

También el grupo de carpinteros nos dio una brillante demostración de la habilidad manual, en cierto sentido espontánea, de estas gentes. Estos aprendices eran en lo general de mayor edad que los hortelanos y de hecho el mismo Cipriano Alejo, nuestro fiel amigo y eficaz Presidente del Comité de Educación, un poco cohibido y todo, se inscribió y resultó más capaz que ningún otro. (Después vi unas estupendas máscaras de madera que hacía Cipriano «como por jugar»). Los operarios trabajaban unas seis horas diarias, y todos ellos con el interés de no perder el pequeño jornal, ocurrían al taller como mínimo tres días de cada semana. Al cabo de tres los resultados eran apreciables. Cada uno había construido cuando menos una pieza de importancia, puerta, banca, mesa, cama, baúl.

La instrucción agrícola corría a cargo de Pérez Toro y de Camarena, y cuando el primero se regresó a México, de Camarena exclusivamente. Pero resultó más eficaz la enseñanza práctica de un huertero contratado a quien pagábamos a razón de \$1.50 diarios. Se trataba de uno de esos mexicanos repatriados que había vivido algunos años en California donde había aprendido el cultivo de hortalizas. Este individuo tenía sus parcelas de demostración, hacía los viveros y trabajaba brazo a brazo con los aprendices. Mientras Camarena y Pérez Toro seguían el procedimiento clásico de decir a las gentes cómo hacer las cosas, nuestro hortelano asalarado enseñaba haciendo; trabajaba con los «alumnos» exactamente como un maestro hortelano labora con sus peones. En el taller

M O I S E S S A E N Z

de carpintería hicimos un arreglo semejante. Pancho Martínez era un buen carpintero empírico de Purépero, repatriado también. Le pagábamos \$3.00 diarios. Lo trajimos primero para hacer algunos muebles para la Estación, después para construir las mesas y las bancas del Centro Social y quedó por último maestro instructor de los aprendices de Carapan. Como el huertero, Martínez no era profesor, era sencillamente el director o monitor de un grupo de operarios a quienes enseñaba trabajando. En otras palabras, redescubríamos el buen método de la instrucción informal que los pedagogos inventores de las «escuelas técnicas» nos habían tras-papelado.

Los buenos resultados del sistema que implantábamos nos animaron a organizar tres grupos más, uno de silleros, otro de herreros y uno de albañiles. Los tres quedaron bajo la dirección de operarios prácticos. Conseguimos al mejor silletero de Chilchota e indujimos a un excelente herrero de Purépero que se trasladase con su taller a Carapan. El maestro albañil era un mocito de aquel pueblo que vino a las obras del Centro, y se quedó ejecutando diversas «obras» de la Estación con el auxilio de cuatro peones aprendices. El salario de estos tres monitores era como el de Pancho Martínez, de \$3.00 diarios. Los aprendices eran ocho, seis y cuatro respectivamente. Los silleros empezaron a producir al cabo de unos cuantos días, muebles excelentes, tan buenos como los de Chilchota y Zamora. La Estación compró dos o tres docenas de sillas para su uso y mandó hacer otras tantas pequeñas, del estilo típico, para los parvulitos de la sección preparatoria de la escuela de Carapan. (Y en torno de unas mesas bajas y extensas, qué hermosas se veían aquellas sillitas fantaseosas). Los herreros instalaron la fragua, e iniciaron los trabajos enmangando hachas, calzando azadones, forjando rejas de arado y componiendo otros herrajes de agricultura.

Los cinco grupos funcionaban con el sistema de gratificación acordado para los hortelanos, solamente que se descontaba del pequeño jornal, el costo de los materiales, madera, clavos, etc., que se les proporcionaba, quedando los objetos producidos a favor de los operarios. Cuando como en el caso de los silleros, recibieron una orden para la ejecución de muebles cuyo importe se les pagaba, se suspendieron las gratificaciones, pues se considero que los

C A R A P A N

aprendices ingresaban a la categoría de trabajadores independientes.

Por lo pronto tenía yo el problema de fondos. La Secretaría de Educación pagaba a los maestros instructores a quienes se había extendido nombramiento de profesores rurales, pero no había presupuesto para las gratificaciones. La cosa era novísima y por vía de ensayo. De mi propio peculio hice los gastos, satisfecho de contribuir a un experimento que me parecía destinado a una brillante demostración. Y tan buena fue en verdad que para los comienzos del nuevo año no tuve dificultad en obtener que la Secretaría incluyera una partida modesta pero de todos modos suficiente para generalizar el procedimiento en Carapan y extenderlo a otros pueblos de la Cañada.

La Estación había en efecto hecho un excelente descubrimiento en cuanto al método adecuado para establecer en una comunidad de tipo Carapan, ciertas actividades de orden industrial cuya conveniencia fuera evidente o fácilmente demostrable. En resumen, el cartabón era el siguiente: determinense las actividades posibles y deseables en el medio (en nuestro caso horticultura, carpintería, herrería comunal y la fabricación especializada de sillas); segundo, escójase un maestro operario de la región que cuente con su propia herramienta, hombre de ingenio, de recursos y de sentido práctico; tercero, fórmese un pequeño grupo de aprendices seleccionados a base de afición o de necesidad momentánea de ejecutar una obra; inicialmente cuando menos, otórguese una modesta remuneración exigiendo en cambio la constancia, puntualidad y duración de trabajo que es usual requerir de un aprendiz; cuarto, establézcanse las prácticas sobre un plano de absoluta realidad, sin prejuicios pedagógicos ni académicos, sino más bien a base de un empiricismo inteligente.

En marcha aquellos proyectos de aprendizaje técnico de la comunidad adulta, pretendía figurarme su desarrollo dentro de un futuro próximo y su resolución definitiva en la vida normal de aquellos pueblos. Por una parte era recomendable aumentar el número de grupos, descubriendo otros quehaceres viables y organizando la instrucción en la forma en que ya funcionaban los cinco reseñados. Pero además había que pensar en la terminación natural que cada «curso vocacional» (llamémosle así) había de tener. El entrenamiento de cada individuo varía en función de la propia

M O I S E S S A E N Z

solicitud y necesidad. Mientras hubiera camas que hacer, mientras necesitara sillas para el hogar, en tanto que deseara mesas, etc., podría seguir en el taller y continuaría de hecho, sujeto sólo al freno que a su actividad pusieran su peculiar inclinación y las otras ocupaciones tales como las agrícolas que, en determinadas épocas del año, pudieran resultar más urgentes. Los grupos se renovarían paulatinamente y naturalmente y la cuestión se resolvía por sí misma dentro de la esfera meramente individual. Alguno de tantos aprendices, el más interesado, el más apto, surgiría como un carpintero completo («graduado», que dirían los académicos), o herrero u hortelano. Este entonces establecería por cuenta propia el correspondiente taller y quedaría Carapan provisto de una unidad técnica de que antes carecía. Y esto era justamente de lo que se trataba. En el curso natural de las cosas, el taller de la Estación liquidaría su función cuando la actividad relativa hubiese prendido en la comunidad y se desarrollase por sí sola, dentro de su propio universo económico.

Antes de llegar a aquella finalidad y probablemente independiente de ella y, en lo futuro, paralela, concebía yo la posibilidad de que los talleres que habíamos iniciado se desarrollaran como centros de acción comunal dentro de una organización cooperativista. No veía razón teórica para que en el límite de tiempo mediano y apreciable (después de todo no somos responsables más que del futuro próximo, que el remoto yace en el regazo de los dioses), no pudiese Carapan desahogar sus necesidades de herrería, por ejemplo, en un pequeño centro-fragua y taller mecánico dirigido por un maestro herrero, al que acudieran los vecinos conforme su necesidad lo demandase a realizar por sí mismos los pequeños y sencillos trabajos de sus menesteres. La división técnica se impone en grupos diferenciados ya en sus actividades pero por algunos años al menos, no había razón para que Pedro Alejo, Juan Mauricio, Antonio Baltazar y otros, y otros y todos no pudieran afilar el hacha, calzar su azada o herrar la mula, ellos mismos, contando con el taller y con el auxilio del maestro. Por el contrario, mis observaciones sobre la escasísima circulación de dinero en Carapan me hacían comprender que habían de pasarse muchos años para cuando aquellos hombres pudieran pagar obras de esa naturaleza.

Los proyectos de entrenamiento que iniciamos en Carapan y

C A R A P A N

que acabo de reseñar, eran parte de un programa más amplio de educación o reeducación de la comunidad adulta. Recuérdese sin embargo que se trata apenas de un comienzo. Las páginas del libro, tan definitivas y fatales no deben ocultar el carácter meramente esquemático de nuestra experiencia. Cinco actividades en Carapan eran poca cosa; faltaban muchas otras. Además tratábamos únicamente con el grupo masculino, en cuanto a las mujeres nada comparable se había podido organizar todavía. Pero insisto en que la experiencia marcaba ya un derrotero provechoso y un procedimiento eficaz. Lo que más me gustaba de todo aquello era la naturalidad y la fluidez de las actividades. Impuesta la regla en la que insistí con cierta severidad de capataz, de que los aprendices dedicaran un tiempo suficientemente largo para asegurar la seriedad del entrenamiento, todo lo demás era espontáneo, ocasional, informal. Los grupos se formaban sobre la base de preferencias y necesidades efectivas, las obras se destinaban a llenar menesteres reales, el trabajo se continuaba tanto tiempo como existiera razón natural para ello. Y la finalidad de todo estaba sujeta a creaciones ocasionales también, e impremeditadas: se formaría un carpintero, Carapan contaría con un albañil competente, con el tiempo habría un buen silletero en el pueblo, un tala-bartero; el inventario doméstico incluiría más camas, sillas, mesas y cómodas; la próxima casa que se construyera tendría una puerta mejor hecha y probablemente contaría con una ventana si su dueño sabía trabajar el marco. La Estación promovía necesidades, producía incitaciones y, al principio, facilitaba, aun con aportaciones materiales como era el pago de un maestro operario, la forma de satisfacerlas. Después los apremios labrarían sus cauces y obligarían a resoluciones particulares. Ya para entonces la Estación habría terminado su encargo.

Política y Cacicazgo

En 1918, Carapan tuvo su revolución agraria, con toda la violencia de una verdadera guerra civil. Cuando terminó, una parte del vecindario se vio afiliada al movimiento; la otra en el bando opuesto. Unos se llamaron «Agraristas»; los nombres de los otros fueron «Fanáticos», «Reaccionarios» o simplemente «los viejos». De aquella revolución pequeña resultó un parcial arreglo de la cuestión agraria local y la organización de un grupo militante armado, bajo la jefatura de Ernesto Prado.

En la Cañada, como por otras partes, los gamonales, acaparadores, rábulas y agiotistas habían organizado su rapiña. Explotadores de Purépero, de Chilchota, de Tangancícuaro, de Zamora, con legalidad de tinterillo y bendición de cura. La detentación es caso tan conocido que no hay para qué describir su fenomenología particular en aquel valle michoacano. El hecho es que muchas parcelas que empeñaron los indios, fueron a dar a manos de aquellos acaparadores forasteros y de unos cuantos indios semiladinos y relativamente ricos. La revolución de La Cañada, dio al traste con todos aquellos arreglos lesivos; las tierras volvieron a sus dueños originales. El reparto no fue imparcial ni del todo equitativo. Sólo se dieron solares a los jefes de familia militantes en el grupo agrarista y no en todos los casos los cortijos decomisados eran de los acaparadores extraños; a veces habían pertenecido a pobres familias indígenas de La Cañada, pero de las del otro bando. La parcela fue botín de guerra; de aquella minúscula y reconcentrada guerra de diez aldeas pequeñas.

Encontramos .La Cañada dividida entre Agraristas y Fanáticos. La fisura, evidente desde nuestra primera visita, correspondía a un verdadero cisma de cultura, de política, de rumbo.

M O I S E S S A E N Z

De un lado hay que contar a Ernesto Prado y sus hermanos; al número de individuos armados en cada pueblo, las defensas sociales, capitaneados por él; a las autoridades de cada aldea controladas por el mismo jefe, sin exceptuar el municipio de Chilchota que, presidido por un mestizo, don Arturo Gálvez, y gozando de la independencia que podía procurarse por su categoría y su facilidad relativa de comunicación con el exterior, gravitaba de todas maneras en torno de la hegemonía pradista. Por el otro lado quedan las familias «fanáticas», grupo tan indeterminado como el calificativo de su nombre, que probablemente tenían la mayoría numérica, aunque en realidad contaban muy poco en La Cañada que nosotros conocimos, no siendo más que una masa pasiva, algo más impermeable y más hostil que la otra. La separación de la población se planteó en términos concretos, como fenómeno revolucionario pero reconoce causas más hondas. Representa, en realidad, las dos fuerzas que operan en toda comunidad y particularmente en grupos de cultura sencilla que sufren influencias extrañas, la conservadora y la innovadora. Los agraristas tenían razón al designar a sus oponentes con los mote de «fanáticos», «reaccionarios», «viejos», «beatos», etc. Estos veían en la secta revolucionaria a los enemigos de la costumbre y de la idiosincrasia vernáculas. Planteada la oposición, exageraban unos y otros, orillándose a la insinceridad. Los agraristas no únicamente se afiliaban contra los males sociales de carácter económico que pretendían resolver, eran también enemigos de la Iglesia y del cura, inclusión explicable, y se declaraban hostiles a la Religión, a la música, a las danzas; lo que ya era excesivo. Positivamente, los agraristas eran de Revolución y del Gobierno. Apoyaban, en consecuencia, todo lo que de estas fuentes emanara, las escuelas por ejemplo, habían adoptado ciertas formas de la organización socio-económica mexicana, eran miembros de la Confederación Michoacana de Trabajadores; tenían comités agrarios, etc.

En el fondo, ni eran tan revolucionarios los Agraristas, ni tan enemigos y conservadores los Fanáticos. Unos y otros hubieran gozado de una buena misa y de una fiesta de santo, con mucha tambora, cohetes y mitotes y ambos bandos estaban igualmente interesados en el arreglo de la tierra, en sacudir las gabelas del tendajero y del cura y hubiese, con la debida preparación, apoyado a la escuela y a los maestros. Pero tal identificación íntima

C A R A P A N

trascendía poco en la práctica. Lo que nosotros vimos, lo que cada instante sentimos era la pugna, el antagonismo, el abuso de autoridad, el odio y la desconfianza. Yo anhelaba encontrar traducida en acción cotidiana, la posible armonía interna; se me figuraba que, apartados los obstáculos y las personas interesadas en mantener el cisma podría llegarse a un acuerdo de colaboración fructífera y gozosa. No había para qué destrozar a aquellas gentes con el desgarramiento mexicano, me parecía. Hubiera deseado evitarles la rencilla ya que la lucha grande de México, nuestra Revolución, había encontrado fórmulas de armonía social de que estos pueblos hubieran podido usufructuar sin necesidad de desintegrarlos con la contienda doméstica que tantas otras comunidades habían tenido que sufrir en los comienzos de la lucha. Pero las fuerzas ciegas fueron más fuertes que nosotros. Y más poderoso también el celo de los jefes del cisma, Prado y sus paniaguados, que, si no por razones de orden material, cuando menos por amor propio y por satisfacer ese deseo de mando tan vehemente en gentes que han estado subyugadas por largo tiempo, empleaban medios lícitos e ilícitos, esgrimían armas de todo género, ponían en juego estratagema, astucia e intriga, con tal de mantenerse en el poder. Era en este punto donde el liderismo revolucionario de Prado incidía en el más grosero de los cacicazgos.

Naturalmente que Ernesto Prado era revolucionario. Muy lógico también que fuese hombre cabal del General Cárdenas, pues como buen indio, sabía de qué lado venían las reivindicaciones. Pero se cuidaba de que aquella afiliación no afectara su absolutismo en La Cañada. Cuando Morelia daba una orden que hiciera peligrar, así fuera remotamente, la jefatura de los Prado, comenzaban las reservas. Se repetía el caso de 'acato, pero no se cumple'. Acatar era asentir; no cumplir era encontrar pretextos o echar la culpa a la falla a «los contrarios». Los Prados recibieron a la Estación aparentemente de buen agrado. Pero en el fondo no podía gustarles nuestra presencia, que, en cualquier momento sería testigo de sus desmanes. Mientras la Comisión hacía el juego pradista, bien esta la Comisión; en el instante que obrara con independencia, que cobrara personalidad ante los indios, que se ganara la confianza del vecindario, guerra a la Estación.

Al principio, guerra sorda: apenas teníamos tres semanas de llegados, Prado hizo enviar un telegrama a México dando queja

M O I S E S S A E N Z

de que los de la Misión, por desconocimiento del medio, habíamos caído en las redes de los fanáticos y estábamos cometiendo muchas torpezas. Un año después -ya no estaba yo en Carapan- Basauri fue declarado «fanático» y bajo amenaza de muerte se le obligó a dejar La Cañada. Porque Basauri, en su calidad de etnólogo, había podido conocer íntimamente a la gente y pudo darse cuenta de la verdadera situación. Su interés por diversas manifestaciones de la cultura vernácula, por razones de su especialidad, el apoyo que, por el mismo motivo, tenía que dar a actividades tales como las de la danza y la música, fue suficiente pretexto para que los fariseos convenencieros de Prado declararan «beato» a nuestro amigo y en forma tan violenta lo obligaron a salir del pueblo.

Cuando el General Cárdenas estuvo en La Cañada por segunda vez hablé con él en presencia de Ernesto Prado sobre la conveniencia de permitir la apertura de las iglesias en aquellos pueblos. Estaban abiertas en todo el Estado menos en La Cañada. Allí lo habían impedido «los Agraristas», es decir, Ernesto Prado. Manifesté que yo estimaba inútil mantener cerrados los templos, que nada se ganaba con este medio negativo de desfanatización y si se tenía al vecindario en un estado de irritación constante. «Abramos las iglesias, dije, no porque me importen las razones eclesiásticas, sino porque deseo quitar ese pretexto para la falta de colaboración de los «Fanáticos» con la Estación; abramos los templos; el cura no vendrá. Los vecinos entrarán y saldrán, harán sus rezos, ofrecerán sus flores y besarán sus santos, qué más da. Si eso los satisface un poco, por qué no permitirselos. En cambio nosotros contaremos con mejor voluntad por parte de todos y podremos desarrollar de modo más eficaz acciones positivas que contribuirán a la verdadera desfanatización y emancipación del pueblo. Hagamos la experiencia en Carapan, para empezar; llamemos a los vecinos responsables, Agraristas y oponentes y digámosles bajo qué condiciones se permitirá la apertura de la iglesia...» De todo eso hablamos y el General Cárdenas estuvo de acuerdo con mi punto de vista. Delante de Ernesto, que parecía asentir, me autorizó para llamar a una asamblea de vecinos, presentarles el asunto, informarlos de las condiciones en que se permitiría la apertura y preguntarles si, aceptada, se comprometían

C A R A P A N

a una colaboración franca y amigable de todos para luchar por el bien colectivo.

Convocamos al pueblo, Agraristas y Fanáticos. Expliqué, tradujimos, aclaramos. Ernesto no pudo venir, pero mandó a un representante... Y quedamos en que los vecinos considerarían la cuestión y en que cuatro días más tarde, el sábado siguiente, celebraríamos la junta definitiva para acordar el convenio que mejor pareciera. Estuvieron presentes Tomás Bautista, Cipriano, Juan Rivera, Alejo y todos los compañeros, por una parte; del otro bando, los principales, entre ellos al más jefe, don Gregorio Madrigal, y muchos otros. Llegó el sábado. Ernesto prometió venir a esta segunda reunión y cumplió su palabra. Allí estaba puntual, en la plaza. Tocarón la campana de la torre, señal de llamada. Se presentaron Tomás y Cipriano. Pasó un rato. Nadie más llegaba. Se llamó de nuevo, y otra vez. Y no acudió nadie. Tomás ignoraba la causa. Cipriano mostraba extrañeza. Ernesto Prado parecía disgustado con la falta de formalidad de los vecinos. «Así son éstos, decía, son muy desidiosos». Cuando dieron las doce convenimos en que era inútil esperar más... Ernesto Prado montó su caballo y se regresó a Tanaquillo.

Pasaron varios días: ni media palabra de explicación. Tal parecía que jamás se hubiera tratado de nada, que hubiera sido un sueño aquella primera reunión y la convocatoria para el sábado una pura fantasía. Al cabo de días, don Gregorio Madrigal me dijo reservadamente aunque con afectada casualidad «Pos no se pudo. Pos ya ve como son éstos. Con peligro de muerte nos amenazaron si íbamos a la junta. Ernesto mismo mandó decir. Y yo con tanta vergüenza de no poderle declarar y Usted esperando como si no fuéramos decentes. Pero que l'hemos de hacer, por ahora no se puede»...

Cuando la visita del Ministro, los Prados hicieron una demostración teatral. Regresábamos de Chilchota a las nueve de la noche, con gran luna, que jugaba a las escondidas entre cúmulos de nubes. Alegre cabalgata de quince a veinte jinetes. Al pasar por Tanaquillo se acercó Isaac Prado «la gente de Huáncito se ha emboscado por el camino, cerca del río. Ya salió Ernesto para allá con algunos compañeros. Es bueno que se vayan con cuidado».

Discretamente, para no causar alarma, organicé la columna.

M O I S E S S A E N Z

Ordené al Insurgente y a Camarena marchar por delante. Maximiliano y yo nos colocamos en seguida y por parejas todos los otros detrás. El Ministro iba más o menos a media columna. Dos de nuestros hombres bien empistolados quedaron junto a él. Solamente el Insurgente, Camarena y Maximiliano que conmigo llevaban la delantera, sabían del peligro que se nos había anunciado. Pero todos debieron comprender que alguna cosa extraordinaria sucedía porque, como por consigna, se apagaron las risotadas y avanzábamos en silencio por el camino umbroso, manchado de luna. En Santo Tomás encontramos a Ernesto. Venía a pié con unos quince hombres armados. Traían preso a un individuo. «Estaban acantonados como cuarenta hombres a uno y otro lado del camino, cerca del río», nos informó. «Cuando nos les fuimos encima corrieron en dirección de las casas. Alcanzamos a uno que traía arma, lo agarramos, resistió, lo golpeamos. Aquí lo llevamos preso. Es un *endeviduo* de Cherán, que desde hace tiempo nos estaba dando mucho trabajo».

No se por qué pensé que se abultaban las cosas, que en todo aquello había algo de farsa. Seguimos la marcha. En Huáncito salió a encontramos otro grupito de gente armada, capitaneado por Eliseo, quien amplió las informaciones: los vecinos se habían alarmado por nuestra visita de la mañana; se dijo que íbamos a posesionamos de la iglesia, a tomar la capilla; se arrimaron al río a esperar que pasáramos de regreso, probablemente con el fin de atacamos o de hacer alguna demostración hostil. Eso fue lo que Elíseo Prado me dijo, pero mientras él se metió momentáneamente a su casa, uno de sus hombres dio una versión diversa: «La gente estaba metida en una casa; eran como cuarenta y no quisieron salir. También los de Ichán están en junta, son como sesenta, están metidos en una casa»...

En resumen, nada. Cierta alarma en Huáncito: probablemente una reunión para acordar alguna petición al Secretario por parte de los «Fanáticos», cualquier cosa, y los Prados se cogieron de esto para hacer un simulacro y darse importancia ante los ojos del Ministro, haciéndole ver cuán valiosos son ellos para la Estación y cómo es indispensable su ayuda y defensa.

Un mes después, a mediados de noviembre, cuando ya la gente de Huáncito comenzaba a tenernos confianza tuve datos inesperados sobre aquel hermoso conato de asalto. Quirino García, me de

C A R A P A N

dan todos, es el mejor cantarero de Huáncito. Queriéndolo ver, preguntaba por su paradero. «Anda por Chilchota», informaban vagamente, «ya no trabaja... por allá vive. Su hija Sebastiana también hace cántaros bonitos...» Una mujer fue más explícita. «Pos se fue cuando ricías que ibas cambiar otoridades; fue pa Chilchota con otros que ricías que ibas a trer otro Gobierno... si son de lo contrario, se fue porque ricen van matar aquí».

Voy a ver a Eliseo Prado. «¿Quién es ese Quirino García?» Pregunto. «¿Quirino García?... Pos no se...»-»El alfarero que hace los mejores cántaros, que vive por ese rumbo» explico. -»¡Ah!... ¡Pero ése hace mucho que ya no trabaja!... Si ya no asiste aquí... Anda por Chilchota, creo que ya se retiró... pos yo a la verdá no sé». -»Me han dicho que es el mejor cantarero del pueblo, insisto, y quería preguntarle a Usted porque si no hay razón ara que ande huyendo o para que tenga miedo, sería bueno que lo llamara que se venga a trabajar, pues realmente no conviene que tan buen operario se ahuyente». -»Pos seguro... si ya se lo he dicho que nada tiene que temer, pero quién sabe por qué no vendrá... yo le diré pa que se venga».

Y pocos días después, el hombre que vive en la casa del puente, cuando ya se había hecho amigo mío me confió: «Anda huyendo porque lo persiguen. ¿Te acuerdas el día que vino una gente (el Secretario de Educación), que hubo danzas en Urén? Pos bueno, pos venía yo con becerro, cuando encontró Ernesto y preguntó ¿qué andas haciendo? y digo yo ¡pos no más con becerro, que traigo del campo! Y luego encuentra a mi compagre Quirino y pregunta también y después hallan pistola tirada que dicen que es de mi compadre Quirino y agarran preso y llevan a golpes a Chilchota y meten cárcel... y yo te digo que Quirino no hace mal a nadie, pos lo más mal es rezar. No es capaz de robarse una mazorca... Tenía sus cántaros que trabajaba todo el día y ni pudo vender». -»Pero, le dije, ese día que vino el Ministro nos contaron que aquí la gente de Huáncito estaba alborotada, estaba toda junta allí en el río para hacer mal». -»¿Qué? asombrado, si eran ellos mismos, los de Prado».

Y ahora la cosa se ve clara. Mi sospecha de que el «atentado» de Huáncito en contra de la Estación y del Ministro no fue más que un simulacro de los de Prado para poner en mal a sus

M O I S E S S A E N Z

enemigos y para aparecer como los defensores de la Estación y como los únicos capaces de impartir garantías, se confirmó. No hubo tal asonada, ni se emboscó la gente junto al río, ni corrimos peligro ninguno. Y en cuanto a Quirino García, a quien el inocentón de Eliseo dice casi no conocer e ignora por qué andará fuera, es nada menos que el famoso «endeviduo de Cherán que nos ha dado tanto trabajo desde hace mucho», según Ernesto y a quien «encontramos armado y se nos echó encima y tuvimos que correr para alcanzarlo y aquí lo llevamos preso»...

Al día siguiente del «asalto de Huáncito», cuando todavía el Ministro no salía de Carapan, llegaron Ernesto y don Arturo Gálvez, presidente municipal de Chilchota, con aire preocupado y llamándome aparte me notificaron que acababan de saber que venía de Zamora un sustituto para Gálvez. Los contrarios los que se oponen al estado de cosas pradista en La Cañada, han entrado en actividad; les han ofrecido no sé qué primores a los «Fanáticos» y valiéndose de que hay nuevo Gobernador en Morelia, pues el General Cárdenas ha terminado su período, quieren ver si desplazan a Ernesto. Existe la circunstancia de que el nuevo Gobernador, General Serrato, es de Purépero y pueden las gentes del rumbo mover influencias cerca de él. Además se insinúa un distanciamiento entre éste y el General Cárdenas, y ninguna razón mejor para atacar a los Prados, que son cardenistas. La maniobra que quieren poner en juego es la siguiente: un fulano de tal es nombrado regidor en lugar de Gálvez, que desempeña el cargo por designación del Ejecutivo del Estado, (ocupa el puesto de Alberto Prado, regidor electo por Ichán, que fue asesinado en enero); el nuevo regidor será al punto designado presidente del Ayuntamiento; Gálvez queda desplazado y se introduce en La Cañada una cuña de oposición a Prado. Pero Gálvez dice «yo no entrego», o en todo caso, entrego como regidor designado pero no permito que se atropelle al Ayuntamiento». Ernesto dice «Aquí no hay más remedio que meter bala, nosotros no nos dejamos». Yo aconsejo «conviene obrar con prudencia; habrá que ver las órdenes que trae el nuevo regidor, entregar si son buenas, ir inmediatamente a Morelia; entrevistar al General Cárdenas, etc.»

Francamente, siento que estoy aconsejando en el vacío. Pero no sé que otra cosa decir. No estoy dispuesto a secundar las ma-

C A R A P A N

quinaciones y las pequeñas intrigas de estas gentes. (Prado no puede ver a Gálvez; en el fondo se alegra de que lo quiten de enfrente, aunque, naturalmente, no quiere que lo sustituyan por ninguna persona que venga a disputarle el señorío que de manera tan absoluta ejerce en La Cañada). Por otra parte, yo estoy con los Prados al no ver con buenos ojos que cualquiera de esos politicastros de pueblo, cualquier tendajero de Zamora o Tangancícuaro se hagan de órdenes y pistolas y vengan al desquite en La Cañada. Una cosa es que el régimen Prado sea censurable y otra que entreguemos a los pueblos en manos de sus antiguos explotadores. Me parece una agria ironía ésta de que los paisanos de Serrato sean los primeros en aprovecharse para ejercer revanchas reaccionarias en La Cañada. El Gobernador no se atrevería a recular mucho en lugares más visibles pero acá, entre estos indios... ¡Y después de todo qué les importan los indios a Serrato y a sus diputados! Ellos tendrán una conciencia social más ilustrada tratándose de generalidades, pero no les importa la equidad especial, porque no saben que la justicia social colectiva se funda en reivindicaciones particulares. Así pues, entre los rábulas y sacristanes, y los Prados, escojo a estos últimos, que siquiera tienen cierta sinceridad en sus intereses en La Cañada.

Las cosas en Chilchota se desenlazarón, al fin y al cabo, de modo favorable para el pradismo. Los fanáticos se reunieron, pero mayor fue el número de los agraristas, de los «partidarios» como se dicen a sí propios. Ernesto, con gente armada se reconcentró en Tanaquillo y fue acercándose, poco a poco hasta las goteras de Chilchota entrando por el arroyo, cautelosamente. El sábado en la noche hubo una ligera escaramuza, con tiroteo de una casa a otra. Resultó herido un policía.

El domingo, los agraristas que no tienen armas, invadieron materialmente Chilchota, llegando hasta el centro de la población, en la plaza, frente a la presidencia municipal. «Pos a la verdá que yo nunca había visto tanta gente de nosotros junta», me dice Juan Rivera. «Entramos todos de dos en dos, de tres en tres, pa que no se fijaran, llenamos toda la plaza y todas las calles del centro».

Cuando el regidor designado en Zamora vio aquello, y teniendo informes sin duda de que Ernesto con gente armada estaba a la expectativa, manifestó que él no quería dificultades, que mejor se iba... y se fue. Y Gálvez se fue también. Ernesto Prado que-

M O I S E S S A E N Z

dó dueño de la situación. Antes de salir, Gálvez convocó al Ayuntamiento: se eligió Presidente a Luis Mauricio, regidor por Urén, uno de los más adictos a Ernesto.

En resumen: gana en toda la línea don Ernesto; su cacicazgo queda sin disputa. Los pobres «Fanáticos» están más sumidos que nunca y los politiqueros de Zamora tendrán que esperar nuevas oportunidades. Una comisión de los partidarios de Prado ha ido a hablar con el General Cárdenas. Creo que el General quedará contento de que se le haya ganado la partida a Serrato quien, después de todo, es el responsable de la intentona reaccionaria. Pero el General Cárdenas está lejos, Serrato es el gobernador y mientras le dure el cargo no ha de cejar. El segundo domingo de noviembre habrá elecciones municipales. Seguro que para entonces se librará una nueva escaramuza.

Yo me propongo, por ahora, seguir apoyando la hegemonía de Prado. Ya se le llegará también a él su día, pero eso todavía está lejos.

La Estación pacificaba el vecindario. Nuestra presencia infundía confianza a los fanáticos que sabían que mientras nosotros mirásemos, tendrían sus militantes rivales que obrar con relativa mesura. A la vez, los Agraristas, sintiéndose íntimamente respaldados por la Estación que, fundamentalmente, no podría jamás, por definición de sí misma y del Gobierno cuya agencia era, desviarse de la tendencia general que los animaba a ellos mismos, -propósito de reforma y mejoramiento, lucha en contra de las opresiones tradicionales, modificación de la cultura arcaica e incongrua- iban cobrando ánimos y afianzando sus posiciones, si bien actuaban, por respeto nuestro, con cierta ponderación. Tranquilizados después de la amenaza de crisis de octubre, para los comienzos de noviembre, hicieron los agraristas de Carapan, una petición que, lógica y todo, no dejó de sorprenderme. Sencillamente, redactaron un memorial para la Secretaría de Gobernación en México, pidiendo permiso para usar la iglesia, cerrada desde el año pasado, para biblioteca y centro cultural. Ya disponíamos de la capilla de Don Vasco, donde noche a noche abría sus puertas el Centro Social. Pero los revolucionarios pretendían ahora de una vez, quedarse con la iglesia. Parece que desde antes que la Estación llegase a Carapan, habían elevado ya una petición a Méxi-

C A R A P A N

co, sin obtener respuesta. Cuando en alguna ocasión me habían insinuado la conveniencia de reiterar el pedido, adrede me abstuve de dar consejo, porque, con conciencia plena de lo que aquella petición significaba en la vida comunal, y dispuesto como estaba a obrar en un plano de realidad y no meramente de ensoñación místico-social o de impulsivismo jacobino, deseaba que, cuando al fin y al cabo se formalizase la petición, se derivara del sentir consciente, si no de todo el pueblo, que esto era, dentro de las circunstancias de cisma, imposible, cuando menos del grupo dominante.

Y parece que la petición que a la postre fue formulada derivaba de un proceso maduro. La solicitud está firmada por unas cuarenta personas. Nájera quedó encargado de llevar personalmente el pliego a las autoridades de México, yo escribí una carta al Secretario de Educación, explicando las circunstancias y rogándole poner en juego su influencia para que se accediera al pedido de las carapenses.

El último acto de la tragi-comedia política de la Cañada que me tocó presenciar, se desarrolló en los primeros días del mes de diciembre. Como el día diez me dijo Prado de sus temores de que el cambio político que tanto temía tuviese al fin su desenlace: había llegado a Chilchota un nuevo capitán del destacamento militar; los políticos de Zamora movían a los de Morelia; lo que no pudo realizarse en octubre iba a tener lugar en diciembre. Pero son tantos y a veces tan infundados los temores de aquellas gentes, tal su poder imaginativo para inventar calamidades que me iba ya acostumbrando a los pronósticos que oía sin prestarles mayor atención. Salí para México el día diez y estaba seguro de que las cosas continuarían en la forma en que las dejé. Sufrí error. Dos días después de mi salida, un domingo a las once de la noche, un grupo de gente, acatando órdenes del gobernador, se adueñó del Ayuntamiento de Chilchota, a viva fuerza. Fue depuesto el Presidente municipal Luis Mauricio, y en su lugar entró Ignacio Ochoa Reyes, que ya desde la primera escaramuza había logrado colarse al Cabildo, haciéndose nombrar regidor en lugar de Gálvez, que salió.

El cambio de gobierno ponía freno a la hegemonía Prado y al dominio del grupo agrarista. Por una irónica combinación de circunstancias, los nuevos jefes, agentes directores del Gobernador,

M O I S E S S A E N Z

(mandatario de la Revolución, elemento elevado a la primera magistratura por influencia del propio General Cárdenas), representaban en La Cañada monda y lirondamente el advenimiento del régimen conservador. Porque el bando «Fanático» se adjudicaba el triunfo y vio con el cambio de autoridades, el permiso para dar paso a la costumbre, a la tradición y a todos aquellos elementos de la vida vieja, que tanto añoraban y que tan tenazmente les habían combatido sus opositores revolucionarios.

El cambio de autoridades en Chilchota opacó a los Agraristas y ensoberbeció a los fanáticos; aquellos sintiéndose momentáneamente perdidos, se dieron a la violencia, en retirada; éstos, envalentonados se crecieron para el desquite. En Carapan, la pugna inútil llegó a la tragedia. Y fue Tomás, nada menos, el mismo jefe de los reformadores, la primera autoridad, quien se precipitó a liquidar su propia cuenta. Personalizó su odio en un solo hombre el marido de aquella mujer altiva, Juliana, a quien tan grande ojeriza tenía, salida de no sé qué oscuros complejos. En la madrugada se hizo acompañar de dos o tres compañeros. Se fue derecho a la casa de su víctima, Tomás Gregorio, y de un hachazo le abrió la cabeza.

Toda la mañana estuvo el cadáver con la cara al sol. Todos lo veían. Lo miraban de soslayo los pasantes. De lejos, sobre las bardas de los corrales, lo divisaban los niños y los ancianos. Desde el fondo de los jacales fascinaba a las mujeres. Todo Carapan miraba la cara rígida del muerto. Ninguno osaba acercarse; nadie tomó razón del crimen. Al pardear, manos oscuras levantaron el cuerpo y en silencio lo llevaron a la fosa, en el panteón rojizo a la orilla del pinar. El asesino se fue al monte.

Unos soldados del destacamento de Chilchota vinieron al otro día buscando al matador, de quien nadie dio razón. Los tribunales no supieron del crimen. La justicia mexicana no está todavía organizada para el indio.

A los dos días, Ana María vio a Juliana y sorprendida de su tranquilidad le dijo. Pero qué, ¿no has sentido a tu marido?» Juliana contestó: «Pos qué quieres, aunque llorara sangre, no lo había de resucitar».

Etúcuaro

Etúcuaro es el último de los Once Pueblos pero no está en la Cañada. Al principio no quedaba incluido en el campo de la Estación; después pedimos que se adscribiera porque comprendimos que su espacialísima situación permitía realizar estudios comparativos con las aldeas del interior.

Etúcuaro yace a la orilla del valle de Tangancícuaro, a cuya jurisdicción pertenece políticamente desde que, fastidiado por Chilchota, decidió mudar de jefatura. En la actualidad disfruta de ejido, tierras restituidas de las que la hacienda de Huaracha Chica se había apropiado en la época del latifundio. Cuenta Etúcuaro con unos ochocientos habitantes, pero solamente como la mitad de los jefes de familia han recibido parcela. La necesidad de los otros es notoria. El lote tipo comprende tres hectáreas. El suelo es de primera calidad, de mucho cuerpo, con abundante riego. La gente es laboriosa. Da gusto ver las milpas. Recorrí los campos cuando el maíz barroceaba y nunca he contemplado mazorcal más rico. Lo más notable sin embargo, es el temple de los hombres, intrépido, progresista, tenaz. Se han construido una escuela que es un palacio: la plazuela terrosa de antaño, es un jardín florido, y el atrio, una animada plaza de deportes. La iglesia está cerrada. Toda la gente habla castellano; únicamente los muy viejecitos recuerdan el tarasco. (Este pueblo fue uno de los Once, indígena como los otros).

Relato digno de narrarse es cómo Etúcuaro dejó de ser indio. He aquí una comunidad que se mexicaniza, que se *incorpora* al medio nacional. Cuáles fueron los factores de la transformación, qué circunstancias favorecieron al cambio, cuál la calidad de la cultura resultante; esas eran las cuestiones que asaltaban nuestra

M O I S E S S A E N Z

curiosidad y que anhelábamos dilucidar. Era evidente que la geografía había sido favorable: el valle despejado; en lugar del risco, la tierra abundante; mirar hacia afuera y espaciar la vista; tener expedita la salida. Como antítesis sirvió la Hacienda, ladrona, detentadora; el latifundio voraz que mató al indio cuando le quitó su tierra: desadaptación máxima, desintegración. De no haber sido por la Revolución, aquellos desposeídos se hubieron quedado como otros tantos peones acasillados o hubieran sido un núcleo más de gente derrotada, que rehusando aniquilarse, se incrustaban al cerro. Pero hubo dos vías de escape: una la Revolución, otra la emigración a los Estados Unidos. Muchos de estos hombres se hicieron en efecto soldados y muchísimos se fueron a cosechar algodón, a clavar rieles y a fundir hierro en los Estados Unidos. Pero, buenos indios, a la postre dejó las filas el soldado y regresó el viajero. Cuando volvieron a Etúcuaro, la Revolución les restituyó la tierra.

Y aquí está Etúcuaro, devuelto al suelo y a la vida, con la experiencia de los viajes y el recuerdo del sufrimiento, elaborando más o menos a ciegas una nueva manera de vivir. Reinterpretación mexicana; gente de overol y de gorra, de chamarra en vez de la tilma; que quiere escuela en lugar de iglesia, agrónomo más bien que cura. Percibimos una cierta inquietud y un arrojo que no es vernáculo; tesón ganado en la aventura. La Revolución les ha dado a todos una manera diferente de pedir, digna y firme, sin ser altanera. Del Norte han traído algunas técnicas pero más que todo, actitudes: respetan al experto, sospechan el valor de la ciencia y algunos de ellos, habilidosos como un Robinson Crusoe, realizan milagros de ingeniosidad. Las circunstancias políticas, el fenómeno económico, los factores naturales, contribuyeron inicial y fundamentalmente a la transformación de Etúcuaro pero en el desarrollo del proceso de incorporación tal como pudimos apreciarlo nosotros en aquellos meses, desempeñaba papel importante el juego de una personalidad de primer orden, la de David Arizmendi, director de la escuela, animador y líder de la comunidad.

La iglesia de Etúcuaro llevaba tiempo de cerrada. Los ejidatarios habían presentado una solicitud para destinarla a granero comunal. Yo les sugerí un centro social y les agradó la idea, Confieso que muy adentro, un gusanillo marxista me decía que mi con-

C A R A P A N

sejo no era bueno; mejor seguir el instinto de ellos. Conviértase la iglesia en arsenal de bienes materiales, llénese a reventar de grano sustancioso, asegure la gente el estómago, satisfaga su hambre. De todas maneras, la comunidad decidiría en asamblea que habíamos de celebrar en breve, si ha de quedar convertido el templo en bodega o en salón.

Observaba con curiosidad la ausencia de emoción religiosa o tradicional en aquella, gente. Hablaban de tomar la iglesia, de dedicarla para este objeto o para aquel, con el mayor aplomo, sin delatar el más ligero escrúpulo; tenían convertido el patio sagrado en una cancha de juegos, como si para tal fin la hubieran puesto allí los curas; trataban con el mayor desparpajo de materias que otros hubieran mencionado con reticencias y remilgos. Pero la actitud, por espontánea y natural se desligaba de toda insolencia o prurito de profanación. Aquellos tarascos emancipados conservaban la finura de la raza.

A cada momento hablaban los agricultores de cuánto necesitaban los consejo, del ingeniero. Tienen fe ilimitada en la técnica, a lo que padece. No los enfrían los pequeños fracasos como el que sufrieron con la fumigación de la semilla de trigo el año pasado, que les resultó contraproducente. Dicen sencillamente, que no aplicaron bien la receta, que habrá que hacer un segundo ensayo.

Por la noche, en nuestra primera visita, reunido todo el pueblo, dirigí la palabra:

«Al traspasar electo, dije, tuve la visión magnífica de este valle, abundante y primoroso; después, al estar entre Uds. he sentido, la palpitación de dos grandes libertades, la de la tierra y la del Idioma. Parece que en efecto, sois hombres libres. Os escapasteis del cerco indígena habéis entrado a la más amplia, libre y satisfactoria vida de México. Dejasteis de ser indios y os habéis hecho mexicanos. Vuestra liberación nació dentro de vosotros mismos, germen inmortal de aliento y de ambición; se significó después cuando os separasteis políticamente del municipio de Chilchota y sacudisteis la tutela de gentes que habían olvidado toda lealtad que no fuera la de su propia codicia, y se consolidó cuando la Revolución os devolvió las tierras que otros acaparadores, más influyentes y atrevidos aun, habían podido arrancaros. La emancipación no está perfeccionada, necesitáis más tierra y es preciso

M O I S E S S A E N Z

insistir en obtenerla; conviene ampliar la instrucción y acrecentar la cultura: perseverad en el camino del progreso. No tengo duda de que alcanzaréis lo que os habéis propuesto: vuestra reiterada solicitud de ampliación de ejidos y este magnífico edificio escolar, son presuntos de éxito. Pero yo quiero que conforme perfeccionáis vuestra libertad no os olvidéis de vuestros hermanos indios que viven al otro lado del cerro. Se ha visto muchas veces el caso del indio que se emancipa renegando de su raza, y se hace un olvidadizo sino es que un explotador, el peor de todos, de sus congéneres. Yo os encarezco que, ciudadanos mexicanos libres como ya sois, conservéis vuestra lealtad indígena. Sois como un hermano mayor, el hermano que, llegado a la madurez, se ha situado en el terreno más parejo, fácil y agradable de la vida de México. No olvidéis a los menores que habitan todavía los riscos y las tierras duras; que no hablan la lengua de México, que sufren de miseria y de ignorancia; que no saben más que de sus pueblos pobres y olvidados, desconociendo el amparo de la Patria grande».

El primer lunes de noviembre comenzaron formalmente los trabajos. Nos proponíamos pasar cuando menos un día de cada semana en Etúcuaro, celebrando por la noche una reunión popular. En la primera, trataron sobre la obra material que la comunidad debiera emprender este año, si será un salón más para la escuela o poner una banqueta alrededor del jardín público, o bien construir una pequeña presa o cortina para impedir los derrames del río. Quedó convenido ejecutar esta última. Una comisión de vecinos, asesorada por Camarena formulará el presupuesto; veremos si el Banco adelanta los fondos a cuenta del depósito ejidal.

Hacia dos semanas habían dispuesto destinar el templo a granero, y dicho y hecho, se ejecutó el acuerdo. Me contaron que unas quince mujeres vinieron a la junta a presentar objeciones, las que, consideradas largamente, fueron puestas de lado, ratificándose la toma de la iglesia. De todos modos, en mi presencia, quisieron volver sobre el asunto. Se trataba de reconsiderar si al fin y al cabo el templo serviría para almacenamiento de granos, o para un Centro Social. La discusión no duró mucho. Por aclamación se declararon por el Centro. Adrede no quise hacerla de animador, antes bien traté de atemperar el entusiasmo, recalcando las trascendencia del asunto, intelectualizando la deliberación. Quería

C A R A P A N

darme cuenta de la firmeza del voto; me convencí de que era fruto de un juicio consciente e ilustrado. Una vez que los hombres de Etúcuaro habían confirmado sus propósitos, llegó mi turno para decirles el discurso que desde hace mucho tiempo me sabía sobre el papel de la religión en la vida del pueblo, sobre el fracaso de la Iglesia como institución social y sobre la justificación que hay para destinar a usos más acordes con los tiempos, los edificios eclesiásticos, hasta donde éstos han sido excesivos, como es el caso en México y lo era en particular en Etúcuaro. Deseosos de proceder con orden, decidimos esperar la resolución de la Secretaría de Gobernación, celebrando entre tanto las reuniones sociales en la escuela.

Cada día afirmaba mi buena impresión de los ejidatarios. Son gente definitivamente emancipada. Los anima una reconfortante ambición de progreso y un claro optimismo sobre las ventajas de la civilización. Poseen absoluta confianza en su propia capacidad de adelanto. Me regocijo en esta constatación sobre todo porque Etúcuaro es ahora lo que Carapan y Huáncito y los millares de pueblos indígenas de todo México pueden ser mañana.

NOVIEMBRE 13.

«Desde ayer sábado se fue Melena a Etúcuaro. Ha organizado una escoleta semanal con los músicos del pueblo. El Médico, Vesta y el Insurgente pasaron allá el viernes. El doctor dio una veintena de consultas, Vesta hizo visitas y el Insurgente, quien según el médico, tiene un complejo de vacunación, ha inoculado ya a dos o trescientas personas. Entre estas gentes, me dice, la cosa es muy fácil, para todo se prestan, están prontas a todo».

«El domingo en la tarde nos fuimos Ana María, Vesta, Herrera y yo. Llevamos el cine. Don José María, el creador de la plantita de luz (un primor de ingenio primitivo), hizo una conexión directa de la dínamo al proyector y mandó apagar las luces de «la ciudad», con lo cual hubo fuerza suficiente para pasar la película. Como hacía luna llena, no fue posible dar las vistas en el corredor de la escuela y siendo los salones reducidos y el público numeroso no hubo más remedio que dar función por tandas. El regocijo de los espectadores nos conmovía. De momentos, aquello

M O I S E S S A E N Z

se tornaba alboroto. Estos ejidatarios están ya menos hambreados de distracción que los indios del interior, pero el entusiasmo era tan grande como el que embargó a los de aquí, lo manifiestan más broncamente, con aplauso, silbido y mucha bulla».

«Salimos del pueblo cerca de la media noche. La luna estaba como para rebanar. El aire crujía de escarcha. Los caballos trepaban con paso seguro, si bien cauteloso, por las escarpaduras del cerro. Cuando caímos a la cañada y cogimos el camino parejo, nos entregamos a la ensoñación en aquel mundo silencioso de luna y de frío. A las dos de la madrugada desmontábamos. No sentíamos las manos y apenas pudimos descender de las cabalgaduras. El café caliente nos supo a gloria. Quedó convenido en que iríamos a Etúcuaro todos los domingos».

Fiesta

El primero de noviembre es la fiesta de Huáncito, su único día en el año, la feria de la loza. Aunque se creyera que fuera de la Cañada nadie sospechara la existencia de este pueblucho arrumbado, desde la víspera los caminos se llenan con las caravanas que vienen a visitarlo en este su día de gala. Seis horas caminan los comerciantes de Patamba y de Jumicho. Llegan al pardear, con sus burros cargados de tinajas y de juguetes contrahechos y chillo-nes y se instalan en la plazuela.

Como toda buena fiesta, la de Huáncito comienza desde la víspera. Y se inicia con matanza de reses, reminiscencia de los antiguos sacrificios de las celebraciones de ritual. Supervivencia de un rito que pierde su sentido místico y se conserva a fuerza de dar al indio comida de festín. En Huáncito mataron siete bueyes, tres carneros y seis puercos; número excesivo, ¡mas para qué otra cosa es la fiesta, sino para comer a satisfacción! En todos los rincones de la plaza, en los portales de las contadas casas que la limitan, a la sombra de alguna enramada del callejón, se improvisan los expendios de carne. Las indias compran sus presas y se van ufanas a preparar el churipo. En la noche, la plaza parece un campamento.

El mercado comienza muy de mañana. Para las nueve ya casi se han acabado los cántaros; ¡Y eran tales los rimeros que habíamos visto la noche anterior! Rivaliza con este giro, el de los juguetes de Jumicho, de barro moldeado a mano. Se exhiben sobre hileras de cajones del largo de la plaza. Detrás de cada puesto, sentados en el suelo, están los fabricantes, hombre y mujer, que en este momento se han tomado comerciantes. La mercancía es de un exotismo, absurdo y primitivo, inolvidable. Cada pieza ani-

M O I S E S S A E N Z

ma vida propia y se destaca en aquel circo inverosímil y pueril. Desconcierta el color; la forma vibra apenas aprisionada en la plástica del barro. Nunca en el mundo he visto perros como éstos, negros de azabache con grandes flores color pitaya sobre los ijares, o de zalea rubia con pintas brillantes sobre todo el cuerpo. Los búhos son monstruos de pesadilla: enormes criaturas hinchadas con cabeza de gente y cola de flauta, pintadas con toda la paleta de los rusos y con toda la gama desorbitada de estos indios que se han metido a mestizos. Juguetes de fantasía. Se divirtió con ellos el artífice, con ellos se solaza esta multitud que ha venido a Huáncito de las cuatro direcciones del mundo y que los compra por piezas y docenas, haciendo sarta de los pequeños monstruos, como fascinada: colgándoselos, en ristras multicolores por el cuello, por los hombros, por los brazos, divertida del tintineo del barro que se le quiebra sobre el cuerpo.

Hubiérase creído que en este pueblo de alfareros, -que Huáncito lo es-, la feria serviría para que los fabricantes expendiesen sus propias manufacturas. No hay tal. De las docenas de puestos de cántaros, de cacharros, de cazuelas, uno solo era de gente del lugar, todos los demás pertenecían, a comerciantes foráneos. Los propios vecinos compran cántaros de Patamba, y no precisamente porque sean mejores que los suyos. (Ellos, como tantas otras gentes, ¿preferirán lo «extranjero» a lo nacional?). Pregunté a un alfarero de Huáncito por qué no sacaban su loza. «No estaría bien eso, dijo, porque los de Patamba no venderían tanto»... y es claro, desempeñando de anfitriones no podían tomarse merca-deres.

Las puertas de las casas están adornadas con *apátzecurls* (*zempasúchil*, «flor de muerto»), flor de ánimas y brillantes guirnaldas de orquídeas, (Oro, blanco y solferino). A mediodía, las mujeres de Carapan suben al cementerio a llevar ofrendas de pan, de miel, de flores y de cera. Fiesta ceremonial y silenciosa del Día de Finados.

Por fin vamos a Paracho, domingo 23 de octubre, fiesta de no sé qué. Ya muy noche, el sábado, concertamos el viaje. A las seis de la mañana nos disponemos a la marcha. Yo monto el Charro, ofrezco el Pajarito a alguno de los compañeros y la señora Reyna cede el Burgués a Chabela. El Pajarito caracolea largo rato.

C A R A P A N

Todavía no asomaba el sol cuando cogimos el camino. Nadie se imagina que pueda hacer tanto frío por estas tierras. Tenemos las manos tías; los pies helados. Pero a las dos horas la mañana es espléndida. Ascendíamos por el sendero ondulante, lleno de sorpresas, divisando este cerro verde y aquel azul y más azul el otro; escondiéndonos momentáneamente entre manchones de encina, atravesando florestas de parque inglés. El Mediano, que caminaba a paso vivo, metió una mano en un hoyo y la pobre de Vesta dio la maroma por las orejas y cayó tan larga al suelo, haciéndonos temer por instantes una desgracia seria. Pero nuestra amiga se levantó ágil y antes que quejarse, acariciaba a su noble animal. Más tarde, enfriado el golpe, le resultó un tendón torcido y un dolor horrible que la obligó a quedarse en Paracho, en casa extraña, por dos días.

No me esperaba así a Paracho. Es duro y alto, semi-árido -sí se le compara con la lozanía de toda esta región- volcánico, arenoso. Tiene algo de los pueblos del Ajusco, que ven al valle de México. Todos los corrales son de piedra ígnea: basalto, lava y tezontle. Las casas: cuerpo bajo de piedra, paredes de tablón, techo de tejamanil. Contrasta lo macizo de la parte inferior con la ligereza de la sobre estructura. Color peculiar: café gris lo que es de roca y gris acero lo de madera. Arenas negras, piedras grises, palos acerados; al fondo montes cónicos. Estampa japonesa.

La plaza es digna de verse. Rebosante, bullanguera, toda manchada de color, Lo mejor es la loza. Cántaros rojizos de Patamba, cacharros verdes de Quiroga, juguetería de Jumicho, jarritos floreados de Santo Tomás, ollas de Huáncito. Abunda la comida. Mucha fruta de la estación, montañas de jícamas y de manzanas, Incontables rebozos azules con rayas blancas; algunos sarapes negros; ceñidores multicolores; muebles de madera blanca; molinillos historiados, violines y guitarras.

Cuando se aproxima la pascua y el año que no ha tenido invierno presiente la primavera, se izan enseñas blancas en las casas donde hay «muchachas en flor». Las gentes del barrio se juntan en tomo de la banda que toca sanes. Llevan las mujeres pendones albas, prendidos en vástagos de carrizo adornados con gallardetes de papel «de china» recortado con las siluetas de toros fornidos, y los muchachos grandazos torear a los mirones con unos

M O I S E S S A E N Z

becerros de juguete del tamaño de un gato. Y se van luego por la calle grande, al frente los músicos, danzando por el camino todas las mujeres, triscando los muchachos y marchando los mancebos gravemente a la retaguardia. Se van por el sendero del Ojo de Agua, cruzan el arroyo y suben por la vía de Paracho hasta el alto de la cuesta, desde donde se ve el pueblo arropado de árboles y el Cerro Madre se divisa en guardia. Sube un cuartel y otro y todos; tribus que sacan del subconsciente filiaciones olvidadas, en este momento en que la conjunción de las primaveras, -la del año, la de las muchachas, la de los hombres- renueva urgencias de la especie.

En el cerro las bandas tocan por turnos y las mujeres de cada barrio bailan en grupo mientras los jóvenes miran extasiados desde el alto a la vera del camino. Danza suelta, al son de una música que acaba de aprender las siete notas, recayendo terca en las cinco que de antaño conoce. El rebozo cae libre de la cabeza por los hombros, como manto de virgen; la blusa blanca se abulta levemente en donde están los senos y la enagua pesada se abre y se cierra como abanico rozando el suelo y escondiendo el pie desnudo. Los mancebos recortan su forma sobre el horizonte de la tarde en posturas indolentes, inútiles e indispensables a la vez, en aquel instante, como las nubes blancas que manchan la turquesa del cielo. Los chiquillos hacen burla y subrayan la intención con su lidia de simulacro.

Al caer el sol, cesa la música, se para la danza, esconden los muchachos sus becerros bajo la tilma, pliegan las mujeres sus banderas. Se reparten corundas y subrepticamente, se liba un trago de charanda. Después, niños, doncellas, mancebos, mujeres y varones recogen un leño del monte y se vuelven al pueblo para depositarlo ... en la casa cural. En el curato (que es la Estación ahora), por que algún sacerdote con sentido práctico los enseñó a entregarle el tributo que hace muchos, muchos años, (tantos, que ya sólo los muy viejos creen recordarlo), llevaban a la casa cuya bandera blanca anunciaba que allí vivía una moza casadera.

Crítica

Llegamos a Carapan en julio. Para mediados de enero siguiente me despedía de mis amigos de la Cañada. La Estación continuó por el resto del año. Salí de Carapan porque dejé la Secretaría de Educación Pública. No había relación de causalidad entre las dos salidas, sin embargo. La cuestión con el Ministro Bassols, fue de opiniones y puntos de vista en cuanto a la política educativa general y, particularmente, sobre las relaciones del titular y de algunos altos jefes de la Secretaría, con los maestros. Menciono el hecho, únicamente para explicar por qué, no obstante mi entusiasmo y las perspectivas, corté tan prematuramente la experiencia. Cabe también decir que siendo Carapan una creación tan personal mía, no podía ser heredada con buena gracia ni por Bassols, ni por su sargento de la empleomanía, Rafael Ramírez. Casi todos los compañeros que fueron conmigo a Carapan continuaron allá pero para nadie era un secreto que después de mi pugna con el Ministro, la Estación estaba condenada a muerte; no precisamente porque yo fuera indispensable, cuanto porque Ramírez subrayaba su lealtad en turno combatiendo el «Saencismo», que no existía por otra parte, más que en su mediocre y metodológica imaginación. La clausura se realizó, en efecto, a fin de año. Si tuviera a la mano datos precisos sobre el desarrollo de 1933 -el año en que ya no estuve yo al frente- algo diría, pero mis informaciones son muy deficientes. Mi crónica queda reducida a los primeros seis meses, y he dicho ya casi todo lo que hay que contar. Pero no absolutamente.

Apenas he mencionado el censo. Formularlo, fue ya labor de cierta importancia; después se inició y se levantó en gran parte. Los resultados, que yo sepa, no han sido tabulados. Carlos Basauri

M O I S E S S A E N Z

desarrolló desde nuestra llegada sus observaciones etnológicas y notó mediciones antropométricas. Creo que reunió datos suficientes para una monografía más completa que las que ha redactado sobre los Taraumaras y sobre los Otomíes. Ana María Reyna, empeñosamente organizó las investigaciones sobre algunos fenómenos mentales de los carapenses. Formuló, con la colaboración de Nájera, las pruebas con que se estimó el aprovechamiento escolar de los niños de la Cañada, a fines del año. Aplicó sus tests de vocabulario en escala de amplitud suficiente para rendir conocimientos apreciables sobre el fenómeno del lenguaje. Cuando yo salí de Carapan se ocupaba de la confección de un test mental de más compleja índole, con el que hubiera podido sondear válidamente la inteligencia y las aptitudes de los indígenas de la Cañada, e iniciaba un estudio sobre la intensidad relativa de los motivos «cooperación» y «competición» en adultos y en niños de la escuela. Entre otras cuestiones quería la Sra. Reyna con este estudio cerciorarse de (1) hasta qué grado elegirían los individuos de la Cañada trabajar en beneficio del grupo en lugar de trabajar para si propios y (2) hasta qué grado cederán los individuos su trabajo en beneficio del grupo si retenerlo significa ganancia personal. Todo lo cual arrojaría luz sobre ese vago «espíritu comunal» de que tanto se habla cuando se trata de indios.

Yo, por mi parte, tenía en marcha dos o tres indagaciones que me parecían importantes. Desarrollaba un estudio minucioso sobre la industria alfarera de Huáncito y Santo Tomás, considerando sus aspectos técnicos y económicos y contemplando a la vez los factores estéticos y psíquicos. El decorado opulento de los cántaros, de estilización sutil, ofrecía un campo de primer orden para estudiar tanto el concepto estético de los operarios, cuanto los procesos mentales que guían la composición y la manera de ejecutar. Recuerdo, por ejemplo, una alfarera que al pintar flores, invariablemente comenzaba por los elementos periféricos, los puntos de las anteras, después la línea del pistilo que juntaba en el ovario básico, encerrando todo en la corola, pincelando, para finalizar, el pecíolo. Tratándose de pájaros, empezaría por el pico y así en lo general. Su hija, en cambio, excelente pintora también, seguía un procedimiento diametralmente opuesto, que podríamos lla-

C A R A P A N

mar lógico. Comenzaba la construcción de sus dibujos por lo fundamental, para diseñar al final lo exterior.

Me interesé igualmente por la distribución de los productos de la Cañada y esto me llevó a considerar el asunto de los mercados pueblerinos de los alrededores. El tráfico de menesteres y materias alimenticias, su dispersión geográfica, el radio de alcance; los costes, rendimientos, plusvalías, etc.

Tenía iniciados igualmente algunos estudios sobre las migraciones y difusiones culturales. El problema fundamental de la Cañada era justamente el de la mexicanización, que depende de elementos observables y fáciles de comprobar. Convenía estudiar la movilidad de las gentes, el choque de intereses las modificaciones de la cultura en sus formas objetivas, tales como trajes, ritos, fiestas, alimentación y casa. Pretendía con todo esto, encontrar los *índices de mexicanización* y si fuera posible valorizarlos. Ya el índice biológico, definido por la Colonia, (grados de mestizaje), era inservible. Ahora se necesitaban patrones culturales y económicos.

He dicho muy poco sobre la labor médica y nada de la encomendada a la trabajadora social, no porque fuera insuficiente lo que se hizo, sino porque hasta el punto en que avanzó la obra para la fecha de mi salida, si bien lo realizado era importante, no revestía, todavía mucha originalidad y eficacia: el médico y su ayudante y la trabajadora social hacían labor de extensión en toda la Cañada. Quedaron vacunados, prácticamente todos los habitantes. El entusiasta agente, sanitario, nuestro «Insurgentes», padecía, decían los compañeros, un complejo de vacunación: persona a quien veía, era persona a quien vacunaba. (Lo mismo le pasaba a Ana María Reyna con sus pruebas de vocabulario). En cuanto a obras materiales, algo más de lo que se ha relatado se hizo en mi tiempo. En Carapan se comenzó la construcción de una escuela; en Huáncito planificamos la edificación de un Centro Comunal que comprendería el hospital regional, la sala pública, la escuela, la casa del maestro y un *museo* de cerámica regional. Quedó también plantado un vivero de aguacates corrientes que iban a servir de pie para injertarles yemas de árboles selectos.

Pero después de todo, quedó cumplida ya la tarea de esta memoria, puesto que he bosquejado la experiencia de Carapan:

M O I S E S S A E N Z

dije por qué fuimos, qué intentamos hacer y cómo iniciamos los trabajos. Y como todo aquello no fue más que un principio, comienzo en los seis meses que yo dirigía, e iniciación también en el año que siguió, con lo que se ha dicho, basta. Pero no resisto la tentación de formular un juicio o dos. Creo que el proyecto de Carapan, no obstante mis prevenciones en contra del formulismo pedagógico y de la inutilidad de los métodos meramente magisteriales frente al problema que nos ocupaba, pecó de demasiado pedagógico. En realidad, aquel grupo, como escribe Salvador Novo, era un conjunto de maestros dirigidos por un profesor. Quiero dejar constancia de que no fue nuestra intención *metodolizar* y que hicimos cuanto pudimos para desformalizarnos. Pero, después de Educación Pública y en esto estribaba una de sus debilidades. Debía haber sido de hecho y no únicamente en teoría una agencia de *todo* el Gobierno, es decir, de Agricultura, de Salubridad, de Economía, de Comunicaciones. Otras oficinas, además de la del ramo educativo, debieron haber comisionado a sus especialistas. Esto, por sí mismo, hubiera ya equilibrado el peso de la pedagogía. Además, carecimos de elementos materiales para hacer obra de cierta envergadura económica. De sobra sabíamos que lo que importaba era organizar el pequeño crédito rural; que se necesitaban sementales para mejorar las razas, que hacían falta buenos viveros para sustituir con ejemplares selectos los árboles dañados. No era visión lo que faltaba, sino medios de realización. No creo que la deficiencia hubiera sido indefinida. No obstante la abstención de otras secretarías de estado, la de Educación destinó a Carapan, para 1933, un presupuesto que si todavía era modesto, resultaba de todas maneras mucho más amplio que el que habíamos tenido y ofrecía ventajas para el trabajo de que carecimos durante los primeros seis meses.

Palpamos en Carapan todos los días la dificultad de armonizar el fin de especulación científica con la acción social. Problema de hombres. A ciertos investigadores los tenía sin cuidado la acción; su deseo era elaborar ciencia. Otros padecían del defecto contrario, eran buenos ejecutores pero no los turbaba la más ligera curiosidad científica. Yo pretendía que todos hiciésemos ciencia con fines normativos: estudiaríamos la realidad, catalogaríamos los hechos, describiríamos los fenómenos, generalizaríamos. En se-

C A R A P A N

guida, enfocaríamos todo aquel conocimiento hacia la formulación de prescripciones resolutivas de la situación problemática observada. No es el caso, decía yo, producir una monografía sobre la habitación de Carapan, sino, registradas sus características, analizados sus defectos, redactar un plan de mejoramiento material de la casa. Mi concepto de la etnología que interesaba era, según el mismo ejemplo, promover el adelanto comunal al grado de que la ventana, demos por caso, elemento ausente, llegase a generalizarse. En tales términos, la etnología vendría a ser sierva del sociólogo práctico rural.

No obstante las dificultades que encontramos, sigo creyendo que es posible la articulación que me preocupaba. Si es difícil conectar el conocimiento ganado *in situ* con el problema particular inmediato, tarea casi insuperable para la mayoría es canalizar los principios generales de la ciencia pura hacia las aplicaciones específicas. Y más cuando tratándose de sociología mexicana sistemática, nos hemos quedado en Spéncer y la etnología es una compilación de citas de los cronistas de la Nueva España. Esto no obstante si se tratara de repetir la experiencia, me resolvería a separar el personal en dos grupos, uno de investigadores estudiosos y otro de ejecutores inteligentes. Los primeros elaborarían la ciencia, los segundos la aplicarían. El director tendría la responsabilidad de establecer las conexiones.

La peor deficiencia de Carapan fue su efemeridad. Yo estuve seis meses; después de mí se trabajó un año. El plan que nos teníamos trazado hubiese requerido según mis cálculos un año más para los estudios y además dos o tres de acción social, a efecto de dejar definitivamente implantadas las organizaciones que íbamos creando. Después hubiera sido preciso retirar paulatinamente los elementos excesivos y al fin y al cabo dejar a los once pueblos a su propio destino, bajo la influencia de las nuevas instituciones, sobre las que el gobierno mantuviera el control y dirección que su naturaleza demandase. No quiero decir con esto -sería presuntuoso y absurdo- que en el plazo de tres o cuatro años el problema de la Cañada hubiera quedado resuelto. Lejos de ello. Pero después de todo la Estación no tenía compromiso de incorporar a los Once Pueblos a la vida mexicana sino de estudiar el fenómeno de la incorporación estableciendo de paso acciones benéficas para las comunidades.

M O I S E S S A E N Z

La liquidación de Carapan es sintomática de una dolencia mexicana: la falta de perseverancia. Pueblo de imaginación y de ardor, nos lanzamos a la empresa generosa sin medir riesgo ni costo; despilfarramos, para eso somos jóvenes, dinero y energía y con igual desenfado dejamos el proyecto a medio andar y nos entregamos a uno nuevo. Han pasado cuatro años desde que estuvimos en Carapan. La Capilla de don Vasco no se habrá vuelto a abrir, la fachada blanca estará manchada con las lluvias, el rótulo se habrá borrado y aquella luz que se encendía todas las noches y que se veía desde el cerro viniendo de Purépero, no brillará más. La torre estará otra vez desmochetada y tal vez las escuelas hayan vuelto a su tediosa rutina. Los indios seguirán también en la suya propia. En cierto sentido esta es la historia de tantas y tantas reformas en México. A veces me maravillo de que después de tanto ensayo, tengamos todavía entusiasmo para empezar de nuevo y paciencia para escuchar al profeta en turno.

Ni la índole de nuestra experiencia, ni el breve plazo en que se desarrolló pudo habernos llevado a ningún punto final, ni nos ubica en el plano de las generalizaciones. Sin embargo, Carapan fue un buen divisadero. Pudimos contemplar desde allí el llamado *problema indígena*, viéndolo de adentro para afuera, casi como lo mira el nativo, para quien, si piensa en ello, la cuestión se torna en el *problema mexicano*. En realidad la responsabilidad es toda nuestra. Lo cual no quiere decir que el nativo no tenga anhelo, sino que el mexicano es quien debiera sentirlo vivamente. Insisto en que el asunto es de mexicanización. Pero hay que definir: Hablar de mexicanización en términos de conquista etiópica, sería un insulto a nuestro tiempo y a nuestra propia conciencia social; tratar de ella con las vaguedades de un patriotismo septembrino, es, para decir lo menos, anacrónico y anticuado.

La mexicanización debe ser vista, en primer lugar, en sus aspectos materiales; depende de la geografía, de las comunicaciones. El problema es sencillamente una cuestión de grupos humanos aislados, remotos, olvidados. Lo que pasa en la Cañada no sucede porque la comarca sea india, sino porque está apartada. El más eficaz enemigo de los cacicazgos estilo Prado y de todos los abusos de autoridad que sufren los naturales será la carretera. (Es un dato curioso que durante la estación lluviosa, cuando no corren camiones, es cuando hay asaltos por el camino cerca de Chilchota).

C A R A P A N

En este sentido, y a condición de que el plan de vialidad tomara nota del problema indígena, le voy más a la carretera que a la escuela para resolverlo.

El problema indígena tiene del fenómeno de impermeabilidad, resultado del aislamiento. Siguiendo el símil físico, la mexicanización es lo opuesto del indigenismo, por ende, significa difusión, permeabilización. Los flujos osmóticos son lo mexicano, que penetra a la celdilla nativa y lo aborígen, que se difundiría hacia la periferia. Es fácil comprender de que lado está la mayor tensión, y evidente lo que tantas veces he dicho: presenciamos un fenómeno de expansión mexicana. Pero insisto, mi reiteración no es nueva, en que las fuerzas de la celdilla indígena, ni están inertes, ni son despreciables. Pero mientras que su infiltración hacia México tendrá que ser un proceso más o menos fatal, el correlativo, el de la penetración mexicana, puede y debe ser selectivo y dirigido.

A veces me ha asaltado el temor de que México, no obstante su pujanza, no la tenga suficiente para insinuarse con propósito y eficacia hasta el último confín de su dominio natural. Perdimos Texas a los Estados Unidos por esa falta de vigor y quién sabe si aun corramos el riesgo de perder la Baja California otra vez a los yanquis y la zona oriental de Yucatán a los ingleses. En cuanto a los indios, nadie vendrá a disputárnoslos al corazón de Anáhuac pero no los merecemos si en décadas y centurias no hemos sido capaces de integrarlos a la vida nacional.

En Carapan me di cuenta de que existen cuando menos tres Méxicos, el del asfalto, el del camino real y el de la vereda. Citadino y urbanizado el primero; campesino el segundo; indígena el último. No sería tan difícil que los habitantes del fundo indígena se pasen al valle de los ejidatarios, pero hecho el traslado, el problema si bien ya no se llamaría de Incorporación Indígena, tendría que seguirse llamando de Incorporación Campesina, lo que, totalizando, significa que estamos frente a una necesidad inaplazable, la de la integración de México.

No solamente cuando me he situado en mi divisadero de la Cañada, sino también cuando transitaba por los anchos campos michoacanos, como cuando he recorrido todos los caminos pobleños, me he dado cuenta de la separación entre esos tres mundos mexicanos. Los de las capitales hablan un idioma, se deleitan con

M O I S E S S A E N Z

un arte, manejan ideas que los del campo ni entienden, ni conocen, ni saben apreciar. Las dificultades que experimentamos para leer los diarios capitalinos a los carapenses no eran propiamente debidas a las palabras, sino al contenido del lenguaje mismo, a las ideas y estados de conciencia que expresaban. Los mismos afa-nes hubiéramos tenido que sufrir si en lugar de un auditorio indí-gena hubiésemos tenido enfrente un grupo ordinario de campesi-nos. Y estando allá en los silenciosos recesos de los campos de México, sentimos la angustia del olvido y nos rebelábamos en contra de aquellos ágiles parlachines y escritores, que manejan un idioma que no podíamos entender los que vivimos en jacales obs-curos y marchamos a pie o arriamos un burro por los caminos asoleados. Nos chocaba la arrogancia de aquellas gentes que sin otro horizonte que el de la ciudad, se erguían en mentores de un México que desconocen. Nos encogíamos de hombros ante las proclamas de los redentores políticos, repetidores de frases huecas, expertos sólo en el arte del chanchullo y del servilismo. Y tales reflexiones y sentimientos me hacían recordar que el problema in-dígena, como el del campesino mexicano, no es puramente cuestión de ese materialismo tan expostulado en estos tiempos sino que tiene que ver también con acciones culturales y con influencias es-pirituales que deben ponerse en juego para su resolución. Por eso tal vez, en Carapan, el Centro Social tuvo tan importante ubica-ción.

Carapan me despejó algunas pocas ilusiones sobre los grupos nativos -aquella mística de la cooperación vecinal de que tanto hemos disertado, por ejemplo- en cambio, confirmó la mayor parte de mis creencias y casi todos mis optimismos. Pero el mayor servicio que me hizo fue aclararme esta doble tesis fundamental: el problema del indio es primordialmente un problema humano, y en cuanto a México, corre en función de la integración nacional. El proceso de socialización, por si sólo, basta para su resolución, siempre que entendamos que socializar quiere decir comunicar y comunicamos e implica en seguida la participación mutua de be-neficios y responsabilidades. Socializar al indio no es ni incautar-lo, ni regimentarlo, ni exterminarlo; es hacerlo una parte de noso-tros. Al socializar al indio tendremos forzosamente que socializar-nos a nosotros mismos y esto quiere decir que siendo buenos mexi-canos aprenderemos también a ser mejores indios.

Proyecciones

El subtítulo de esta crónica dice «Bosquejo de una experiencia». Eso fue Carapan, un boceto; no llegamos a ningún paradero. Tampoco a concreciones de ideas o de método. Queda en el dominio de lo particular. Lo cual no quiere decir, sin embargo, que carezca del todo de valor general. Tiene alguno, pero ligado siempre a nuestra percepción, a la mía propia y a la de mis compañeros.

Carapan se ha proyectado en mi espíritu, confirmando ciertos puntos de vista sobre el problema indígena, modificando otros, marcando rumbos, señalando escollos. No alcanzamos a trabajar en la Cañada, el tiempo suficiente para una demostración general, pero obtuvimos una comprobación íntima. Mi propia ganancia en cuanto a ideas, queda registrada en un estudio que formulé el año pasado sobre la creación de una oficina especial que deba avocarse el problema indígena de México. Se recordará que el Presidente de la República dio a conocer su propósito de crear un departamento federal de población indígena. Mis apuntes fueron una colaboración a la iniciativa del Sr. Gral. Cárdenas. La razón para incluirlos en este libro, es que las ideas que los informan derivan directamente de la experiencia de Carapan. Son en realidad su proyección.

No sobra aclarar que el Departamento de Asuntos Indígenas que creó el Presidente Cárdenas, después de considerar la posibilidad de organizarse más o menos de acuerdo con los lineamientos que mi proyecto señala, se constituyó sobre una base distinta. La nueva oficina no tiene personalidad administrativa, únicamente carácter de investigación y de consulta, a más de erigirse en personero de las comunidades indígenas ante el Gobierno. Las razones que determinaron tal organización van anotadas con toda claridad

M O I S E S S A E N Z

en la exposición de motivos de la ley que creó el Departamento. Algunas de ellas quedan expuestas en este proyecto.

La diferencia señalada no es, sin embargo, de fondo, sino de forma. No está a discusión la acción que el Gobierno de México desarrolla ante su problema indígena ni los propósitos últimos de su política, cuestiones en las que estamos de acuerdo y que sustancialmente se presentan en el estudio que sigue; lo único que se discute es si conviene crear dentro del Gobierno un organismo especial para desempeñar la función o si ésta debe sencillamente descargarse a través de las oficinas y agencias ya establecidas.

SOBRE LA CREACIÓN DE UN DEPARTAMENTO DE ASUNTOS INDÍGENAS

CONSIDERACIONES GENERALES.- Existe en México un problema indígena de perfil característico; diferente del problema campesino en aspectos culturales y económicos, en la exigencia y el apremio de resolución y en cuanto al método de ataque. Diferencias de grado, si se quiere, de todos modos, suficientemente gruesas para hacer pensar en la creación de un instrumento resolutivo especial.

Una breve reflexión basta para saber que lo anterior es verdad. En muchos sentidos, los indios han sido en México una clase extra social. Aproximadamente dos millones de ellos no hablan el idioma nacional, el castellano. Los núcleos más remotos conservan, frente al Gobierno de México, local o federal, una cierta independencia, fatal y obscura, vestigio tradicional en cuanto a los nativos; desidia o falta de visión por el lado de los mexicanos. Las aproximaciones del mexicano hacia el indio producen, por lo común explotación de los naturales, desadaptaciones, desvirtuación de la cultura y envilecimiento de las personas (alcohol y servidumbres). El proceso de nacionalización que, iniciado desde la última etapa de la Colonia ha venido desarrollándose en México con un ritmo cada vez más rápido hasta culminar en el ciclo revolucionario de 1910 que aun estamos pasando, desenvolvimiento que en esencia marca la insurgencia del mestizo mexicano a la vida política y social y su liberación económica, ha dejado al indio al margen del beneficio,

C A R A P A N

pues, aun cuando los nativos hayan empuñado el rifle o hayan sido carne de cañón, las reivindicaciones han sido para el mestizo, para él las leyes y el mando; las tierras y el ejido; las escuelas. Nuestra propia Revolución apenas si se escapa de esta culpa. Muy apenas. Se ha hablado y sentimentalizado sobre el indio; se le han fundado algunas escuelas y, si había llegado ya a la condición de peón, habrá recibido alguna tierra. Pero ni el programa educativo ha sido redactado con vistas especiales hacia el nativo, ni el estatuto agrario se acuerda de él muy mucho.

Claro que el pecado no es de intención sino de organización. Nuestro programa es general; el ideal mexicano, comprensivo, pero no hemos sabido todavía canalizar la acción para que llegue al solar remoto y escarpado del aborígen, ni nos damos cuenta de que la integración mexicana no puede ser válida sino a base de la armonía entre los elementos componentes.

De sobra sé que la Constitución no establece excepciones, que las garantías son para todos; que por otra parte, en lo que respecta a escuelas hay un deseo evidente de acercamiento a los grupos indígenas y de adaptación, y que la ley agraria es general. Pero también sé que los indios viven lejos, en tiempo y en espacio; que sufren de abandono; que existen en un mundo sordo, sin leyes y sin jueces; que se pudren de mugre y de enfermedad; que comen mal; que se pasan la vida en el silencio, sin entendernos y sin poder comunicarse con nosotros; que padecen de aislamiento, con todo lo que eso implica de oscurantismo, de vejación y de atropello.

Incuestionablemente el problema existe. En consecuencia ¿será conveniente crear un órgano especial que ensaye una solución? He meditado largamente la cuestión. Me inclino al fin por la afirmativa. Considerando sin embargo, que cualquiera agencia que para el efecto se cree debe estar limitada en duración a la existencia del problema singular, desapareciendo tan pronto como las características de éste se deslían en la corriente de la vida nacional. Y esto quiere decir, no que el Departamento que se propone dure mientras existan indios en México -eso va largo- sino que funcione únicamente para asegurar que la acción oficial se canalice adecuadamente hacia el indio y que, por otra parte, éste quede conectado con el organismo nacional y con la vida del país.

M O I S E S S A E N Z

No hay duda que la situación actual del indio, demanda la aplicación de medidas específicas. Me parece, además, que el proceso social mexicano ha llegado a tal punto que, si ha de avanzar hasta la total integración de México, exige inaplazablemente el desarrollo de un plan, tendiente a situar las masas indígenas en el mismo nivel económico, cultural y legal a que ha llegado ya el resto de la población mexicana. No hacerlo significará retardar la consolidación nacional y posponer, para tiempos quizá menos propicios, la total mexicanización de México.

Me doy cuenta de la objeción que alega que existiendo ya en el Gobierno órganos de acción social, económica, educativa, política, no habría para qué crear un instituto especial de acción indígena. Bastaría con dirigir la atención de las oficinas al sector correspondiente. Pero el hecho es que a lo largo de los años no ha faltado quien haya deseado extender el brazo del Gobierno a los indios, y no obstante, se ha logrado muy poco. Porque, después de todo el Gobierno es decir los agentes del Gobierno, oyen a quien les llama, y el indio casi nunca ha hablado (no ha podido o, a veces, no ha querido); atienden a quien ven, y el indio vive lejos. El resultado es que, fatalmente, el Gobierno Mexicano no es más que un instituto mexicano, es decir alcanza a los que están ya adentro de la familia nacional, pero deja en el más injustificado abandono a los indios, que, repito, han sido en realidad, grupos extra sociales.

No faltará universalista que afirme que siendo México un país predominantemente indígena, con una pequeña minoría de blancos, si se trata de crear una oficina como la que consideramos tendría que ser no un «Departamento de Incorporación del Indio» sino más bien uno de «Incorporación del Blanco». La objeción no carecería de sentido si se la enuncia como imposibilidad de localizar al indio, de circunscribir la acción de la oficina que se proyecta. Más adelante considero este punto, baste decir aquí, contestando, que México es por definición, un país no de indios ni de blancos, sino de mexicanos y que, desde el punto de vista práctico, sí puede localizarse el grupo minoritario de los indígenas.

Por otra parte, no conviene singularizar demasiado. Hay que evitar enmarcar a los naturales en categoría especial. La salida lógica del indio en México es hacerse mexicano. Encerrarlo teó-

C A R A P A N

rica o prácticamente en «reservaciones» es condenarlo a la esterilidad y a la extinción última. No pertenezco al grupo de sentimentalistas que desean a toda costa conservar «indio» al indio; tampoco me he ilusionado con ese romanticismo pueril de los que tratan de «indianizar» a México pretendiendo un poético retorno a la prehistoria; menos me preocupa el afán de mantenerlo pintoresco, para deleite de turistas descompensados. Creo en el indio dentro del mexicano. El indio exótico en México me parece tan incongruo como el criollo extranjerizado. Como pocos, me precio de estimar los valores nativos. Pero precisamente porque los taso tan alto, quiero darles vigencia en la vida mexicana. ¿Qué se trata de una conquista del indio? Tal vez. Pero es una conquista para dar vida, no una campaña de muerte. Captando al indio, se crea la posibilidad de que se insinúe para siempre en la idiosincrasia mexicana, de que viva eternamente en el pulso de su emoción, en el roce de su sensibilidad y en la sangre que para siempre correrá en las venas del mestizo. Lo sentamos, además, en el estrado nacional. El mexicano se enriquecerá a la vez. Al incautarse al indio, se hará más indígena, es natural, pero también más mexicano, (qué «mexicano» es, por definición, en parte indio). Cada gota de sangre nativa que beba lo acerca más a los veneros de su vida, le da ojos más comprensivos para su universo, lo confirma en su derecho político. (La tesis del rabioso Vasconcelos de identificar la tendencia indigenista con el «pochismo» es evidentemente absurda. Por el contrario, un México leal a su ascendencia indígena está más seguro en contra del imperialismo que uno meramente europeizado).

Con una oficina especial para tratar lo concerniente al indio se corre el riesgo de hacer del aborigen un grupo aparte y de perpetuar indefinidamente su predicamento. No hay para qué disimular tal escollo, antes bien conviene señalarlo como una de las contingencias del proyecto. Albergo sin embargo la convicción de que el peligro debe y puede obviarse.

SUMARIO.- Lo anterior es de tal importancia que aun a riesgo de parecer redundante, hago un sumario: Primero, existe, con caracteres agudos, un problema especial indígena en México; segundo, para atenderlo conviene crear una nueva oficina en el Gobierno; tercero, es inconveniente singularizar la situación del indio

M O I S E S S A E N Z

tanto porque no debe hacerse distinciones en su contra, cuanto porque no es bueno establecer una política paternalista, ni mucho menos de exclusión hacia los grupos nativos; cuarto, a toda costa habrá que precaverse del peligro de prolongar innecesariamente el cuadro primitivo, tendencia natural de la nueva oficina que, aun inconscientemente querrá perpetuar los beneficios y los intereses burocráticos de quienes la regenteen; quinto, el futuro del indio en México tendrá que identificarse con el del mexicano, (en otras palabras, el indio, como indio, no tiene futuro en México) ; sexto, pero sí tiene el aborigen un papel de trascendencia dentro de la nacionalidad mexicana como elemento biológico, como fermento espiritual y como lazo de unión y factor de comprensión entre el mexicano y la herencia nativa (tradición de cultura, sentimiento agrario, tendencia colectivista, cariño plástico); séptimo, para hacer más fructuoso, más rápido y más justo el proceso de incorporación y de amalgama, será conveniente que, cuando menos los mestizos (los mexicanos), que son el elemento activo, tengan conciencia clara de los valores indígenas que se apropia. Por último, no hay que olvidar que singularizamos la cuestión indígena por razón de método, mas nunca por consideraciones de exclusión.

CUATRO LÍNEAS DE ATAQUE DEL PROBLEMA DEL INDIO.- Situación compleja la del indio, como todo fenómeno humano integral, aun cuando se desenvuelva en un cauce primitivo y elemental, no puede ser resuelta unilateralmente. Por el contrario, hay que verla desde sus cuatro costados. La acción que se ponga en juego para rehabilitar, rehacer, readaptar al indio, para ser fructuosa tendrá que correr sobre las mismas líneas madres que encauzan su existencia. Estos aspectos sustantivos se refieren a la vida biológica, a la actividad económica, a la cultura y a la vida emotiva. Son, en otras palabras, (1) cuestiones de salubridad, (2) asuntos de la tierra, del laboreo y usufructo de ella y de la actividad manual, (3) materias de educación y de reorganización cultural, y, (4) factores de la vida interior y del desarrollo de la personalidad. Para mayor claridad, estos tópicos pueden redactarse en forma de problemas, así: cómo conservar la vida, hacerla más vigorosa y más larga; cómo ganarse la vida; cómo conocer e interpretar el medio y, por último, cómo ponerse a tono consigo mismo, con la tradición y con el propio universo.

C A R A P A N

Se han propuesto en México y en otras partes, muchas soluciones del problema del indio. Se han ensayado algunas. La cuestión sigue en pie, parte por falla de los mismos remedios y también por inconstancia en la aplicación. En un tiempo se probó salvar al indio con religión: emoción y fervor; una migaja de caridad cristiana y muchas ilusiones nebulosas sobre la vida del otro mundo. Ya sabemos del fracaso trágico: los apóstoles, instrumentos más o menos responsables de la expoliación; la religión, pretexto para el látigo; en realidad, bálsamo engañoso que pretendía, con la esperanza de goces celestiales, calmar los horrores de la vida actual.

Son conocidas las formas de hipocresía colectiva a que nos ha llevado el método romántico sentimental. El indio, objeto del compadecimiento mañoso de los curas, es llamado en lengua mestiza, «indiecito» y «naturalito», apelativos pronunciado en tono piadoso y convenenciero, matizado de superioridad y de condescendencia. Aparte de eso, por labios de mestizos oportunistas afortunados, en todas las tribunas públicas de México, se proclama al indio, su abolengo y fortitud, su heroísmo y sufrimiento, («pies de Cuauhtémoc», «raza de bronce», «águila azteca»,) alabanzas de retórica septembrina intrascendente. Últimamente hemos sido víctimas de otra clase de posturas que, si perdonables por lo bien intencionadas, no por eso dejan de ser tan estériles como las que he censurado. Me refiero a la actitud, algo generalizada hoy día, de quienes creen que son amigos del indio porque cuelgan en sus «leonerros» sarapitos y jícaras de Uruapan o se hacen bailar huapangos o pascolas en el día del santo, o de los que dicen que «hay que darle al indio la razón *aún cuando no la tenga*» (como si se tratara de un enajenado o de un imbécil impertinente), y de los que, en gira política o meramente de turismo pagado con fondos públicos, aceptan a su tránsito por los pueblos indígenas, todas las formas de tributo que ataño les exigieran los conquistadores e imponen no pocos de los vejámenes, recompensándolos con llamarlos «hijos» y darles, si acaso, palmaditas en la espalda; habiendo antes ajustado, eso sí, el utensilio casero para el mangoneo político que manejará a su tiempo el presidente municipal, un secretario o el jefe del destacamento. Hay que convencerse: el método apostólico, meramente emotivo, ha fracasado. Erraron los misioneros; les falla a los oportunistas, a las señoras burguesas de

M O I S E S S A E N Z

provincia y a los maestros románticos. Método falaz que no sirve más que el egoísmo de quien lo aplica, sea éste de intereses materiales, de influencia política o de compensaciones sentimentales.

La prescripción pedagógica es la más conocida. Se ha probado lo bastante para demostrar su ineficacia. Mucho antes de que la Revolución les hubiera dado escuelas, ya se habían fundado algunas en comunidades indígenas. Recuerdo muy bien las de la Sierra de Puebla. He visitado planteles de enseñanza primaria, abiertos por más de treinta años en pueblos netamente indios. Algunos con cuatro y hasta con seis años de estudios; muchos con dos y tres. Pero cuando he querido comprobar en la comunidad adulta los frutos de la obra escolar, me he dado cuenta con desmayo de que el saldo es casi nulo. Pueblos relativamente pequeños que no hablaban el castellano antes de que la escuela se fundara, siguen en ignorancia de la lengua nacional después de treinta años de acción pedagógica. Los adultos de la actualidad se sentaron de pequeños en el banquillo, aprendieron el español, supieron leer y hacer algunas cuentas. Hoy ni hablan el idioma nuestro, ni leen «j» y apenas si podrían poner su nombre. La comunidad es tan extraña al medio nacional, que pudiera creérsela de otro continente; los métodos de trabajo son tan primitivos como hace trescientos años, la tierra, empobrecida, mal rinde la ración mínima de maíz para subsistir; la dieta es miserable, llega a tortilla y chile, pero no a frijoles. . .

Pero no detallaré las deficiencias de aquellos planteles como instrumentos de mejoramiento colectivo, sería tal vez mucho pedir que la escuela de «leer, escribir y contar» se hubiera preocupado por las necesidades materiales de las gentes. Pero veamos, ese centro de enseñanzas librescas, ¿siquiera tuvo éxito en su tarea de intra muros? No, porque lo que los educandos aprendieron de niños, olvidaron de grandes. Se les encabritó el español, ya no saben leer y han perdido la facultad de escribir. Y es natural, porque en comunidades inertes, donde no circulan ni las ideas ni las personas, donde no hay qué leer ni para qué escribir y donde la aritmética no es función usual, los aprendizajes de las artes escolares fueron otros tantos ejercicios sin sentido que cayeron en desuso tan pronto como cesó la exigencia magisterial y que se olvidaron y se perdieron en los recesos subconscientes de un medio pasivamente hostil.

C A R A P A N

Por eso la escuela rural de la Revolución deja el manual y se empeña hasta donde más, para vitalizarse y enfocar las necesidades fundamentales y mediatas del pueblo. Hasta donde ha podido cumplir esta aspiración, la escuela nueva atina. Pero véase cómo, si acierta en la resolución del problema campesino e indígena, es justamente cuando deja su manera exclusivamente pedagógica y académica y se torna en un organismo social más amplio: un instrumento de civilización, no meramente de instrucción; de mejoramiento material, de trabajo, de socialización. Cuando se concibe así, la escuela ataca el problema del campesino no siguiendo la línea pedagógica como sola directriz sino también a lo largo de otros frentes, el económico y el de salubridad.

Es muy difícil que la escuela, así se trate de esta invención mexicana, tan original y atrevida, aligere el lastre pedagógico y sacuda la obligación docente lo bastante para llegar a ser un medio eficaz de mejoramiento colectivo total. Pero aún suponiendo que se libertara, quedaría en pie la imposibilidad de que esa sola pequeña agencia, regentada por uno o dos maestros, pudiera dirigir y desarrollar el vasto y complejo programa (instrucción, transformación económica, higienización y socialización) necesario para levantar apreciable y definitivamente el nivel de vida de una comunidad, así se trate de esas pequeñas células sociales que son los pueblos indígenas. Y por eso, retirando la salvedad de la escuela rural eficaz en sus mejores aciertos, hay que confesar que la escuela y el método pedagógico en general, son ineficaces por sí mismos para la resolución del problema del indio.

La solución económica es incipiente: esfuerzos aislados procedimientos fraccionados; ha faltado sistema, visión de conjunto y más que todo, elementos materiales. Acabo de decir que las escuelas nuevas han realizado débiles intentos de rehabilitación económica. La Secretaría de Agricultura y el Departamento Agrario, han desparramado su acción hasta algunos pueblos de indios. De cuando en cuando se ha organizado alguna cooperativa para las industrias típicas. A veces se han tendido hilos telefónicos y cuando llega una epidemia, Salubridad envía brigadas sanitarias. Pero ha faltado generalización y sistema. No se han señalado rumbos, ni determinado procedimientos, en consecuencia el método

M O I S E S S A E N Z

está ausente. (El pecado de los economistas es de defecto mientras que el de los pedagogos ha sido de exceso).

Pero estoy seguro que este flanco de ataque es el más importante. El Departamento de Asuntos Indígenas (o como se llame la oficina que se proyecta) atenderá especialmente la economía; la mayor parte de sus actividades habrán de relacionarse con las necesidades materiales de las comunidades: arreglo de las cuestiones del suelo, mejoramiento de los medios de producción, la elevación del Standard de vida, lucha en contra de las enfermedades y la mugre; organización socio-económica.

La campaña de salubridad y de higienización, la asistencia médica, la cruzada contra el vicio son facetas del aspecto económico, pero se destacan lo suficiente para merecer atención especial. Es sabido que, salvo los pequeños comienzos que han hecho las escuelas rurales y las Misiones Culturales, no ha habido propiamente acción en este terreno. (En 1935, bajo la presidencia del General Cárdenas, ha comenzado Salubridad a desarrollar un programa nacional de sanidad rural y en la actualidad esa oficina asume por primera vez su papel ante el México periférico).

Ya denuncié las falacias y los fracasos de la actitud sentimental, pero de todos modos, los factores emotivos no deben estar ausentes. No hay que confundir, sin embargo, el sentimentalismo, sincero o socarrón, ingenuo o hipócrita, que es propiamente lo que impugno, y el ardor y entusiasmo que han de ponerse en la cruzada indigenista y que aunque intangibles, son elementos imprescindibles para el éxito.

Tratemos ahora, no ya de la actitud de los directores, sino en general del rol que desempeñan los factores emotivos de la vida interior, determinantes de la personalidad, resortes del gozo y el contentamiento; componentes todos de la llamada vida espiritual. Afirmo que un plan de acción integral relativa a grupos humanos, particularmente aquellos de culturas tan primitivas como son los conglomerados indígenas, debe tomar en cuenta esos aspectos inmateriales. En el hombre no todo es estómago y sexo y manos encallecidas, hay cerebro también y hay -elementos todavía más importantes- imaginación, y sentimiento e ilusión; anhelo, deseo de superación. El indio, criatura del suelo, identificado con la tierra, está permeado de panteísmo. Su vida es profundamente reli-

C A R A P A N

giosa, en el sentido místico. El indio es un forjador de ilusiones. Su realidad es espiritual; diversa en esto de la nuestra, que es preferentemente material. Mientras que su cultura es simbólica y alegórica, la del blanco es literal e instrumental. Para el aborigen la verdad de la naturaleza no es la materia ponderable sino las figuraciones que le provoca, el sentido íntimo con que la imbuye. Reconozcamos de una vez por todas que el indio es un oriental, opuesto por este concepto a un europeo. Su vida, a diferencia de la de los «blancos» gira en torno de conceptos espirituales. Por eso lo pudieron vencer con religión. Se me dirá que puesto que por ser así el indio fue vencido por la civilización materialista, para salvarlo habrá que traerlo a la luz meridiana de las realidades económicas, de la ciencia positiva. Concedo mucho a este punto de vista. Por el rumbo que señala estoy yo dispuesto a caminar largo trecho. Pero no hasta el final. A la postre, mente, esclarecida, estómago saciado, prole numerosa, eso y todos los otros bienes, nos dejarían insatisfechos y buscaríamos a la par que la satisfacción material, cualquiera forma de *re-creación* (crear de nuevo, recreo), cualquier modo de escape al mundo ideal de imaginaciones y de ilusión. Así lo hacen los blancos, así los negros; así los mestizos e igual los indios. Pero los indios más. Estoy seguro. Esa es su manera.

Descendamos del plano filosófico y veamos qué significa todo eso en el terreno ejecutivo. Quiere decir, que el programa, a más de las actividades de orden material, económico, intelectual, que inicie, organice, fomente y establezca, habrá de promover aquellas de orden a-económico o desinteresado. Se estimularán las fiestas y las diversiones, la música, la danza. Se animará la producción de las artes populares que son, a la par que utilitarias, gratificaciones de la vida estética. Se volverá por los fueros de la tradición oral, se usará el teatro para las dramatizaciones de leyendas e invenciones. Se dará cabida a la imaginación. En el arte plástico y en la forma literaria se cultivará el simbolismo. El juego y el deporte, inspirados en fuentes vernáculas y aclimatadas al medio actual, llenarán una sección destacada.

Con eso quedará en gran parte satisfecho el anhelo religioso, cuyo complejo se resolverá por actos positivos de sustitución y de re-orientación, más que por supresión y persecución. Mientras las

M O I S E S S A E N Z

nuevas formas llegan a su completo desarrollo se usará de la mayor discreción para tratar lo relativo al culto. Desde luego, se retirarán todos los curas y ministros «de oficio» (es decir, los agentes meramente eclesiásticos, en distinción de aquellos que adopten un plan práctico de servicio social laico) tantos como sea posible. Pero se dejarán los templos abiertos y no se prohibirá que los indios celebren sus devociones. No se suprimirán las fiestas religiosas, pero se refrenarán sus excesos y en todo caso se aprovechará la celebración para el desarrollo de programas de cultura y de propaganda, exposiciones, instrucción, etc. Paulatinamente nos apoderaremos de la fiesta y la ligaremos a actividades válidas dentro del punto de vista actual y de acuerdo con las finalidades sociales que se persiguen. Haremos los socio-economistas lo que en su época hicieron los misioneros: conservar el movimiento del rito pero cambiar el sentido.

No olvidemos que el socialismo es una especie de religión. Reviste un aspecto positivo, material, económico, pero posee igualmente otro que deriva de imponderables: la igualación de los hombres, la justicia colectiva, el auto gobierno, la cooperación, el espíritu colectivista, el instinto gregario. Y todo eso, teñido con un fervor y un celo que son, en cierto sentido, atributos netamente «religiosos». (Véase cómo Rusia, Alemania, e Italia estimulan esos sentimientos y cómo han llegado casi a la formulación de una nueva religión basada justamente en ellos y endilgada hacia fines acordes con el sistema político que sostienen). Siendo esto así; antes que desdeñar los vestigios de organización comunista y la tendencia colectivista del indio, tiñéndolos con cierto fervor místico, se utilizarán como celdillas generadoras de las nuevas formas de emoción colectiva y de satisfacción personal.

SOBRE EL CARÁCTER DEL NUEVO DEPARTAMENTO.- El Departamento de Asuntos Indígenas tendrá por objeto iniciar, dirigir o provocar todas aquellas acciones oficiales (y encauzar las privadas), tendientes a la protección del indio y de sus intereses, a la conservación de sus valores, a la elevación y mejoramiento de su Standard de vida y, por otra parte, a la asimilación de los grupos indígenas al conglomerado mexicano sobre la base del mejoramiento económico de aquellos y de una reinterpretación de su genio y de su cultura encaminada a ponerlos en armonía con el ambien-

C A R A P A N

te nacional. El Departamento presentará los datos del problema indígena así como los rasgos esenciales de la cultura vernácula, a fin de crear conciencia colectiva tanto con respecto a la situación real del indio, cuanto sobre su función como factor en la integración del país y como elemento componente de la nacionalidad mexicana.

Será un Departamento autónomo dependiente directamente del Ejecutivo Federal. Tendrá la personalidad jurídica y el campo de acción que la ley señala a oficinas semejantes y que su reglamento le determine. Se constituirá con los elementos de actuales dependencias del Ejecutivo destinados a desarrollar labores entre los indios, relacionadas con ellos o que hayan de verificarse en regiones genuinamente indígenas. Se le dotará, además, dentro del Presupuesto Federal, de los medios necesarios correspondientes a su programa.

Si se tratare de funciones que, no obstante referirse a la población indígena no sean entregadas por las oficinas que ahora las dirigen al nuevo departamento, ya sea porque la naturaleza de ellas lo impida ya por ligas que tengan con otras actividades, o por cualquiera otra razón, el departamento asumirá, en relación con las mismas, carácter consultivo imprescindible y hasta, si así se conviene en cada caso, podrá encargarse de su dirección y control a nombre de la oficina que las conserva dentro de su presupuesto.

En cuanto a las relaciones con los gobiernos locales, a más de las que toda oficina federal mantiene con ellos dentro del orden legal y práctico, se procurará que la nueva se avoque íntegramente el programa de incorporación indígena, ya sea para su ejecución directa, ya para estimular la acción local, o bien para coordinarla con la del Gobierno central, sin que esto implique, naturalmente, relevar a los estados de su responsabilidad moral y económica en la materia.

Es conveniente subrayar lo que acaba de decirse. No se trata de dar vida a una entidad para que efectúe por su cuenta lo que ya están realizando otras oficinas. Si este fuera el caso, no habría para qué fraccionar la acción con peligro de disminución de fuerza y aumento de gastos. Se supone que el proyectado departamento reorientará las instituciones que ya operan en territorios indígenas,

M O I S E S S A E N Z

de acuerdo con el programa que se formula y que está redactado especialmente con vistas a la cuestión del indio. Se sobre entiende, también, que contará con elementos adicionales que, sumados a los existentes, hagan posible la realización de dicho plan especial.

No se podría insistir demasiado sobre la conveniencia, la precisa necesidad de que el Departamento se articule con todas las agencias del Gobierno, no únicamente en la medida en que tal correspondencia entre las diversas partes del organismo oficial es lógica y necesaria, sino en un grado más alto todavía. Hay mucho que el Departamento no habría de abrogarse. La acción judicial, por ejemplo, y la de resguardo y policía, y la de construcción de vías de comunicación y la del arreglo documentaria de las cuestiones de tierras, para no mencionar sino algunas de las más obvias. Al tratarse de estos asuntos, el Departamento ocurrirá a las oficinas o agencias encargadas de ellas, como apoderado de los interesados, para informar y para negociar, instar y litigar a nombre de ellos. El Departamento obrará en estos casos, como una verdadera «procuraduría» de indios. A la inversa, será el conducto mediante el cual otras dependencias oficiales realicen gestiones en las regiones indígenas, o se documenten para efectuarlas. Todo esto, como se ve, no solamente implica cooperación y buena inteligencia; demanda una estrecha coordinación, cuyos detalles convendrá precisar con el mayor empeño.

Por otra parte, el Departamento deberá ser en todo tiempo permeable y flexible y reconocer su carácter accidental y transitorio. Es un mero auxiliar y canalizador de los distintos organismos gubernamentales y no debe erigirse personalidad aparte y permanente.

Se evitará la burocratización. La mayor parte del personal actuará sobre el terreno, así se trate de jefes, de maestros, de agrónomos, de médicos o de investigadores. Las labores serán estrictamente funcionales. Habrá, naturalmente, una plana mayor de directores y organizadores (aunque no necesariamente con residencia en la capital de la República o en otros centros importantes de población), pero el grueso de la acción se desarrollará entre los indios por los indios mismos, así se trate de labores de producción, de organización socio-económicas, de instrucción, etc. El programa económico será realista: arreglo de la cuestión tierra,

C A R A P A N

mejoría en los métodos de cultivo (estimada por el aumento en la calidad y en la cantidad de los productos y por el alza de los rendimientos); establecimientos del pequeño crédito agrícola; racionalización de la industria; organización social. Las actividades educativas también se situarán sobre en plano vital. Su punto de partida no serán los niños, sino los adultos; se desformalizará el programa; la instrucción no será exclusiva, y tal vez ni preponderantemente escolar: se enseñará agricultura sobre el terreno al ritmo del año rural; selvisicultura, en el monte, cuando se vaya a cortar la madera y en el aserradero y en el pueblo cuando se la labre; los mejores artesanos de la comarca quedarán encargados de enseñar su oficio o su arte a los jóvenes. Para la instrucción se utilizarán de preferencia y hasta donde su capacidad lo permita a los mismos naturales, sea que se aprovechen los conocimientos que ya poseen (a veces muy refinados y eficaces no obstante su carácter empírico), o bien que se les aleccione previamente. Formulado el programa general para una región o para una comunidad, se procederá a cumplirlo en partes, cuando no sea posible, como no lo será por regla general, atacarlo en su totalidad. Pero se procederá por ciclos integrales, por unidades concretas y fines tangibles y comprobables. La eficacia del Departamento y de cada una de sus agencias podrá ser estimada por el mayor o menor grado en que se obtengan resultados objetivos.

El Departamento no se dedica al estudio científico de los indios, etnografía, arqueología, etc. Adopta el punto de vista de que existen ya institutos especialmente destinados a esta función, cuyos resultados aprovechará en la medida en que los necesite. Pero sí debe conocer con precisión la realidad indígena. Se sabe poco sobre la antropología social de los grupos nativos de México, porque por desgracia los institutos científicos se han ocupado de las ruinas del indio o del aborígen como curiosidad antropológica, pero no como elemento de población dentro del país, como hombre de hoy, ciudadano en ciernes. Se conocen muy imperfectamente las modalidades económicas de los grupos nativos: el régimen comunal de las tierras y los bosques, la economía de las industrias, su técnica. La habitación está descrita en las monografías, prolijamente, pero ni se han hecho estadísticas, ni se trata lo relativo a la higiene y la salubridad. Y puesto que no se ha formulado esta

M O I S E S S A E N Z

«sociología» en México, y puesto que los datos de esta ciencia son indispensables para la resolución acertada y pronta del problema, el Departamento, a la vez que principia a trabajar, y sobre la marcha, tendrá que investigarlos. De todas, maneras, la ciencia que el Departamento maneje o elabore, será eminentemente preceptiva.

El Departamento comprenderá cinco secciones principales: de asuntos económicos, de educación socialista, de higiene y sanidad, de catastros e investigaciones sociales y jurídicas.

La primera se entenderá especialmente con estas materias: el arreglo de la tierra (deslindes y límites de títulos antiguos para liquidar los viejos litigios entre las comunidades, rescate de tierras detentadas y restitución a sus dueños originales, redistribución del parcelaje, dotaciones de tierras, racionalización del régimen de tierras y del de aguas, formación de colonias o de nuevos centros de población, etc.); 2, el fomento agrícola en general, incluyendo la explotación de los bosques, la extensión agrícola y la organización del crédito, o mejor dicho, la creación del pequeño crédito agrícola; 3, el fomento y racionalización de las industrias manuales y, 4, la organización social.

La sección educativa se hará cargo de: 1, la educación socializada de los adultos (centros sociales, enseñanzas de viva voz, organizaciones funcionales en la comunidad, extensión educativa en los hogares, talleres, campos de labor, castellanización, etc.); 2, la instrucción escolar a los niños y a los jóvenes, y, 3, la reinterpretación cultural (fiestas, danza, música, arte popular, recreaciones; renacimiento de las artes manuales, vivificación de las actividades estético-económicas).

La sección de salubridad e higiene dará asistencia médica a las gentes, organizará el consultorio comunal, establecerá el servicio de botiquines, fundará pequeños hospitales regionales, llevará al cabo campañas sanitarias, vacunación general, combatirá el alcoholismo, etc. Mediante la obra de extensión en los hogares, mejorará las condiciones de la vida doméstica, de la habitación, del vestido. Promoverá lo necesario para introducir el agua potable a los pueblos y establecerá molinos de nixtamal en todos los lugares posibles. (Dos esclavitudes típicas: el metate y el acarreo de agua). Marchando a compás con la obra de mejoramiento econó-

C A R A P A N

mico, se preocupará por enriquecer la alimentación. Es cosa sabida que la mayoría de los indios subsisten sobre la base de una ración mínima de maíz -un litro diario por *familia*- que raramente comen frijol y más infrecuentemente carne y que, aparte del arroz de los días de fiesta, de los chayotes, elotes y calabazas de las temporadas de cosecha, la dieta alimenticia no comprende legumbres. La inclusión de las verduras será mayormente labor de propaganda, de educación, de *habituación*; a condición, por supuesto, de que se produzcan las hortalizas necesarias; otros incrementos de la dieta quedan más estrechamente ligados a la capacidad económica y sólo podrán lograrse con una apreciable mejoría de ésta. El día que todo el México rural pobre -indios, peones, campesinado inferior- pueda, a más del litro diario de maíz que come hoy, disfrutar también de doscientos gramos de frijol, se habrá llegado a una etapa significativa de progreso. Se siente uno tentado a señalar como única meta de todas las gestiones de mejoramiento de población, justamente ésta del aumento general y concreto en la dieta a base de la capacitación económica correspondiente: en la actualidad, un litro diario de maíz por familia; meta: adicionarlo con doscientos gramos de frijol. Y quizá, a un lado la exageración simplista, no fuera malo exigir este cartabón a tanto redentor del indio como anda suelto por esos mundos y a tanto proyecto descabellado y a tanta ensoñación romántica).

La oficina de investigaciones y catastros realizará estudios relacionados con las modalidades de la vida indígena actual, particularmente en sus aspectos económicos, demográficos y morfológicos. Se levantarán estadísticas y se interpretarán y completarán los censos. Se criticarán, además, los procedimientos de acción de todas las secciones del Departamento, en vista de los resultados concretos y comprobados que rindan y se descubrirán, mediante el experimento, nuevos métodos de trabajo. En relación con las industrias típicas, esta oficina efectuará encuestas sobre rendimientos, distribución de productos, etc., y así mismo sobre los procedimientos técnicos indispensables para su mejoramiento.

La sección jurídica se encargará de la consulta legal para los indios, de estudios de la legislación vigente que afecte a las comunidades, de la formulación de nuevas leyes relativas, y de la vigilancia, para fines informativos a las autoridades competentes, de las

M O I S E S S A E N Z

violaciones de la ley y de todos aquellos actos que puedan ser lesivos para los indios. Estará al tanto de las condiciones políticas que prevalezcan en las comarcas indígenas, ejerciendo la influencia necesaria para atemperar las contiendas, evitar el chanchullo y la martingala y liquidar, o al menos, refrenar el cacicazgo.

Para cumplir los fines de propaganda tendiente a ambientar el problema del indio, a formar una conciencia nacional inteligente sobre la materia y a dar a conocer en otros países, particularmente en aquellos que tienen indios, la experiencia de México, se editará una revista.

El Departamento no será una «dirección de beneficencia» Queda comprendida en su naturaleza, no hay que negarlo, la asistencia pública a los grupos indígenas, algunos de los cuales son tan desvalidos y están tan desadaptados, que nada menos que la verdadera caridad podrá levantarlos, pero este aspecto debe ser más bien de excepción que de regla y de todos modos revestirá carácter transitorio, inicial de acciones positivas de rehabilitación permanente. Sería el más grande error pauperizar a los indios. Equivocación mayúscula fuera también ejercer sobre ellos una acción paternalista que no tendría otro resultado a la larga que invalidarlos. Se me dirá que estoy combatiendo males fantásticos, que el Gobierno, aún queriendo, está incapacitado para una obra filantrópica en gran escala, o para ejercer sobre los tres millones de población indígena de México así fuera un mínimo de política benevolente. Respondo que aún fragmentariamente podría hacer el mal. Supongamos que el Departamento no contara más que con medio millón de pesos al año, si los emplea para beneficencia pública, será en gran parte dinero perjudicial. Por otro lado, el caso de la política paternalista que tan pródigamente sigue el Gobierno de los Estados Unidos con sus trescientos mil indios, debe tenerse presente. El Gobierno de Washington gasta tanto en aquel puñado de indios como la mitad de todo el presupuesto federal de México: hospitales, dispensarios, escuelas, internados, caminos, obras de irrigación, raciones y tantas cosas. Y a pesar de todo, los indios se van extinguiendo, se aburren, se escapan de los lindos internados, se hacen cada día más hoscos; los jóvenes graduados en los institutos ya no saben ser indios, ni son admitidos tampoco en el mundo de los blancos. Y es que el Gobierno ha podido hacerlo todo, menos

C A R A P A N

aceptar a los indios en la comunidad nacional. Ninguna «redención» es capaz de compensar tal exclusión.

Al indio hay que reivindicado, rehabilitado, capacitado, estimulado, pero no es el caso de «redimirlo».

El indio podrá ser un desadaptado, pero ni es un menor de edad, ni mucho menos un imbécil. Cualquier política que postule la inferioridad del indio (y la paternalista es de esas), será mala. El Departamento procederá sobre el principio de que los indios son ciudadanos potenciales de México, sino es que lo sean ya en realidad, que debe capacitárseles para ejercer la función de hombres libres dentro del mapa mexicano, que debe hacérseles participantes de las responsabilidades y de los privilegios de todo mexicano cabal.

Huelga decir que la población indígena está difundida por toda la superficie de México, que la mezcla racial -proceso activo- hace cada día más difícil encontrar indios «puros», que el fenómeno de «aculturación» se ha desarrollado al grado de poner a prueba la sutileza del etnólogo que pretende «definir» al indio, y que, para mayores aprietos, las fuerzas económicas borran los rasgos étnicos y culturales tornando en muchos casos imposible la separación del indio y del mestizo. (Considérense los «indios» de Toluca o de Texcoco que venden sus mercancías en la ciudad de México, que hablan castellano y viajan en camión. Recuérdese los del Valle de Oaxaca a la vez tan indios y tan mexicanos. Échese una mirada por aquella «Cañada de los Once Pueblos» en Michoacán).

Sería impropio dirigir la acción del Departamento que va a crearse hacia gentes como las de Texcoco, como las del Valle de Oaxaca, como las de Etúcuaro, como las de otros tantos lugares de los que los mencionados son tipos. La situación de ellos coincide justamente con la de todo campesino mexicano, pese a los distingos que pudiera establecer el antropólogo.

Pero, en cambio, hay lugares genuinamente indígenas en México, y no importa para la clasificación que comprendan a tales o cuales elementos mestizos o incluyan lunares de población propiamente «mexicana». Estas zonas, como fuera de suponerse, están situadas en las «sierras» o en ciertos distritos apartados. Sin que haya para qué entrar en detalle, puedo señalar las siguientes re-

M O I S E S S A E N Z

giones como preponderantemente indígenas; zonas del Yaqui y del Mayo y grupos aislados del norte de México; sierra Tarahumara; sierra de Nayarit (Huicholes y Coras); sierra de Uruapan y región lacustre de Pátzcuaro; sierra de Puebla; sierra de Juárez (Oaxaca), sierra Mixteca; algunos grupos en el Istmo de Tehuantepec; la región de los Chamulas en Chiapas, varios núcleos del sureste de México incluyendo los lacandones, los mayas de Quintana Roo y los de ciertas secciones de Yucatán.

Recuérdese que algunos de los grupos indígenas, justamente los que más requieren una atención especial, viven en regiones naturales perfectamente definidas y que ellos consideran (por derecho natural también) suyas propias.

La acción del Departamento se desenvolverá especialmente en las comarcas enumeradas. No hay para qué establecer límites precisos. Por el contrario, habrá que evitar a toda costa aún la mera idea de «reservaciones» o circunscripciones especiales de indios. Pero de todos modos la nueva oficina recibirá desde luego todas las instituciones o agencias allí radicadas que tuviere el Gobierno Federal ya en funciones, tales como escuelas, internados indígenas, misiones culturales, escuelas regionales agrícolas, unidades sanitarias, etc. Con los planteles se pasarán también la parte proporcional de fondos o elementos materiales para su sostenimiento. Las dependencias del Ejecutivo que, teniendo por su naturaleza obligaciones en las regiones de que se trata, no hubieren todavía establecido los organismos de trabajo correspondientes pero que tengan dentro de sus presupuestos o de su organización los elementos relativos, entregarán al Departamento dichos medios, sea que se trate de personas (médicos, agrónomos, etc.) de instrumentos y equipos o de fondos.

SUMARIO ESQUEMÁTICO.- Las ideas y puntos de vista expresados de una manera general en las páginas anteriores, pueden concretarse en un proyecto de organización cuyo bosquejo se da en seguida. No es todavía el caso detallar. Es mejor precisar las ideas madres. El detalle es cuestión sencilla de análisis de los principios básicos en vista de las posibilidades de realización. Lo que importa es marcar las líneas directrices y fijar los rumbos.

C A R A P A N

NOMBRES:

Departamento de Asuntos Indígenas. Departamento de Población Indígena, o Departamento de Nacionalización del Indio, o Departamento de Incorporación del Indio (Me parece que los primeros dos son los mejores).

OBJETO:

- (1) El Departamento de Asuntos Indígenas tendrá por objeto promover, dirigir o estimular todas aquellas acciones oficiales tendientes a la protección del indio y de sus intereses, a la conservación de sus valores, a la elevación y mejoramiento económico y mediante una reinterpretación de la cultura y del genio vernáculos que no sacrifique ni desperdicie ningún elemento valioso.
- (2) Tendrá también por objeto presentar al pueblo de México los datos de la realidad indígena y dilucidar, y enaltecer los aspectos significativos de la cultura indo-americana, a fin de crear conciencia colectiva, tanto con respecto a la verdadera situación del aborigen en el Continente cuanto sobre el papel que el de México desempeña en la integración del país como elemento de la nacionalidad.

Características:

- (1) El Departamento de Asuntos Indígenas será una oficina autónoma dependiente del Ejecutivo Federal, con la jurisdicción que para el caso marca la ley y con las atribuciones especiales que le señale el reglamento correspondiente.
- (2) Tendrá a su cargo las escuelas, institutos, unidades sanitarias, organizaciones económicas, instituciones de crédito y fomento agrícola y en general todas las agencias concretas de índole oficial que el Gobierno Federal sostenga en las regiones indígenas.

M O I S E S S A E N Z

- (3) Su carácter será transitorio, tanto por la definición de los servicios que en un momento dado le competan, cuanto por su jurisdicción y por la cesación de su encargo en un plazo más o menos largo.
- (4) El Departamento tendrá carácter consultivo con respecto a cualquiera oficina federal en todos aquellos actos de orden administrativo, judicial, policiaco, de resguardo, etc., que se desarrollen en las comunidades y regiones declaradas típicamente indígenas pero que no se pongan bajo la jurisdicción del nuevo departamento.
- (5) Hasta donde lo permitan las funciones, y sea compatible con su buena marcha, el Departamento será el instrumento por medio del cual las dependencias del Poder Ejecutivo (secretarías del estado, departamentos autónomos, direcciones) ejerzan su acción en las susodichas regiones indígenas, en el caso de que se trate de actividades que no hayan sido puestas de manera especial bajo el cuidado de aquél.
- (6) Las zonas que se adscriban a la jurisdicción especial del Departamento no quedarán en ningún sentido investidas de «extraterritorialidad» no en relación con las autoridades federales ni con las estatales o municipales. Tampoco los habitantes de estas comarcas gozarán de fuero o prerrogativa alguna, ni quedarán exentos de las responsabilidades que recaen sobre todo mexicano, ni serán privados de ninguno de sus derechos. Pero si se tratare de regiones y de grupos que por su inaccesibilidad o lejanía, y por las condiciones primitivas de vida estuvieren de hecho sustraídos a la acción del Gobierno, el Presidente podrá, discrecionalmente y durante períodos determinados, ponerlos bajo la exclusiva jurisdicción del Departamento, el que asumirá bajo las ordenes del Ejecutivo o por mandato del Congreso de la Unión, si el Primer magistrado no tuviere facultades para el caso, todas las funciones y atribuciones inherentes al gobierno. En casos semejantes y según el mérito de ellos, se podrá considerar que los indios de determinada región no están en la categoría de plena ciudadanía y deben, por lo mismo quedar amparados por algún estatuto especial.

C A R A P A N

Esta restricción se ejercerá siempre, por tiempo limitado y previa la seguridad de ventaja manifiesta.

Tanto el Presidente como el Departamento deberán ejercer la prerrogativa que les concede el artículo anterior con la mayor cautela y medida. Está llena de peligros; su empleo exagerado, por la frecuencia o por la prolongación del mandato, sería muy inconveniente. A pesar de ello, creo que el Departamento debe tener la posibilidad de esta acción excepcional para tratar eficazmente con grupos tan singulares como los de los Lacandones o Tarahumaras, o para, en un momento dado, proteger a una comunidad indígena en contra de atropellos o abusos que solamente, pueden ser corregidos por métodos directos. Además hay pueblos verdaderos (no digamos ya los grupos nómicos de cultura primitiva como los Huicholes, los Tarahumaras o los Lacandones), que de hecho han vivido sustraídos a la acción del Gobierno o que han realizado una amalgama híbrida de las instituciones nacionales con las suyas propias tradicionales. Y allí también el Departamento debería tener libertad de acción para aplicar procedimientos especiales y regímenes de transición.

En todos los casos de mandato especial, el Departamento será responsable de su gestión ante el Ejecutivo y ante el Congreso y se subraya la obligación de hacer cuanto de su parte estuviere para traer a las comunidades afectadas en el tiempo más breve, a la plena categoría de colectividades mexicanas, con todas las relaciones, subordinaciones, derechos y obligaciones que como tales les corresponden.

OFICINAS Y FUNCIONES:

- (1) Oficina directiva:
jefe del Departamento.
Secretario
oficial mayor

M O I S E S S A E N Z

- (2) Sección Jurídica:
 - servicio consultivo para los indios.
 - defensa indígena
 - protección
 - procuraduría de indios.
 - legislación especial

- (3) Sección de Asuntos Económicos:
 - asuntos agrarios (arreglo de la cuestión de tierras)
 - fomento agrícola
 - fomento de la industria casera
 - organizaciones socio-económicas

- (4) Sección de Educación Socialista.
 - educación socializada de los adultos
 - instrucción escolar
 - recreación

- (5) Sección de Higiene y Salubridad:
 - campanas sanitarias
 - asistencia médica

- (6) Sección de investigaciones sobre actividades industriales,
 - estudios de control de la acción del Departamento.

- (7) Se editará una Revista bi-mensual.

ÍNDICE A MANERA DE SINOPSIS

Me propongo que el lector examine el índice. Le ahorraré esfuerzo y tal vez le evite leer en el libro lo que no deseara; el tiempo es precioso. (Aún cuando tratándose de indios, pensará uno lo contrario).

En 1932 el autor indujo a la Secretaría de Educación de México a establecer un centro de estudio y de acción en alguna región indígena con el propósito de examinar de cerca la cuestión de la incorporación de los grupos nativos al medio nacional. Se escogió la zona del estado de Michoacán llamada de LOS ONCE PUEBLOS, con asiento principal en Carapan. El que escribe estuvo al frente del proyecto unos siete meses, de junio de 1932 a enero de 1933. El libro es una memoria sencilla de lo que pasó, de lo que planeamos, de lo que sentimos en aquella temporada. El relato no siempre sigue el orden cronológico. A ratos se convierte en una crónica de estados de conciencia para los que no existe el tiempo. De cuando en cuando se interrumpe para ver el paisaje o arranca en fugaces arrebatos líricos. El libro se llama CARAPAN; BOSQUEJO DE UNA EXPERIENCIA. Carapan, por el nombre de la aldea donde nos establecimos y lo segundo, porque no habiendo pasado el experimento de una iniciación, su historia es de propósito esquemática.

Í N D I C E

Habiendo tantos indios en México, no fue fácil encontrar un pueblo donde establecemos. La explicación se da en el primer capítulo, EN BUSCA DE INDIOS

Para nombrar a la criatura debatimos tanto como muchos padres primerizos y al fin y al cabo el apelativo resultó muy feo. CUESTION DE NOMBRES.

Y, siervos del papeleo, hubimos de redactar algunos memorándums. Realmente valdría la pena leerlos. Contienen una descripción objetiva de la zona de trabajo, señalan las condiciones que justificaron el establecimiento de la Estación y diseñan el programa propuesto... MEMORANDA.

Que se propone a Estación?

No deja de tener significación el que nos hayamos instalado en el antiguo curato. Éramos misioneros de una nueva secta. INSTALACIÓN.

Pero los indios no nos recibieron de tan buen grado, sobre todo porque algunos de sus antiguos redentores los habían prevenido en contra nuestra. «NO QUEREMOS CAMBIAR», nos dijeron. LOS INDIOS NOS PIDEN CREDENCIALES.

Las escuelas que encontramos en la Cañada eran aquellas famosas de «peor es nada» de que nos ha hablado don CHEMA BONILLA. Este capítulo es muy triste y muy

aburrido. Se recomienda únicamente para los «del ramo» y para aquellas personas que deseen un retrato al «foco crítico» de las escuelas de pueblo. Los menos valientes, lean solamente las tres primeras páginas del capítulo y el Sumario al final. ESCUELAS.

Este es un interludio impresionista, un poco lírico. Relata al detalle eventos verdaderos, lo llamo PELÍCULA DEL DIECISEIS. En efecto, impresioné una cinta cinematográfica de las fiestas de inauguración.

El primer visitante que tuvimos fue el Gral. Lázaro Cárdenas, entonces Gobernador del Estado, El Ministro, de Educación fue a vernos en octubre. Llegaron también unos andarines de Guadalajara y otros de la Capital y un día se me presentó un matrimonio de pintores norteamericanos. La pintora quería impresiones para un artículo, pero al pasar por el río resbaló y se dio un baño frío que no esperaba. Yo le dije que nada tenía que decirle. Y se fue. Creo que el artículo no llegó a ver la luz. Este capítulo trata solamente de las visitas del Gral. Cárdenas y del Licenciado Bassols. VISITANTES.

Esta sección contiene en orden cronológico, los apuntes de mi libreta sobre una de las unidades de trabajo, con que más nos encariñamos en CARAPAN, EL CENTRO SOCIAL. Para apreciarla hay que tener amor por las cosas pequeñas.

Apenas ahondamos en la realidad, descubrimos, bajo la capa que habíamos tomado por conquista mexicana, intocada, la médula aborígen. VISLUMBRES es una serie de breves apuntes del natural. El diálogo final fue transcrito fielmente por Ana María Reyna, colega de la Estación.

No quisimos enseñar a leer a los carapenses pero nos propusimos hacerlos ingresar a la comunidad de la lectura. El que quiera saber cómo, que lea este capítulo. LECTURA.

En Carapan volvimos por los fueros de la enseñanza sin Pedagogía. Redescubrimos el buen método de la instrucción informal que los inventores de las «escuelas técnicas» nos habían traspapelado, De esto habla el capítulo APRENDICES.

En alguna ocasión opiné que el problema de México es organizar el cacicazgo. En la Cañada había un cacique ...Después de mi experiencia estoy dispuesto a sostener mi tesis original sólo a condición de que antes me dejen escoger los caciques. POLÍTICA Y CACICAZGO.

Etúcuaro, el onceavo pueblo, se escapó del cerco indígena se hizo mexicano, pero en un sentido muy diferente del de Chilchota, que también sufrió esa transformación. En el proceso intervienen la Revolución y la Geografía, véase cómo ETÚCUARO.

Otro INTERMEZZO lírico. Son tres cuadritos impresionistas. De dos ferias de Pueblo, de unas puertas adornadas con orquídeas y de una fiesta ritual que conserva el movimiento y ha olvidado el sentido. FIESTA.

Carapan no llegó a ninguna culminación, lo que no impide sin embargo, formular dos o tres juicios e intentar una definición del problema de la «incorporación». CRÍTICA.

Tampoco llegamos a un punto final. Pero el camino nos condujo a un buen divisadero. Desde ahí he podido contemplar la situación del indio y esclarecer su problema, que no es, ciertamente, una preocupación del nativo cuanto una responsabilidad mexicana. En este capítulo considero el proyecto de la creación de una oficina del gobierno especial para tratar los asuntos indígenas. Me hago la ilusión de creer que mis ideas puedan ser de valor para México y de interés para otros países con indios. PROYECCIONES.

Cuando llegamos a Caracpan unos nos aplaudieron y otros nos apedrearon. Después comprendimos que ni el testimonio del aplauso ni el de las pedradas coincidía con la verdad, porque de los amigos algunos eran fingidos y Tomás Gregorio, en su media lengua confesó por los enemigos: «Y ora yo te digo, pos ustedes han de dispensar tantas: PENDEJADAS de nosotros, pos nosotros son entrante y éstos así ricir que ustedes venía por la mal, y nosotros que creimo...»

Cuando salí de Carapan me despedía la gente desde las puertas de los jacales, agitando los brazos con adioses, y los que podían, gritaban como niños grandes «¡Que no te los vayas olvidar, señor Saine!».

Escribo esta crónica de una experiencia sencilla, para «que no nos vayan a olvidar» de aquellos hermanos nuestros, todos los indios, que tanto han padecido ya de olvido.

Lima, Perú, 1936.